Obras completas

de

León Tolstoi

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas 081
Núm. Autor T654o
Núm. Adq. 34870
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

Edición íntegra y literal
según los manuscritos originales del autor

Obras completas
de
León Tolstoi

de conformidad con la traducción directa del ruso
hecha por
J. W. Bienstock
revisada y corregida
por
P. Birukov

II
Los Cosacos-Sebastopol

Nueva versión castellana
ilustrada

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Carbonell y Esteva-Editores
Barcelona-1905

100709
34874

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

891.7
T.
CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
PG5357
S5
O2
V.2

ES PROPIEDAD
DE LOS EDITORES

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de Carbonell
y Esteva, Rambla de
Cataluña, 118.-Barna.

En días de renovación como los actuales, creemos que viene á tiempo esta nueva publicación que ofrecemos al público, debiendo hacer notar que la denominamos OBRAS COMPLETAS DE LEÓN TOLSTOI en el doble sentido de que ha de comprender todos los trabajos literarios del insigne escritor ruso, y también porque en ella será fiel y devotamente respetado el pensamiento del autor, resurgiendo íntegros el carácter y el valor que estas obras geniales tuvieron un momento en su cerebro creatriz.

La traducción directa del ruso—que sirve de base á la nuestra—ha sido concienzudamente hecha por Mr. J. W. Bienstock, sobre los textos revisados y comparados por Mr. Birukov con los manuscritos originales de Tolstoi que conserva en su poder Mr. Tchertkov, expulsado de Rusia por su amor inmenso á la causa de los humildes.—LOS EDITORES.

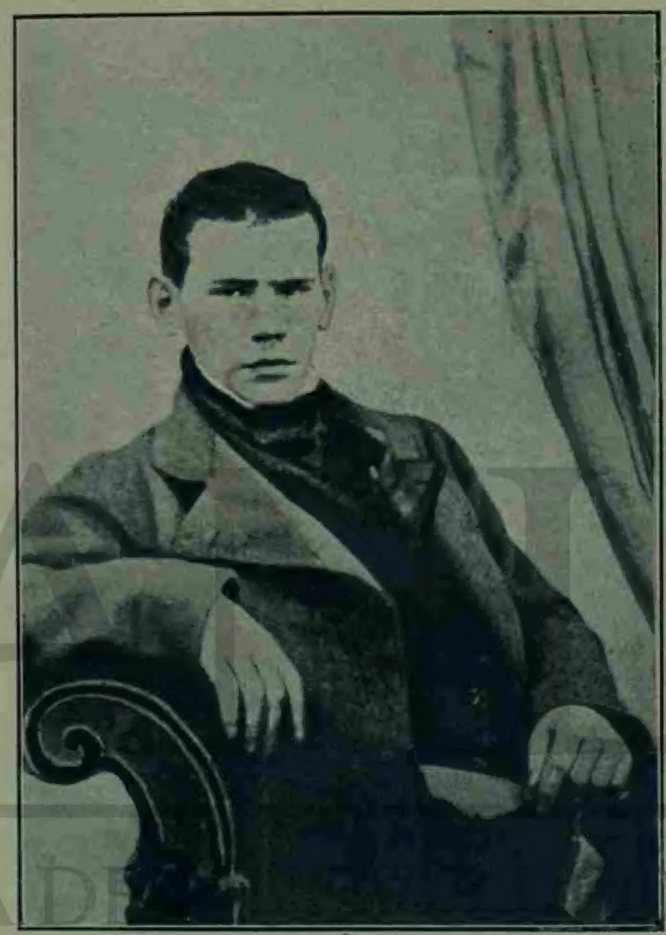
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los Cosacos

1852

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO



León Tolstoi (en 1851)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

La despedida de Olenín

En Moscova reinaba una tranquilidad absoluta. De tarde en tarde, por el arroyo nevado, se oía el fragor de unas ruedas. Las ventanas se hallaban á oscuras y los faroles apagados. Por la ciudad dormida, desde lo alto de las iglesias, vibraba el repique de las campanas, anunciando el amanecer. Por las calles, todo era soledad. Unicamente se veía, de vez en cuando, á un cochero de alquiler que, por la arena impregnada de nieve, conducía su trineo, parábase al otro lado de la vía y, en espera de un parroquiano, quedábase después dormitando. Alguna vieja se dirigía al templo, donde fulguraban, con vivo resplandor, unos cirios desordenadamente dispuestos que herían el oro de los retablos. Después de una larga noche de invierno, empezaban á madrugar los trabajadores y se dirigían á sus faenas. Los patronos, por su parte, continuaban trasnochando.

Por una de las ventanas del restaurant Chevalier, á pesar de hallarse cerrados los postigos, trasparentábase la luz al exterior; lo que, á hora tan avanzada, tiene prohibido la ley. Una hilera de coches, trineos y *simones* se hallaba estacionando cerca de la escalinata de aquella mansión, no lejos de la cual aguardaba también una *troika* (1). El portero, envuelto en su gabán de pieles, se

(1) Tiro de tres caballos.

arrimaba tanto como podía al quicio del portal, cual si quisiera esconderse.

«Pero, qué hacen ahí toda la noche? preguntábase en el vestíbulo un criado soñoliento. Siempre que estoy de servicio me toca la misma ganga!» De una habitación próxima y llena de luz, llegaba hasta allí el vocear de tres jóvenes. Hallábanse éstos sentados ante una mesa servida para cenar, en la que, desde luego, no escaseaba el vino. Uno de ellos, chiquito, flaco y feo, iba muy acicalado y con aire benévolo, al par que abatido, contemplaba al huésped, pronto á partir. El segundo era de alta estatura y, con las piernas estiradas en el diván, veíasele jugar con la llave de su reloj, no lejos de la mesa atestada de botellas vacías. El tercero, vestido con un *poluchubok* (1) nuevo, se paseaba de un lado para otro de la estancia, deteniéndose á lo mejor, para coger y quebrar almendras con sus dedos gruesos y fuertes, de uñas bien cortadas. Sonreía constantemente, alumbraban sus ojos y su semblante era de fuego. Departía con calor, gesticulando, y buscaba á cada punto palabras para expresar con exactitud lo que su corazón sentía, siempre sonriendo.

—Ahora puedo decirlo todo—declaró el que parecía estar de viaje.—No trato de justificarme; pero me agradaría que entendieses estas cuestiones, no como el vulgo, sino como yo. Dices tú que he faltado con ella,—manifestaba al individuo de mirar bondadoso.

—Sí, has procedido mal—contestó el hombre chico y feo. Y su mirada parecía expresar aun más bondad y abatimiento.

—Ya sé lo que te induce á decirlo—prosiguió el otro.—Según tú, basta con ser amado para ser dichoso; ello vale más, á tu ver, que amar uno mismo, pudiendo así vivir toda una existencia.

—Sí, querido mío, y hasta más que suficiente—repuso el joven bajito y feo, con un abrir y cerrar de ojos.

—Y, por qué no ha de amar uno á su vez?—dijo el que se disponía á marcharse, tras un momento de reflexión y mirando á su amigo con lástima.—Por qué dejar de querer? Entonces ignora uno lo que es el amor... No; desdichado del que es amado, cuando no corresponde ni puede corresponder al amor. Ah, Dios mío!—Y con un ademán expresó su gran pena.—Si uno pudiera disponer esas cosas con la razón... pero no: ello se cumple, antes bien, de modo involuntario y de por sí. Es como si expoliásemos el cariño. Tú lo piensas así también; no lo niegues. De todas las locuras y necedades que he cometido en mi vida, puedes creer que de ésta no me arrepiento ni puedo, no le he mentido nunca á ella ni á mi conciencia. Al principio se me antojó que la quería de veras; pero pronto eché de ver que me había equivocado, que aquello no era amor y que no debía seguir adelante. Ella fué, por contra, quien anduvo demasiado lejos. Es culpa mía si no he podido amarla? Qué me toca hacer?

(1) Pelliza de piel de carnero.

—Todo ha concluído ya—dijo el amigo encendiendo un cigarro, para disipar su somnolencia.—Sólo te diré una cosa: que nunca has querido ni sabes lo que es amor.

El individuo del *poluchubok* quería continuar la conversación, y apretóse la cabeza con ambas manos, sin dar con palabra alguna que expresase bien sus ideas.

—Que no he amado nunca? Es cierto. Pero ardo en deseos de conocer el amor. Existe acaso tal cual yo lo ansío? Siempre queda algo por saber. A qué hablar de esto? He malgastado mi vida y, como dices, todo terminó ya. Pero voy á entrar en una existencia nueva.

—Que vas á desperdiciar de nuevo—dijo el que se hallaba reclinado en el diván, jugando con la llave de su reloj. El otro no le oyó.

—Me marcho con pesar y con alegría á la vez—prosiguió.—Por qué con pesar? Lo ignoro.

Y el joven dióse á hablar de sí mismo, sin caer en la cuenta de que ello era más interesante para él que para sus compañeros. En los momentos de entusiasmo es cuando el hombre resulta más egoísta, antojándosele que, en el mundo, no existe nada más bello ni digno de interés que su personalidad.

—Dmitri Andreievitch, el cochero no quiere aguardar más,—dijo un lacayo que entró envuelto en su pelliza y su bufanda.—Los caballos están aquí desde las doce de la noche y son ya las cuatro.

Dmitri Andreievitch clavó la mirada en su criado Vanucha, y al ver su tapabocas rodeándole el cuello, sus botas de cuero y su semblante adormecido, imaginó que le llamaba una voz del otro mundo, mundo de trabajo y de privaciones.

—Con que, adiós!—dijo buscando un botón de su abrigo que no estaba abrochado.

Desoyendo á sus amigos, quienes le aconsejaban que diese una propina al cochero, para hacerle aguardar un poco más, púsose el gorro y paróse en el centro de la estancia. Despidiéronse por dos veces y, después de un corto silencio, reanudaron el abrazo. El del *poluchubok* acercóse á la mesa, vació una copa que había en ella y tomando la mano del joven bajo y feo, se puso colorado, diciéndole al fin:

—No puedo menos que decírtelo... Es menester que sea ahora franco contigo. Es tanta mi amistad hacia tí... Dime, la has amado? Yo lo sospeché... Es verdad?

—Sí,—replicó el amigo con su sonrisa más afable.

—Y quizá...

—Si ustedes me permiten voy á cumplir la orden de apagar las luces—dijo el camarero soñoliento, que había oído las últimas pa-

labras de la conversación, no explicándose cómo repetían siempre lo mismo.—A quién he de presentar la cuenta? A usted?—añadió dirigiéndose al individuo alto, pues sabía de antemano que era él.

—Sí, á mí—contestó éste.—Cuánto es?

—Veintiseis rublos.

El joven alto permaneció un instante reflexivo. Luego, sin decir palabra, metió la nota en su bolsillo. La cháchara seguía entre los otros dos.

—Adiós, eres un muchacho de todas prendas—dijo el joven bajo y feo, con su dulce mirada.

Algunas lágrimas empañaron los ojos de ambos, y descendieron al vestíbulo.

—Arreglarás mi cuenta con Chevallier y me escribirás?—dijo el que se marchaba al individuo alto, sonrojándose otra vez.

—Sí, sí,—contestó éste, poniéndose los guantes.—Cuánta envidia me das con tu marcha!—agregó con espontaneidad, en llegando á la gradería.

El viajero tomó asiento en el coche y, arropándose con su abrigo de pieles, dijo: «Pues bien, partamos juntos!» Hízose atrás en el asiento, como para dejar sitio al que declaró sentir envidia de su marcha. Su voz era temblorosa.

El acompañante dijo: «Adiós, Mitia, que Dios te dé...» Como nada deseaba, á no ser que el viajero se marchase cuanto antes, no pudo expresar su anhelo.

Enmudecieron y de nuevo oyóse después una voz que decía: «Adiós». Luego alguien gritó: «En marcha!» Y el carruaje se dió á la carrera.—Elizar, el coche!—gritó uno de los que se habían quedado.

Los cocheros de plaza y uno de lujo meneáronse, gritaron y sacudieron las riendas. Las ruedas del coche crujieron sobre la nieve.

Ese Olenín es un excelente muchacho,—dijo uno de sus compañeros.—Pero, vaya el capricho ese de irse al Cáucaso, y de *junker!* (1). No lo haría ni por cincuenta kopeks. Vas á comer en el club mañana?

—Sí.

Y los dos mancebos se separaron.

Bien abrigado en su abrigo de pieles, el viajero sintió demasiado calor. Tomó asiento en el fondo del coche y desabrochó su pelliza. La troika de posta se arrastraba de calle en calle, en la oscuridad, pasando por delante de casas que él jamás viera. A Olenín se le antojó que sólo cruzaban aquellas callejuelas los que partían. En derredor aparecía todo sombrío, callado y melancólico, en tanto se apoderaban de su alma y la ahogaban multitud de recuerdos, amores, nostalgias y dulces lágrimas.

(1) Grado militar que hoy se halla abolido en Rusia y que antes correspondía á alférez. Los junkers eran voluntarios y pertenecían todos á las clases privilegiadas, que recibían ese título, no bien ingresaban en el ejército.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Por el camino

CUÁNTO les quiero! Sí! Qué excelentes corazones! Cuán francos son!» repetía, sintiendo como ganas de llorar. Mas, por qué lloraba? Quiénes eran aquellos excelentes corazones? A quien amaba? El mismo no lo sabía. De vez en cuando miraba maquinalmente los edificios y se asombraba de su construcción deficiente. También se preguntaba á veces por qué tenía tan cerca al cochero y á Vanucha, personas que le eran extrañas, lo mismo que las sacudidas del tiro que estiraba las riendas endurecidas por el hielo; y de nuevo repetía: «Cuánto les quiero! Cuán francos son!» Una vez llegó á decir: «Bravo, admirable!» Esta exclamación le dejó pasmado y se preguntó: «Estaré ebrio?» En verdad que había apurado dos botellas de vino, pero éste no podía ser la causa de la perturbación de Olenín. Rememoraba las palabras cariñosas que, antes de partir, como al azar, le fueron enderezadas y que se le antojaban llenas de amistad. Recordaba los apretones de manos, las miradas, las pausas y el timbre de las voces que le decían, cuando se hallaba ya en el coche: *Adiós, Mitia!* Su propia franqueza brutal veníale á las mientes y le llenaba de emoción. No sólo los amigos, los parientes y los indiferentes, sino hasta los hombres malévolos y antipáticos todos á la vez parecían haberse concertado para demostrarle afecto y perdonarle sus extravíos, antes de partir, como en vísperas de la confesión ó en la hora de la muerte:

«Quizá estoy destinado á no volver del Cáucaso!» pensó. Imaginaba querer y echar de menos á sus amigos y á otras gentes aun, y sentía lástima de sí mismo. Sin embargo, no era el afecto lo que le conmovía y alborotaba el alma, hasta el punto de arrancarle incoherentes exclamaciones; tampoco era el amor de aquella mujer, pues nunca la había amado, lo que le revolvía de ese modo. En el amor de sí mismo, amor juvenil y lleno de esperanzas, amor á cuanto juzgaba bueno en su alma, y en aquel instante creía que sólo había bondad en ella, estaba la razón de sus lágrimas y de sus palabras incoherentes.

Olenín era un joven que no había terminado carrera alguna ni servido en ninguna parte; sólo figuraba, por mera fórmula, en la nómina de un ministerio cualquiera. Había derrochado la mitad de su caudal, y, á los veinticuatro años, no sabía aun qué profesión elegir ni qué hacer. Era lo que la sociedad de Moscova apellidaba un «joven».

A los dieciocho años gozaba Olenín de la misma libertad que, veinte años antes, tenían en Rusia los hijos de familia ricos y huérfanos desde su primera edad. Ningún freno existía para él, ni moral ni físico. Podía permitírselo todo, pues nada necesitaba ni nada le ligaba. Carecía de patria y de hogar, de fe y de necesidades. Era descreído y nada respetaba. No era, por lo demás, ni pensador, ni fastidioso, ni aburrido, antes bien era muy divertido.

Negaba la existencia del amor, pero extremecíase no bien se hallaba en presencia de una mujer joven y hermosa. De muy antiguo creía que nada significan los títulos y los honores; pero érale grato que el príncipe Sergio se le acercase y le dirigiese algunas palabras amistosas en el baile. Daba rienda suelta á todos sus caprichos, con tal de que éstos no le esclavizasen. Cuando sentía avecinarse una dificultad ó alguna de las luchas mezquinas de la existencia, esquivaba, de instinto, toda traba y toda acción para recobrar su libertad. De este modo se portaba en la vida mundana, en el servicio del Estado, en la administración de sus bienes, en la música, á la que tratara un tiempo de consagrarse, y hasta en amor, en el que no creía. Su preocupación era derrochar las fuerzas todas de la juventud, que tan efímera es para el hombre. Había de gastarlas en el arte, en la ciencia, en el amor ó en las cosas prácticas? No era la fuerza de su ingenio, de su corazón ó de su instrucción lo que quería desarrollar, sino los ímpetus naturales de la juventud que parecen otorgar al hombre el poder de hacer lo que quiera de sí y hasta de dominar al mundo con su pensamiento. Es verdad que existen muchos hombres exentos de semejantes bríos; hombres

que, á su entrada en la vida, se ponen una atadura en el cuello y viven con ella hasta el fin de sus días. Olenín, por contra, estaba bien seguro de poseer la deidad potentísima de la juventud, cuyas facultades concentran en un solo deseo ó una idea, en el querer y el obrar, lanzándose con la cabeza baja al abismo sin fondo, sin saber por qué ni para qué. Gloriábase de sentirlo así y ello, sin darse cuenta, le hacía dichoso. Hasta el presente sólo se había adorado á sí mismo, y no podía hacer lo contrario, toda vez que aguardaba de sí muchas acciones nobles y no había aun sentido el desencanto de su propia personalidad. Tal era, al irse de Moscova, la disposición feliz y juvenil del espíritu de aquel joven, que de pronto se daba cuenta de sus pasados yerros, estimándolos como locuras, y repelía el pasado por irracional y mezquino, pues durante él no había querido hacer bien, mientras que, á partir de este instante, comenzaba para él una nueva vida, en que había de reparar sus faltas y no le daría remordimiento alguno, antes bien había de afianzar ser felicidad.

Durante las dos ó tres primeras paradas de un viaje prolongado, persiste en la imaginación el recuerdo de los sitios que acaban de abandonarse; pero luego, al primer amanecer que se alcanza en el camino, el alma no piensa más que en el término del viaje y comienza á hacer cálculos sobre el porvenir. A Olenín le sucedió lo propio.

Cuando se hubo alejado de la ciudad y vió los campos cubiertos de nieve, se sintió feliz al encontrarse en medio de ellos. Arropóse con su abrigo de pieles, se arrimó al fondo del coche, tranquilizóse y dióse á dormitar. La despedida de sus amigos le había emocionado. A pesar suyo, desfilaron confusamente por su memoria las imágenes del último invierno pasado en Moscova.

Acordóse del amigo que le acompañaba y de sus relaciones con la joven de que habían hablado. Era rica. «Cómo ha podido él amarla, si ella me quería á mí?...» pensó. Y asaltáronle aviesas sospechas. «Si uno se da á cavilar, encuentra mucha cosa mala entre los hombres. Por qué no pude yo amarla?» preguntóse: «Todos están en que no he amado nunca. Seré por ventura un monstruo?» Y recordó todos los arrebatos de su juventud. Acudíanle á la mente los primeros tiempos de su vida mundana; veía de nuevo á la hermana de un su amigo con el cual pasaba todas las noches en su casa: la luz de la lámpara alumbraba los dedos esbeltos de la joven que trabajaba en una labor, con su semblante precioso y barba fina; todos se hallaban como encogidos, lo que á él le despertaba un sentimiento de rebelión contra la poquedad de ánimo

que se descubre en cierta clase de relaciones. Una voz le decía: «No es eso, no es eso», y era cierto. Vínole luego á la memoria la mazurka que bailó en un baile con la bella D... «Cuán enamorado me sentía aquella noche y cuán feliz era! Mas, al día siguiente, cuando me desperté y me sentí desposeído de este amor, qué pesadumbre y qué despecho no fueron los míos! Veamos: Cómo no se apodera de mi corazón el amor y me ata de pies y manos?»—pensaba. «No existe el amor, no existe. Tampoco era amor el de aquella vecina, que decía, ante el decano de la nobleza, ante Dubrovin y ante mí, que amaba á las estrellas». Después recordó sus ocupaciones agrícolas en el campo, de donde ninguna alegría conservaba en recuerdo. Una idea cruzó entonces por su cerebro. «Hablarán mucho tiempo de mí?» E ignoraba quiénes eran los que habían de ocuparse de él, en su ausencia. Acto seguido asaltóle otra idea, que le hizo fruncir el ceño y pronunciar palabras ininteligibles. Era el recuerdo de M. Capel y de los 678 rublos que debía á su sastre, ante quien veíase de nuevo suplicando que aguardara un año más para saldar la cuenta, lo que el otro escuchaba con semblante entre sorprendido y resignado. «Dios mío! Dios mío!» repetía, arrugando el ceño y pugnando por apartar de sí aquella idea intolerable. «Y, á pesar de todo, ella me quería», dijo entre sí, pensando en la joven de que habían hablado antes de despedirse. «Es cierto. Si me casara con ella, no tendría ya más deudas, mientras que ahora tengo á Vasiliev por acreedor». Por su imaginación pasó la última noche que jugara con Vasiliev, allá en el club, después que se hubo separado de ella: y aún recordaba sus humillantes ruegos para continuar la partida, lo mismo que la rotunda negativa del otro. «Bah! todo quedará liquidado con un año de economías. Y, que vayan al cuerno!» Sin embargo, con todo y este consuelo, volvía á recordar otras deudas, sus vencimientos y la época posible del pago. «Y á Morel aun le debo la cuenta de Chevalier», pensó recordando la noche en que contrajera tantas deudas. Unos amigos de San Petersburgo habían organizado una francachela con los tziganos: Sachka B... ayuda de campo, el príncipe D... y aquel viejo, persona importante. «Por qué se hallan tan pagados de sí esos señores?—pensó.—Por qué forman corro aparte y otorgan gran prez admitiéndole á uno en él? Será por su calidad de ayudas de campo? Da grima ver la parcialidad y la necedad con que miran á los demás. Por mi parte, les demostré que á mí me importa un comino figurar entre los suyos. Me parece, con todo, que el gerente Andrée se asombrará de oirme tutear á un personaje de la importancia de Sachka B..., coronel y ayuda de

campo del Emperador... En verdad que aquella noche nadie bebió más que yo. A los tziganos les enseñé una canción nueva, y todos me escucharon. Aun cuando haya cometido muchas sandeces, no dejo de ser un buen chico»,—acabó pensando.

La mañana sorprendió á Olenín cuando llegaron al tercer cambio de tiro. Tomó té, y él mismo, ayudado de Vanucha, llevó las maletas y demás bultos, en medio de los cuales se instaló, grave, tieso, majestuoso, sabiendo el sitio en que se encontraba cada cosa: sabía dónde tenía el dinero y cuál era su cuantía, dónde guardaba el pasaporte, el permiso para el empleo de caballos de posta, el recibo del pasaje; y antojósele todo dispuesto con tal método, que se sintió otra vez con el corazón ensanchado, y el viaje se le apareció como un largo paseo. Pasó parte del día haciendo cálculos aritméticos. Cuántas *verstas* habían recorrido ya? Cuántas faltaban para el próximo cambio de tiro? Y hasta la primera población? Y hasta la hora de comer? Y hasta Stavropol? Cuánto representaba el camino andado? Al mismo tiempo calculaba cuánto dinero tenía, cuánto le faltaba para amortizar todas sus deudas y cuánto gastaría de sus rentas cada mes. Por la tarde, al tomar el té, encontraba que, para llegar á Stavropol, le quedaban por recorrer las siete undécimas partes del camino y que, para liquidar sus débitos, precisaban ocho meses de economías, amén de la octava parte de su caudal. Tras esto se calmó, hundióse en un rincón del coche y volvió á dormitar. Su imaginación volaba hacia el porvenir, hacia el Cáucaso. Todos sus ensueños de bienandanza futura uníanse á imágenes de los *abreks*, de las circasianas, de montes, barrancos, torrentes pavorosos y parajes llenos de grandes peligros. De modo vago y confuso se le aparecía todo eso; pero lo que más le interesaba en el porvenir, eran promesas de gloria y amenazas de muerte. A lo mejor, con increíble arrojo y fuerza que era pasmo de todos, quitaba la vida á un sinnúmero de montañeses si no los sojuzgaba. A veces él mismo veíase trocado en montañés, defendiendo su libertad contra los rusos.

No bien iban perfilándose los detalles, reaparecían sus viejos conocidos de Moscova: Sachka B... peleaba contra él, bien fuese con los rusos ó con los montañeses. Y sin saber cómo, percatóse de que Capel participaba de la victoria del triunfador.

Cuando de nuevo acudían á su memoria los vejámenes, las flaquezas y los yerros de antaño, se le hacía muy agradable su recuerdo. Era evidente que no podía reincidir en extravíos semejantes allá en el Cáucaso, entre montes, torrentes, circasianas y

grandes riesgos. Cuando se han confesado las faltas, cesan éstas de existir. A cada nuevo proyecto del joven sobre el porvenir, sucedía una esperanza aun más grata. Esta esperanza era la mujer que se ofrecía á su imaginación allá arriba, por los montes, en forma de esclava circasiana, de talle gracioso, trenzas largas, ojos sumisos y profundos. En aquellas alturas veía una cabaña aislada y á *ella* aguardándole en el umbral, mientras él, cansado, cubierto de polvo, de sangre y de gloria, volvía á su lado. Imaginaba sus besos, sus palabras, su voz dulce y su acatamiento. Antojábasele encantadora, bien que ignorante, salvaje y grosera. Veíase á sí mismo ilustrándola durante las noches largas de invierno. Y ella, inteligente, aprendía con facilidad y se ponía pronto al corriente de lo más necesario. Y, cómo no? Bien podría, andando el tiempo, aprender lenguas, leer libros de la literatura francesa y comprenderlos. *Nuestra Señora de París*, por ejemplo, le gustaría probablemente mucho. Y hasta llegaría á hablar bien el francés. Su dignidad, en los salones, sería más natural que la de las damas de la sociedad selecta. Cantaría con sencillez, con fuerza y expresión. «Qué modo de divagar el mío!» díjose. Llegaron á una estación, donde tuvo que cambiar de coche y dar una propina. Luego buscó otra vez en su imaginación el ensueño que había abandonado, y nuevamente se le aparecieron las circasianas, la gloria, el regreso á Rusia con el título de ayuda de campo del Emperador y una mujer embelesadora.

«Pero, si el amor es un sueño!—dijo para sí.—Los honores, vaya qué tontería! Y los seis cientos setenta rublos? Y el país conquistado que debe aportarme más riquezas de las que necesito para vivir? Las repartiré. Entre quién? A Capel le daré seiscientos setenta y ocho; luego veremos...» Las imágenes íbanse tornando confusas en su cerebro, y sólo la voz de Vanucha, al tiempo que la sensación del paro interrumpieron su sueño sano y juvenil. Sin despertarse del todo, fué cambiando de coche, á cada paro, y así prosiguió monótonamente la marcha.

A la mañana siguiente sucedió lo mismo: iguales cambios de tiro, té, grupos de caballos ante sus ojos, breve charla con Vanucha, vagos ensueños, modorra y, durante la noche, el profundo y sano sueño de la juventud.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

III

Término del camino

CUANTO más se alejaba Olenín del centro de Rusia, más parecía que de él huían los recuerdos. Y, á medida que iba aproximándose al Cáucaso, su alma cobraba más bríos. «Irse por siempre y no volver ni aparecer más en sociedad» era lo que, de vez en cuando, le venía al cerebro. «Los hombres de aquí *no son hombres;* ninguno sabe quién soy ni conoce mi pasado; ninguno de ellos puede haber tratado, en Moscova, á la sociedad que yo frecuentaba. Y nadie, en ella, sabrá cómo he vivido entre estos hombres». De él se apoderó un sentimiento nuevo, que le sustraía á todo su pasado, entre aquellos individuos groseros que encontraba en su ruta y á quienes no tenía por hombres iguales á los de Moscova. Cuanto más tosca era la población y menores las señales de civilización, más libre se sentía. Stavropol le dejó triste, al cruzarlo. Penosa fué la impresión que se llevó de allí, de los rótulos de las tiendas, algunos en francés, de las señoras en coche, de los cocheros parados en la plaza, de los paseos y de un caballero con gabán y sombrero que iba paseándose por una ancha calle contemplando á los transeuntes. «Esta gente tal vez conozca á alguno de mis conocidos» y volvió á acordarse del club, del sastre, de los naipes, de la sociedad mundana... Después de Stavropol, todo ofreció otro cariz; todo era agreste, hermoso y guerrero. El júbilo de Olenín

iba cada vez más en aumento. Los cosacos, los cocheros, los mayorales se le antojaban gentes muy sencillas, con las que podía bromearse sin recelo y departir sin embarazo. Todos eran parte de la humanidad, que inconscientemente se hacía muy grata á Olenín, pues todos se le mostraban muy afables.

En llegando al territorio de los Cosacos del Don, cambió su coche por una carreta del país. Pasado Stavropol, el calor se dejó sentir y Olenín quitóse la pelliza. Hallóse en plena primavera, lo que encantó al joven por lo inesperado. De noche no se permitía salir á nadie de las *stanitzas* (1), pues decíase que ello, aun al atardecer, era peligroso. Alarmóse Vanucha, y eso que llevaba fusiles cargados en el coche; Olenín sentíase cada vez más alborozado. En una de las postas, el mayoral le habló de algunos asesinatos terribles que recientemente se habían perpetrado en el camino y luego encontraron por él á hombres armados. «Vaya, vaya, con que ya comienza la nueva era!» dijo el mancebo para sí, esperando ver de un momento á otro las montañas de nieve de que tanto le habían hablado. Después, poco antes de anochecer, el cochero le señaló con el extremo de su látigo una gran cordillera que se dibujaba á través de las nubes. Olenín dióse á mirarla con avidez, pero el tiempo era brumoso y las nubes cubrían la mitad de la montaña. Columbró algo gris y aborregado, pero nada que pareciese hermoso pudo ver, á pesar de sus esfuerzos, en el espectáculo de las montañas que viera descritas en tantos libros y de que le habían hecho tantos elogios. Díjose que montañas y nubes tenían igual apariencia y en cuanto á la belleza de las cimas cubiertas de nieve, que tanto le habían ponderado, la consideró como una invención de igual género que la música de Bach ó el *amor*, en lo que no creía; y dejó de sentir deseos de ver montañas. Sin embargo, á la mañana siguiente, como la frescura le despertara muy temprano en el carruaje, miró distraídamente hacia su derecha. El cielo se hallaba del todo despejado. De pronto, á una distancia que de momento le pareció como de veinte pasos, vió enormes masas de deslumbrante blancura dibujarse nítidamente con ligeros contornos y caprichosas líneas en el horizonte lejano. No bien se diera cuenta de la inmensa distancia que mediaba entre él y aquellas alturas, al percatarse de la grandeza de las montañas y sentir su incomparable hermosura, quedó sobrecogido como ante una visión ó un ensueño. Tuvo que moverse de un lado á otro para des-

(1) Aldeas de cosacos.

pabilarse del todo. Los montes seguían en el mismo sitio, con igual aspecto.

—Qué es eso? Qué miro?—preguntó al cochero.

—Las montañas,—contestó el cochero con indiferencia.

—Yo también las estoy mirando desde hace rato,—declaró

Vanucha.—Qué panorama más hermoso! Nadie puede figurárselo en nuestro país.

A causa de la veloz carrera de los caballos, las montañas parecían huir hacia el horizonte, con sus cumbres rosadas, que el sol levante hacía brillar. Las montañas, al principio, sólo causaron estupor á Olenín; luego se le hicieron placenteras, y, en fuerza de contemplar sus picos nevados que aparecían y desaparecían, no detrás de otras cordilleras, sino en la propia estepa, fué penetrándose de su hermosura y acabó por *sentir* las montañas. Ante ellas todo se desvaneció: ya no se presentaron los recuerdos de Moscova, el sonrojo y el pesar, ni las vulgares ilusiones del Cáucaso. Una especie de voz solemne parecía decirle: «Ya has comenzado la nueva vida». Como cosa de risa antojábasele ahora la carretera,

lo mismo que la línea del Terek, que serpenteaba en lontananza, las *stanitzas* y sus habitantes. Contempló el cielo y soñó en las montañas. Pensó en sí, miró luego á Vanucha y volvió á soñar en las montañas. Dos jinetes cosacos, con los fusiles en bandolera, cabalgaban rítmicamente detrás de ellos; veía como los caballos entreveraban sus patas grises y bayas, y luego pensaba en las montañas... Más allá del Terek columbrábase la humareda de un pueblecillo y luego las montañas... El sol naciente iluminaba el río á través de los cañaverales y luego las montañas... De la vecina *stanitza,* llegaba una carreta y avanzaban unas mujeres hermosas y jóvenes, y luego distinguíanse las montañas... Por la estepa corrían los *abreks*... «No me dan miedo, decíase Olenín; voy hacia ellos, tengo un fusil, fuerza y juventud» y ante su vista y su imaginación se presentaban siempre las montañas...

IV

En el Cáucaso

UNIFORMES son el carácter y la población de la comarca del Terek en que se hallan las *stanitzas* de Grebensk, de una extensión de unas ochenta *verstas*. Con sus aguas turbias deslízase rápidamente el Terek, que separa á los cosacos de los montañeses ó pobladores indígenas; pero su cauce es ancho en aquel lugar y fluye tranquilo por él. Su corriente va amontonando sin cesar la arena gris en su margen derecha, baja y poblada de cañaverales, al tiempo que va socavando su escarpada orilla izquierda, no muy alta, en la que se ven raíces de encinas seculares, plátanos que comienzan á pudrirse y arbustos jóvenes. En la orilla derecha se hallan los pueblos pacificados, bien que todavía un si es no es turbulentos, y en la orilla izquierda, á cosa de media *versta* del río, ocupando una extensión de ocho *verstas*, aparecen las *stanitzas*. La mayoría de éstas se hallaban antiguamente en la propia ribera, pero ahora el Terek las va corriendo, porque se desvía todos los años hacia el norte de las montañas. Ahora no se ven allí más que ruínas cubiertas de plantas, huertos abandonados con perales y tilos, entrelazados con zarzamoras y vides selváticas.

Ya nadie mora allí. Por la arena sólo se encuentra el rastro de ciervos, lobos, liebres y faisanes, que gustan de esos parajes. Por el bosque échase de ver el trazado de una carretera que conduce

de una á otra *stanitza*, viniendo á tener la longitud de un tiro de cañón. A su largo se extiende el cordón militar de los cosacos. Y en los puntos de observación, de trecho en trecho, vénse centinelas. La propiedad territorial de los cosacos consiste en una estrecha faja de tierra, forestal y fértil, de unas trescientas *sagenas* (1) de anchura. Al norte comienzan las tierras arenosas de las estepas de los Nogai ó de Mozdoksk, que suben y van á perderse, Dios sabe dónde, hasta las estepas de Trukhmen, de Astrakhán y Kirgiz-Kaisatzk; al sud de Terek, se encuentra la gran Thetchnia, la cordillera Kotchkalosovski, las Montañas Negras, que forman otra sierra y, más á lo lejos, las montañas de nieve, que sólo se alcanzan á ver en el horizonte, pero en las que nadie ha estado. En esa faja de tierra fértil y de espléndida vegetación, habita, desde tiempo inmemorial, ese pueblo ruso, guerrero, hermoso, creyente y rico que se apellida Cosacos de Grebensk. Los antepasados de estos creyentes de viejo fuste emigraron siglos atrás de Rusia y se instalaron entre los thetchenzes, al pie de Greben, primera cordillera forestal de la gran Thetchnia. Los cosacos, como vivían en contacto con los thetchenzes, acabaron por aliarse con ellos y adoptaron sus usos y costumbres. Ello no fué óbice para que mantuvieran la lengua rusa y la religión de sus mayores en su antigua pureza. Según una tradición, muy admitida por los cosacos, el Zar Ivan el Terrible, llegó un día al Terek y mandó comparecer ante él á los cosacos más ancianos de Greben; hízoles merced de las tierras que hay en la otra orilla del río y les comprometió á vivir en buena armonía con sus vecinos, en pago de lo cual les eximía de prestar juramento y les dejaba libres en su religión cismática. De ahí que los cosacos se precien ahora de parientes de los thetchenzes y se caractericen por su amor á la libertad, á la holganza, á la rapiña y á la guerra.

El poder de Rusia sólo se deja sentir en cierta presión que se les hace para las elecciones, en la supresión de campanas en sus capillas y en las tropas que se acantonan en sus *stanitzas* al cruzar el territorio. El cosaco no odia tanto al indígena montañés que mata á su hermano como al soldado que aloja en su casa para defender su *stanitza*, pues dice que le envenena la atmósfera de la cabaña con el tabaco que fuma (2). Respeta al enemigo montañés y desprecia al soldado, á quien mira como un intruso y un opresor. El verdadero mujik ruso es, para los cosacos, un ente extraño,

(1) Cada *sagena* equivale á 2 m. 134.
(2) Fumar tabaco es, para los cismáticos, un pecado capital.

salvaje y grosero. Lo juzgan en la persona de los buhoneros y emigrantes de Rusia Menor, á quienes los cosacos dan el nombre despectivo de *chapoval*. La suprema elegancia del cosaco estriba en imitar el traje del tcherkesse. Como las mejores armas se encuentran entre los montañeses, procuran tomárselas, á la vez que les roban sus caballos más hermosos. Todo buen cosaco se precia de poseer el *tártaro* (1) y, de hallarse un poco alegre, lo habla entre los suyos. No obstante, aquella reducida población cristiana, se las da de instruida y no considera como hombres más que á los cosacos, mirando con desdén á lós que no lo son, y eso que se halla como arrojada en un rincón de la tierra, rodeada de soldados y de musulmanes semi-salvajes. El cosaco se pasa la vida en el cordón ó en expediciones militares, en la pesca ó en la caza. No trabaja nunca en el hogar doméstico. Su estancia en la *stanitza* es por excepción ó por correr alguna francachela. Los cosacos tienen todos vino propio, y la embriaguez, más que un vicio, es una costumbre entre ellos, pues considerarían al abstinente como un apóstata. La mujer, para el cosaco, es fuente de bienestar y sólo permite que se divierta y viva ociosa á la joven soltera; pero obliga á la casada á trabajar toda la vida por él, hasta su vejez, tratándola á la manera oriental, por la sumisión y el trabajo. De ahí que la mujer se desarrolle notablemente, así en lo físico como en lo moral. Su autoridad en la familia, á pesar de su aparente obediencia, suele ser en Oriente mucho mayor que en Occidente. El ascendiente y fuerza que tiene en la familia, lo debe á su aportamiento, á la vida social y á la costumbre de rudos trabajos masculinos. Los cosacos, cuando se hallan á solas con ellas, se percatan de su supremacia y eso que juzgan bochornoso hablarles con ternura ó siquiera familiarmente ante extraños. Ella es quien adquiere casa, bienes y enseres, que mantiene, además, en buen estado de conservación con sus faenas y sus cuidados. Aun cuando se halle firmemente persuadido de lo humillante que es el trabajo para un cosaco, no correspondiendo el mismo sino al obrero nogai ó á la mujer, se da cuenta, sólo que vagamente, de que de la labor de ésta procede todo lo que le es provechoso á él y que llama «lo suyo»; por lo que la mujer, madre ó esposa, á la que considera como una criada, tiene poder para privarle de todo cuanto goza. Además, con la labor constante, pesada, masculina y los cuidados á ello inherentes, la mujer de Greben se forma un carácter especial, independiente y viril, desarrollando á la vez sus fuerzas físicas, su buen sentido, la destreza y la firmeza. Las mujeres de allí son, en su mayoría, más hermosas, fuertes, inteligentes y desarrolladas que los cosacos.

(1) El tártaro es el idioma nacional de los tcherkesses y de los thetchenzes.

La mujer de Greben es de una hermosura por demás sorprendente: ofrece la mezcla del tipo más puro del semblante circasiano con la ancha y poderosa corpulencia de la mujer del Norte. Las mujeres cosacas llevan traje tcherkesse, que consiste en la camisa tártara, el justillo bordado y las botas circasianas, poniéndose el pañuelo á la manera rusa. Tienen por costumbre la elegancia, y el aseo, la gracia en el vestir y la exquisita limpieza de la cabaña, son para ellas una costumbre y una necesidad de su vida. Las mujeres, y en particular las jóvenes solteras, disfrutan de una libertad completa en su trato con los hombres. La *stanitza* de Novomlinskaia era considerada como el centro de las poblaciones de los cosacos de Greben, cuyos antiguos usos se conservaban allí mejor que en cualquier otra *stanitza*. Además, las mujeres de allí eran reputadas por su belleza en todo el Cáucaso. Como medios de subsistencia, los cosacos tienen verjeles, huertas, viñedos, plantaciones de melones, de calabazas, de mijo y de maíz, amén de la pesca, la caza y los tributos militares.

La *stanitza* de Novomlinskaia se halla separada del Terek por un espeso bosque de tres verstas de longitud. A un lado del camino que cruza la *stanitza* se encuentra el río; del otro, vénse verdes viñedos, jardines frutales y, en lontananza, los bancos de arena de la estepa en que viven los nogais. La *stanitza* se halla circuída por una zanja y espinosos matorrales. Se entra y se sale de aquel recinto por una puerta alta y coronada con un techadito de juncos; junto á ella y sobre un montecillo se levanta un cañón antiguo, ya oxidado, que capturaron en otro tiempo los cosacos, sin que, en un siglo, haya disparado un cañonazo. A veces monta ó no monta allí la guardia á su voluntad un cosaco, de uniforme, armado con un sable y un fusil; y en ocasiones tributa ó no los honores militares á los oficiales que pasan, según se le antoja. Debajo del techo y fijo sobre la puerta hay un rótulo pequeño y blanco que lleva escrito en tinta negra: «266 casas, 877 hombres y 1.012 mujeres». Las casas de los cosacos se hallan asentadas sobre pies derechos, á una *archina* (1) de altura y á veces más; cubren cuidadosamente con juncos sus techos elevados. Si no todas aparecen nuevas, resultan de buena construcción, con graderías altas y estrechas, de forma diversa; no se hallan juntas las unas á las

(1) La *archina* equivale á 0 m. 71.

otras, sino agrupadas con amplitud y de modo pintoresco, formando calles y callejones. En muchas casas, detrás de la huerta y delante de las ventanas, claras y espaciosas, yérguese una joven acacia, de mayor altura que la cabaña, con su follaje límpido, con sus flores blancas y aromáticas, mientras que á su lado, los girasoles ostentan sus pétalos amarillos y trepan en derredor pámpanos silvestres y enredaderas. En la plaza pública hay tres pequeñas tiendas donde se venden telas de algodón, pepitas de tornasol, pan de higos y pasteles. Detrás de un alto paredón, colúmbrase una casa más capaz y mayor que las otras, con ventanas que se abren de par en par; es la del jefe del regimiento. Durante los días de la semana, con especialidad en verano, vése poca gente por las calles de la *stanitza*. Los cosacos prestan su servicio en el cordón ó en alguna expedición militar; los viejos se van de caza ó de pesca, si no ayudan á las mujeres á trabajar en los huertos y jardines. Y sólo permanecen en casa los muy ancianos, los niños y los impedidos.

V

La madre de Marianka

Hacía una tarde de esas que sólo se ven en el Cáucaso. Bien que el sol fuera escondiéndose detrás de los montes, había gran claridad y abarcaba ésta la tercera parte del cielo, en tanto la blancura mate de las montañas gigantescas prevalecía en la luz roja. El aire era vivo, fresco y sonoro. De los montes caía una ancha sombra, de algunas *verstas* de longitud, y se extendía por la estepa, en la cual, detrás del río, aparecían desiertos los senderos, pues rara vez veíanse pasar por allí hombres á caballo. Cuando esto sucedía, los cosacos del cordón y los thetchenzes los miraban con sorpresa, tratando de adivinar quiénes serían esas malas gentes. Al caer de la tarde, el miedo sobrecogía á los hombres y les obligaba á recogerse en sus casas, por manera que sólo los animales y las aves, como no temían al hombre, vagaban libremente por el desierto. Las mujeres de los cosacos, departiendo alegremente, dábanse prisa en regresar de los jardines á su casa, después de sujetar los cañizos. Los jardines, al igual de los alrededores, quedan despoblados. Las jóvenes solteras, con sus camisas abullonadas y con largas ramas en las manos, corren charlando regocijadamente á las puertas cocheras, á la vera del ganado, que se detiene en medio de una nube de polvo y de mosquitos arrastrados desde la estepa. Por las calles se dispersan las vacas

gordas y las búfalas, en tanto circulan por entre ellas las mujeres cosacas, con sus corpiños abigarrados. Oyense sus animadas chácharas, sus risas joviales y sus agudos clamores, que el berrear del ganado interrumpe. Allá vese á un cosaco á caballo y armado que, habiendo obtenido una licencia del cordón, se llega á su cabaña, se inclina á la ventana y da algunos golpes. No tarda en aparecer la testa linda de una mujer joven, que dice palabras risueñas y cariñosas. Más allá, colúmbrase á un trabajador nogal, andrajoso y de pómulos salientes, el cual acaba de traer cañas de la estepa y hace andar su carro, que chirría en el corral aseado y anchuroso de la casa del capitán, luego desengancha los bueyes, que menean la cabeza, y cambia algunas palabras tártaras con el amo. Cerca de la balsa que ocupa casi toda la calle y por delante de la cual pasan los hombres desde hace ya muchos años, una mujer joven, con los pies descalzos, con un haz de leña en el hombro y la falda arremangada más arriba de la pierna blanca, trepa con pena por detrás de los cercados, mientras la contempla y en son de broma le dice un cazador cosaco que pasa por allí: «Levántala un poco más, descocada!» La mujer baja sus faldas y deja caer la leña. Un viejo cosaco, con los pantalones levantados, con el pecho desnudo y gris, vuelve de la pesca y lleva en la espalda su red, en la que aun se agitan varios peces de lomo argénteo; y para llegar antes, trepa por la valla rota del vecino y tira de sus ropas, que se enganchan. Más allá, una mujer arrastra una rama seca y, en un rincón, óyense hachazos. Unos chiquillos lanzan sus pelotas por las calles, en todas las superficies planas, y gritan. Para no hacer rodeos, varias mujeres saltan por los vallados. Una humareda oliendo á *kiziak* (1) surge de todas las chimeneas. En los patios óyese el movimiento y la agitación predecesoras de la tranquilidad nocturna.

Ulitka, esposa del corneta cosaco, que es también maestro de escuela, hállase como las demás á la puerta del corral, donde aguarda el ganado que su hija Marianka hace entrar de la calle. No bien hubo abierto el cañizo, una búfala enorme tropezó, berreando, con el cañizo, hostigada por los mosquitos, dándose con la cola en los hijares; seguían detrás de ella las vacas hartas, cuyos grandes ojos parecían reconocer á la dueña.

Marianka, bella y graciosa, franqueó el ancho portal, volvió á cerrar el cañizo y, escapada, corrió á ordeñar el ganado en el

(1) Ladrillos de cieno seco, que hacen las veces de combustible en el Cáucaso.

corral. «Descálzate, hija del diablo, que estás echando á perder los zapatos!», clamó la madre.

No la enojó á Marianka en modo alguno el epíteto de «hija del diablo», antes lo tomó como una demostración de afecto, y prosiguió su faena alegremente. Una pañoleta rodeaba el semblante de Marianka, que llevaba camisa de color de rosa y un corpiño verde. Desapareció debajo del tejadillo del corral, en pos de una búfala gorda, y oyósela, desde allí, hablar con dulzura al animal. «Estate quieta! Pues ya está listo, madrecita mia!» Y á poco madre é hija regresaban del establo á la *izbuchka* (1). Ambas llevaban, cada una de por sí, jarros de leche ordeñada del día. De la chimenea de barro de la cabaña no tardaba en levantarse la humareda del *kiziak* y la leche se convertía en cuajo, en tanto la chica atizaba el fuego y la vieja salía á la puerta. El crepúsculo cubre ya la *stanitza*. El aire se halla impregnado del olor de las legumbres, del ganado y de la humareda del *kiziak*. Junto á las puertas y por todas las calles vénse correr mujeres con trapos ardiendo en la mano. Por el corral no se oye más que el jadear y el masticar uniformes del ganado, mientras por calles y patios resuenan voces de mujeres y niños. Muy contados son los días laborables en que se escuche el gritar de un hombre ebrio.

(1) Los cosacos llaman *izbuchka* (diminutivo de *izba*) á la alhacena ó despensa baja y fría en que se coloca y conserva la leche. La *izbuchka* sirve á veces de comedor.

Una mujer de cierta edad, alta y robusta, acércase al corral de enfrente, donde se halla *babuka* (1) Ulitka, y pide á ésta que le dé fuego. Lleva un trapo en la mano.

—Conque, abuela, lo tiene ya usted todo listo?—le pregunta.

—Mi hija está preparando el fuego. Necesita usted de él?—contesta Ulitka, gozándose en poder ser útil.

Ambas mujeres penetran en la cabaña; y, como sus manos rústicas no están hechas al manejo de objetos chicos, levantan temblorosamente la tapa de la preciosa caja de cerillas, que tan raras son en el Cáucaso.

La robusta cosaca, que indudablemente fué allá con ánimo de charlar, se sienta en el banco.

—Conque tu marido está en la escuela?—pregunta.

—Sí, está siempre enseñando á los chicos, madre. Tiene intención de venir por las fiestas!—contestó la esposa del corneta.

—Es hombre sabio, cosa siempre útil.

—Sí, indudablemente, es útil.

—Mi Lukachka, en cambio, se halla siempre en el cordón, sin que le den licencia,—dijo la recién venida. Bien que la esposa del corneta no lo ignore, la otra no puede menos que hablarle de su Lukachka, que se halla desde hace poco en el servicio militar y que ella desearía casar con Marianka, la hija del corneta.

—Conque, sigue en el cordón?

—Sí, se queda en él, madre. No ha vuelto á venir desde las fiestas. Ultimamente le he mandado las camisas por mediación de Fomuchkin. Dice que los jefes están contentos de él. Háblase de que por allí persiguen á los *abreks* (2). Me ha asegurado que Lukachka está muy bueno y muy alegre.

—Pues alabado sea Dios!—manifestó la mujer del corneta.—Es un *Urván* acabado.

A Lukachka le habían dado el apodo de *Urván*, por su arrojo, pues arrebató al río, ó mejor, salvó *(urval)* á un niño cosaco; y, para ser agradable á la madre de Lukachka, la esposa del corneta le recordaba esto.

—Doy gracias á Dios, madre, por haberme dado un buen hijo, que es un excelente muchacho, en concepto de todos. Si logro que se case, moriré tranquila,—dijo la madre de Lukachka.

—Pues chicas no faltan en la *stanitza!*—contestó la ladina

(1) *Babuka*, que significa literalmente abuela, es un nombre que se aplica á toda mujer que haya tenido hijos.

(2) Nombre de los thetchenzes no sojuzgados que, con el propósito de saquear y robar, pasaban á la orilla rusa del Terek.

mujer del corneta, cerrando cuidadosamente, con sus dedos resquebrajados, la tapa de la caja de cerillas.

—Oh, muchas hay, muchas hay!—manifestó la madre de Lukachka, meneando la cabeza.—Pero Marianka es la mujer que habría que buscar entre un montón.

La esposa del corneta estaba al corriente de las intenciones de la madre de Lukachka y, aunque éste era de veras un buen cosaco, eludía esa conversación: primero, porque era esposa del maestro y muy rica, mientras que Lukachka era huérfano de un mero cosaco; segundo, porque no quería separarse tan pronto de su hija, pues así lo requerían de modo especial sus necesidades caseras.

—Bah! Cuando Marianka se haga vieja, será una chica como las demás,—declaró con aire de reserva y de modestia.

—Mandaré el casamentero, para después de la vendimia y vendremos á saludar la gracia de Dios y también á Hía Vasilievitch,—dijo la madre de Lukachka.

—Por qué á Hía?—preguntó con arrogancia Ulitka.—A mí es á quien hay que hablar. Tendremos tiempo para todo.

Ante la expresión severa de la mujer del corneta, la madre de Lukachka comprendió lo imprudente que sería proseguir. Encendió el trapo con la cerilla y, levantándose, dijo:

—No se te olvide, madre; recuerda tus palabras. Me voy. Tengo que encender fuego,—añadió.

Mientras cruzaba la calle y agitaba el trapo encendido en el extremo de su brazo tieso, encontróse con Marianka y ésta la saludó.

—Guapa chica y buena trabajadora,—pensó contemplando á la joven. Por qué esperar que envejezca! Es tiempo ya que se case con alguien de buena familia! Es tiempo ya que tome á Lukachka por marido!

Ulitka tenía también sus planes; permaneció sentada en el dintel de la puerta, cavilando, hasta que su hija la llamó.

VI

El joven Lukachka

La población varonil de la *stanitza* se pasa la existencia en expediciones militares, en el cordón ó en los puestos de guardia, como dicen los cosacos. El propio Lukachka, el *Urván* de que hablaban las comadres de la *stanitza,* se hallaba de centinela en el punto de observación del cuartelillo de Mijné-Prototzk, situado á orillas del propio Terek. Apoyado en la barandilla del cuartelillo y guiñando el ojo, contemplaba y de vez en cuando hablaba á los cosacos, sus compañeros, que se hallaban lejos, al otro lado del Terek ó más abajo. El sol llegaba casi á tocar la cordillera de montañas cubiertas de nieve; veíase como ésta se destacaba por encima de las nubes rizadas, cuyas ondulaciones iban formando sombras por su falda cada vez más espesas. El aire tenía la transparencia de la tarde. De la selva agreste venía un poco de fresco; pero cerca del cuartelillo hacía aun calor. Las voces de los cosacos, cuando estos hablaban entre sí, retumbaban más sonoras que de costumbre. Toda la masa movediza del Terek, oscura y rápida, parecía separarse de las orillas inmóviles. El río comenzaba á decrecer y, de trecho en trecho, veíase la arena mojada, por las orillas y entorno de los bancos. Enfrente mismo del cordón, por la orilla opuesta, todo aparecía desierto, no viéndose sino innumerables cañas bajas, que se hallaban diseminadas hasta

las mismas montañas. Un tanto al sesgo, por la orilla baja, columbrábanse las casas de arcilla, con los techos llanos y las chimeneas en embudo de la aldea thetchenze. El cosaco apostado en el punto de observación seguía con mirada penetrante las figuras bulliciosas de las mujeres thetchenzes, con sus vestidos de verde y rojo, que se veían desde lejos, por entre la humareda vespertina del pacífico pueblecillo.

En el cordón no se tomaban precauciones excepcionales, á pesar de que los cosacos aguardaban de un momento á otro la presencia ó el ataque de los abreks, por el lado de los tártaros, especialmente en mayo, cuando es tanta la espesura del bosque circundante del Terek, que se hace difícil cruzarlo á pie, y cuando el río se halla también tan bajo, que no es posible pasarlo á nado; y eso que dos días antes se había, además, presentado un cosaco á caballo con un mensaje del jefe del regimiento, el cual anunciaba que, según informes de los espías, una partida de ocho hombres estaba por cruzar el Terek, por lo que había que redoblar la prudencia. Los cosacos, lo mismo que cuando se hallaban en la aldea, no habían ensillado sus caballos ni se hallaban armados, dándose á la pesca, á la caza ó á la bebida. Sólo se hallaba ensillado el caballo del cosaco de servicio, cual caballo pacía en las lindes del bosque, y sólo los centinelas se hallaban de uniforme, con la espada y el fusil. En el dintel de la cabaña se hallaba sentado el *uriadnik* (1), alto, delgado, de luengo busto, de piernas y brazos cortos, con la chaqueta desabrochada. Ofrecía la expresión de holgazanería de un jefe y cerraba con tedio los ojos, balanceando su cabeza de una mano á otra. Cerca del río se hallaba tendido un cosaco de cierta edad, con su barba poblada, negra y grisácea, con una mera camisa ajustada por una correa negra como el vestido, y contemplaba muellemente el Terek monótono, borboteante y turbio. Otros, abrumados por el calor y semi-desnudos, lavaban ropa blanca en el Terek; los había que tarareaban canciones, tendidos sobre la arena ardiente de la orilla.

Un cosaco, de semblante delgado y curtido, estaba á las claras ebrio como una uva y se hallaba tendido de espaldas, cerca de la pared de la cabaña, en la que dos horas antes hacía sombra y donde á la sazón caían los rayos oblícuos y todavía abrasadores del sol.

Lukachka, que se hallaba de vigía, era un mozo de veinte años, alto y guapo, muy parecido á su madre. Su semblante y toda su persona, á pesar del encogimiento de la juventud, denunciaban

1) *Uriadnik*, jefe del destacamento de cosacos, con grado de sargento.

mucha fuerza física y moral. Por la expresión tranquila de su rostro y su firme apostura, bien que recién entrado en el servicio, echábase en él de ver el aspecto marcial y un tanto altivo de los cosacos y de los hombres avezados á llevar armas, advirtiéndose asímismo que se daba cuenta de su valor. Sus holgadas ropas estaban andrajosas de tanto ir de acá para allá; llevaba el gorro echado hacia atrás, á la thetchenze, y las altas botas más abajo de las rodillas. Si sus prendas no eran ricas, le prestaban, sin embargo, la elegancia peculiar de los cosacos que imitan á los montañeses y á los thetchenzes. El verdadero indígena viste siempre con holgura, con descuido y hasta de modo andrajoso, ostentando sólo riqueza en las armas; pero aquellos trajes en girón y las armas se hallan dispuestas de tal modo que llaman al punto la atención, en el cosaco lo mismo que en el montañés. Lukachka tenía el aspecto ese.

Apoyándose de espaldas y guiñando los ojos, contemplaba fijamente el pueblucho lejano. Las facciones de su semblante, á observarse en detalle, no eran bellas; pero no podía menos que exclamarse: «Qué guapo mozo!» en viendo el conjunto de su cuerpo elegante, y su faz inteligente, con unas cejas muy negras.

—Cuántas mujeres, cuántas mujeres en el pueblo!—dijo con voz penetrante, sin dirigirse á nadie, mostrando perezosamente sus dientes blancos y brillantes.

Nazarka, que se hallaba abajo, levantó presuroso la cabeza y objetó:—A buen seguro que vienen por agua.

—Si las amedrantáramos con nuestros fusiles, qué bromazo!—dijo Lukachka riendo.—Cómo se alborotarían!

—Tu fusil no alcanzaría tan lejos.

—Aun creo que pasaría. Aguarda un poco, que ya llegará mi fiesta. Iré á tomar cerveza en casa de Guirei-Khan—prosiguió Lukachka, expulsando, airado, los mosquitos que le rodeaban.

Por el bosque oyóse un susurro que llamó la atención de los cosacos. Un extraño perro de caza, que husmeaba una huella y agitaba su cola sin pelo, corría hacia el cordón.

Lukachka reconoció al perro de su vecino, el tío Erochka, á quien vió, detrás de aquél, avanzando por el bosque.

El tío Erochka era un cosaco de alta estatura, con una barba poblada, toda blanca, con un pecho y unos hombros muy anchos, que le daban aspecto de hombre alto, en el bosque, donde no podía comparársele con nadie, dado lo proporcionados que eran sus miembros robustos. Iba vestido con un traje haraposo, arremangado y calzaba *porchni* (1) de piel de ciervo, con cordeles por ligadura. Cubría su cabeza un gorro blanco, de pelo erizado. Llevaba á cuestas unos aparatos para la caza del faisán, un saco con un pollo y otro pájaro para cebar el buitre. En el hombro, sostenido por una correa, llevaba un gato montés que había matado. En la cintura, por detrás, llevaba un saco con balas, pólvora y pan, una cola de caballo para ahuyentar los mosquitos, un gran puñal con la vaina deteriorada y manchada de sangre seca, y dos faisanes muertos. Al hallarse frente el cordón, detúvose.

—Eh! Liam!—gritó al perro, con una tal voz de bajo, que su eco repercutió por el bosque, á lo lejos; después, colocando en el hombro el fusil con pistón que los cosacos llaman *flinta*, levantó un poco su gorro.

—Buenos días, buenas gentes! Hola!—dijo á los cosacos, con voz alegre y natural, pero tan fuerte, que parecía que interpelaba á alguien, al otro lado de la orilla.

—Buenos días, tío Erochka, buenos días!—contestaron jovialmente, de diversos puntos, las voces juveniles de los cosacos.

—Qué habéis visto? Decid!—exclamó Erochka enjugándose con la manga del vestido el sudor que corría por su largo y encarnado rostro.

—Mira que gavilán hay escondido en el árbol. Todas las tardes revolotea por aquí,—dijo Nazarka guiñando el ojo y moviendo convulsivamente la espalda y piernas.

—Ah! Picaronazo!—repuso el viejo con desconfianza.

—Es cierto, ponte en acecho!—añadió Nazarka sonriendo.

El cosaco se echó á reir.

El rapaz no había visto á gavilán alguno, pero de algún tiempo tenían la costumbre los jóvenes cosacos de zarandear y engañar á Erochka cuando iba á hacerles compañía en el cordón.

—Qué necio, no sirve más que para mentir!—dijo Lukachka desde su puesto dirigiéndose á Nazarka. Este calló.

—Hay que aguardar la bestia, yo velaré,—murmuró el viejo con gran alegría de los cosacos.—Y no habéis visto jabalíes?

—Eso no es tan fácil,—dijo el *uriadnik*, contento de la ocasión que para divertirse se le presentaba, mientras se volvía y frotaba su espalda con ambas manos.—Aquí hay que coger abreks y no jabalíes. Tu no has oído nada?—Agregó guiñando los ojos al tiempo mismo que enseñaba su dentadura blanca y fuerte.

(1) Los *porchni* son zapatos de piel en bruto que sólo pueden ponerse mojándolos.

—Los abreks? No, nada he oído—dijo el anciano.—Qué, no tienes vino? Dame de beber, buen hombre, que estoy muy cansado... Espera un poco y te traeré caza, te lo prometo. Dame de beber!—repitió.

—Pero, te quedas aquí?—preguntó el *uriadnik*, como si no hubiera entendido las palabras del viejo.

—Aquí pasaré la noche—contestó Erochka.—Para la fiesta espero que Dios me dará algo y te lo traeré, con seguridad.

—Oye, oye!—gritó desde arriba Lukachka llamando la atención de los cosacos que se volvieron hacia él.—Ve allá, al torrente y encontrarás un magnífico rebaño. No es broma. Hace poco un cosaco ha muerto un jabalí,—añadió arreglándose el fusil á la espalda y con una voz tal que demostraba la veracidad de su aserto.

—Eh, Lukachka, Urván! Estás ahí?—dijo el viejo mirando arriba.—Dónde ha sido muerto?

—No me habías visto? Cierto que soy muy pequeño—dijo Lukachka.—Ha sido cerca de la zanja—y añadió muy serio y moviendo la cabeza.—Pasábamos por la zanja cuando oigo un ruído... pero mi fusil estaba enfundado. Ilaska tiró... Yo te enseñaré el sitio, no está lejos. Espera un poco; conozco bien el camino. Mocev!—gritó con aire decidido, casi imperioso, dirigiéndose al *uriadnik*—es hora del relevo.—Y cogiendo su fusil sin esperar otra orden abandonó el puesto de guardia.

—Baja—contestó el *uriadnik* después de lanzar una mirada investigadora entorno suyo. Te toca á tí, Gurka? Quita!... Buena pieza está hecho tu Lukachka—añadió dirigiéndose al viejo;—como tú, no puede parar en casa. El otro día mató un jabalí.

VII

La guardia nocturna

Habíase puesto el sol y las sombras nocturnas descendían con rapidez del lado de la selva. Los cosacos, terminado su servicio en el cordón, preparábanse á cenar en la cabaña. Sólo el viejo quedaba en la selva tirando de la cuerda á la cual estaba atada la pata del ave destinada á servir de reclamo al gavilán. Este permanecía en el árbol sin bajar á coger el pollo. Lukachka, sin impacientarse, preparaba lazos para los faisanes y se paseaba cantando una canción tras otra. Apesar de su elevada estatura y largos brazos, toda labor grande ó pequeña parecía fundirse en las manos de Lukachka.

—Eh, Luka! Los cosacos se han ido á cenar,—díjole desde no muy lejos del soto la voz aguda de Nazarka.

Y apareció en el sendero abriéndose paso á través de los espinos, llevando bajo el brazo un faisán vivo.

—Ah!—exclamó Lukachka cesando de cantar.—Dónde has cogido ese animal? En mi lazo probablemente.

Nazarka tenía la misma edad que Lukachka y también había entrado al servicio en la primavera. Era feo, delgado, huesudo, con una voz chillona que hería los oídos. Lukachka y él eran vecinos y compañeros. Lukachka sentado sobre la hierba, á la tártara, arreglaba las redes

—Los abreks? No, nada he oído—dijo el anciano.—Qué, no tienes vino? Dame de beber, buen hombre, que estoy muy cansado... Espera un poco y te traeré caza, te lo prometo. Dame de beber!—repitió.

—Pero, te quedas aquí?—preguntó el *uriadnik*, como si no hubiera entendido las palabras del viejo.

—Aquí pasaré la noche—contestó Erochka.—Para la fiesta espero que Dios me dará algo y te lo traeré, con seguridad.

—Oye, oye!—gritó desde arriba Lukachka llamando la atención de los cosacos que se volvieron hacia él.—Ve allá, al torrente y encontrarás un magnífico rebaño. No es broma. Hace poco un cosaco ha muerto un jabalí,—añadió arreglándose el fusil á la espalda y con una voz tal que demostraba la veracidad de su aserto.

—Eh, Lukachka, Urván! Estás ahí?—dijo el viejo mirando arriba.—Dónde ha sido muerto?

—No me habías visto? Cierto que soy muy pequeño—dijo Lukachka.—Ha sido cerca de la zanja—y añadió muy serio y moviendo la cabeza.—Pasábamos por la zanja cuando oigo un ruído... pero mi fusil estaba enfundado. Ilaska tiró... Yo te enseñaré el sitio, no está lejos. Espera un poco; conozco bien el camino. Mocev!—gritó con aire decidido, casi imperioso, dirigiéndose al *uriadnik*—es hora del relevo.—Y cogiendo su fusil sin esperar otra orden abandonó el puesto de guardia.

—Baja—contestó el *uriadnik* después de lanzar una mirada investigadora entorno suyo. Te toca á tí, Gurka? Quita!... Buena pieza está hecho tu Lukachka—añadió dirigiéndose al viejo;—como tú, no puede parar en casa. El otro día mató un jabalí.

VII

La guardia nocturna

Habíase puesto el sol y las sombras nocturnas descendían con rapidez del lado de la selva. Los cosacos, terminado su servicio en el cordón, preparábanse á cenar en la cabaña. Sólo el viejo quedaba en la selva tirando de la cuerda á la cual estaba atada la pata del ave destinada á servir de reclamo al gavilán. Este permanecía en el árbol sin bajar á coger el pollo. Lukachka, sin impacientarse, preparaba lazos para los faisanes y se paseaba cantando una canción tras otra. Apesar de su elevada estatura y largos brazos, toda labor grande ó pequeña parecía fundirse en las manos de Lukachka.

—Eh, Luka! Los cosacos se han ido á cenar,—díjole desde no muy lejos del soto la voz aguda de Nazarka.

Y apareció en el sendero abriéndose paso á través de los espinos, llevando bajo el brazo un faisán vivo.

—Ah!—exclamó Lukachka cesando de cantar.—Dónde has cogido ese animal? En mi lazo probablemente.

Nazarka tenía la misma edad que Lukachka y también había entrado al servicio en la primavera. Era feo, delgado, huesudo, con una voz chillona que hería los oídos. Lukachka y él eran vecinos y compañeros. Lukachka sentado sobre la hierba, á la tártara, arreglaba las redes

—No sé en qué lazo; en el tuyo sin duda, es verdad.

—Detrás del hoyo, cerca del plátano? Sí, es el mío, lo tendí ayer.

Lukachka se levantó examinando el faisán capturado. Pasó la mano sobre la cabeza azul oscuro del ave, que alargando el cuello con espanto cerraba los ojos, y lo estrechó con ambas manos.

—Hoy comeremos un buen arroz; mátalo y enseguida lo desplumas.

—Pero, nos lo comeremos nosotros ó se lo daremos al *uriadnik?*

—Oh! Ya tiene él bastante!

—Tengo miedo de matarlo,—dijo Nazarka.

—Tráelo aquí.

Lukachka sacó un cuchillito que llevaba oculto debajo del puñal y rápidamente lo hundió en el cuello del ave. Esta se agitó

violentamente, pero apenas tuvo tiempo de tender las alas, que ya su cabeza ensangrentada se torcía á un lado.

—Ahí tienes cómo se hace,—dijo Lukachka tirando el ave.—Haremos un buen arroz.

Nazarka miró al faisán y se extremeció.

—Has oído decir, Lukachka, que «ese diablo» nos envía nuevamente de espionaje—dijo tomando el faisán. El epiteto de diablo aplicábalo al *uriadnik*.—Hoy correspondía á Fomuchkin y le ha enviado á buscar vino. Cuántas noches hemos hecho la guardia! Nosotros nos cargamos su servicio.

Lukachka se dirigió silbando hacia el cordón.

—Coge la cuerda—objetó.

Nazarka obedeció.

—Hoy mismo se lo diré; sin falta, sí, se lo diré—continuó Nazarka.—Digámosle que no vamos porque el cansancio nos mata. Díselo y te escuchará. De lo contrario, qué va á ser de nosotros!

—Ah! no hay más que hablar—dijo Lukachka, visiblemente preocupado en otra cosa.—Qué importa! Bueno, si nos dejasen en la *stanitza* por la noche. Allí uno se divierte; pero aquí, qué? Estar en el cordón ó de espionaje, es lo mismo.

—Y piensas ir á la *stanitza?*

—Sí, para las fiestas.

—Gurka ha dicho que tu Dunaika se distrae con Fomuchkin, —dijo Nazarka cambiando de conversación.

—Que el diablo se la lleve!—respondió Lukachka enseñando el marfil de sus dientes, pero sin sonreir.—Acaso no encontraré otra?

—Gurka dijo: «Estuve en su casa y el marido se hallaba ausente. Allí ví á Fomuchkin comiendo pasteles». Permaneció un momento y luego fué á escuchar debajo de la ventana. Ella decía: «Ya se fué ese diablo; por qué, querido mío, no comes pasteles? No vayas á dormir á tu casa». Y Gurka gritó por la ventana: «Muy bien!»

—Mientes!

—Es verdad, te lo juro.

Lukachka calló un momento; luego añadió:

—Y qué; si encuentra otro, que el diablo cargue con ella, sobran mozas. Sobre todo, ya me tenía aburrido.

—Qué guapo eres!—dijo Nazarka.—Deberías cortejar á Marianka, la hija del corneta. Porque esa no se divierte con nadie!

Lukachka frunció el entrecejo.

—Marianka es como las otras.

—Pues bien, inténtalo!

—Y qué, crees que faltan mozas en la *stanitza?*

Y Lukachka se puso á silbar y cortar ramas mientras caminaba hacia el cordón. De pronto se detuvo ante un arbolillo magnífico, y viendo que era recto y liso, sacó el cuchillo de debajo del

34874

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEX.

puñal y lo cortó de un tajo.—Esta será una buena baqueta—dijo hiriendo el aire con la rama.

Los cosacos cenaban sentados en tierra á la puerta de la cabaña, rodeando una mesa tártara. Preguntóles á quién correspondía ir de *escucha*.

—Quién va hoy de servicio?—gritó uno de ellos dirigiéndose al *uriadnik* por la puerta entreabierta.

—A quién toca?—respondió éste.—Han estado Burlak y Fomuchkin,—y añadió como distraído,—Irás tú y Nazar, no es cierto?—dijo á Luka,—y Erguchov os acompañará; supongo que habrá despertado.

—Pero tú no te despiertas... Por qué ha de abandonar él su sueño?—dijo Nazarka á media voz.

Los cosacos se echaron á reir.

Erguchov era el cosaco que, completamente ebrio, dormía cerca de la cabaña. Acababa de despertar y entraba en el vestíbulo restregándose los ojos.

Lukachka, en pie, limpiaba su fusil.

—Terminad vuestra charla cuanto antes, cenad y partid,—dijo el *uriadnik*. Y sin esperar que le obedeciesen cerró la puerta, al parecer poco seguro de la obediencia de sus subordinados.—Si no hubiese orden seria á nadie enviaría; pero, según dicen, ocho abreks han atravesado el río.

—Y bien. Hay que ir,—dijo Erguchov;—es la orden que tenemos y hay que cumplirla; imposible abstenerse por el momento; creo que es mejor partir.

Entretanto Lukachka cogiendo con dos manos un trozo de faisán que llevaba á la boca, miraba ora al *uriadnik* ora á Nazarka, mostrándose al parecer indiferente á cuánto oía y riendo de todos. Todavía estaban los soldados en la estancia cuando Erochka, que hasta entonces había estado de acecho en el bosque, penetró en el oscuro vestíbulo.

—Muchachos!—dijo con voz de bajo que cubría todas las otras,—voy con vosotros; unos á esperar thetchenzes, otros á los jabalíes.

VIII

En el nombre del Padre...

Era ya completamente de noche cuando Erochka y tres cosacos del cordón, envueltos en sus *burkas* (1) y el fusil á la espalda, subieron Terek arriba para establecerse en el lugar del *secreto*. Nazarka no quería ir; pero Lukachka le increpó, y finalmente emprendieron la marcha. Después de haber andado algunos pasos en silencio entraron en un sendero apenas perceptible entre los cañaverales, y aproximáronse al Terek. El agua había dejado en la orilla un gran madero sumergido que aparecía rodeado de cañas recientemente cortadas.

—Esperamos aquí?—preguntó Nazarka.

—Por qué no?—respondió Lukachka.—Siéntate aquí y espera, que vuelvo enseguida; voy á enseñar al viejo el lugar dónde cayó el jabalí.

—Este sitio es excelente; no se nos ve y lo percibimos todo,—dijo Erguchov.—Sí, quedémonos aquí; es el mejor sitio.

Nazarka y Erguchov tendieron sobre la hierba sus *burkas* é instaláronse cerca del madero. Lukachka se alejó con Erochka.

—Es aquí cerca,—dijo Lukachka marchando despacio delante del viejo;—yo te enseñaré por dónde ha pasado. Soy el único que lo sabe.

(1) Capa de pieles que usan los habitantes del Cáucaso.

—Muéstramelo. Urván, eres un buen chico!—murmuraba el viejo.

Después de algunos pasos Lukachka se paró ante una charca y comenzó á silbar.

—Ves? por aquí pasaron al ir á beber,—cuchicheó enseñando el rastro reciente.

—Cristo te guarde!—exclamó el anciano.—El jabalí vendrá al *kotluban* (1) por detrás de la zanja,—añadió.—Yo me quedo y tú puedes marcharte.

Lukachka cogió la *burka* y siguió solo á lo largo de la orilla mirando con rapidez tanto á derecha como á izquierda, ora al cañaveral, ora al Terek que murmuraba sordamente á su lado. «Tal vez ellos vigilan», díjose pensando en los thetchenzes. De pronto, un ruído y el rumor del agua al chocar con un cuerpo, hiciéronle extremecer y empuñar su carabina.

Destacóse sobre la argentina superficie la oscura silueta de un jabalí, que desapareció entre las cañas. Lukachka le encaró el fusil; pero no tuvo tiempo para disparar y lleno de despecho se alejó. Otro silbido se escuchó y continuó avanzando hacia dónde estaban sus compañeros. Nazarka arrebujado dormía ya. Erguchov, sentado sobre sus piernas cruzadas, hízole sitio á un lado.

—No se está aquí del todo mal,—dijo;—el sitio no puede ser mejor. Le has acompañado?

—Sí, le he guiado,—contestó Lukachka dejando su fusil en el suelo.—Oiste? Hace un momento, en la misma orilla, he levantado un jabalí. Quizás sea el mismo.

—Oí un rumor y pensé enseguida: «Lukachka ha espantado alguna pieza». Y envolviéndose en la *burka,* añadió Erguchov:—Ahora dormiré y cuando cante el gallo me despiertas para que tú descanses. Hay que proceder con método.

—Muchas gracias,—repuso Lukachka,—no quiero dormir.

La noche estaba templada, oscura, agradable. Del lado de la montaña aparecía el horizonte cubierto, casi en toda su extensión, por una espesa nube que se alejaba lentamente descubriendo la estrellada bóveda celeste. Delante corría el Terek, rodeando la tupida estepa. De vez en cuando, sin causa aparente, movíanse las cañas entrechocándose. Sus plumeros, destacando sobre el fondo del cielo, semejaban un grupo de árboles.

A sus pies se deslizaba la corriente con torbellinos en la orilla, y más allá, chocando con los bancos de arena, murmuraba y desaparecía confundiéndose en el fondo del horizonte, cual negra mancha, el agua, la orilla y la nube.

(1) Nombre del hoyo ó charca donde el jabalí se revuelca para endurecer su piel.

Negras sombras corrían sobre el agua, y el ojo experto del cosaco reconocía que eran ramas secas arrancadas de las márgenes. A largos intervalos iluminaba la opuesta orilla, con sombrío reflejo, la luz de un relámpago.

Los vagos ruídos de la noche, el rumor del cañaveral, los ronquidos de los cosacos, el zumbido de los mosquitos, el murmullo del agua, turbábalos de vez en cuando la ligera detonación de un fusil, el ruído de una piedra al caer en el agua, el cabrilleo de un pez ó el crugido de las ramas producido por algún animal que se hundía en la espesura.

Un buho, revoloteando á lo largo de los márgenes del Terek, llegó sobre los cosacos y tendiendo su vuelo hacia el bosque, dejó oir por largo tiempo el ruído cadencioso de sus alas que entrechocaban, y un aleteo más rápido al ir á posarse sobre algún viejo plátano.

A cada uno de estos inesperados rumores, el cosaco, aguzaba el oído y entornaba los ojos acariciando su fusil.

Avanzaba la noche; el oscuro nubarrón corriendo hacia el Occidente dejó entrever por sus desgarrones el cielo puro, estrellado, y allá sobre la montaña apareció la luna brillando cual un cuerno de oro comunicando á todo un rojo resplandor. Hacía fresco. Nazarka se despertó, habló y volvió á dormirse. Lukachka se aburría; levantóse, tiró de un pequeño cuchillo que tenía debajo del puñal y cortó una rama para hacerla servir de baqueta.

Multitud de ideas acudían á su cerebro: Cómo los thetchenzes viven allá en las montañas? Y vienen hasta aquí sin miedo á los cosacos. Cómo pueden ganar la orilla? y fijaba su vista á lo largo de la corriente, pero sin ver nada. Escudriñando el río y sus lejanas márgenes que á la tibia luz de la luna apenas si se distinguían de la corriente, abandonó su meditación y esperó el momento de despertar á los compañeros para volver á la *stanitza.* Se le representaba á Lukachka *su almife,* como llaman los cosacos á sus queridas y pensó en ella con despecho. Anunciaba el día: la plateada niebla enblanquecía el agua y cerca los aguiluchos lanzaban agudos gritos y agitaban las alas. Por fin á lo lejos, en la *stanitza,* oyóse el canto de un gallo, luego otro canto prolongado al cual respondieron nuevos gritos.

«Es hora de despertarlos», pensó Lukachka al terminar la limpieza de su fusil y sintiendo pesadez en los ojos. Volvióse hacia

sus compañeros buscando el cuerpo al que pertenecían las piernas que veía, pero al mismo tiempo oyó un ruído extraño del otro lado del Terek y volvióse hacia el horizonte cubierto de blanquecinas montañas, hacia el creciente lunar, hacia la línea opuesta del río, hacia el Terek, hacia las ramas que arrastraba y que en aquel momento se mostraban muy distintamente. Parecióle que estaba en movimiento y que las ramas y el río permanecían inmóviles. Pero aquello no duró más que un segundo. Nuevamente fijó su vista, y una gran rama negra con sus hojas llamó extraordinariamente su atención. Sin inclinarse, sin girar, la rama flotaba de singular manera en el centro del río. Hasta parecióle que no seguía la corriente sino que cortaba oblícuamente el río de arriba abajo. Lukachka con el cuello tendido, seguíala con curiosidad. La rama se aproximó á un banco de arena, paró é hizo unos movimientos extraños. Lukachka creyó ver una mano que salía de debajo de la rama. «Ah, si yo solo matase un abrek!» pensó. Cogió el fusil y con tanto sigilo como rapidez, colocó sobre dos ramas cruzadas el cañón del arma, levantó el gatillo sin hacer el menor ruído y apuntó sin perder de vista al enemigo. «Yo los mato á todos» se dijo. No obstante, su corazón latía con tal violencia que hubo de detenerse y escuchó. De pronto la rama giró y emprendió la marcha en dirección á la orilla donde estaba la guardia. «No hay que errar el golpe!» pensó; y luego... á la débil luz de la luna vió debajo de la rama la cabeza de un tártaro. Dirigió el fusil recto hacia la cabeza. Parecióle que la tenía junto á la punta del cañón. Miró por encima. «Sí, es un abrek» dijo con alegría y arrodillándose bruscamente echóse el arma á la cara, miró bien la guía apenas visible que tenía en la punta y, siguiendo una costumbre que los cosacos adquieren en su infancia, dijo: «En el nombre del Padre y del Hijo...» y dejó caer el gatillo.

Una luz brillante iluminó por unos instantes el agua y los cañaverales. El sonido seco y corto del disparo repercutió sobre el río, perdiéndose á lo lejos y trasformándose en un ruído formidable. La rama ya no marchaba contra la corriente, sino que arrastrada por las aguas seguía su dirección.

—Alto!—gritó Erguchov acariciando su fusil y poniéndose encima del madero.

—Calla, demonio, que son los abreks!—dijo Luka apretando los dientes.

—Contra quién has tirado?—preguntó Nazarka.—A quién has matado?

Lukachka no contestó, cargó su fusil y siguió con la vista

la rama que se alejaba. Esta se paró no lejos sobre un banco de arena y apareció una masa negra flotando sobre el agua.

—Contra quién has tirado? Por qué no nos avisaste?—preguntaron nuevamente los cosacos.

—He dicho que contra los abreks,—repitió Lukachka.

—Basta de tonterías! Acaso se ha disparado el arma por sí sóla?

—He muerto un abrek, eso es lo que he hecho,—dijo Lukachka con voz agitada por la emoción, poniéndose en pie.—El hombre nadaba...—dijo señalando al islote.—Le he muerto! Mirad allí.

—Tú ves visiones!—repetía Erguchov restregándose los ojos.

—Cómo! Basta ya!—dijo Lukachka; y cogiéndole por la espalda le hizo girar con tal violencia, que Erguchov lanzó un quejido.

Erguchov miró en la dirección que le mostraba Lukachka y viendo el cadáver, cambió súbitamente de tono.

—Ah, ah! seguro que vendrán otros tras él—dijo por lo bajo, examinando su fusil.—Ese que nadaba era el explorador. Ya están aquí ó no muy lejos del otro lado; creedme.

Lukachka desabrochó su cinturón y empezó á desnudarse.

—Qué haces, necio?—gritó Erguchov—Inténtalo y te pierdes. Es justamente lo que digo. Si le has muerto ya no escapa. Dame un poco de pólvora. Tienes tú? Nazarka, ve inmediatamente al cordón, pero no sigas la orilla, porque te matarían, seguramente.

—Ah! Eso es, iré solo! Bien puedes ir tú!—dijo Nazarka malhumorado.

Lukachka despojóse de sus vestiduras y se aproximó á la orilla:

—No vayas, te digo!—añadió Erguchov llenando de pólvora el cañón del fusil.—Mira como no se mueve, ahora ya veo. Pronto será de día y del cordón vendrán en nuestra ayuda. Qué temes, Nazar? No tengas miedo.

—Luka, eh! Luka—dijo Nazarka—cuéntanos cómo le has muerto.

Luka, dispuesto primero á arrojarse al agua, cambió de resolución.

—Id los dos al cordón y yo me quedo. Decid á los cosacos que les salgan al encuentro, si han atravesado... Hay que cogerlos.

—Digo que no escaparán!—agregó Erguchov, poniéndose en pie.—Hay que cogerlos, seguramente.

—Espera, Luka, no te muevas—dijo Erguchov—de lo contrario te matarían. Cuidado con moverte.

—Vete, ya lo sé—respondió Luka, y mirando su fusil escondióse tras el madero.

Erguchov y Nazarka se levantaron y haciendo el signo de la cruz, marcharon al cordón, pero sin seguir la orilla; y abriéndose camino á través del cañaveral llegaron al sendero que marcaba la selva.

Lukachka, solo, sentado, sin apartar la vista del banco de arena, escuchaba atentamente esperando á los cosacos; pero había gran trecho hasta llegar al cordón y la impaciencia le atormentaba, temiendo desapareciesen los abreks que acompañaban á su víctima. Contra esos enemigos que suponía iban á comparecer, sentía un desprecio parecido al que la víspera le había animado contra el jabalí. Miraba entorno suyo ó al otro lado de la ribera, temiendo ver todavía otros hombres. Con el fusil entre dos ramas plantadas estaba dispuesto á tirar. Y no se le ocurrió pensar que también á él podían matarle.

IX

El cadáver del abrek

Comenzaba á clarear. Ya se veía con más perfección el cuerpo del thetchenze medio flotando sobre los bajos del río. De pronto oyéronse pasos no lejos de la *escucha* é inclináronse las cañas con leve crugido. El cosaco miró por segunda vez y exclamó: «En el nombre del Padre y del Hijo»... Al ruído del disparo cesó el eco de los pasos.

—Eh, cosacos! No tiréis contra el viejo—dijo una voz grave y tranquila, mientras Erochka saliendo de entre el cañaveral se aproximaba á Luka.

—Demonio, á poco más te mato!

—Por qué tiraste?—preguntó el viejo.

La sonora voz del anciano que repercutía en la selva y por la superficie del río, rompió el misterioso silencio que rodeaba al cosaco. Todo pareció cambiar espontáneamente, era más claro, más visible.

—Nada has visto y he matado la bestia?—dijo Lukachka poniendo el fusil en el seguro é incorporándose con aparente calma.

El viejo miraba ya en dirección al islote que se percibía claramente, y entorno del cual corría el Terek.

—Nadaba con el ramo á la espalda. Le he descubierto... Mira,

pantalón azul: y aquello es el fusil, si no me equivoco... ves?—dijo Luka.

—Sin duda—contestó el viejo en tono irritado, reflejando su mirada destellos de severidad, de dureza.—Has muerto á un montañés—añadió con sentimiento.

—Estaba sentado allá abajo, cuando me pregunté qué podría ser un bulto negro que venía de la otra orilla. Lo distinguí de lejos. Hubiérase dicho que un hombre se aproximaba y caía. Era un milagro? De pronto veo una rama que flota, pero no en dirección de la corriente sino en sentido oblícuo. Luego distingo una cabeza que sale por arriba. Qué es eso? El cañaveral me impedía ver claramente. Me levanto y sin duda había oído él algún ruido, el canalla! porque saltó á la arena y miró en derredor. «No, pensé, tú no te escapas». Una vez en tierra, observé. Ay! algo me sube á la garganta!... Preparo el fusil con cuidado y espero. Queda él en pie un momento y vuelve á nadar, pero cuando se hubo colocado en plena luz, entonces alumbrado por la claridad de la luna pude verle de espaldas. «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...» Miré á través de la densa nube de humo y ví que se agitaba. Lloraba, á lo menos me lo pareció. «Gracias á Dios, pensé, ya le he muerto!» Una vez en la arena pude verle mejor; quiso levantarse, pero ya no tenía fuerzas. Se mueve, se extremece y cae. Es cierto; lo ví todo. Mira, ya no se mueve, debe haber muerto... Los cosacos han ido al cordón, con tal que los otros no se nos escapen!

—Sí, confía en ello, se les cogerá—dijo el viejo.—Están lejos todavía, hijo mío...

Y nuevamente movió el anciano la cabeza con muestras de tristeza. Al mismo tiempo se oyó acalorada conversación y ruido producido por los cosacos que llegaban, unos á pie, otros á caballo.

—Traéis algún bote?—preguntó Luka.

—Bravo! Luka, tráenoslo á la orilla!—gritó uno de los cosacos.

Lukachka sin esperar el bote ni perder de vista su presa, comenzó á desnudarse.

—Espera, que Nazarka trae el barquichuelo—dijo el *uriadnik*.

—Imbécil! Quién sabe si vive, aunque no pueda moverse? Coge el puñal—añadió otro cosaco.

—Así lo haré—repuso Luka quitándose los pantalones.

Se desnudó apresuradamente, hizo la señal de la cruz, saltó al agua moviendo con fuerza sus nervudos brazos, la espalda á flor de agua y cruzó el Terek en dirección al banco de arena.

Del grupo de cosacos que quedaron en la orilla salían voces

sonoras emitidas á un mismo tiempo. Tres cosacos de caballería fueron á explorar los alrededores. El bote apareció en el río.

Lukachka se incorporó sobre el islote y sacudiendo el cuerpo de su víctima lo empujó por dos veces. «Completamente muerto!» dijo en voz alta.

El thetchenze había recibido el tiro en la cabeza. Vestía pantalón azul, camisa y caftán; á la espalda llevaba el fusil y un puñal, cubríale enteramente la grande rama que tanto había preocupado á Lukachka.

—Vaya una carpa!—dijo un cosaco que se había unido á los que rodeaban el cadáver, que arrastrado por el agua habían depositado ya sobre el césped.

—Qué amarillo está!—agregó otro.

—Por dónde se fueron los nuestros en busca de los abreks? sin duda están ya en el otro lado. Si éste no hubiera sido un explorador, seguramente habría desaparecido antes que arriesgarse solo. Por qué nadaba en esa forma?—dijo un tercero.

—Ah! era un bribón que se había propuesto ser un buen *patriota*,—respondió Luka con aire irónico mientras torcía la ropa mojada que había dejado en la orilla y tiritando sin cesar.—Lleva la barba teñida y bien recortada.

—Oye, Lukachka,—añadió el *uriadnik* que tenía en la mano el puñal y el fusil del hombre muerto—guarda para tí el puñal y el caftán, y á cambio del fusil te daré tres monedas cuando vayas á mi casa. Está cargado—añadió soplando por el cañón—será para mí un buen recuerdo.

Luka no contestó; sintióse contrariado por la avidez de su jefe; pero sabía que su obligación era obedecer.

—Qué diablo!—dijo frunciendo las cejas y tirando al suelo el caftán del thetchenze—si al menos fuese bueno este caftán, pero es un guiñapo.

—Te servirá para ir á cortar leña,—añadió otro cosaco.

—Mocev! Me voy á casa—dijo Lukachka que, olvidando su despecho, quería sacar partido del regalo que había hecho á su jefe.

—Está bien; puedes marchar.

—Muchachos! arrastrad ese cuerpo detrás del cordón—ordenó el *uriadnik* á los cosacos mientras inspeccionaba el fusil—y haced un cobertizo de ramaje para preservarle del sol. Puede que vengan de la montaña á rescatarle.

—Todavía no hace calor—objetó uno.

—Y si vinieran los chacales?—repuso otro.

—Haremos la guardia, porque si vienen á comprarlo no conviene que lo encuentren maltrecho.

—Bueno, Lukachka, haz lo que quieras, pero ofrece un vaso de licor á los compañeros,—añadió alegremente el *uriadnik*.

—Sí, como de costumbre—replicaron los cosacos.

—Que suerte le dá Dios!... sin pensar ha muerto un abrek.

—Compradme el puñal y el caftán y pagádmelo bien. También vendo los pantalones,—dijo Lukachka.—No me irán bien porque el difunto estaba muy flaco. Dios le acompañe!

Un cosaco compró el caftán por un rublo; otro dió por el puñal dos jarros de aguardiente.

—Bebed, compañeros, os ofrezco un jarro,—dijo Luka—yo mismo lo traeré de la *stanitza*.

—Y de los pantalones puedes hacer pañuelos para las mozas—añadió Nazarka.

Los cosacos se echaron á reir.

—Basta de risas—dijo el *uriadnik*—y llevad más lejos el cadáver. Por qué habéis dejado esa porquería cerca de la cabaña?...

—Cómo no os movéis? traedlo aquí—exclamó imperiosamente Lukachka, dirigiéndose á los cosacos que, sin saber por qué, se hallaban vacilantes. Los cosacos le obedecieron como si fuera el jefe. Llevaron el cadáver á algunos pasos de distancia, soltando las piernas que cayeron inertes sobre el césped. Los cosacos retrocedieron y durante algunos instantes permanecieron inmóviles.

Nazarka se aproximó al cadáver levantándole la cabeza para ver la herida ensangrentada y redonda que tenía en la sien y bañaba de sangre el rostro de la víctima. «Vaya una marca que le has puesto! Y en los mismos sesos!» dijo. «No se perderá, y los suyos podrán reconocerle...» Nadie contestó y todos los cosacos continuaron en silencio.

Había salido el sol y sus rayos herían la verdura cubierta de rocío. El Terek mugía á lo lejos, al despertar, por el lado de la selva. Los gritos de los faisanes saludaban la mañana interrumpiéndose con sus cantos que llegaban de todos lados. Los cosacos silenciosos é inmóviles rodeaban el cadáver lanzándole de vez en cuando alguna mirada. Este, cubierto solamente por un pantalón azul empapado en agua que sujetaba sobre el hundido vientre un estrecho cinturón, era elegante y hermoso. A los lados colgábanle los musculosos brazos. La cabeza redonda, recién afeitada, tirando á azul, con la herida cubierta de sangre coagulada, estaba inclinada á un lado. Su frente curtida por el sol, marcábase espaciosa en la limpia cabeza. Los ojos grandes, vidriosos, entreabiertos, diríase

que miraban al vacío; los labios frescos y delgados parecían dejar escapar una leve sonrisa por entre el bigote rubio, recortado; y los dedos crispados mostrábanse cubiertos de lodo en las articulaciones y con las uñas teñidas de encarnado.

Todavía no se había vestido Lukachka. Estaba mojado, el cuello más rojo que nunca y los ojos más brillantes que de ordinario. Sus amplias mejillas se contraían y un vapor casi imperceptible desprendíase de su cuerpo blanco y vigoroso, no obstante el aire fresco de la mañana.

—Era todo un hombre,—prorrumpió mirando el cadáver.

—Sí; si hubieses tenido la desgracia de caer en sus manos, maldito el gusto que hubieras sentido,—replicó uno de los cosacos.

Cesó el silencio. Los soldados se agitaron y comenzaron á hablar; dos de ellos salieron á cortar ramas para hacer el cobertizo; los otros alejáronse hacia el cordón. Lukachka y Nazarka iniciaron los preparativos para marcharse á la *stanitza*.

Media hora después Lukachka y Nazarka atravesaban casi corriendo la selva que separa el Terek de la *stanitza*, dirigiéndose á sus casas en animada conversación.

—Cuidado con decir que soy yo quien te envía!... no olvides averiguar si su marido está en casa!—dijo Lukachka en tono imperativo.

—Y luego iré á casa de Iamka. Iremos de juerga esta noche? —preguntó el obediente Nazarka.

—Sí, sí, cuando la hemos de correr si hoy no?—respondió Luka.

Llegados á la *stanitza*, los cosacos bebieron sendos tragos de aguardiente y luego se echaron por tierra para dormir hasta la tarde.

X

La llegada del destacamento

Tres días después de los acontecimientos que acabamos de relatar, dos compañías de un regimiento de infantería del Cáucaso iban á instalarse en la *stanitza* de Novomlinskaia. Ya se habían descargado en la plaza los jergones que conducían los víveres. Los rancheros recogían leña mal conservada en los patios y preparaban la cena. Los sargentos pasaban lista á la tropa; los furrieles clavaban estacas para señalar el puesto del piquete. Los encargados del alojamiento circulaban por calles y plazuelas disponiendo el sitio donde debían albergarse jefes y soldados. Aquí se veían las cajitas verdes llenas de municiones, en orden perfecto; allá los carros de víveres y los caballos; al otro lado las marmitas en las que se guisaba la cena.

Allí están el capitán, el teniente y el sargento Onésimo Mikhailovitch. Todo está preparado en la *stanitza* donde, según se susurra, queda ordenada la instalación de la compañía; así pues, los soldados se agitan y alborotan como si estuvieran en su casa. Pero, por qué han de quedarse aquí? Quiénes son esos cosacos? Les agrada, acaso, ver á las compañías alojadas en sus casas? Son viejos creyentes? Nadie se preocupa de ello. Ajustadas cuentas, los soldados cansados y cubiertos de polvo, dispérsanse con desordenado ruído por las calles de la población, como un enjambre de abe-

jas. Sin reparar en el aire de descontento que reflejan los cosacos, entran en las chozas por grupos de dos ó tres, golpeando alegremente con las armas que dejan á un lado, y tirando al suelo el morral para divertirse con las muchachas.

Un gran grupo se forma alrededor de las ollas, sitio predilecto de los soldados que, con la pipa en la boca, miran el humo que se eleva en el aire caliente convirtiéndose en densa nube blanca al llegar á determinada altura, ó el chisporrotear del fuego que parece como cristal fundido en el aire puro de la noche, ó se burlan y ríen de los cosacos y sus mujeres por la vida que hacen tan diferente de la vida rusa. En todos los corrales donde hay soldados se oyen risotadas, gritos agudos de mujeres enfadadas que defienden sus propiedades y rehusan darles agua y jabón. Los muchachos de ambos sexos se apiñan estrechamente contra sus madres y con tímido asombro siguen los movimientos de los soldados, que nunca habían visto, ó corren tras ellos, aunque á respetable distancia.

Los cosacos viejos abandonan sus cabañas sentándose sobre bancos de piedra y, silenciosos y severos, miran la instalación de los soldados, sin poder adivinar qué significa aquella invasión y siempre con la confianza puesta en Dios.

Olenín, que desde hacía tres meses estaba inscrito como alférez en el regimiento del Cáucaso, recibió alojamiento en una de las mejores casas de la *stanitza*, la del corneta Ilia Wasilievitch, la de la vieja Ulitka.

—Qué va á ser de nosotros, Dmitri Andreievitch?—preguntó Vanucha dirigiéndose á Olenín que, vestido de tcherkés, sobre un hermoso caballo comprado en Groznaia, penetraba alegre, tras cinco horas de marcha, en el corral de la casa que se le había designado.

—Qué hay de nuevo, Ivan Vasilievitch?—dijo acariciando el caballo y mirando con regocijo á Vanucha, que, bañado en sudor, los cabellos en desorden, la mirada torva, acababa de llegar con el furgón y comenzaba á abrir los baúles.

Olenín parecía otro hombre. En lugar de la cara afeitada, llevaba bigote naciente y aún barba; su tez pálida, con marcadas huellas de hacer vida nocturna, presentaba ahora en las mejillas, frente y cuello, una coloración rojiza y sana. Ya no vestía el frac nuevo, flamante, sino blanco caftán de largos pliegues, sucio como el de los tcherkeses y lleno de armas. La camisa blanca, impecable, reemplazábala un cuerpo de seda roja que cubría su cuello. Sentábale muy mal el traje á lo tcherkés y todos vieran en él un ruso y no un abrek, aun que lo hubiese sido.

Todo en él respiraba alegría, salud, contento de sí mismo.

—Vos lo tomáis á broma,—dijo Vanucha—pero hablad á esas gentes; no se les puede sacar nada, ni una palabra.—Vanucha encolerizado, tiró por tierra un cubo de hierro.—Como si ellos no fueran rusos!

—Debías haberte dirigido al jefe de la *stanitza*.

—Pero si no conozco el pueblo!—respondió Vanucha enfadado.

—Por qué te disgustas?—preguntó Olenín mirando en su derredor.

—Que el diablo se lo lleve! El patrón no está en casa. Según dicen ha salido á pescar en un *kriga* (1), y la vieja es un demonio del mal, Dios nos libre!—respondió Vanucha llevándose las manos á la cabeza.—Cómo viviremos aquí, no lo sé. Son peores que los tártaros. Y todavía se llaman cristianos? Los tártaros son más nobles. Ha marchado á la *kriga!* Qué es eso de *kriga?* Nadie lo sabe. Lo han debibo de inventar ellos,—añadió Vanucha volviéndose de espaldas.

—Ah! Esto no es lo mismo que nuestro país, allá en el campo, —dijo Olenín bromeando y sin bajar del caballo.

—Dadme el caballo,—repuso Vanucha, contrariado por la nueva vida que adivinaba y sometiéndose á su suerte.

—Con que dices que los tártaros son más nobles, eh! Vanucha? —repitió Olenín apeándose y dando una palmada sobre la silla.

—Sí, sí, podéis reiros! para vos será muy divertido!—respondió Vanucha con disgusto.

—Ven aquí y no te enfades, Ivan Vasilievitch—dijo Olenín que continuaba riendo.—Escucha; voy á ver al amo de la casa y verás que pronto arreglo el asunto; nos tratarán á maravilla y sin que tengas que enfadarte.

Vanucha no contestó, pero guiñando los ojos con desprecio siguió con la vista á su patrón y movió á un lado y á otro la cabeza. Vanucha no veía en Olenín más que un amo y Olenín en él un criado, de tal suerte que ambos hubiéranse sorprendido si alguien los conceptuara como amigos, no obstante serlo en el fondo. Vanucha entró en casa de su dueño cuando apenas contaba once años y Olenín tenía su misma edad. Cuando éste llegó á los quince, se encargó, durante cierto tiempo, de la instrucción de Vanucha enseñándole á leer el francés, de lo que éste se mostraba muy orgulloso; y aun ahora, cuando se hallaba de buen humor, decía algunas palabras francesas sin cesar de reirse como un tonto.

(1) Sitio separado por zarzales á la orilla de un río, destinado á la pesca.

Olenín traspasó el portal de la cabaña y empujó la puerta del vestíbulo. Marianka, vestida con una sencilla camisa color rosa, según costumbre de las jóvenes cosacas, asustada, se alejó de la puerta para ocultarse en la estancia, la cara cubierta con la manga de su camisa tártara. Al acabar de abrir la puerta pudo distinguir Olenín en la semiclaridad, la figura alta y elegante de la muchacha; con la avidez y curiosidad propias de la juventud, fijóse involuntariamente en las formas vigorosas y virginales que dibujaba la finísima camisa de lienzo y en los hermosos ojos negros que le miraban con miedo infantil y curiosidad salvaje. «Ah, sí, es *ella!*» pensó Olenín. «Si habrá en el pueblo muchas como esta!» se le ocurrió y penetró en la estancia.

La vieja Ulitka, también cubierta por una camisa, barría el piso vuelta de espaldas á la puerta y medio encorvada.

—Buenos días, abuela! Vengo á alojarme,—dijo.

La mujer, sin cambiar de actitud, volvió hacia él su rostro encolerizado en el que todavía se marcaba algún destello de belleza.

—A qué has venido? Te burlas de mí? Eh? Ya te enseñaré yo! Que la peste negra te lleve!—gritó lanzando una mirada de ira por entre el fruncido entrecejo.

Olenín pensó que los soldados del Cáucaso, á los cuales pertenecía, fatigados y somnolientos, serían recibidos con satisfacción en todas partes y sobre todo en tierra de cosacos, sus compañeros de armas; por eso quedó estupefacto al ver aquella recepción. Sin turbarse, quiso manifestar la intención que le animaba de pagar su hospedaje, pero la vieja le interrumpió.

—Para qué has venido? Qué plaga! Tú, testa pelada! espera un poco, que va á llegar el patrón y te pondrá en tu sitio. No tengo necesidad de tu maldito dinero. Ya te conocemos; infestas la casa con el tabaco y todavía quieres pagarnos esas molestias con dinero! Que las balas te destrocen el corazón y las tripas!...—dijo con voz chillona amenazando á Olenín.

«En verdad que Vanucha tiene razón», pensó Olenín. «Los tártaros son más nobles». Y salió de la cabaña acompañado de las maldiciones de Ulitka. En el mismo instante, Marianka, siempre envuelta en su camisa rosa, pero cubierta hasta los ojos con un chal blanco, deslizóse delante de él hasta el pasillo, pisando suavemente los peldaños de la escalera con sus pies desnudos; salió del vestíbulo, se paró, volvió rápidamente la vista hacia el joven con la sonrisa en los labios y desapareció por la esquina de la cabaña.

El paso firme de la joven, la ardiente mirada de los brillantes ojos que cubría el velo blanco y la gracia de su talle esbelto y proporcionado, llamaron nuevamente la atención de Olenín.

«Debe ser *ella*», pensó. Y menos apenado por el recibimiento de la vieja, con los ojos fijos en Marianka, se aproximó á Vanucha.

—También la hija es una salvaje!—dijo el ordenanza que aun no había terminado de arreglar los paquetes llegados en el furgón, aunque ahora estaba ya más alegre.—Es como el jumento en un rebaño. *La fame!*—añadió en voz alta, y soltó una carcajada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

Olenín topa con el viejo Erochka

El dueño de la casa no volvió de la pesca hasta muy tarde y, cuando supo que le pagarían el hospedaje, tranquilizó á su mujer y satisfizo las exigencias de Vanucha.

En aquellos momentos todo tuvo arreglo. Los dueños de la casa quedarían en la parte destinada á habitaciones de invierno y en las de verano se alojaría el alférez mediante el pago de tres *monedas* mensuales. Olenín comió y se echó á dormir. Despertóse antes de la noche, se levantó, cepilló sus vestidos, cenó y, después de fumar un cigarrillo, sentóse cerca de la ventana que daba á la calle. El calor disminuía, la sombra oblícua de la cabaña con su elevada techumbre, prolongábase á lo largo de la empolvada calle yendo á romperse en la casa contigua. El tejado de cañas de la vivienda de enfrente brillaba con los rayos del sol poniente. El aire era muy fresco; la *stanitza* quedaba silenciosa y los soldados, ya instalados reposaban tranquilos. Los ganados no habían entrado aun y los habitantes tampoco volvían del trabajo.

La casa de Olenín hallábase casi al extremo de la *stanitza*. De vez en cuando, más allá del Terek, del lado de las regiones que acababa de abandonar Olenín, oíanse sordas detonaciones, bien de Thetchnia ó de la playa de Numitzk. Olenín sentíase satisfecho

después de sus tres meses de vivac. En la cara recién lavada sentía todavía el agradable fresco del agua; en su vigoroso cuerpo la limpieza inacostumbrada después de una marcha, le había postrado en agradable letargo; en todos sus reposados miembros renacían la tranquilidad y el contento. También su conciencia estaba limpia. Recordaba la última campaña, el peligro pasado, su valor en los momentos críticos que le hacía igual á sus compañeros y el regocijo que le invadió al ser admitido en la sociedad de los valientes caucasianos. Los recuerdos de Moscova habian desaparecido de su memoria. La antigua vida quedaba en el olvido, y otra completamente nueva comenzaba sin que pudiera recriminarse lo más mínimo por error alguno. Aquí sería un hombre nuevo entre los nuevos hombres y se prometía felices resultados. Sentía su corazón invadido por un agradable sentimiento, cuya causa no podía encontrar. Quería vivir mucho, y mirando por la ventana ya los chiquillos que á la sombra de la casa jugaban á la pelota, ya su nueva habitación completamente arreglada, pensaba en el goce que habría de darle la *stanitza* en la vida que iba á comenzar. También llevó su vista á las montañas y al cielo, mezclando á todos sus recuerdos la impresión grave de la naturaleza majestuosa. No era esa la vida que soñó al salir de Moscova, pero sin embargo le encantaba. A todos sus pensamientos había de unir las gigantescas montañas que le rodeaban, cubiertas de verdura y llenas de esplendor.

—Ha besado á la perra! ha lamido la jarra! El viejo Erochka ha besado á la perra!—gritaron los chiquillos que jugaban á la pelota debajo de la ventana, dirigiéndose hacia la callejuela.—Ha besado á la perra! Ha cambiado el puñal por el aguardiente!—repetían avanzando y retrocediendo.

Los gritos se dirigían al viejo cazador que, con el fusil á la espalda y unos faisanes en la cintura, volvía del bosque.

—Sí, muchachos, es mi falta, es mi pecado!—dijo moviendo la mano gallardamente y mirando á las ventanas de las casas á ambos lados de la calle.—He alquilado la perra, por mis pecados—prosiguió visiblemente enfadado, pero aparentando indiferencia.

Olenín extrañóse de la conducta de los chiquillos para con aquel hombre, al observar la mirada expresiva é inteligente y la arrogante corpulencia del llamado Erochka.

—Abuelo! cosaco!—le dijo.—Acércate.

El viejo miró á la ventana y se detuvo.

—Buenas tardes, buen hombre—dijo quitándose el gorro y descubriendo su cabello cortado al rape.

—Buenas tardes, buen hombre—respondió Olenín.—Por qué te gritan los muchachos?

El viejo Erochka se aproximó á la ventana.

—Me insultan á mí, á un viejo. Mas no importa, me agrada. Que se diviertan conmigo!—dijo con esa grave entonación propia de los ancianos respetables.—Eres tú el jefe de los soldados?

—No; soy alférez. Y dónde has cazado esos faisanes?—preguntó Olenín.

—Los he muerto en el bosque—respondió el viejo volviéndose de espaldas donde, colgados por la cabeza en el cinturón y manchando de sangre su caftán, llevaba los tres faisanes.—No has visto nunca aves como estas!... si te gustan puedes guardarte dos. Toma! —Y por la ventana le alargó dos faisanes.—También tú eres cazador?

—Sí. Durante la última campaña maté cuatro.

—Cuatro? Qué atrocidad!—dijo el viejo con aire burlón.—Y eres bebedor? Te gusta el vino?

—Por qué no? Me gusta beber un poco.

—Veo que eres un buen muchacho. Seremos amigos.

—Entra—dijo Olenín.—Beberemos juntos un poco de vino.

—Es cierto; por qué no he de subir?—dijo el viejo.—Toma, coge los gallos.

En la mirada de Erochka se veía claramente que el alférez no le disgustaba, comprendiendo que en casa de éste se bebería gratis; por eso le regaló el par de faisanes.

Después de algunos minutos se presentó en la puerta de la cabaña. Fué entonces cuando Olenín pudo ver toda la colosal y fuerte corpulencia de aquel hombre. Su bronceado cutis, rodeado de blanquísima barba, estaba surcado por viejas y profundísimas arrugas, producto de una vida trabajosa y libre; los músculos de las piernas, brazos y espaldas aparecían redondos y fuertes como los de los individuos de la raza amarilla. En la cabeza, á través de los cortos cabellos, distinguíanse profundas cicatrices. El cuello venoso y fornido como el de un toro, estaba agrietado. Las manos, callosas y llenas de arañazos.

Atravesó quedamente el portal, dejó el fusil en un rincón, lanzó una rápida mirada á los objetos que había en la estancia, fijándose bien en ellos y avanzando muy despacio llegó al centro de la sala. Con él la atmósfera se llenó de un olor fuerte, no desagradable, mezcla de vino y sudor, de polvo y sangre coagulada.

El viejo Erochka saludó á las imágenes acariciándose la barba, y llegando á Olenín le tendió su carnosa y negra mano.

—*Kochkildi!*—dijo.—Esto significa en tártaro: Te deseo buena salud; la paz sea contigo.

—*Kochkildi!* Ya lo sé,—repuso Olenín cogiéndole la mano.

—Bah! no conoces las costumbres del país! Necio!—añadió Erochka moviendo la cabeza en señal de reproche.—Cuando te digan *Kochkildi* debes contestar: *Alla razi bo sun;* que quiere decir: Dios te guarde. Eso se dice y no *Kochkildi*. Ya te enseñaré todo eso. Aquí estuvo con nosotros un ruso, Ilia Moceitch, y fuímos amigos. Muy buen muchacho, por cierto; borracho, ladrón, cazador, y qué cazador! A ese se lo enseñé todo.

—Y qué es lo que me vas á enseñar á mí?—preguntó Olenín cada vez más interesado por el viejo.

—Te llevaré de caza, te enseñaré á pescar, te haré ver thetchenzes; hasta si quieres te procuraré una hembra. Ya ves qué hombre soy!... Un calavera.—Y se echó á reir.—Puedo sentarme, padre?... porque estoy muy cansado, *karga,*—añadió en tono de broma.

—Qué quiere decir *karga?*—preguntó Olenín.

—En georgiano significa *bien*. Y yo lo digo siempre, es mi palabra favorita: *Karga;* cuando digo eso es que estoy alegre. Pero haz que traigan vino. Tú tendrás un ordenanza, no? Ivan!—gritó el viejo.—En vuestro país todos los soldados se llaman Ivan. También el tuyo se llama así?

—Sí, señor. Ivan. Vanucha!... Vé á casa de los dueños á buscar vino y tráelo aquí.

—Pero Vanucha es lo mismo que Ivan. Por qué todos los soldados se llaman Ivan en tu pueblo? Ivan!—repitió el viejo—Dí que te lo den del tonel comenzado. Tienen el mejor vino de la *stanitza*. Y pon cuidado, no te hagan pagar más de 5 kopeks por litro; de lo contrario, se alegraría la bruja... Nuestro pueblo es diabólico, bestial,—añadió Erochka en tono de confidencia cuando hubo salido Vanucha.—Ni siquiera os conceptúan como hombres; para ellos tú eres peor que los tártaros. Los rusos son ateos. Mas para mí, aunque seas soldado, sin embargo eres un hombre, también tienes un alma. Es cierto ó no? Ilía Moceitch era soldado y poseía un corazón de oro. Verdad, padre? Por eso no me quieren los míos, pero á mí me tiene sin cuidado. Yo soy un hombre alegre, quiero á todo el mundo, soy Erochka, sí. No es verdad, padre?

Y el viejo acariciaba con afecto las espaldas del alférez.

XII

El vino de Olenín

VANUCHA que, entretanto había conseguido llegar á poner en orden toda la habitación, quedándole tiempo además para ir á afeitarse á casa del barbero de la compañía y sacar el pantalón que llevaba metido en las botas, como muestra de distinción al buen barrio que habitaba, mostrábase contento; con atención, pero sin piedad, examinó á Erochka á quien calificó de animal católico; bajó la cabeza encontrando el suelo sucio, y cogiendo dos botellas vacías que estaban sobre un banco, salió en busca del dueño de la casa.

—Buenos días, amables señoras—dijo con aire dulzón.—Mi amo me envía para comprar vino; llénenme las botellas, señoras.

La vieja no respondió. La joven, que se estaba delante de un pequeño espejo tártaro, rodeaba su cabeza con un pañuelo. En silencio se dirigió á Vania.

—Lo pagaré, respetables señoras—dijo Vanucha haciendo sonar en su bolsillo las monedas de cobre.—Sed buenas y nos portaremos bien,—añadió.

—Quieres mucho vino?—preguntó la vieja cortando la conversación.

—Un litro.

envía mil rublos mensuales, porque nos adora. De qué sirven esos capitanes que no tienen dinero, como hay muchos?...

—Voy á cerrar la puerta,—interrumpió la joven.

Vanucha se llevó el vino; declaró luego á Olenín, en mal francés, que la muchacha aquella era muy gentil, y salió inmediatamente riéndose como un tonto.

XIII

Los amores de Lukachka

ACABABA de sonar la retreta en la plaza. El pueblo volvía del trabajo. Hacia las puertas de los corrales los rebaños bajaban corriendo entre una densa nube de polvo dorado. Jóvenes y mujeres corrían por calles y corrales para recoger las bestias. El sol había desaparecido por completo tras los lejanos montes de nieve. Solamente una ráfaga azul se extendía entre tierra y cielo. En la sombra, apenas visibles, se percibían las estrellas, y el ruído se amortiguaba poco á poco en la *stanitza*. Después de terminada su tarea con los animales, las mujeres salían á la calle y sentadas sobre el terraplén mascaban granos de girasol. Marianka, después de dar el pienso á dos vacas y una búfala, se unió á uno de los grupos.

Componíanlo mujeres jóvenes y viejas y un cosaco anciano.

Hablaban del abrek muerto. El cosaco narraba la hazaña y las mujeres le hacían preguntas.

—Temo que no le den gran recompensa,—dijo el cosaco.

—Seguramente, porque, según dicen, sólo le darán una condecoración.

—Mocev ha sido injusto con él, tomándole el fusil; pero ya lo saben las autoridades de Kizliar y seguramente le costará muy caro.

envía mil rublos mensuales, porque nos adora. De qué sirven esos capitanes que no tienen dinero, como hay muchos?...

—Voy á cerrar la puerta,—interrumpió la joven.

Vanucha se llevó el vino; declaró luego á Olenín, en mal francés, que la muchacha aquella era muy gentil, y salió inmediatamente riéndose como un tonto.

XIII

Los amores de Lukachka

ACABABA de sonar la retreta en la plaza. El pueblo volvía del trabajo. Hacia las puertas de los corrales los rebaños bajaban corriendo entre una densa nube de polvo dorado. Jóvenes y mujeres corrían por calles y corrales para recoger las bestias. El sol había desaparecido por completo tras los lejanos montes de nieve. Solamente una ráfaga azul se extendía entre tierra y cielo. En la sombra, apenas visibles, se percibían las estrellas, y el ruído se amortiguaba poco á poco en la *stanitza*. Después de terminada su tarea con los animales, las mujeres salían á la calle y sentadas sobre el terraplén mascaban granos de girasol. Marianka, después de dar el pienso á dos vacas y una búfala, se unió á uno de los grupos.

Componíanlo mujeres jóvenes y viejas y un cosaco anciano.

Hablaban del abrek muerto. El cosaco narraba la hazaña y las mujeres le hacían preguntas.

—Temo que no le den gran recompensa,—dijo el cosaco.

—Seguramente, porque, según dicen, sólo le darán una condecoración.

—Mocev ha sido injusto con él, tomándole el fusil; pero ya lo saben las autoridades de Kizliar y seguramente le costará muy caro.

—Qué canalla es ese hombre!

—Aseguran que ha vuelto ya Lukachka,—dijo una joven.

—Está en casa de Iamka, una cosaca vieja y de muy malas costumbres, que tenía una taberna; está de juerga con Nazarka. Dicen que ya se han bebido medio cántaro.

—Qué suerte tiene ese *Urván!*—dijo una.—Es un *Urván* con toda la barba. Qué digo? un buen mozo y muy listo; como su padre. Cuando mataron á éste toda la *stanitza* le lloró. Ahí vienen, —añadió designando á los cosacos que aparecían por el otro lado de la calle.—Erguchov va con ellos. Vaya un borrachín!

Lukachka, Nazarka y Erguchov, después de haber bebido medio jarro, se dirigían al grupo de muchachas. Los tres, sobretodo el viejo cosaco, estaban más colorados que de costumbre. Erguchov se tambaleaba y á cada paso empujaba á Nazarka prorrumpiendo en estrepitosas carcajadas.

—Por qué no entonáis alguna canción?—dijo á las jóvenes.—Quiero que cantéis en nuestro honor.

—Buenos días, cómo estáis?—preguntábanles á ellos.

—Por qué cantar? Acaso estamos de fiesta?—dijo una mujer. Tú que has empinado, canta.

Erguchov se echó á reir y empujó á Nazarka.

—Entona tú, que yo ya cantaré. Te aseguro que me doy maña.

—Pero, qué es eso, hermosas, estáis dormidas?—dijo Nazarka. —Hemos venido del cordón para divertirnos y aquí estamos. Todo sea por Lukachka!...

Lukachka, acercándose al grupo nuevamente, quitóse el gorro y se paró delante de las jóvenes. Sus pómulos y cuello estaban rojos; permanecía en pie y hablaba muy quedo, con mucha dulzura; pero en su lentitud y mesurado movimiento había más animación, más fuerza que en la agitación y charlatanería de Nazarka. Podía comparársele con el caballo brioso que, relinchando y con la cola al aire, se encabrita y quédase como clavado en el suelo. Lukachka estaba allí, tranquilo ante la alegría de las muchachas; sus ojos reían, hablaba poco y seguía indistintamente los movimientos de sus compañeros embriagados ó de las jóvenes que le rodeaban. Cuando llegó Marianka se descubrió con un movimiento regular y sin alterarse, retrocedió un poco, y se paró ante ella cruzando las piernas mientras con la mano se cogía el cinturón y jugaba descuidadamente con el puñal. Como respuesta á su saludo, Marianka inclinó lentamente la cabeza y sentándose en el banco de tierra sacó un puñado de girasol de la faltriquera de la camisa y empezó á comerlos. Lukachka, sin alterarse, miró á Marianka llevándose á

la boca algunas pepitas y escupiendo la cascarilla. A la llegada de la joven todos callaron.

—Y qué, venís para mucho tiempo?—preguntó una cosaca para romper el silencio.

—Hasta mañana temprano—respondió Lukachka con gravedad.

—Pues que Dios os proteja,—repuso la vieja—estoy muy satisfecha de tu suerte, ahora lo decía.

—Y yo también—repitió el borracho Erguchov, soltando una risotada.—Cuántos invitados!—añadió señalando á los soldados que pasaban.—Me gusta mucho el licor de este pueblo! es muy bueno!

—Me han enviado tres demonios de esos que se alojan en la *stanitza*—dijo una de las cosacas.—El abuelo se ha quejado en la cancillería, pero dicen que no se puede evitar.

—Pues qué, traen acaso alguna desgracia?—preguntó Erguchov.

—Apestan la casa con su tabaco, no es cierto?—preguntó otra mujer.—Si fumasen en el patio, perfectamente; pero en la habitación no lo permitiremos. Aunque fuese el mismísimo jefe en persona. Además, todavía nos roban. El... el hijo del demonio, el jefe, no se aloja en su casa?

—Tú no quieres á los soldados?—interrumpió Erguchov.

—Y aun se dice que ha ordenado á las jóvenes que les hagan la cama y les obsequien con miel y vino,—dijo Nazarka cruzando las piernas como Lukachka y echándose, como él, el gorro á la nuca.

Erguchov soltó una carcajada y cogiendo á una muchacha que estaba á su lado, la abrazó.—Así es!—exclamó.

—Déjame, pegajoso!—gritó la joven.—Se lo diré á tu mujer.

—Si quieres, puedes hacerlo—dijo Erguchov.—Nazarka tiene razón; está escrito en la ordenanza y él la ha leído. Es cierto.—Y abrazó á la muchacha que seguía á la que acababa de dejar.

—Sin vergüenza!... Canalla!...—dijo riendo Ustenka, una joven de cara redonda y fresca, amenazándole con la mano y empujándole.

El cosaco dió un traspié.

—Dicen que las mujeres no quieren guerra, pero ésta á poco más me mata.

—Quita allá, pegajoso! El demonio te ha debido traer del cordón.—añadió Ustenka volviendo la cara para echarse nuevamente á reir.—Por qué no ha tropezado contigo el abrek? Si murieses poco se perdería.

—Bien que le hubieras llorado, eh?—dijo Nazarka.

—Cómo no tuviese otras lágrimas que las mías!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Dice que no! Ya lo creo que lo sentiría, verdad Nazarka?—repuso Erguchov.

Lukachka, silencioso, no quitaba los ojos de Marianka, aunque su actitud parecía molestar á la joven.

—Qué dicen, Marianka, que el jefe se hospeda en tu casa?—le preguntó.

Según costumbre, Marianka no contestó inmediatamente, sino que antes miró á su interlocutor. Lukachka sonreía tristemente, como si en aquel momento pasase algo extraordinario entre los dos, independiente de la conversación iniciada.

—Sí, y á ellos no les molesta tanto, porque como tienen dos cabañas...,—respondió, adelantándose á Marianka, una vieja del corro.—Pero en casa de Fomuchkin también hay alojado un jefe y con sus maletas ocupa todas las habitaciones; ahora la familia no sabe dónde meterse. Cuándo se ha visto cosa semejante? Toda la *stanitza* se halla invadida por esa horda militar. Qué diablo vienen hacer á este pueblo?

—Creo que van á construir un puente sobre el Terek,—repuso una muchacha.

—Y, según me han dicho, vienen á abrir una fosa para enterrar dentro á todas las mozas que desprecian á los jóvenes—dijo Nazarka aproximándose á Ustenka. Y nuevamente hizo su movimiento favorito excitando la risa de todos los concurrentes. Erguchov abrazó á una vieja que estaba al lado de Marianka, saltando el turno que á ésta correspondía.

—Y por qué no abrazas á Marianka? Debías seguir por orden, —dijo Nazarka.

—No, porque las viejas son más dulces,—gritó el cosaco lanzándose en brazos de otra mujer avanzada en años, que comenzó á zarandearle.

—Qué me ahogo!—exclamó riendo.

Rumor de pasos cadenciosos que se oían al otro lado de la calle, interrumpió la conversación. Tres soldados con capote y el fusil al hombro, andaban al paso para ir á relevar al centinela que guardaba la caja de la compañía. El cabo, vestido de caballero antiguo, mirando despreciativamente á los cosacos, guiaba la guardia de tal manera, que Lukachka y Nazarka, que estaban á un lado de la calle, hubieron de apartarse para dejarles paso.

Lukachka, viendo que atropellaban al vecindario, dijo, dirigiéndose á los soldados:

—No veis que hay gente? dad la vuelta.

Los soldados pasaron sin responder, continuando la marcha por el enlodado camino.

Marianka se echó á reir y con ella todos los demás, como movidos por un resorte, prorrumpieron en carcajadas.

—Qué elegantes!—dijo Nazarka.—Parecen clérigos en traje pluvial—y siguió un rato tras ellos insultándolos, mientras los del grupo continuaban con chistes y risotadas.

Lukachka se aproximó á Marianka con cierta timidez.

—Qué habitación ocupa el jefe en tu casa?—le preguntó.

—Le hemos cedido la cabaña nueva.

—Es viejo ó joven?—repuso Lukachka.

—Acaso se lo he preguntado?—dijo la muchacha,—fuí á la bodega á buscar vino para él y ví por la ventana á un hombre... como cualquier otro, que estaba sentado junto al viejo Erochka. Equipaje sí que han traído un carro lleno.

Marianka bajó la vista, quedando sumida en extraña meditación.

—Qué contento estoy de haber abandonado el cordón!—arguyó Lukachka poniéndose casi encima de la joven y mirándola con pasión, como si pretendiera devorarla.

—Vienes para mucho tiempo?—preguntó Marianka sonriendo.

—Hasta mañana á primera hora del día. Dame pepitas,—añadió tendiéndole la mano.

Marianka sonrió nuevamente y abrió el cuello de su camisa.

—No las cojas todas,—dijo.

—En verdad que me aburría sin tí. El tiempo se me hacía largo —murmuró en voz baja Lukachka y metió la mano en la faltriquera de la joven, la estrechó entre sus brazos y le dijo algunas palabras al oído mientras su cara demostraba gran satisfacción y contento.

—Me iré, está dicho!—exclamó Marianka con voz solemne, mientras bruscamente se alejaba del cosaco.

—De veras?... Aun he de decirte más, por el nombre de Dios. Ven Marianka—añadió.

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—Marianka! Eh, Marianka!—exclamó el hermano de la muchacha dirigiéndose al grupo.—Madre te llama para cenar.

—Voy enseguida—respondió ella.—Ve sólo, querido; yo iré al momento.

Lukachka púsose en pie y se descubrió.

—Veo que lo mejor será que me vaya á casa—dijo aparentando calma, y luego, mirando á Marianka y siempre sonriendo, se marchó y desapareció tras de la esquina.

La noche se extendía por la *stanitza*. Las estrellas resplandecían mostrándose á intervalos por entre el sombrío espacio. Las calles aparecían oscuras y desiertas. Nazarka se quedó en el terraplén con las jóvenes del grupo, que reían desaforadamente, y Lukachka alejóse con paso lento, como un gato en medio de la tranquilidad de la noche y luego, cautelosamente sujetó el puñal que se balanceaba en su cintura, se inclinó y echó á correr, no hacia su casa, sino en dirección de la cabaña del corneta. Después de atravesar dos calles y entrado en un callejón, sentóse en tierra á la sombra de una tapia.

«Diablo! Ella es orgullosa y no quiere acceder á mis ruegos! Espera un poco»—se dijo, pensando en Marianka.

Aquel soliloquio fué interrumpido por ruido de pasos menudos, como de mujer, que cada vez se oían más cerca. Escuchó atentamente y sonrió.

Marianka con la cabeza baja se dirigía hacia él en precipitada marcha, golpeando la cerca con una varita que llevaba en la mano. Lukachka se incorporó y al verle Marianka tembló y rápidamente interrumpió su marcha.

—Eres tú, maldito demonio? Me has asustado! Pero, no fuiste á tu casa?—dijo ella echándose á reir como repuesta de la impresión que el encuentro le había causado.

Lukachka la cogió por el talle con una mano, mientras con la otra le tapaba los ojos.

—Tengo que hablarte... espera, te lo suplico!—dijo con la voz entrecortada por la emoción.

—Qué tienes que decirme á estas horas?—repuso Marianka.—Mi madre me espera y tú vete á casa de tu *amiga*—y echó á correr desasiéndose de las manos de Lukachka.

Cuando hubo llegado á la cerca de su casa, la joven se volvió hacia el cosaco que marchaba tras ella reiterando su súplica de que permaneciera á su lado todavía un momento.

—Qué me quieres decir, ave nocturna?—dijo soltando una carcajada.

—No te burles de mí, Marianka! te lo suplico! Qué importa que tenga una querida? Vaya enhoramala. Una sola palabra y soy tu esclavo, viviré para amarte y haré cuánto me ordenes. Mira!—é hizo sonar el dinero que tenía en el bolsillo.—Ahora podremos vivir. Todos son dichosos, y yo no he de tener alguna alegría? Dí, Marianka!

La muchacha no respondió; permanecía en pie rompiendo con

sus dedos de nieve la varita verde con que se entretuvo en el camino y dejándola caer al suelo en diminutos pedazos.

Lukachka apretó los dientes y cerró los puños como fuera de sí.

—Siempre esperar, siempre esperar! acaso no te adoro, mi vida? Haz de mí cuanto quieras—dijo expresando su rostro la rabia que sentía ante la casi indiferencia de Marianka, y le cogió las manos.

Ella, sin reflejar en su exterior emoción alguna, con voz tranquila, sin retirar las manos y sin pretender separarse del cosaco, respondió:

—No seas charlatán, Lukachka, y escucha mis palabras: Aunque soltera, no dependo de mí, te enteras? y si me quieres como dices, oye lo que voy á decirte: Suéltame las manos, y te diré que me casaré contigo; pero antes no obtendrás de mí el favor más insignificante.

—Qué dices, te casarás conmigo? El matrimonio no está en nuestro poder. Tú me quieres, Marianka!... —dijo Lukachka con los ojos fijos en los de la joven, con dulce y tierna sumisión.

Marianka le abrazó fuertemente y le besó en la boca.

—Mi bien!—murmuró todavía abrazada con él. Bruscamente se separó y huyó sin volver la cabeza mientras franqueaba la puerta de su casa.

No obstante las súplicas del cosaco que le pedía esperase un poco y escuchara lo que le quería decir, Marianka no se detuvo.

—Márchate, que nos van á ver—dijo ella.—Ese diablo, nuestro alojado, se pasea por el corral.

«Sí, la hija del corneta se casará conmigo, pero antes ha de ser mía!» murmuró Lukachka.

Y se marchó á encontrar á Nazarka en casa de Iamka, donde estuvieron de juerga, yéndose luego á ver á Demiachka, no obstante la infidelidad de la moza.

XIV

Erochka y Olenín

En efecto: Olenín andaba por el corral en el momento mismo en que Marianka entraba en su casa, y le había oído decir: «Ese demonio, nuestro huésped, se pasea por el corral». Había pasado toda la tarde en compañía de Erochka junto á la ventana de su alojamiento. Allí se hizo traer la mesa, el servicio de fumar, vino y bujías, y tomando té mientras fumaban, escuchó las historias del viejo que estaba sentado casi á sus pies. Apesar de que el viento no se agitaba, la candela se fundía y la llama vacilaba, iluminando ya la ventana ó la mesa, ya la vajilla ó la blanca cabeza recién afeitada del anciano. Las mariposas nocturnas revoloteaban, sacudiendo el polvo de plata que encerraban en sus alas girando ora enderredor de la mesa ó de los vasos, ora también entorno de la llama ó desapareciendo en el espacio sombrío del exterior. Olenín se bebió con Erochka cinco botellas de vino, puesto que cada vez que el viejo llenaba los vasos, ofrecía uno al alférez para chocar con él y reanudar la charla. Hablaba de los antiguos cosacos; de su padre el *Largo,* como le llamaban en la *stanitza,* que solo se cargaba á la espalda un jabalí de diez *puds* (1) y se bebía sin interrupción dos jarros de vino. Recordando sus buenos tiempos, habló de su novia Guirtchik, con la cual había enviado, durante la

(1) El *pud* vale aproximadamente unos 16 kilogramos.

peste, muchos *burkas* al otro lado del Terek. Tampoco olvidó á su querida, que le seguía por las noches al cordón. Contó sus exploraciones de un día de caza, en que mató dos ciervos, y todo ello con tanta elocuencia, tan bien pintado, que Olenín no sentía el transcurso del tiempo.

—Así es, querido,—decía Erochka.—Qué lástima no me conocieses en mis buenos tiempos! Te lo hubiera enseñado todo. Hoy el abuelo ha apagado ya el fuego con que en otro tiempo hizo tanto ruído en el regimiento. Quién tiene el mejor caballo? Quién el sable de Gurda? Con quién se puede ir á beber? Con quién ir á pasar una noche de jolgorio? A quién enviar para matar á Akhmet-Khan que campea tras las montañas? Siempre Erochka. A quién obsequian las muchachas? Siempre á Erochka: porque yo era un verdadero cosaco; borracho, ladrón de todo, de rebaños, de caballos en la montaña, de mujeres, gran cantador y bueno para todo. Ahora ya no hay cosacos de mi temple. Da lástima verlos. Están á la altura del suelo. Usan botas ridículas y mirárselas sin cesar es su solo placer. Si se enfadan, no lo hacen como hombres sino como mujerzuelas. Y yo, quién era? Era Erochka, el ladrón conocido no sólo en la *stanitza*, sino también en las montañas. Los tártaros, como tártaros; armenios, como armenios; soldados, como soldados; oficiales, como oficiales, para mí iguales eran todos con tal que les gustase la bebida. Me dicen: «Debes purificarte de esa comunión con todo el mundo... No bebas con los soldados, ni comas con los tártaros».

—Quién dice eso?—preguntó Olenín.

—Nuestros sabios. Por otra parte, escucha á los Kadias tártaros y les oirás decir: «Son grandes infieles los que comen cerdo». Cada uno se atiene á su religión. Pero yo no hago caso. Dios lo hizo todo para alegría del hombre. Nada es pecado. Las bestias, por ejemplo, habitan los cañaverales tártaros lo mismo que los nuestros; vayan donde quieran, Dios les da habitación y comida. Y los nuestros dicen que si les imitamos serviremos de leña para atizar el fuego del infierno. Yo creo que todo eso son mentiras,—añadió tras una breve pausa.

—Qué es mentira?—preguntó Olenín.

—Lo que dicen los sabios. Mi padre tenía en el pueblo, en Tchetchanaia, un jefe que era valiente como yo é íntimo amigo mío. Matáronle en el Tchetchnia. Aquel hombre decía que los sabios inventan todo eso que sale de su cabeza. Cuando mueras—decía—crecerá la hierba sobre tu tumba y eso es todo.—El viejo se echó á reir. Era un ateo!

—Y qué edad tienes?—preguntó Olenín.

—Dios lo sabe!... setenta años aproximadamente. Cuando en tu país mandaba la reina ya no era yo chiquillo. Calcula si hace años... Resultan setenta?

—Sí, poco más ó menos. Y te conservas bien todavía!

—A Dios gracias. Me conservo bien y con fuerzas; lo único que siento es que el otro día una bruja me echó la suerte...

—Y cómo?

—Pues así, echándola.

—Entonces, cuando mueras crecerá la hierba sobre tu fosa—repitió Olenín.

Erochka no quiso explicar su pensamiento y calló un momento, cambiando luego de conversación.

—Y tú, en qué piensas?... Bebe!—dijo sonriendo, y tendió al alférez un vaso de vino.

XV

Las ideas del viejo Erochka

PERO, de qué te hablaba?—continuó Erochka, parándose á recordar.—Ah... sí... Verás quien soy yo. Yo soy cazador. No le hubo mejor en todo el regimiento. Te descubro á cualquier animal, cualquier pájaro. Yo sé bien dónde se esconden. Tengo perros, dos escopetas, redes, lazos y un gavilán. Lo tengo todo, gracias á Dios... Descubro la pista, conozco por ella á la bestia y te digo dónde duerme, dónde bebe y dónde se revuelca. Me instalo bajo los árboles y en vez de dormir en mi casa, velo allí toda la noche... Quedarse en casa!... Es muy aburrido eso!... Y además, se peca tan fácilmente! Vienen las mujeres, las murmuraciones comienzan, gritan los chiquillos... Oh! no, no... Cuánto más hermoso es levantarse con el sol, escoger un buen sitio, romper un montón de cañas, echarse sobre ellas, como una persona decente, y esperar!... Desde allí, se sabe cuánto pasa en el interior del bosque. Si miras al cielo, las estrellas te dicen la hora que es; si vuelves la vista entorno sientes de improviso que el follaje se agita y sin poderlo evitar exclamas: Ya está aquí! Es el jabalí que viene á refocilarse... Se oyen los agudos gritos de los aguiluchos, el cántico estridente de los gallos de la *stanitza* y el ronco alboroto de los patos. Si oyes á los patos, es que todavía no ha llegado la media noche. Yo sé bien todo esto... Si de pronto hiere mis oídos

un disparo de fusil, acuden á mi mente mil ideas encontradas y me pregunto: Quién habrá tirado? Será un cosaco, como yo, que acecha la pieza? La habrá matado? La habrá, tal vez, herido solamente y el pobrecito animal se desangrará en vano, revolcándose moribundo entre las cañas? Oh! no, no... Eso nunca lo hago! Por qué martirizarlas así? Imbécil, más que imbécil!... Luego pienso: Será algún abrek que ha asesinado á algún hermano mío? y todos estos pensamientos, en atropellada confusión, asaltan mi cerebro... Una vez, sentado junto al agua, ví balancearse sobre la superficie una ligera cuna... Me acerqué á mirarla y observé que estaba intacta; sus bordes, únicamente, estaban algo estropeados... De súbito, un torrente de pensamientos se apoderó de mí... De quién era aquella cuna? Probablemente—pensé enseguida—esos malditos soldados habrán caído sobre un pueblo, se habrán apoderado de las mujeres y uno cualquiera de ellos, un miserable, ha cogido á la pobre criatura por los pies y la ha estrellado contra la pared... Es que no lo hacen así, por ventura? Ay! Dios mío, hay gentes que no tienen corazón! Y tan fúnebres ideas asaltaban mi mente, que ya no veía sino la cuna que flota, la mujer deshonrada, una casa que el fuego devora y por último un cosaco con el fusil al hombro que pretende robarme. Sumido en esta meditación estaba cuando me pareció que una manada de jabalíes andaba por el bosque, y algo extraño me hizo extremecer. «Acercaos más que no perderéis el tiempo!»—pensé.—Escucho sin moverme y mi corazón latiendo cada vez con más violencia, como si quisiera quebrarse. Por el bosque avanzaba todo un rebaño. Digo «en el nombre del Padre, del Hijo...» y ya me disponía á tirar, cuando me quedo parado al oir que el jabalí madre decía á sus pequeñuelos: «Qué desgracia, hijos míos, aquí hay un hombre!» é inmediatamente se internaron en la maleza. Lleno de cólera me hubiera despedazado á mí mismo.

—Pero cómo pudo avisar el jabalí á sus hijuelos de que allí había un hombre?—preguntó Olenin.

—Y tú no crees que pudiera hacerlo? Piensas, acaso, que la bestia es tonta? No por cierto; es más inteligente que el hombre, aunque sea un jabalí. Todo lo sabe. El hombre, por ejemplo, sigue una pista y apenas presta atención á ciertos detalles, mientras que el jabalí huye tan pronto como encuentra el rastro más insignificante, porque éste posee inteligencia y tiene espíritu; tú no conoces tus pasos y él sí. Quieres matarlo y él desea vivir entre las enramadas del bosque; tú tienes una ley y él otra. Un jabalí no es de peor condición que la tuya. También es criatura de Dios. Ah!

qué bestia es el hombre, bestia, bestia!...—repitió varias veces el viejo y bajando la cabeza quedó pensativo.

También pensaba Olenín. Abandonó la habitación y con las manos atrás, paseábase por el patio sumido en meditación profunda.

Erochka, vuelto en sí, levantó la cabeza mirando insistentemente á las mariposas que giraban al rededor de la vacilante llama de la bujía, cayendo abrasadas sobre la mesa en la que estaba apoyado.

—Insensatas! Necias! Para qué voláis? Imbéciles! Imbéciles! —dijo. Y con su gruesa mano pretendía cogerlas en el aire.

—Vais á quemaros, encanto de la naturaleza. Venid, aquí hay espacio donde volar sin peligro,—añadió procurando aprisionarlas entre sus dedos para que luego en libertad volaran por la habitación.—Os quemáis y me da lástima.

Así permaneció largo rato charlando solo y bebiéndose otra botella. Olenín iba y venía de la sala al corral sin que nada pudiera sacarle de su ensimismamiento. Conteniendo la respiración involuntariamente, oyó una risa de mujer, la voz de un hombre y el chasquido de un beso. Con ánimo de conocer lo que todo aquello significaba, deslizóse sobre el césped y llegó al otro lado del corral, pero seguidamente crugió la empalizada que cedió ante el fuerte empujón de un fornido cosaco vestido de caftán oscuro y gorro blanco, y una mujer de esbelto talle, cubiertos los hombros con un pañuelo, pasó por delante mismo de Olenín. «Ni tú conmigo ni yo contigo hemos de hacer nada», parecía decir Marianka con la resuelta altivez con que seguía su marcha. Siguióla Olenín con la vista hasta la entrada de la cabaña y todavía pudo observar por la ventana que la joven tiraba su pañuelo y se sentaba sobre un banco. De pronto, en medio de la soledad sintió que un deseo oculto, desesperación vaga, celos insensatos le amargaban el alma y corrió ansioso en busca de Erochka.

La última luz de las cabañas se había apagado. En la *stanitza* extinguíanse los últimos rumores; el ramaje de las cercas, el ganado de los corrales, los tejados de las casas, los plátanos grandiosos, todo dormía con sueño santo, tranquilo, reparador. Solamente los gritos agudos y continuados de las ranas en los estanques, llegaban lejanas al oído atento. En Oriente, las estrellas desaparecían como si se fundiesen en la luz que comenzaba á iluminar la aldea, pareciendo más altas y unidas entre sí al mirarlas en el momento mismo de pasar por debajo de ellas. El viejo dormitaba con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre la mesa. Cantaba el gallo en el corral vecino, y Olenín, entristecido

paseaba, paseaba sin cesar, agitándose violentamente. El eco de voces que entonaban una romanza llegó hasta él y aproximándose á la ventana escuchó. Los cosacos con voz clara entonaban juntos una canción alegre, pero entre ellos había uno que dominaba á todos.

—Sabes quién canta?—exclamó el anciano al despertarse.—Lukachka, el cosaco. Ha matado un thetchenze y lo celebra. Y por qué se alegra el insensato?...

—Y á tí,—le interrumpió Olenín—también te ha tocado matar á muchos hombres?

De un salto se incorporó Erochka y miró fijamente á Olenín.

—Diablo!—exclamó.—A qué viene esa pregunta? De eso no se habla. Es muy difícil condenar un alma, pero muy difícil! Adiós, padrecito: me cansa la silla y estoy borracho,—añadió disponiéndose á marchar.—Quieres que venga mañana para irnos de caza?

—Ven, si quieres.

—Cuidado, eh! Levántate temprano, porque de lo contrario habrá multa.

—No tengas miedo; me levantaré antes que tú,—respondió Olenín.

Salió el viejo, calló la canción; oyéronse pasos y una conversación alegre. Poco después la canción se volvió á oir, pero más lejana, y la vibrante voz de Lukachka uníase como antes á las otras. «Qué hombres, qué vida!»—pensó Olenín dejando escapar un suspiro, mientras penetraba por la puerta de la cabaña.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVI

Los consejos de Erochka

El viejo Erochka era un cosaco retirado, que vivía solo; su mujer—de esto hacía ya veinte años—habíase convertido á la ortodoxia, huyendo luego de su casa para casarse con un suboficial ruso. No tenía hijos. No mentía al decir que fué el mozo más guapo de la *stanitza*. En el regimiento conocíasele por su bravura. Sobre la conciencia tenía más de una muerte de thetchenzes ó rusos. Trepaba las montañas y robaba al ruso, llegando hasta á ser su prisionero algunas veces. Casi todo el tiempo lo pasaba cazando en el bosque, sin otra alimentación que pan y agua. Pero en cambio, cuando llegaba al pueblo pasaba día y noche en continua francachela. De regreso de casa de Olenín, entró en su cabaña, durmiendo dos horas, y al despertarse, antes del amanecer, sentóse sobre la cama pensando en Olenín á quien había conocido la víspera. Gustaba de la *simplicidad* de Olenín, esta simplicidad la fundaba en que le había invitado á beber vino. Hasta la misma persona del alférez le resultaba agradable. Extrañábase de que los rusos en general fuesen tan *simples* y ricos, no obstante su ignorancia, á despecho de la educación. Discurría sobre esto y pensaba qué podría pedir á Olenín que pudiera serle útil.

La cabaña de Erochka era grande y no muy vieja, echándose de ver inmediatamente la ausencia de mujer. Contra la escrupu-

losa limpieza de los cosacos, toda la habitación estaba sucia y en el mayor desorden. Sobre la mesa había un caftán impregnado de sangre, la mitad de una galleta y á su lado una corneja despiumada y partida para servir de cebo al gavilán. Los zapatos, un fusil, un puñal, un saco, un vestido mojado aun y otros objetos aparecían dispersos sobre los bancos. Unos zapatos de cuero reblandecíanse en el agua sucia y mal oliente de un cubo que se veía en el rincón de la sala, junto á una *kabilka* y una carabina. En el suelo una red y algunos faisanes muertos veíanse al lado de una gallina que, atada por una pata á la mesa, picoteaba por tierra. Un tiesto lleno de líquido lechoso, yacía sobre el apagado fogón. Encima de éste, un pájaro esforzábase por soltar la cuerda que le sujetaba, mientras un pequeño gavilán asomábase por uno de sus ángulos, mirando oblícuamente á la gallina y de vez en cuando á ambos lados. El viejo Erochka estaba acostado boca arriba en una cama estrecha instalada entre la hornilla y la pared. Cubierto solamente con la camisa, sus robustas piernas apoyadas sobre el fogón, quitábase las costras de los arañazos producidos por las uñas del gavilán, al que pretendía amaestrar sin hacer uso de guantes. Por todo el cuarto, pero muy especialmente alrededor del viejo, notábase ese olor extraño, indefinible y no desagradable que acompañaba á Erochka.

—Estás en casa, abuelo?—dijo por la ventana una voz penetrante, que el viejo conoció inmediatamente; era la de su vecino Lukachka.

—Sí, sí. Entra!—respondió Erochka.—Vecino Marka, Luka Marka, qué te trae á mi casa? Vas al cordón?

El gavilán, despierto á la voz de su amo, batió las alas para soltarse del lazo.

El viejo quería á Lukachka y exceptuábalo en su desprecio á la última generación de cosacos. Por otra parte, Lukachka y su madre, en calidad de vecinos, dábanle de vez en cuando vino, requesón y otros productos de la casa, de los cuales carecía Erochka. Este, que siempre fué generoso, explicábase la admiración de sus vecinos. «Son gente rica. Yo les doy faisanes y jabalíes y ellos á su vez no me olvidan, obsequiándome con galleta y pasteles».

—Buenos días, Marka! Me alegro de verte,—dijo jovialmente el viejo saltando de la cama y colocando sobre el suelo sus pies desnudos. Dió dos pasos sobre el suelo de madera, miró la deformidad de sus piernas y como pensando en algo extraño, dió dos golpes con el talón, sonrió é hizo un ligero movimiento.

—Estoy bien, eh?—dijo; y sus ojos brillaron.

Lukachka abrió sus labios con una ligera sonrisa.

—Qué, te marchas al cordón?—le preguntó.

—No, abuelo; vengo á traerte el vino que te ofrecí.

—Cristo te salve!—dijo el anciano. Cogió el pantalón y caftán que había en el suelo, vistióse, se ciñó un cinturón de cuero, echó

sobre las manos un poco de agua del tiesto, enjugándose en un pantalón viejo, y tomando un trozo de peine lo pasó por la barba, poniéndose inmediatamente delante de Lukachka.

—Estoy listo,—dijo.

Lukachka tomó la botella y un cubilete que repasó con un trapo, y después de llenarlo del rojo líquido lo ofreció á Erochka, sentándose en un banco.

—A tu salud! En el nombre del Padre y del Hijo!—hizo el viejo aceptando el vino con aire solemne.—Que cuánto desees se cumpla; sé bueno y merece la cruz!

También Lukachka rezó una plegaria, bebió vino y dejó el vaso sobre la mesa. El cazador púsose en pie; tomó pescado seco

que colocó sobre el umbral de la puerta, golpeándolo con un palo para hacerlo reblandecer, y luego lo sirvió en un plato de loza azul, único que tenía, no sin antes prensarlo bien entre sus manos callosas.

—En mi casa hay de todo, hasta aperitivos, á Dios gracias!—dijo con orgullo.—Y qué hace Mocev?—preguntó.

Lukachka, deseando visiblemente conocer la opinión del anciano, contó que el *uriadnik* le había cogido el fusil.

—Déjale el fusil,—repuso Erochka.—Si no se lo dejas te quedarás sin premio.

—Pero, qué recompensa puede obtener un cosaco que no ha hecho todavía el servicio á caballo? Ese era un buen fusil de Crimea; cuesta ochenta piezas de moneda.

—Oh, déjalo! También yo me disputé una vez con un centenario que quería quitarme mi caballo. «Dámelo, me decía, y te propondré para corneta». Como no se lo quise dar me quedé sin ascenso.

—Ya ves! Tengo que comprarme un caballo y dicen que al otro lado del río no se encuentran más baratos de cincuenta piezas. Mi madre no ha vendido el vino todavía.

—Ah! Cuando el viejo Erochka tenía tu tiempo no se apenaba por esas cosas. A tu edad yo robaba ganados para venderlos al otro lado del Terek. A veces vendía un caballo por un jarro de vino ó por una *burka*.

—Por qué los vendías tan baratos?—preguntó Lukachka.

—Imbécil, imbécil Marka!—dijo despreciativamente el viejo. —Era imposible hacerlo de otra manera. Por eso se roba, por no ser avaro. Y vosotros, me parece que ni siquiera sabéis cómo se roban los caballos... Por qué callas?

—Qué quieres que te diga, abuelo,—repuso Lukachka,—en verdad, no somos lo mismo.

—Necio, necio! no somos lo mismo,—repitió imitando el tono y ademanes de Lukachka.—Sí, á tu edad era yo otro cosaco!

—Y qué hacer?—preguntó el joven.

El viejo movió la cabeza con ademán despreciativo.

—El viejo Erochka era entonces sencillo y generoso, y por eso todos los thetchenzes eran sus amigos. Cuando alguno de ellos venía á mi casa lo embotrachaba con licor, cedíale mi cama y al ir yo á su casa le llevaba siempre un regalito. Así obrábamos los hombres de otro tiempo. Los de ahora se divierten en comer pepitas y tirar la cascarilla,—dijo con aire de reproche é imitando á los modernos cosacos comiendo simiente de girasol.

—Ya lo sé,—dijo Lukachka.—Es cierto.

—Si quieres ser valiente debes imitar á los montañeses y no á los del país. Si un labriego quiere adquirir un caballo, coge su dinero y lo compra...

Tras unos momentos de silencio el joven dijo:

—En verdad que es aburrida la vida, tanto en la *stanitza* como en el cordón; no se puede hacer nada. Todos son miedosos. El otro día estábamos con Nazarka en la aldea cuando Guirei-Khan nos propuso ir á robar caballos á los nogais; nadie quiso ir... Qué iba á hacer yo solo?

—Para qué sirve el abuelo? Crees que estoy inservible? No, todavía no. Dame un caballo é inmediatamente iremos en busca de los nogais.

—No digas sandeces!—repuso Lukachka;—cómo me las he de arreglar con Guirei-Khan? El me ha dicho: no has de hacer más que llevarme un caballo hasta el Terek y allí te daré yo un rebaño entero. Pero tiene la cabeza hueca; es difícil augurar el éxito.

—Se puede confiar en Guirei-Khan; pertenece á buena familia. Su padre es un amigo fiel. Pero, escucha al abuelo, que no habrá de enseñarte nada malo: tómale juramento, que será más seguro, y si vas con él, procura llevar el arma á mano, sobre todo en el momento de la distribución de caballos. Un día á poco me mata un thetchenze por la misma cuestión. Yo le pedía diez piezas de moneda por un caballo... Fíate en él, pero no te duermas sin el fusil al lado.

Lukachka escuchaba al viejo con atención.

—Eh, abuelo! me han dicho que posees una hierba mágica,—dijo tras breve pausa.

—No, no tengo hierba mágica, pero te instruiré; puesto que eres un buen cosaco no olvidarás al pobre viejo. Quieres que te instruya?

—Sí.

—Conoces la tortuga? Es un diablo...

—Cómo no saberlo!

—Pues bien; un día buscas su pido y cuando esté fuera rodéalo de ramaje para que no pueda entrar. Ella vendrá, encontrará la barrera, se marchará y volverá á depositar la hierba mágica para destruir el ramaje. Y tú vuelves al siguiente día temprano y mira por qué parte está destruída la barrera, que allí encontrarás la hierba mágica. Ni cerradura ni valla podrán resistirte.

—Tú la has probado?

—No; pero buenas gentes me lo han asegurado. Yo poseía un

talismán; no tenía más que evocarlo antes de montar á caballo y nadie podía disparar contra mí.

—Y qué sortilegio era ese?

—No lo conoces? Ah, la buena gente! Sí, pregúntalo al abuelo. Pues bien; escucha y repite conmigo:

«Salud, vosotros, los que habitáis Sión.

»Es tu rey.

»Montaremos á caballo.

»Grita Sofonías.

»Zacarías habla.

»Padre Mandritché.

»El hombre eternamente amado».

—Eternamente amado,—repitió el viejo.—Lo sabes ya? Pues bien, repítelo otra vez.

Lukachka sonrió.

—Y por eso no te han muerto, abuelo?

—Puede que sí. Vosotros sois muy inteligentes... Apréndelo todo y lo repites; eso no te hará daño. Has entonado el encantamiento é hiciste bien.—El viejo rió.—Y ahora, Luka, no vayas á ver los nogais.

—Porqué?

—Porque no está bien. Vosotros no sois como los antiguos, estáis degenerados y no tenéis vergüenza. Una cuadrilla de rusos vendrán y os llevarán ante los tribunales. Verdaderamente cobardes! Ah! en nuestros tiempos...

Y el viejo comenzó á contar sus historias de siempre, mientras Lukachka miraba por la ventana.

—Ya es de día, abuelo—le interrumpió.—Me marcho; ven á verme.

—Que Cristo te guarde! Yo me voy á casa del oficial á quien prometí llevar de caza. Me parece buen muchacho.

XVII

La despedida de Lukachka

Al salir de casa de Erochka, Lukachka entró en su cabaña. La niebla humedecida por la escarcha elevábase del suelo y envolvía la *stanitza*. El ganado, que todavía no se podía distinguir, comenzaba á agitarse en todas direcciones. Los gallos charlaban con más alegría y con gritos más agudos. Purificábase la atmósfera con un aire transparente y los habitantes comenzaban á levantarse. Llegado cerca de la aldea, pudo percibir Lukachka la cabaña de su madre con la cerca humedecida por el rocío y la escalera con el postigo abierto. Enmedio de la niebla se oía el ruído de un hacha que cortaba leña en el bosque. Lukachka entró en la cabaña. Su madre, ya levantada, en pie ante el hogar avivaba el fuego. Sobre el lecho descansaba todavía la hermanita del cosaco.

—Qué, te has divertido, hijo mío?—preguntóle su madre, con dulzura.—Dónde pasaste la noche?—En la *stanitza*—respondió el mancebo sin precipitarse, manejando el fusil al que acababa de quitar la funda.

La madre movió la cabeza.

Después de llenar con pólvora la cazoleta, Lukachka tomó un saquito, cogió de él algunos cartuchos vacíos y se puso á llenarlos cuidadosamente, cubriéndolos con balas envueltas en papel. Seguidamente arrancó con los dientes los tapones de los cartuchos llenos y examinándolos los colocó en el saco.

—Madre, te dije que me arreglaras el saco, está ya?

—Sí; anoche te lo arregló la muda. Es hora de que vuelvas al cordón? Apenas si te he visto.

—No tengo tiempo más que para arreglarme un poco y enseguida me pondré en camino—repuso Lukachka envolviendo la pólvora.—Dónde está la muda? Ha salido?

—Sin duda está cortando leña. Estaba triste por no verte. Ya no le veré más, decía. Mostraba la cara compungida, se llevaba la mano al corazón y denotaba pesadumbre. Quieres que la llame? Ha comprendido cuánto se decía del abrek.

—Llámala—dijo Lukachka—y tráeme grasa para limpiar el sable.

La vieja desapareció y momentos después la muda, hermana de Lukachka, penetraba en la cabaña por la frágil escalera de tablas que crugieron á su peso.

Tenía seis años más que su hermano y se le hubiera parecido mucho á no tener una fisonomía ordinaria, embrutecida, groseramente movible, común á todos los sordo-mudos.

Vestía burda camisa llena de remiendos. Los pies desnudos y asquerosos. En la cabeza llevaba un pañuelo viejo, azul oscuro. La cara, cuello y manos, venosas como las de los labriegos. En su persona, en sus vestidos, se veía que estaba acostumbrada á los rudos trabajos masculinos.

Llevaba en la mano un haz de madera cortada que arrojó cerca del fuego. Con alegre sonrisa se llegó á su hermano, iluminándose su rostro; golpeóle la espalda y con la mano, cara y cuerpo marcaba rápidos movimientos.

—Muy bien, bravo, Stiopka!—dijo el mancebo moviendo la cabeza.—Me lo has arreglado y preparado todo; pues toma, para tí. —Y sacando del bolsillo dos tortas de maíz se las dió.

La fisonomía de la muda adquirió un rojo oscuro y saltó prorumpiendo en gritos salvajes en señal de alegría. Al coger las tortas, hizo signos rápidos y significativos, mostrándolas siempre del mismo lado mientras se pasaba los gruesos dedos por cejas y cara.

Lukachka, que la comprendía, movía la cabeza sonriendo. Decía á su hermano que obsequiaba bien á las jóvenes y que por eso estaban enamoradas, pero sobre todo una de ellas, Marianka, le quería entrañablemente. Para designar á Marianka miraba del lado del corral, indicando la dirección de casa de la muchacha y gesticulando con labios y cabeza. «Te quiere», decía llevándose la mano al corazón, besándola y simulando enternecer á alguien. La madre

entró en la cabaña y adivinando de quien hablaba la muda, sonrió; Stiopka le enseñó las tortas y nuevamente expresó su alegría.

—Estos días he hablado con Ulitka, diciéndole que pretendía pedirla en matrimonio para tí y recibió mis palabras con gran satisfacción,—dijo la madre.

Lukachka la miró en silencio.

—Recuerda que hay que vender el vino rancio y necesito un caballo.

—Lo pondré en venta cuando sea la época. Eso es cuenta mía. —dijo la madre que no gustaba que se mezclase su hijo en los negocios de la casa:—Cuando te vayas coge un quesito que he pedido fiado en casa de unos amigos para que te lo lleves al cordón. Quieres llevarlo en el morral?

—Bueno,—repuso Lukachka.—Ah!... Y si viene Guirei-Khan envíale al cordón porque tengo que hablarle y está con licencia.

El joven se preparó á partir.

—Te lo enviaré, hijo mío, no se me olvidará. Pero, dónde has pasado el día? En casa de Iamka? Allí estabas sin duda cuando te oí cantar á media noche, al levantarme para dar una vuelta por el corral.

Lukachka no respondió y salió al patio donde se puso el zurrón en bandolera, metióse el caftán corto y sin cuello y tomando el fusil se cuadró en la puerta.

—Adiós, madre—dijo dando un portazo.—Envíame por Nazarka un cántaro de vino que he prometido á los compañeros; él vendrá á recogerlo.

—Dios te proteja, Lukachka! Que El te guía! Te enviaré el vino del tonel nuevo—respondió la vieja aproximándose á la cerca. —Escucha!—Añadió sacando la cabeza por encima del ramaje.

El cosaco se detuvo.

—Te has divertido y me alegro mucho. Por qué un joven no se ha de divertir? Y, sobre todo, está bien hecho cuando Dios nos protege. Pero allá en el cordón, ten cuidado, no te metas con nadie... Procura estar bien con tu jefe, que podrá valerte mucho. Yo venderé el vino, reuniré dinero para comprarte el caballo y pediré á tu novia en matrimonio.

—Bien, bien!—dijo el joven frunciendo las cejas.

La muda soltó un grito para llamar la atención de su hermano, señalando la cabeza y las manos para indicar la testa afeitada del thetchenze. Hizo un gesto, fingió apuntar con un fusil, gritó y entonó un alegre cántico levantando la cabeza. Quería recomendar á Luka que matase otro abrek.

Comprendiéndolo el cosaco, sonrió y con paso ligero desapareció entre la densa niebla con el fusil colgado á la espalda.

La madre quedó un momento como ensimismada junto á la puerta; entró en la cabaña é inmediatamente reanudó el cotidiano trabajo.

XVIII

Erochka y Olenín salen de caza

LUKACHKA se marchó al cordón, mientras el viejo Erochka silbaba llamando á sus perros y escalando las cercas de los corrales á fin de no encontrar mujeres en el camino, y llegó al alojamiento de Olenín. Este dormía aun y hasta el mismo Vanucha permanecía en cama, si bien despierto, preguntándose si sería ó no hora de comenzar el trabajo, cuando Erochka abrió la puerta vestido con traje de cazador y con el fusil á la espalda.

—Atención! Alerta!—dijo el viejo con voz cavernosa y penetrante.—Alto á los thetchenzes! Ivan! Sirve el desayuno á tu amo. Y tú, levántate enseguida! Así hacéis en vuestro país? Hasta las mozas están aquí levantadas. Mira por la ventana y las verás ir á buscar agua mientras tú duermes.

Olenín se despertó y de un salto púsose en pie, comenzando á vestirse. El anciano y su voz llenáronle de alegría.

—Vamos luego, Vanucha!—exclamó.

—Así vas de caza? cuando todos almuerzan tú duermes. Liam! Psch, Psch!—gritó al perro.—Ya tienes preparado el fusil?—preguntó como si una enorme masa de enemigos hubieran invadido la aldea.

—Perdona, es culpa mía,—repuso Olenín.—Eh! Vanucha! Dame la pólvora y una baqueta.

—Multa! Multa!—dijo Erochka.

—Queréis té?—preguntó en francés Vanucha, sonriendo.

—Tú no eres de los nuestros: no hablas como nosotros, diablo! —interpuso el anciano riendo y enseñando sus descarnadas encias.

—Por la primera vez, merezco indulto,—dijo Olenín bromeando, mientras se ponía las botas de caza.

—Por esta vez, pase!—repuso Erochka.—Pero á la otra serás multado con un jarro de vino. Al amanecer se ocultan los ciervos.

—Y si por casualidad se les encuentra, no podremos engañarlos porque son más astutos que nosotros,—dijo Olenín recordando las palabras del viejo en la pasada noche.

—Sí, ríete; cuando los mates, entonces me dirás si es cierto. Pero, vamos pronto! Mira, tu huésped viene á verte,—añadió Erochka que miraba por la ventana.—Qué bien vestido! Se ha puesto el mejor caftán para que veas que es oficial. Oh, el mundo, el mundo!...

En efecto; Vanucha entraba á anunciar que el propietario de la casa deseaba ver al alférez.

—El dinero!—dijo Vania con aire significativo para indicar á su amo el objeto de la visita del corneta, que entraba vestido de oficial de tcherkes con sus respectivas charreteras y botas lustrosas, cosa extraña en un cosaco. Contoneándose y con la sonrisa en los labios penetró en la habitación saludando cordialmente á Olenín.

Ilía Vasilievitch era un cosaco *civilizado* que varias veces estuvo en Rusia; era maestro de escuela con apariencias de noble. No obstante su interés en aparentar *hidalguía*, percibíase bajo su barniz ridículo de educación estrambótica, bajo su manera de hablar retumbante y afectada, un cosaco como era el mismo Erochka. Adivinábase todo esto con sólo mirar su tez curtida, sus manos callosas, su roja nariz; Olenín le invitó á sentarse.

—Buenos días, padre,—dijo Erochka con aire irónico, según pareció á Olenín, poniéndose en pie respetuosamente.

—Hola abuelo! Ya estás aquí?—respondió el corneta saludándole con un gesto, como distraído.

Era un hombre de unos cuarenta años, delgado, esbelto, de rostro agradable, aunque desfigurado por la edad; su barba algo gris cortada en punta.

Temía que al visitar á Olenín se le confundiera con un cosaco

ordinario, deseando hacer notar inmediatamente lo importante de su persona.

—Es nuestro *Nemrod* egipciaco,—dijo, sonriendo con satisfacción, á Olenín y mostrándole el anciano.—Es un gran cazador, *ante el eterno*. Es el más hábil del pueblo para todas las cosas, le conocía usted ya?

Erochka miró á sus pies cubiertos con zapatos mojados y movió la cabeza pensativo, extrañado de la elegancia é instrucción del corneta, repitiendo entre sí: *Nemrod* egipciaco, qué no inventará este hombre!

—Sí, nos vamos de caza—dijo Olenín.

—Está bien! pero yo tenía que hablaros de un asunto...—repuso el corneta.

—Qué es?

—Puesto que sois noble,—comenzó el corneta,—y yo soy oficial, podremos entendernos los dos como es costumbre entre caballeros.—Aquí se detuvo y sonriente miró al viejo y á Olenín. —Pero si deseáis mi consentimiento para alquilar la casa, podéis ya contar con él; como mi mujer es tonta, cualidad muy común entre los de su esfera, no comprendió cuánto le dijisteis ayer tarde. La habitación podía haber sido alquilada al ayudante de campo por seis piezas de moneda sin contar la cuadra; y si no me pagáis, yo, en calidad de noble, puedo echar de mi casa al inquilino y si tratáis de obligarme, como oficial, puedo entenderme personalmente con vos, y como habitante del país no solamente según nuestra costumbre!...

—Habla correctamente,—murmuró el viejo.

El corneta siguió disparatando.

Por todo ello pudo adivinar Olenín, no sin gran trabajo, que el oficial le pedía seis rublos de plata por el alquiler de un mes, admitiéndolo con gusto, por lo que ofreció á su huésped una taza de té que el corneta no aceptó.

—Dadas nuestras absurdas preocupaciones, consideramos como pecado servirnos de un vaso que no nos pertenece. Por mi educación debería estar libre de tales prejuicios, pero mi mujer... por la debilidad de su sexo!

—Bueno; quiere usted té?

—Si usted me lo permite traeré mi *vaso particular*—respondió el corneta, y saliendo al portal gritó: Traedme mi vaso!

Momentos después se entreabrió la puerta y un brazo redondo, de piel finísima, cubierto de una manga color de rosa, tendió el vaso que el corneta cogió diciendo en voz baja algunas palabras á su hija.

Olenín sirvióle té en su *vaso particular* y dió uno de los suyos al viejo Erochka.

—No quisiera reteneros,—dijo el cosaco sorbiendo el té apresuradamente y quemándose la boca,—también yo estoy apasionado por la pesca y ahora estoy en vacaciones para distracción de mi servicio. Deseo probar mi suerte á ver si alcanzo parte de los *dones del Terek*. Espero vendrá usted algún día á visitarme y á beber el vino de mis mayores, según costumbre de la *stanitza*,—añadió.

El corneta saludó, dió la mano á Olenín y salió. Mientras el joven ultimaba los preparativos para la caza, oíase la voz de mando del corneta-maestro dando órdenes á su familia.

Minutos después Olenín le vió pasar por delante de la ventana con pantalón arremangado hasta la rodilla, un caftán andrajoso y una red al hombro.

—El pillete!—dijo Erochka apurando su té.—Y le pagarás las seis piezas? qué primo! por ocho piezas puedes tener la mejor cabaña de la *stanitza*. Ah! canalla! Yo te cedo la mía por tres piezas.

—No,—repuso Olenín,—prefiero quedarme aquí.

—Seis piezas, es ganas de tirar el dinero!... He! he! Ivan, dame vino.

Después de comer y tomar un poco de licor, Olenín y el anciano pusiéronse en marcha á las ocho de la mañana. En el portalón encontraron una carreta enganchada. Marianka, cubierta hasta los ojos con un pañuelo blanco y un corpiño sobre la camisa, calzada con botas y una larga vara en la mano hostigaba á los bueyes con la cuerda atada á los cuernos.

—Marianka,—exclamó Erochka haciendo ademán de abrazarla. Marianka hizo silbar la vara rasgando el aire y envolvió á los dos hombres con una tierna mirada de sus risueños ojos. Olenín sintióse aun más contento.

—Vamos, vamos pues!—dijo echándose el fusil á la espalda y todavía impresionado por la mirada de la joven.

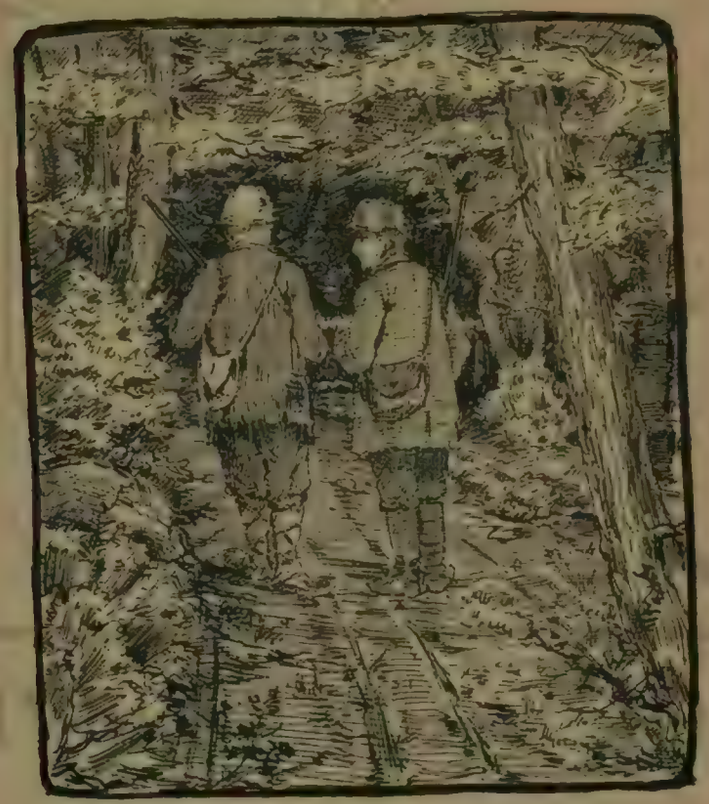
—Arre! arre!—gritó tras él la voz de Marianka guiando la carreta que enseguida se puso en movimiento.

Mientras atravesaban la *stanitza* y sus alrededores, Erochka no podía olvidar en su charla al corneta ni cesar de injuriarle.

—Pero, qué te mueve contra él?—preguntó Olenín.

—Es un avaro y por eso no le quiero—respondió el anciano.—Reventará y no podrá llevarse sus caudales, y para quién los reco-

ge? Ha construido dos casas. De un proceso con su hermano ha sacado un jardín. En materia de papelotes es todo un maestro, de otras *stanitzas* vienen á buscarle para interponer demandas; y tal como él lo escribe así sucede. Para quién trabaja? No tiene mas



que un chicuelo y una muchacha que le abandonará en cuanto se case.

—Entonces, procurará un dote para su hija?—preguntó Olenín.

—Dote? la tomarán sin él; es hermosa la chica, pero ese diablo pretende casarla con un rico. Quiere hacer un gran negocio. Hay un cosaco, Luka, mi sobrino y vecino, guapo mozo, el que ha matado al abrek, que la solicita desde hace tiempo y siempre pretexta algo para negársela en matrimonio. Dice que la muchacha es muy

joven, pero me consta que él desea que le supliquen. Cuántas historias ha habido ya á causa de esa moza!... Pero Luka la obtendrá. Es el primer cosaco de la *stanitza*, un verdadero montañés. Ha matado á un abrek y tiene ganada la cruz.

—Pues, entonces, á quién abrazaba ella ayer noche? Paseábame por el corral y oí que la hija de mi huésped besaba á un cosaco,—dijo Olenín.

—Mientes!—exclamó el viejo, deteniéndose.

—Te lo juro,—repuso Olenín.

—La mujer es un demonio,—dijo Erochka reflexionando—y quién era ese cosaco?

—No le ví.

—La tela de su gorro era blanca?

—Sí.

—Y el caftán rojo? Tenía tu estatura?

—Un poco mayor.

—Ah! era él!—y Erochka se echó á reir.—Es mi Marka, es decir, Lukachka; yo le llamo Marka en broma. Era él mismo; eso me gusta. Así fuí yo en otros tiempos. No hay que guardar consideración á los padres. Me sucedió una vez que mi *chechinka* dormía con su madre y su cuñada, y á pesar de eso llegué hasta ella. Vivía muy alto; la madre era una verdadera bruja, un demonio que no me podía sufrir. Yo me llegué bajo su ventana con un buen amigo; trepando sobre sus hombros, abrí el postigo y palpé; ella dormía sobre un banco junto á la ventana... Una noche la despierto, no me conoce y lanza un grito. «Quién es?» Y yo... sin atreverme á hablar; su madre se presenta y me conoce enseguida por la borla de mi gorro; salta la niña y viene á reunirse conmigo. Nada me faltó entonces; ella me traía leche cuajada, huevos, y todo lo del mundo—añadió el viejo.—Y no era sola ella. Qué gran existencia!

—Y qué hacemos, ahora?

—Vayamos tras los perros; ellos levantarán los faisanes que se refugian en el árbol y entonces tiraremos.

—Todavía harías la corte á Marianka?

—Sigamos al perro; esta tarde te hablaré de eso,—dijo el viejo azuzando á Liam, su favorito.

Continuaron la marcha en silencio.

Apenas habían dado cien pasos, cuando Erochka se detuvo nuevamente mostrando una rama tendida en medio del camino.

—Qué crees que es esto?—dijo.—Para tí nada significa? Pues es de mal agüero hallar aquí una rama.

—Por qué?—repuso Olenín sonriendo.

—Cuando veas una rama en mitad del camino, no la toques, sino vuélvete atrás ó arrójala con el pie diciendo: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Así puedes continuar en la seguridad de que nada puede ocurrirte. Esto me lo enseñaron los viejos.

—Qué necedad!—dijo Olenín.—Háblame de otra cosa, de Marianka, por ejemplo. Qué, está en relaciones íntimas con Lukachka?

—Pchst... cállate ahora!—le interrumpió el viejo en voz baja. —No hagas más que escuchar. Atravesamos el bosque y podríamos espantar la pieza,—y con el fusil en la mano marchó el primero por los estrechos senderos de la espesura.

Con gesto de indignación volvióse á mirar á Olenín que, con sus botas, hacía crugir la hojarasca, ó llevando mal el fusil golpeaba los árboles arrancándoles sendas ramas.

—Soldado, no hagas ruído, ve despacio,—exclamó en voz muy baja.

Comprendíase ya que el sol había salido; la niebla se disipaba, pero cubría aun la cima de los árboles, haciéndolos parecer de inaccesible altura. A cada paso el paisaje cambiaba; lo que de lejos parecía un gigante era solamente un arbusto, y la más débil caña semejaba un arbolazo.

XIX

En pleno bosque

DESAPARECÍA la niebla dejando impregnados de humedad los tejados de junco, transformándose en rocío que brillaba en el camino cubierto de hierba. El humo surgía de todas las chimeneas. Los vecinos abandonaban las viviendas reanudando su trabajo y dirigiéndose al río ó al cordón. Los cazadores caminaban alegres por las veredas cubiertas de césped y los perros movían la cola corriendo en todas direcciones para volver á acariciar á su amo. Los mosquitos extendíanse á millares cubriendo manos y cara de los caminantes, que percibían el exquisito aroma de la hierba y la humedad de que se llenaba el aire. Olenín volvíase sin cesar hacia la carreta que guiaba Marianka, aguijoneando á los bueyes con su larga vara. El espacio aparecía sereno y la selva tranquila.

El ruído que antes se percibía en la *stanitza* ya no llegaba á los cazadores. Sólo el ladrido de los perros y el canto de los pájaros herían el espacio. Olenín sabía que entre la selva se ocultaban, á veces, los abreks en emboscada y que en aquel sitio para un viandante era el fusil su mejor compañía.

No tenía miedo, pero pensaba que otro en su lugar marcharía intranquilo; y escudriñando atentamente la selva húmeda y brumosa, escuchaba los ruídos más débiles, experimentando delicioso

—Cuando veas una rama en mitad del camino, no la toques, sino vuélvete atrás ó arrójala con el pie diciendo: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Así puedes continuar en la seguridad de que nada puede ocurrirte. Esto me lo enseñaron los viejos.

—Qué necedad!—dijo Olenín.—Háblame de otra cosa, de Marianka, por ejemplo. Qué, está en relaciones íntimas con Lukachka?

—Pchst... cállate ahora!—le interrumpió el viejo en voz baja. —No hagas más que escuchar. Atravesamos el bosque y podríamos espantar la pieza,—y con el fusil en la mano marchó el primero por los estrechos senderos de la espesura.

Con gesto de indignación volvióse á mirar á Olenín que, con sus botas, hacía crugir la hojarasca, ó llevando mal el fusil golpeaba los árboles arrancándoles sendas ramas.

—Soldado, no hagas ruído, ve despacio,—exclamó en voz muy baja.

Comprendíase ya que el sol había salido; la niebla se disipaba, pero cubría aun la cima de los árboles, haciéndolos parecer de inaccesible altura. A cada paso el paisaje cambiaba; lo que de lejos parecía un gigante era solamente un arbusto, y la más débil caña semejaba un arbolazo.

XIX

En pleno bosque

DESAPARECÍA la niebla dejando impregnados de humedad los tejados de junco, transformándose en rocío que brillaba en el camino cubierto de hierba. El humo surgía de todas las chimeneas. Los vecinos abandonaban las viviendas reanudando su trabajo y dirigiéndose al río ó al cordón. Los cazadores caminaban alegres por las veredas cubiertas de césped y los perros movían la cola corriendo en todas direcciones para volver á acariciar á su amo. Los mosquitos extendíanse á millares cubriendo manos y cara de los caminantes, que percibían el exquisito aroma de la hierba y la humedad de que se llenaba el aire. Olenín volvíase sin cesar hacia la carreta que guiaba Marianka, aguijoneando á los bueyes con su larga vara. El espacio aparecía sereno y la selva tranquila.

El ruído que antes se percibía en la *stanitza* ya no llegaba á los cazadores. Sólo el ladrido de los perros y el canto de los pájaros herían el espacio. Olenín sabía que entre la selva se ocultaban, á veces, los abreks en emboscada y que en aquel sitio para un viandante era el fusil su mejor compañía.

No tenía miedo, pero pensaba que otro en su lugar marcharía intranquilo; y escudriñando atentamente la selva húmeda y brumosa, escuchaba los ruídos más débiles, experimentando delicioso

placer cuando acariciaba su fusil querido. Precedíale Erochka que, deteniéndose en cada claro donde descubría rastro de fieras, observábalo con atención, retrocediendo después para mostrarlo á Olenín.

No hablaba casi, y sólo á largos intervalos hacía alguna objeción en voz baja. El sendero que seguían habría sido abierto hacía muchos años, pues la hierba había ya brotado en él nuevamente.

Los plátanos gigantes y los olmos crecían tan espesos por todas partes que nada era posible ver á través del follaje; casi todos los árboles estaban cubiertos en toda su altura de pámpanos salvajes, y arbustos espinosos nacían en abundancia á sus pies. Los claros del bosque, por pequeños que fueran, aparecían cubiertos de cañas y juncos con sus crestas grises en penacho. Por doquier se veía la ancha huella de los animales ó la ligera pisada de los faisanes que iba á perderse en la espesura. La potencia de aquella vegetación espléndida de la selva conmovía á cada paso á Olenín que jamás había contemplado otra semejante. El bosque solitario, el sentimiento del peligro, el viejo cosaco con su cuchicheo misterioso, la imagen de Marianka radiante de hermosura, contoneando su talle esbelto, la cadena de montañas... todo le producía á Olenín la impresión de un sueño.

—Un faisán!—murmuró el viejo, volviéndose y calándose el gorro hasta los ojos.—Ocúltate! Es un faisán!—Y deteniendo con un gesto á Olenín se deslizó rápido marchando á gatas.—No le gustan los hocicos del hombre.

Olenín estaba muy lejos cuando el viejo se detuvo á examinar el árbol. El faisán soltó un grito desde lo más alto de la copa contra el perro que le ladraba; entonces fué cuando Olenín percibió la pieza. Pero al mismo tiempo partió de la carabina de Erochka una enorme detonación como la de un cañonazo y el faisán, esforzándose para volar, cayó á tierra perdiendo en los aires gran parte de su hermoso plumaje. Al levantarse Olenín espantó á otro faisán que se elevó por el aire con la rapidez de una flecha. El alférez, empuñando su escopeta, apuntó y salió el tiro; el faisán cayó como una piedra sobre los matorrales, quedándose enganchado entre las ramas.

—Bravo!—gritó el viejo lleno de contento, pues él no sabía tirar al vuelo.

Cogieron los faisanes y continuaron la marcha.

Olenín, excitado por el movimiento y por el éxito, reanudó su charla con el anciano.

—Espera un momento; parémonos aquí—dijo éste.—Ayer ví por este sitio el rastro de un ciervo.

Volvieron al bosque y á unos trescientos pasos más allá encontraron un claro cubierto de cañaveral y con agua en algunos sitios.

Olenín siempre se quedaba atrás; Erochka llevábale veinticinco pasos, cuando se detuvo y agachándose, se puso á hacerle señas misteriosas. El joven le alcanzó y vió unas huellas que aquél le mostraba; eran de pies humanos.

—Ves?—le preguntó.

—Ya veo. Y qué?—dijo Olenín esforzándose en parecer tranquilo.—Son pisadas de hombre.

Involuntariamente acordóse en aquel momento de cuanto había oído sobre los abreks, y al ver la expresión misteriosa del viejo, preguntóse si sería provocada únicamente por el afán de la caza ó quizás por el peligro.

—No! Estos no son mis pasos,—observó el viejo con tranquilidad, mientras le enseñaba sobre la hierba el rastro apenas perceptible de una bestia.

El viejo continuó el camino y Olenín ya no quiso separarse de su acompañante.

Veinte pasos más allá bajaron una pendiente y se detuvieron junto á un peral ramoso, bajo el cual aparecía la tierra con color negruzco y ofrecía señales de haber sido la cama de un ciervo. Aquel lugar encantador, cubierto de vides salvajes, venía á formar un lecho de verdura, fresco y umbrío.

—Ha estado aquí esta mañana,—dijo el viejo suspirando;—la cama está caliente aun.

De pronto oyóse un violento crugido á diez pasos de allí. Extremeciéronse y aprestaron sus armas, pero nada vieron, llegando á ellos solamente el ruído de unas ramas al quebrarse. El rumor de un galope rápido y cadencioso resonó durante algunos momentos, perdiéndose después en lontananza y dejando lugar á un ruído sordo, que al parecer se esparcía por la profundidad del bosque. Olenín sentía oprimírsele el corazón. En vano escudriñó con la vista la espesura, hasta que por fin volvióse hacia el cosaco.

El viejo Erochka permanecía inmóvil, con la carabina estrechamente apretada contra el pecho y el gorro echado sobre la nuca; brillaban sus ojos con fulgor extraordinario; su boca, entreabierta, dejaba traidoramente al descubierto su vieja dentadura amarilla; parecía petrificado.

—Era un ciervo!—exclamó arrojando á tierra su fusil y tirándose de la barba.—Estaba aquí! Debimos habernos aproximado

por la senda. Imbécil, imbécil!—repetía mesándose la barba cada vez con más violencia.

Algo extraño diríase que se cernía en la niebla por encima del bosque; el ruido del ciervo al escapar resonaba como el rugir de un trueno lejano, haciéndose cada vez más sordo, hasta perderse en lo profundo del bosque...

Comenzaba á oscurecer, cuando Olenín, hambriento, fatigado, pero satisfecho y de buen talante, volvió á su casa. La comida estaba preparada. Comió y bebió con el cosaco, y sintiéndose ya reanimado, fué á sentarse en las escaleras de la casa. Las montañas reaparecieron ante él en el horizonte; el viejo reanudó sus interminables relatos de cacerías y de abreks, de sus queridas y de sus hazañas de otros tiempos. Nuevamente Marianka comenzó á pasar y repasar por el corral, dibujándose sus formas vigorosas y virginales bajo el tosco lienzo de la camisa que las cubría.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XX

Comunión de Olenín con la naturaleza

Al siguiente día, Olenín marchó solo, sin la compañía del cosaco, al sitio donde habían espantado el ciervo. En vez de salir por la puerta cochera saltó la empalizada, á imitación de los habitantes de la *stanitza*, y no había tenido tiempo de desenganchar se la ropa sujeta en las espinas, cuando el perro levantó dos faisanes. Apenas penetró entre las acacias silvestres, comenzáronse á levantar otros muchos más á su paso.—El viejo no le había enseñado aquel sitio, que reservaba para cazar con lazo.—Olenín mató cinco faisanes en doce tiros y persiguiéndolos por entre los matorrales empezó á notar que el sudor corría por todo su cuerpo. Llamó al perro, desmontó la carabina, atacó bien la carga de ésta, y rechazando los mosquitos con las amplias mangas de su caftán, dirigióse lentamente hacia el sitio en que había estado la víspera. Pero le fué imposible retener al perro y todavía hizo fuego sobre dos faisanes más. Era ya mediodía cuando se halló en el sitio que buscaba.

El día era claro, caluroso y tranquilo; el cielo aparecía sin nubes; habíase evaporado ya el rocío hasta en el bosque, y millares de mosquitos parábanse en la cara, el cuello y manos de Olenín. El perro, que era negro, parecía gris, de tal modo se hallaba cubierto por los cínifes. Estos picaban al joven á través de la ropa,

que también aparecía gris; no sabía cómo librarse de aquella plaga y decíase que no sería posible vivir en verano en la *stanitza*. Ya se disponía á volverse, cuando diciéndose que otros, á pesar de todo, vivían allí, se decidió á revestirse de paciencia y á dejarse devorar. Y, cosa extraña! hacia el mediodía tal sensación le pareció casi agradable. Hasta le pareció que si no hubiera estado envuelto en aquella atmósfera zumbante, en aquella masa compacta de mosquitos que aplastaba con la mano al enjugarse el sudor del rostro y que le irritaban la piel, el bosque hubiera perdido su carácter salvaje y su atractivo. Aquellos miles de insectos armonizaban perfectamente con aquella potente vegetación, con aquella umbrosa verdura, con aquella multitud de pájaros y de toda suerte de animales que poblaban la selva, con aquel aire abrasador, con aquellos hilos de agua escapados del Terek y que surgían por doquier bajo el follaje, concluyendo así por hallar encanto en lo que le parecía antes inaguantable y horroroso. Recorrió el sitio en que estuvo el ciervo la víspera, y no encontrando allí nada, pensó en descansar. Los rayos del sol herían perpendicularmente los árboles y abrasábanle la espalda cuando tenía que cruzar algún claro. Los siete faisanes que pendían de su cinturón pesábanle de firme sobre las caderas. Halló la pista del ciervo; penetró en la espesura, bajo la maleza donde el animal había estado oculto y se acostó en su misma cama.

Miró la verdura que á su alrededor se esparcía y hallóse á su gusto. En nada pensaba, nada apetecía. De pronto sintióse invadido por inefable sensación de felicidad, de indecible amor á la creación entera, y cediendo á una costumbre de su infancia, hizo la señal de la cruz y sus labios murmuraron una oración. De pronto, con extraordinaria claridad, le acometieron toda clase de pensamientos, diciéndose á sí mismo: «Yo Dmitri Olenín, sér privilegiado entre los demás, descansando solo, Dios sabe dónde, en la cama de un ciervo, de un hermoso ciervo que jamás vió al hombre, y en un rincón del bosque en el que nadie penetró, en el que nadie soñó nunca...

»Estoy sentado entre árboles jóvenes ó añosos; uno de ellos cubierto enteramente por vid salvaje; los faisanes revolotean entorno mío, persiguiéndose, conociendo tal vez que acabo de matar á algunos de sus hermanos». Palpaba sus faisanes, examinándolos, y secaba la mano ensangrentada en los pliegues de su caftán.

«Los chacales inquietos,—proseguía—olfatean la sangre y vienen á rondar entorno mío; los mosquitos zumban sin cesar sobre mi cabeza y entre las hojas, que probablemente les parecerán islas

gigantescas; hay uno, dos, tres, cuatro, cien mil, millones y todos tienen su razón de existir y de zumbar y cada uno de ellos es un *yo* distinto; un sér aparente, como yo, Dmitri Olenín». Y creía

comprender claramente lo que pensaban y decían los mosquitos con su prolongado rumoreo.—«Aquí, aquí, amigos! se puede picar á una víctima», murmuraban á su alrededor, cada vez con más bullicio. Así llegó á creer Olenín claramente que no era un personaje ruso, miembro de la sociedad de Moscova, amigo y pariente de éste y del otro, sino tan sólo un sér viviente, un mosquito, un ciervo, un faisán, uno de aquellos que le rodeaban y á quienes

perseguía. «Cómo ellos,—y dice bien Erochka—cómo ellos viviré y moriré; después la hierba crecerá sobre mi tumba.

»Y qué significa eso: la hierba crecerá sobre mi tumba?... Sin embargo, hay que vivir feliz, y yo no deseo otra cosa. Para ello, qué importa que sea yo un animal cualquiera destinado á morir ó un hombre inteligente en el cual se encierra una parte de la divinidad? Hay que vivir lo mejor posible. Qué se necesita para ser feliz, y por qué no lo he sido antes?» Y comenzó á recordar su vida pasada y á horrorizarse de ella. Se vió egoísta, exigente en el mayor grado, mientras que en el fondo de nada tenía necesidad. Dirigió los ojos á su alrededor; por entre el follaje que dejaba pasar los rayos del sol vió un trozo de cielo azul y sintióse inconscientemente dichoso. «Por qué soy feliz en este momento y por qué he vivido hasta aquí?—pensó.—Qué exigente he sido! Buscaba lo imposible y no encontré sino vergüenza y pesar. Y, sin embargo, no hay cosa más fácil que ser feliz». Súbita luz se hizo en su cerebro y añadió: «La dicha, la felicidad consiste en vivir para los demás, está bien claro. El hombre aspira á la dicha; éste, pues, es un deseo legítimo. Si trata de alcanzarla con fines egoístas buscando la opulencia, la gloria, el amor, puede ser que no la alcance nunca; sus deseos permanecerán sin satisfacer. Lo ilegítimo, pues, son las aspiraciones del egoísmo y no el ansia de ser feliz. Cuáles serán los ensueños permitidos que puedan realizarse sin tomar en cuenta las condiciones exteriores? El amor y la abnegación». Quedó tan contento y conmovido por el descubrimiento de aquella supuesta verdad nueva, que se levantó, buscando con impaciencia á quien amar, á quien hacer bien, á quien consagrarse. «Para mí nada necesito, por qué no vivir para los demás?» se dijo.

Y recogiendo su carabina, dejó la espesura con intención de volver á la *stanitza* y de reflexionar detenidamente sobre la manera de hacer el bien. Al llegar á un claro miró hacia atrás; el sol habíase ocultado ya tras de los árboles, el ambiente era fresco, el paisaje le pareció distinto. Habían cambiado de aspecto el cielo y la selva, negras nubes oscurecían el horizonte, el viento sacudía los árboles con fuerza no viéndose por tierra sino hojarasca. Olenín llamó á su perro, qué corría siguiendo los rastros que hallaba, y su voz resonó triste en la soledad. Tuvo miedo. Los abreks y las muertes de que se hablaba, acudiéronle á la imaginación; esperaba ver surgir un thetchenze detrás de cada arbusto y tener que combatir para salvar su existencia. Pensó en Dios y en la vida futura como hacía muchísimo tiempo que no pensaba. Todo aparecía salvaje, solitario, lúgubre, á su alrededor. «Bien vale la pena

de pensar uno á veces en sí mismo, cuando de un momento á otro puede morir sin que nadie lo sepa y sin haber realizado nada bueno», pensó. Y tomó después un camino que creyó el de la *stanitza*. Habíase olvidado de la caza; estaba rendido y dirigía miradas recelosas hacia cada matorral, hacia cada árbol, esperando encontrar la muerte á cada paso. Así erró mucho tiempo sin saber por dónde iba, llegó á un canal por el que corría agua no muy limpia, y decidióse á seguir su curso sin saber á dónde le conduciría. El cañaveral crugió de improviso tras él, extremecióse y aprestó el arma, sintiéndose avergonzado al ver que era su perro que jadeante se había lanzado al canal para beber agua fresca.

Olenín apaciguó igualmente su sed y siguió al perro, persuadido de que éste tomaría la dirección conveniente. A pesar de ir con tan fiel compañero, los parajes que cruzaba le parecían cada vez más siniestros. El bosque se hacía más sombrío; el viento mugía más furioso por entre los árboles añosos; veía aves de gran tamaño que se cernían silbando sobre su cabeza; la vegetación iba siendo más escasa y más frecuentes los cañaverales, viéndose mayor número de claros arenosos donde aparecían huellas de bestias salvajes. Cierto rumor monótono y triste mezclábase á los silbidos del viento. Olenín caminaba meditabundo y triste. Contó sus faisanes y halló que le faltaba uno cuya cabeza ensangrentada había quedado sujeta en el cinturón. El terror se apoderó de él, tuvo miedo y comenzó á rezar. Temía, sobre todo, morir sin haber hecho nada bueno; deseaba ardientemente vivir. Y vivir para realizar algún gran acto de abnegación.

XXI

El hermano del muerto

De repente, un rayo de luz iluminó su espíritu. Oyó hablar en ruso, y el rápido y cadencioso rumor del Terek. Al cabo de algunos momentos pudo ver delante de sí las turbias y rápidas aguas del río, con sus onduladas orillas y sus bajos, la lejana estepa y la cadena montuosa, y hacia la parte de acá, la atalaya del cordón y el ensillado caballo que tranquilamente pacía entre los espinos. El sol, cual enrojecido globo de fuego, destacábase entre las nubes iluminando con sus últimos rayos el río, los cañaverales, la atalaya y los cosacos que estaban reunidos en pequeños grupos y entre los que Lukachka, con su altiva arrogancia, atrajo involuntariamente la atención de Olenín.

Sin causa justificada, sin saber por qué, Olenín se sintió de nuevo íntimamente dichoso.

Había llegado á un puesto de vigilancia sobre el Terek, situado frente á un pueblecillo pacífico. Saludó á los cosacos, pero no hallando allí pretexto ó motivo para hacer algún bien, entró en la atalaya. En la cabaña tampoco se le presentó ocasión de cumplir su caballeresco propósito. Los cosacos le acogieron fríamente. Se sentó donde pudo y encendió un cigarro. Los que allí estaban no fijaron su atención en Olenín; primero, porque fumaba; después, porque otra cosa les preocupaba. Un emisario de los thetchenzes

enemigos acababa de llegar, con los parientes del abrek asesinado, con objeto de rescatar el cuerpo, y se esperaba entonces al jefe de los cosacos. El hermano de la víctima, de elevada estatura, bien proporcionado, con la barba teñida de rojo, á pesar de su indumentaria estropeada, tenía el majestuoso y tranquilo aspecto de un rey; asemejábase mucho al abrek difunto. No se dignaba mirar á nadie, ni aun dirigía los ojos al cadáver; oculto en la sombra fumando su pipa, únicamente de tiempo en tiempo, con voz imperiosa y gutural daba órdenes á su compañero.

Evidentemente era un montañés que varias veces y en condiciones diversas habría tenido encuentros con los rusos, por lo que naturalmente se encontraba allí muy despreocupado. Olenín se aproximó al cadáver y púsose á examinarlo, pero el hermano, mirando calmosa y despreciativamente á Olenín, dirigióle con brusquedad frases imperiosas. Un soldado se apresuró á cubrir el rostro del cadáver. Olenín asombrado de su majestad y de la severa expresión de su rostro, quiso hablarle, pedirle explicaciones, pero el thetchenze apenas le miró, haciendo un gesto despreciativo. El alférez atribuyó esta manera de ser á la ignorancia de la lengua moscovita ó á la estupidez del thetchenze y se dirigió á su compañero. Este era á la vez emisario é intérprete, llevaba también sus vestidos destrozados, más oscuro que rojo, muy despierto, de dientes blanquísimos y ojos negros y brillantes; éste entró voluntariamente en conversación con Olenín, pidiéndole un pitillo.

—Eran cinco hermanos,—dijo en un detestable ruso,—el tercero es éste y lo han muerto los cosacos. No quedan más que dos. Este es un valiente,—dijo designando al thetchenze.—Cuando Almet-khan, así se llamaba el difunto, fué muerto, éste se estaba en la orilla opuesta oculto entre los matorrales, viendo colocar el cadáver en la barca y sacarlo á la orilla. En su escondite permaneció hasta la noche, quería matar al viejo, pero se lo impidieron los compañeros.

Luka se aproximó á los interlocutores y se sentó junto á ellos.

—De que aldea es?—interrogó.

—Ves estas montañas,—dijo el emisario señalándole hacia las lejanías azuladas por la bruma, del lado del Terek.—Conoces Sunk-Su? Diez *verstas* más allá.

—En Sunk-Su, conoces á Guirei-Khan?—preguntó Luka con muestras visibles de estar envanecido por este conocimiento—es amigo mío.

—Es mi vecino,—contestó el montañés.

—Un valiente!—y Luka se puso á hablar en tártaro con el intérprete.

Poco después el jefe de la *sotnia* llegó acompañado por dos cosacos. Era un oficial joven. Saludó á los presentes, pero nadie le respondió, según costumbre de los soldados. «Salud!» dijo. Algunos ni le miraron. Otros, y entre ellos Luka, se levantaron y cuadraron. El *uriadnik* dió el parte manifestando no haber novedad en el puesto. Todo esto pareció ridículo á Olenín; los cosacos le hacían el efecto de estar jugando á los soldados. Bien pronto, sin embargo, toda etiqueta desapareció y el jefe púsose á hablar vivamente en tártaro con el intérprete. Sobre un papel escribieron algo, que guardó éste, con un poco de dinero, y se aproximaron al cadáver.

—Quién de vosotros es Luka Gravilow?—preguntó el oficial.

Luka se aproximó descubriéndose.

—He dado parte al jefe del regimiento y pedido para tí la cruz. Eres demasiado joven todavía para que puedas ascender. Sabes leer y escribir?

—No.

—Está bien,—dijo el jefe—ponte la gorra. De qué familia eres?

—De los Gravilow-Cherok.

—Es mi sobrino,—añadió el corneta.

—Ya lo sé. Bien. Id á ayudarles,—dijo á los cosacos.

Luka, lleno de alegría y expresando en su rostro el júbilo que le embargaba, fué á sentarse cerca de Olenín.

Cuando el cadáver estuvo colocado en la barca, el thetchenze hermano del difunto se acercó á la orilla. Involuntariamente, los cosacos se retiraron para dejarle libre el paso.

Golpeando con furia la tierra se lanzó á la barca. En este momento, Olenín bien lo observó, dirigió una mirada rápida á los cosacos y bruscamente preguntó algo á su compañero. Este le respondió designando á Luka. El thetchenze le miró; después, volviéndose lentamente, examinó la otra orilla. En su mirada no había expresión de odio, sino un frío desprecio. Todavía pronunció algunas palabras más.

—Qué ha dicho?—preguntó Olenín al intérprete.

—«Nos batís, nos quebrantáis, la historia de siempre!»—dijo el emisario con cierto retintín. Riendo y mostrando su blanca dentadura saltó también á la lancha.

El hermano del muerto estaba inmóvil y miraba fijamente la orilla opuesta. Sentía tanto desdén y desprecio que todo aquello no le inspiraba la menor curiosidad. El emisario estaba en la proa, echando los remos ahora á un lado ahora á otro, dirigiendo muy hábilmente la frágil embarcación y hablando sin cesar.

La barca surcaba rápida la corriente del río, las voces ya apenas se oían, y á la vista de los cosacos arribaron á la otra ribera donde los caballos esperaban. Sacaron del bote el cadáver y sobre uno de los caballos lo pusieron atravesado. El caballo se encabritó bajo tan extraño jinete. Después montaron á caballo, y al paso cruzaron la aldehuela, por entre multitud de personas que habían acudido á verles.

Los cosacos se mostraban alegres y bulliciosos. Por todos lados se oían sus risas y cantos. El oficial y el jefe de la *sotnia* entraron en la cabaña á comer y beber. Luka con el rostro animado y esforzándose inútilmente por aparentar seriedad, continuaba sentado, con los codos apoyados en las rodillas, descortezando una varita.

—Fumáis?—dijo á Olenín con cierta curiosidad.—Eso es bueno?

Se dirigió á éste porque vió que Olenín se hallaba algo cohibido entre los cosacos.

—Es mi costumbre,—contestó el interpelado.

—Hum! Si alguno de nosotros fumase, desgraciado de él. He allí las montañas, no están lejos,—dijo Luka señalándolas.—En verdad que parecen estar muy cerca, pero las separan de nosotros algunas leguas. Cómo volveréis solo á casa si está tan oscuro? Si queréis, pedidle permiso al *uriadnik* y yo os acompañaré.

—Excelente muchacho!—murmuró Olenín mirando el alegre rostro del cosaco. Se acordó de Marianka y del beso oído junto á la puerta del corral, condoliéndose de la inocencia de Luka.

«Qué loca confusión!—pensó.—Un hombre asesina á otro y se siente tan satisfecho como si hubiese ejecutado la más bella acción. Es posible que nadie le haya hecho comprender hasta ahora que no debemos regocijarnos del asesinato, sino del sacrificio?»

—Bien! Ahora te recomiendo que no te pongas á su alcance,—dijo á Luka uno de los cosacos que acompañaron al thetchenze á la barca.—Oiste sus últimas palabras?

Luka levantó la cabeza.

—El ahijado?—contestó designando con esta palabra al muerto.

—El ahijado no se levantará más; es al hermano al que me refiero.

—Que agradezca á Dios estar él mismo sano y salvo,—dijo Luka riéndose.

—De qué proviene tu contento?—preguntóle Olenín—te alegrarías si hubieran matado á tu hermano?

El cosaco contemplóle sonriendo. Pareció haber comprendido todo lo que Olenín quería decirle, pero dió también á entender que estaba libre de preocupaciones, diciendo:

—Y qué? Es que no asesinan también á los nuestros?

XXII

Lukachka y Olenín se hacen amigos

El jefe de la *sotnia* y el de los cosacos partieron, y Olenín, por dar gusto á Luka y por no atravesar la selva oscura y solitaria pidió permiso al *uriadnik* para llevarse á aquél. Obtenida la autorización pensó que Luka se alegraría de ver á Marianka y él mismo se regocijaba de ir acompañado por un cosaco tan comunicativo y alegre. Llevando en la imaginación á la joven y á Luka pensaba con deleite en ellos. «Está enamorado de Marianka y yo también podría estarlo», decíase. Y un sentimiento desconocido de ternura se apoderó repentinamente de su sér mientras se encaminaban á la casa atravesando la oscura selva. Luka también sentía inundarse su alma de gozo. Algo parecido al amor palpitabá en estos jóvenes tan diferentes. Cada vez que cruzaban sus miradas se sentían alegres.

—Por qué puerta entras?—preguntó Olenín.

—Por la puerta del medio, pero yo os conduciré hasta el estanque, allá abajo, y ya no tendréis nada que temer.

Olenín sonrió.

—Acaso tengo miedo? Vete y gracias. Ya llegaré solo.

—Eso no. Y qué? Cómo no tener miedo? Si nosotros mismos

—De qué proviene tu contento?—preguntóle Olenín—te alegrarías si hubieran matado á tu hermano?

El cosaco contemplóle sonriendo. Pareció haber comprendido todo lo que Olenín quería decirle, pero dió también á entender que estaba libre de preocupaciones, diciendo:

—Y qué? Es que no asesinan también á los nuestros?

XXII

Lukachka y Olenín se hacen amigos

El jefe de la *sotnia* y el de los cosacos partieron, y Olenín, por dar gusto á Luka y por no atravesar la selva oscura y solitaria pidió permiso al *uriadnik* para llevarse á aquél. Obtenida la autorización pensó que Luka se alegraría de ver á Marianka y él mismo se regocijaba de ir acompañado por un cosaco tan comunicativo y alegre. Llevando en la imaginación á la joven y á Luka pensaba con deleite en ellos. «Está enamorado de Marianka y yo también podría estarlo», decíase. Y un sentimiento desconocido de ternura se apoderó repentinamente de su sér mientras se encaminaban á la casa atravesando la oscura selva. Luka también sentía inundarse su alma de gozo. Algo parecido al amor palpitabá en estos jóvenes tan diferentes. Cada vez que cruzaban sus miradas se sentían alegres.

—Por qué puerta entras?—preguntó Olenín.

—Por la puerta del medio, pero yo os conduciré hasta el estanque, allá abajo, y ya no tendréis nada que temer.

Olenín sonrió.

—Acaso tengo miedo? Vete y gracias. Ya llegaré solo.

—Eso no. Y qué? Cómo no tener miedo? Si nosotros mismos

lo tenemos,—dijo Luka sonriendo por no herir el amor propio de su acompañante.

—Ven á mi casa. Descansaremos y tomaremos una copita y mañana temprano te irás.

—Teméis acaso que no encuentre dónde pasar la noche?—contestó Luka.—El *uriadnik* me mandó volver.

—Anoche te oí cantar... y después... te ví...

—Como todos,—repuso Lukachka moviendo la cabeza.

—Es verdad que te vas á casar?—interrogó Olenín.

—Mi madre quiere que lo haga; pero todavía no tengo caballo, y como no sé dónde hallarlo... ahí está explicado el por qué de no casarme.

—Cuánto cuesta un caballo?

—El otro día estuve en tratos para uno al otro lado del río, un buen caballo nogal, pero no pedían menos de sesenta monedas por él.

—Vendrías á mi casa de ordenanza?—dijo de pronto Olenín.—Tengo dos caballos y no los necesito.

—Cómo que no los necesitáis?—dijo riendo Luka.—Queréis hacerme un regalo?... Dios me ayudará y ganaré dinero.

—Quieres ó no quieres ser mi ordenanza?—preguntó Olenín satisfecho de la ocasión que le permitía regalar un caballo á Luka. Sin embargo, se sentía cohibido sin saber por qué y no hallaba qué decir.

Lukachka fué el primero en romper el silencio.

—Qué?—exclamó.—Tiene usted casa propia en Rusia?

Olenín no pudo resistir al deseo de contarle que no tenía sólo una, sino varias.

—Una buena casa, más grande que las nuestras?—preguntóle nuevamente Lukachka.

—Mucho más grande, diez veces mayor,—contestóle Olenín.

—Y tenéis caballos como aquí los tenemos?

—Tengo más de ciento, y cada uno de ellos vale tres ó cuatrocientos rublos. Pero no son como los vuestros, aunque yo prefiero los caballos de aquí.

—Entonces, habéis venido por vuestro gusto?—preguntó Luka irónicamente.—Que equivocáis el camino!—prosiguió enseñándole el sendero.—Es necesario tomar á la derecha.

—He venido por gusto á hacer una expedición y á conocer vuestro país,—respondió Olenín.

—Ah! Si yo hiciera una buena campaña,—dijo Luka, escuchando con atención.—Es el chacal que ahulla.

—Pero, no tienes remordimiento por haber matado á un hombre?

—Por qué? Ah! Con que gozo iría á la guerra. Lo deseo tanto... —repetía Luka.

—Puede ser que vayamos juntos. Mi compañía marchará antes de las fiestas y vuestra *sotnia* también.

—Vaya un capricho habéis tenido de venir aquí! Tenéis casa, caballos, siervos. Yo me divertiría de firme. Qué empleo es el vuestro?

—Alférez, pero estoy propuesto para el ascenso.

—En vuestro lugar, con la vida que podéis daros, rodeado de comodidades, yo no saldría de casa, no iría á ninguna parte. Es tan bueno vivir tranquilo! Se pasa bien la vida en vuestro país?

—Sí, muy bien.

Ya era la noche bien entrada cuando llegaron á la *stanitza*. El viento agitaba con fuerza los árboles. Los chacales parecían estar junto á ellos ahullando, llorando y riendo. En la *stanitza* se oía la conversación de las mujeres y el ladrido de los perros; se percibían claramente los perfiles de las cabañas y sus luces, y sentíase el característico y penetrante olor del *kisak* (1).

A Olenín se le figuró aquella noche estar en su casa; que en la *stanitza* existía su felicidad, su familia y que en ningún sitio se había sentido tan feliz como en ese. Aquella noche amaba á todo el mundo y singularmente á Luka! En llegando á casa, Olenín se hizo traer su caballo, no el que montaba siempre, sino otro que compró en Grosnoia, un potro excelente, y, con gran asombro de Luka, se lo regaló.

—Por qué me hacéis este regalo?—preguntó.—Todavía no lo he merecido por nada.

—Es verdad; pero tómalo,—respondió Olenín.—Ya me darás tú algo. Iremos juntos á la guerra.

Luka estaba confuso.

—No sé qué pueda yo dar. El caballo cuesta tan caro...

—Tómalo... si no me ofenderías; Vanucha, dale el caballo.

Luka lo cogió de la brida.

—Pues bien, os lo agradezco mucho. Quién hubiera pensado esto! Jamás me lo hubiera figurado.

Olenín se sentía tan satisfecho y alegre como un niño.

—Atalo aquí; es un animal magnífico y trota admirablemente, lo he comprado en Grosnoia. Vanucha, tráenos vino! Entremos en la cabaña.

(1) Estiércol de ganado cabrío y lanar.

El vino fué servido y Luka se sentó y tomó una copa.

—Dios me dará la ocasión de recompensarte esto,—dijo bebiendo.—Cómo te llamas?

—Dmitri Andreitch.

—Pues bien, Dmitri Andreitch, Dios te guarde. Seremos amigos. Ahora vamos á mi casa. No somos ricos, pero nunca nos falta

con qué obsequiar al amigo. Diré á mi madre que te traiga uvas, queso ó lo que desees y si tienes necesidad de algo, ahí me tienes; en el cordón estaré á tu servicio; iremos de caza, donde quieras te llevaré. Qué jabalí maté el otro día! Qué lástima! Lo repartí entre los cosacos. A saber esto te hubiera reservado un buen trozo.

—Bueno, gracias; sólo te recomiendo que no enganches el caballo, pues no es animal de tiro.

—Cómo, enganchar el caballo!... Ah!—continuó Luka bajando la voz,—tengo un amigo, Guirei-Khan, que me ha invitado á ir á las montañas. Quieres que vayamos juntos? No te haré nunca traición, seré tu guardián más fiel.

—Bueno, iremos juntos.

Luka estaba tranquilo, comprendiendo quizás la verdadera naturaleza de sus relaciones con Olenín. Su calma y la familiaridad de sus maneras chocaban mucho á éste. Hablaron largo tiempo y era ya muy tarde, cuando Luka, levantándose y estrechando la mano de Olenin, se retiró.

Olenín miró por la ventana para ver lo que aquél hacía. Luka con la cabeza baja se acercó lentamente hacia donde estaba el caballo, lo sacó fuera, sacudió con energía la cabeza y saltó sobre la grupa con la agilidad de un gato, profiriendo ciertos gritos, y se lanzó á rienda suelta á lo largo del camino.

Olenín creyó que iría á participar á Marianka la buena nueva, y aunque Luka no hizo tal cosa, se sintió tan dichoso como jamás se hubiese sentido. En su alegría verdaderamente infantil, no pudo por menos de referir á Vanucha el regalo del caballo que había hecho á Luka y el por qué de tal regalo, así como toda su nueva teoría acerca de la felicidad, la cual no aprobó Vanucha, quien dijo que el dinero lo hace todo y lo demás es tontería.

Luka llegó á su casa, bajóse del caballo y entregándoselo á su madre le encargó que lo enviara á pastar con los demás ganados, pues él tenía que volver aquella misma noche al puesto. La muda se hizo cargo del bruto y por señas le manifestó que ella se prosternaría ante quien le había dado el corcel. La vieja movió desconfiadamente la cabeza al escuchar el relato de su hijo, y por su mente cruzó la idea de que Luka lo había robado, afirmándole más en este pensamiento el encargo de conducir el animal al pastoreo antes de amanecer.

Luka se volvió al puesto reflexionando sobre el acto de Olenín. A su juicio el caballo no era de valor, costaría á lo sumo cuarenta rublos y esto le hacía estar contento. No sentía el menor reconocimiento, por cuanto él no podía figurarse á qué obedecía tal obsequio.

Al contrario, en su cerebro germinaban mil dudas sobre el proceder del alférez. No sabía darse cuenta clara de ellas rechazando, empero, la hipótesis de que un desconocido le diera un caballo de cuarenta rublos sin otro motivo que una generosidad verdaderamente pródiga. Si hubiese estado beodo fuera todavía comprensible. Pero sin haber bebido... seguramente quería algo con no buenas intenciones. «Sin embargo, estoy prevenido y ya veremos»—dijo Luka sospechando en Olenín aviesos procederes.

Por de pronto á nadie dijo que le habían regalado un caballo, á unos les dijo haberlo comprado, á otros les contestaba vagamente. Esto no obstante, hizo de modo que la verdad se supiera.

Marianka, Ilía Vasilievitch, la madre de Luka y todo el mundo estaban sorprendidos, sin saber qué pensar, experimentando cierto recelo, al propio tiempo que gran respeto por la sencillez y aun más por la riqueza de Olenín.

—Sabes que el oficial que está en casa de Ilía,—decían algunos —ha regalado un caballo de cincuenta rublos á Luka? Es riquísimo!

—Lo he oído decir,—añadía otro con aire suspicaz.—Le habrá prestado algún servicio sin duda. Ya veremos lo que de ahí sale.

—Este oficial es el demonio. Algún malvado!...—añadía un tercero.—Con tal que no ponga fuego á la *stanitza!*

XXIII

Olenín y el príncipe Bielesky

La vida de Olenín se deslizaba regular y monótona. Tenía poca relación con compañeros y jefes, así es que su situación en el Cáucaso era bastante agradable. Ni en trabajos ni en vigilancia se le empleaba. Después de la campaña fué propuesto para oficial, é interin se le dejaba tranquilo. Los oficiales le consideraban como aristócrata y le trataban con deferencia. Las partidas de juego y las orgías de los oficiales, en las que durante la campaña había intervenido, no le atraían, así es que no tomaba parte en la vida que los oficiales hacían en la *stanitza*. Esta vida de los oficiales en la *stanitza* tiene un carácter propio. Todo alférez ú oficial en las fortalezas bebe regularmente *porter*, juega á los naipes y calcula las recompensas por campaña; en la *stanitza* bebe vino con el dueño, obsequia á las muchachas con bombones y miel, hace el amor á las cosacas y algunas veces suele encontrar esposa.

Olenín seguía viviendo á su modo, tenía instintivo horror á la vida licenciosa seguida por casi todos los oficiales del Cáucaso.

Sin serle molesto, se acostumbró á levantarse con el alba. Tomaba el té, admiraba desde la galería las montañas, la salida del sol y Marianka, y poniéndose un traje ya usado de piel de búfalo, sus *porchni*, el cuchillo de monte en la cintura, el fusil, una pequeña bolsa con tabaco y fiambre, llamaba á su perro y á las seis de la mañana se internaba en la selva.

A las siete de la tarde volvía cansado y hambriento con cinco ó seis faisanes en el morral ú otra clase de caza, volviendo intactos el tabaco y alimento.

Si las ideas en su cerebro se contasen como los pitillos en el saco, hubiérase observado que durante catorce horas no había tenido una idea nueva. Volvía á la casa moralmente tranquilo y en absoluto satisfecho y feliz, sin poder decir qué había pensado en todo este tiempo.

Ni recuerdos, ni ideas, ni meditaciones tenía, sino fragmentos de todo esto reunido... Preguntábase en qué pensaba, y se encontraba convertido en cosaco que trabaja en el huerto con su mujer, ó cual un abrek en las montañas, jabalí que huye de sí mismo. Siempre con el oído atento, la mirada fija esperando al ciervo, al jabalí ó al faisán.

Por la tarde en su casa le acompañaba Erochka. Vanucha les traía vino y hablando sosegadamente, mientras bebían, llegaba la hora de ir á dormir separándose los dos tan satisfechos.

Al otro día, otra vez de caza, la fatiga saludable, la velada bebiendo con el veterano cosaco y la completa é interior satisfacción. Miraba á Marianka y le parecía amarla como se ama la belleza del cielo ó de las montañas, sin pensar siquiera en otra clase de relaciones con ella. Le parecía que entre ella y él no podían existir las relaciones que entre ella y Lukachka, ni menos las que son posibles entre un oficial rico y las muchachas cosacas.

Le parecía que haciendo lo que sus camaradas cambiaría sus contemplativos goces por una vida de desencanto y remordimiento.

Con esta mujer había realizado Olenín un acto de sacrificio, que tuvo su recompensa en la alegría sentida, principalmente; Marianka le inspiraba respeto y por nada se decidía á dirigirle frases amorosas, abusando de su situación.

Un día, durante el verano, Olenín no había salido de caza y se estaba en casa, cuando de pronto entró uno de sus amigos de Moscova, un joven á quien conoció en sociedad.

—Ah querido! Que alegría al saber que estabais aquí,—exclamó en francés-moscovita, mezclando palabras rusas y francesas.—Oigo hablar de Olenín y ya me siento feliz. He aquí cómo la suerte nos ha reunido. Y bien, cómo estáis?—Y el príncipe Bielesky contó su historia, su vida. Provisionalmente estaría en ese regimiento; el general en jefe le nombraba para ser su ayudante; después de la campaña reuniríase con su familia, bien que todo esto no le preocupaba mucho.

—Y al venir aquí, á este rincón, es necesario hacer carrera, alcanzar un grado, una recompensa... pasar á la guardia. Todo esto es preciso, sino por mí, por mis padres, por los conocidos. El príncipe me ha recibido muy bien, es un distinguido caballero, —decía Bielesky sin detenerse en su narración para respirar siquiera.—Estoy propuesto para la cruz de Santa Ana y me quedaré aquí hasta nueva orden. Aquí se está bien. Qué mujeres! Conque, que tal os va por aquí? Startov, bien le conocéis, nuestro capitán, tan bueno como bestia, me ha contado que vivís como un salvaje, sin ver casi á nadie. Comprendo que no os familiaricéis con los oficiales de la localidad, pero nosotros nos veremos. Me alojo en casa del *uriadnik*. Qué muchacha hay allí! Os juro que es una preciosidad Ustenka.

Y esto dicho en forma que parecía un flujo de palabras, un eco del mundo, de la sociedad que Olenín creía abandonada para siempre. La opinión general, el decir de las gentes, consideraba á Bielesky muy atrayente. Podía serlo, pero á pesar de su rostro alegre y simpático á Olenín le pareció antipático, desagradable. Respiraba la atmósfera, el aire social de que él quería huir.

Lo que más le fastidiaba era no tener valor para rechazar á tal hombre, como si el medio ambiente en que había vivido, la sociedad de la cual procedía, tuviera incontestables derechos sobre él. Estaba disgustado contra Bielesky, contra sí mismo, y á pesar de esto, de un modo involuntario, introducía frases francesas en su conversación, interesándose por el general en jefe y sus amigos de Moscova. Sin embargo, en la *stanitza* y entre sí hablaban en francés, con sorpresa y asombro de los cosacos, y se mostraba muy amigo de Bielesky invitándole á su mesa y prometiendo ir á verle á su casa, en la que sin embargo no ponía jamás los pies. Vanucha le consideraba como á un cumplido caballero.

Bielesky adoptó el género de vida de los oficiales ricos del Cáucaso en la *stanitza;* á los ojos de Olenín pareció como si toda su vida hubiera estado en la *stanitza*. Convidaba á los viejos, se pasaba las veladas con las jóvenes cosacas y organizaba fiestas, vanagloriándose de sus victorias con las mujeres jóvenes que, sin saber por qué, le llamaban el *abuelo de los cosacos*. Estos encontraban natural que fuera amante del vino y de las mujeres y le prefirieron á Olenín, que para ellos constituía un enigma.

XXIV

La hermosa Marianka

ERAN las cinco de la mañana. En el cobertizo Vanucha calentaba el *samovar*. Olenín, que se había querido dar el placer de bañar á su caballo, había partido para el Terek.

El dueño permanecía en la cocina, por cuya chimenea desprendíase espesa y negra columna de humo del fuego encendido en el hogar. La muchacha ordeñaba en el establo á la búfala.—No puede estarse quieta la maldita!—decía con impaciencia, mientras se oía el acompasado ruído de la leche al caer.

En la calle, cerca de la casa, se oyó el pisar de un caballo. Era Olenín montado sobre el suyo, el tordo, húmedo todavía, que se aproximaba al portalón.

La linda cabeza de Marianka cubierta con un pañuelo rojo se adelantó á mirar, retirándola enseguida.

Olenín con camisa de seda encarnada, chaqueta blanca de cosaco, como una especie de túnica, ceñida por el cinturón con el puñal, sosteniendo el fusil, manteníase con cierta elegancia á caballo, inclinándose para abrir la puerta cochera.

Llevaba un gran gorro de piel que dejaba ver parte de sus cabellos todavía mojados. Su vista resplandecía de juventud y fortaleza. Era hermoso, bien formado y parecido á un abrek; así él lo creía al menos, pero estaba equivocado, pues al ojo práctico de todo

caucasiano aparecía el soldado ruso. Al percibir la cabeza curiosa de la muchacha, se bajó un poco, empujó la verja de la puerta cochera soltando las bridas y, haciendo restallar su fusta, entró en el corral.

—Está presto el té, Vanucha?—gritó alegremente sin mirar al establo. Sentía con satisfacción como su caballo, piafando impaciente, coceaba dispuesto á saltar la cerca, é hízole avanzar al paso sobre el enarenado suelo del corral.

—Ya está!—respondió Vanucha. Y le pareció á Olenín que el bello rostro de Marianka le miraba todavía desde el establo, pero él no se atrevía á mirarla; bajó del caballo, colgó su fusil en los pies derechos del cobertizo, y haciendo un movimiento mal disimulado se volvió hacia el establo en el que no vió á nadie y donde sólo se escuchaba el uniforme ruído de la leche al caer.

Entró en la casa, pero salió inmediatamente al cobertizo con su pipa y un libro, para tomar la taza de té, yendo á sentarse donde todavía no daban los oblícuos rayos del naciente sol.

Pensaba no ir á parte alguna, estarse en casa con intención de escribir algunas cartas que debía haber escrito hacía tiempo. No tenía el menor deseo de abandonar su sitio en el cobertizo y no quería entrar en la cabaña, que le hacía ó producía el efecto de una prisión.

La *casera* encendía sus hornillos, la muchacha sacó el ganado á pastar, volviendo luego para amontonar el estiércol junto á la cerca.

Olenín leía, sin darse cuenta de lo que estaba escrito en el libro abierto ante sus ojos. Sin cesar contemplaba á la muchacha. Esta, ora penetraba en la sombra producida por el sol al bañar con sus matutinos rayos la casa, ora salía al centro del corral bañado por los alegres resplandores de la luz matutina, con su talle esbelto y vestida de colores brillantes, destacándose en el suelo la sombra de su gentil cuerpo, del que Olenín no quería perder uno solo de sus movimientos, sintiendo verdadero goce al verla inclinar su talle con gracia y soltura. La camisa color rosa, que era todo su vestido, ceñía bien los hombros y al incorporarse se dibujaban los contornos del seno y la torneada pierna. Sus pies pequeños, calzados con viejas zapatillas rojas, posábanse en el suelo sin deformarse; sus brazos musculosos y fuertes movían la pala con soltura y sus bellísimos ojos negros lanzaban destellos de luz de tiempo en tiempo, expresando el placer de verse admirada y la convicción firme de su belleza.

—Estáis levantado desde hace mucho?—dijo Bielesky vestido

con uniforme de oficial del Cáucaso entrando en el corral y dirigiéndose á Olenín.

—Ah! Bielesky,—contestó Olenín dándole la mano.—Cómo habéis madrugado tanto?

—Qué hacer? Me han echado. En mi casa hay baile hoy. Marianka, vendrás á casa de Ustenka?—preguntó á la joven.

Olenín mostrábase sorprendido de que Bielesky hablara tan familiarmente con la muchacha. Marianka aparentó no oir, bajó

la cabeza, se echó la pala á la espalda y con actitud varonil y arrogante entró en la cabaña.

—Se ha avergonzado la pobre chica,—dijo Bielesky cuando hubo desaparecido, y corriendo penetró en el cobertizo.

—Cómo? Un baile en casa! Y os han echado?

—Hay baile en casa de mi patrona Ustenka y á él quedáis invitado. Mejor dicho es una reunión de muchachas. Habrá tortas...

—Pero, nosotros qué haremos allí?

Bielesky sonrió con malicia, guiñó el ojo é hizo una seña hacia la cocina por donde había desaparecido Marianka.

Olenín se encogió de hombros ruborizándose.

—Verdaderamente sois un hombre extraño.—dijo el oficial.

Olenín se puso serio.

Bielesky lo notó y sonrió de una manera insinuante.

—Pero, cómo! Os excusáis?—dijo.—Vivís en su misma casa, y es una muchacha tan bonita, una verdadera belleza...

—Oh! sí, maravillosa, encantadora. Nunca he visto otra que se le parezca,—contestó Olenín.

—Entonces, qué tendría de particular?—preguntó Bielesky sin comprender la turbación de su amigo.

—Podrá ser extraño,—replicó Olenín—pero, por qué no decirlo? Desde que vivo aquí, las mujeres no existen para mí y me encuentro tan bien! os lo aseguro. Además, qué puede haber de común entre esas mujeres y nosotros? Con Erochka, ya es otra cosa, tenemos de común una pasión favorita: la caza.

—Ah! Qué hay de común entre esas mujeres y nosotros? Y qué existe de común entre una Amalia Ivanovna y yo? (1). Pues es lo mismo. Si me dijerais que esas mujeres son sucias, convendríamos en ello; pero, en la guerra como en la guerra.

—Ni conozco á ninguna Amalia Ivanovna, ni jamás he querido tener relaciones con ellas,—dijo Olenín;—no se puede sentir estimación por aquellas mujeres, mientras que á éstas yo las respeto y admiro.

—Respetadlas. Quién os lo prohibe?

Olenín no respondió. Deseaba terminar la conversación, que le contrariaba demasiado.

—Ya sé que soy una excepción,—dijo visiblemente confuso;—pero está establecida mi existencia de tal suerte que no puedo cambiarla. Y otra vez repito que no podría vivir aquí tan dichoso como soy, si siguiera la vida que vos hacéis. Busco otra cosa. Exijo de las mujeres algo más que vos.

Bielesky, con expresión de desconfianza, frunció las cejas.

—Sin embargo, venid á mi casa esta noche. Marianka también estará allí. Os haré ser amigos, conocerse. Yo os lo ruego. Si os aburrís, os marcháis. Vendréis?

—Vendré, pero en verdad, temo conducirme con demasiada seriedad.

—Bah! Bah! El caso es que vengáis,—exclamó Bielesky,—y estad tranquilo. Vendréis? Palabra de honor.

(1) Nombre con que se designan en Rusia las mujeres galantes de origen alemán.

—Vendré, pero, ciertamente no comprendo el papel que haremos allí.

—Os suplico que vengáis.

—Bueno, bien. Podría ser,—dijo Olenín.

—Con mujeres tan hermosas vivís hecho un monje? Hay que aprovechar lo bueno que se nos presenta y no enterrarnos en vida. Sabéis ya que nuestra compañía va á Vandvijensky?

—No lo creo. Se me ha dicho que es la octava la que va.

—No; he recibido una carta del ayudante del príncipe y me dice que éste hará la campaña. Me agrada que nos volvamos á ver. Yo ya principiaba á aburrirme aquí.

—Se dice que pronto haremos también una expedición.

—No he oído hablar de ello. Pero se cuenta que Kritnovitzin ha recibido la cruz de Santa Ana por la última expedición y que esperaba ser ascendido á teniente; pero se engañó,—dijo riendo Bielesky.—Ha ido al Estado Mayor.

Era casi de noche cuando Olenín se acordó de la fiesta. Le inquietaba la invitación, quería aceptarla, pero se sentía temeroso y sobresaltado de lo que pudiese ocurrir allá.

No había de encontrar cosacos, ni mujeres de edad, sino solamente jóvenes. Qué ocurriría? Cómo conducirse? Qué decir? Qué relaciones podía haber entre aquellas muchachas cosacas incultas y él? Bielesky hablaba de relaciones extrañas... y, sin embargo, castas. Pensaba que no sería difícil encontrarse allí en la misma habitación con Marianka y quizá obligado á hablarla, aunque esto le parecía imposible cuando recordaba su aire majestuoso. Bielesky aseguraba que nada había más sencillo... Cómo se conduciría con Marianka?

«Sería interesante,—pensaba—pero más vale no ir allí». Y la cuestión le inquietaba, preguntándose qué pasaría. Sin haber resuelto nada marchó hacia el alojamiento de Bielesky y entró en él.

La cabaña que éste habitaba parecíase á la de Olenín. Se elevaba sobre pies derechos á dos *archivas* del suelo y tenía dos cuartos.

El primero, á donde Olenín penetró después de subir una empinada escalerilla, estaba guarnecido con tapices, divanes de pluma, cortinas puestas al estilo cosaco con cierto gusto artístico, una cerca de otra sobre la pared.

En los muros se veían colgados platos de cobre y armas. Sobre un banco había también una bata de seda.

En la segunda habitación había una chimenea grande, bancos é imágenes venerandas. Este era el cuarto de Bielesky; una cama

de campaña, armas, objetos de tocador, y algunos retratos colocados sobre la mesa y con cierta confusión se veían esparcidos por todo el cuarto. El mismo Bielesky tan presumido, hallábase en camisa sobre el lecho leyendo los *Tres Mosqueteros*.

Se levantó al ver á Olenín y exclamó:

—Ved cómo estoy instalado. No es verdad que está delicioso?... Están sumamente ocupadas las chicas. Sabéis cómo se hace la torta? Con uvas y tocino. Pero qué importa eso... Ved como bullen allá abajo.

En efecto, asomándose á la ventana percibieron un gran movimiento en la cabaña del patrón. Las muchachas, tan pronto con una cosa como con otra, corrían del vestíbulo á los cuartos y viceversa.

—Está eso pronto?—gritó Bielesky.

—Enseguida. Qué? Tanta hambre tienes, *abuelo?*—Y en la cabaña se escuchó el eco de una sonora carcajada.

Ustenka, fresca, regordeta, muy bonita, con las mangas remangadas, entró en el cuarto de Bielesky para poner los platos.

—Estáte quieto!—dijo con voz chillona á Bielesky—á ver si rompo los platos. Tú harías mejor en venir á ayudarnos,—continuó dirigiéndose á Olenín.—Prepara para las muchachas las tortas y bombones.

—Ha venido Marianka?—preguntó Bielesky.

—Sí. Ha traído la masa.

—Sabéis,—dijo Bielesky—que si se la vistiese bien á Ustenka y se la arreglase un poco sería más bonita que nuestras bellas paisanas? Conocéis á la cosaca Borstcheva? Se casó con el coronel Charman. Qué majestuosa se ha puesto!...

—Yo no he visto á Borstcheva,—exclamó la joven;—pero me parece que ningún vestido es mejor que éste, el nacional.

—Yo á todo me avengo,—dijo Bielesky suspirando alegremente.—Voy á ver lo que hacen por allá.

Se puso la bata y salió apresuradamente, diciendo á Olenín:

—Arreglad vos las golosinas.

Este envió al ordenanza á comprar pan de higos y miel; pero, de pronto, le pareció cosa villana darle dinero, cómo si comprase á alguien, y no supo apenas qué responder cuando el sirviente le preguntó cuántos panes de higo y cuánta miel era necesario comprar.

—Lo que te parezca.

—Hasta donde alcance el dinero,—dijo con gravedad el soldado.—La miel es lo más caro, se vende á diez y seis *kopeks* la libra.

—Hasta donde alcance todo el dinero,—repitió Olenín sentado

cerca de la ventana, asombrándose de que su corazón latiese con inusitada violencia como si se preparase á realizar algo muy importante ó alguna acción malvada.

Oyó como en el cuarto donde estaban las muchachas se reía y chillaba en grande, cuando allí entró Bielesky, y algunos momentos después le vió salir y corriendo bajar la escalerilla entre la algarabía y los gritos de las jóvenes.

—Me han echado,—gritaba.

Poco después Ustenka entró en la casa é invitó solemnemente á los dos, diciendo que todo estaba presto.

En efecto, cuando ellos entraron todo se hallaba dispuesto. Ustenka arreglaba los cojines de pluma colocándolos junto á los muros. La mesa, cubierta con pequeñas servilletas, sostenía una jarra de vino y trozos de pescado seco. Por toda la cabaña se extendía el olor de las tortas y de los racimos. Seis muchachas con elegantes trajes y sin cubrir la cabeza con el tradicional pañuelo, apretábanse junto á la chimenea, retozando y riendo con gran regocijo.

—Ruego á todos que hagan los honores debidos á mi mesa,—dijo Bielesky invitando á los convidados á sentarse.

Entre el grupo de jóvenes, que todas, sin excepción, eran bonitas, Olenín distinguió á Marianka. Sentíase inquieto y decidió hacer lo que Bielesky.

Este con cierta solemnidad se aproximó á la mesa, bebió una copa de vino á la salud de Ustenka é invitó á los demás convidados á brindar siguiendo su ejemplo.

Ustenka dijo que ellas no bebían.

—Podremos hacerlo con miel,—dijo una voz en el grupo de las jóvenes.

Se llamó al ordenanza que llegaba de fuera con la miel y los postres. Este contempló la reunión con un si es no es de envidia y desprecio, entregó las chucherías compradas, envueltas en un papel gris y principió á dar la cuenta del dinero invertido.

Pero Bielesky le hizo salir. Después mezcló la miel en una copa de vino y arrojó con cierta ostentación tres libras de pan de higo sobre la mesa. Bielesky sacó á la fuerza á las muchachas de su rincón, las hizo sentarse y comenzó á distribuirles grandes trozos de pan de higo.

Olenín, involuntariamente, reparó que Marianka había cogido dos pedazos de pan de higo y los retenía en su mano pequeña, sin saber qué hacer de ellos.

La conversación, á pesar del libre tono que le daban Ustenka

y Bielesky en su deseo de distraer á la reunión, era desagradable y forzada. Olenín estaba cohibido, buscaba algo qué decir, comprendía que excitaba la curiosidad y que tal vez su retraimiento se comunicase á otros. Se ruborizó y le pareció que todos estaban cortados y sobre todo Marianka.

—Esperan probablemente que les demos dinero,—pensaba.—Si se lo pudiéramos dar pronto y marcharnos!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXV

La encerrona

Cómo, no conoces á tu huésped?—exclamó Bielesky dirigiéndose á Marianka.

—Cómo le voy á conocer si nunca viene á casa,—contestó Marianka echando una mirada á Olenín.

Olenín azorado se enrojeció y no sabiendo cómo excusarse balbuceó:

—Tengo miedo á tu madre. La primera vez que fuí á vuestra casa me recibió con un torrente de injurias.

Marianka se echó á reir.

—Y has tenido miedo?—dijo mirándole atentamente y volviendo después la cabeza á otra parte.

Era la primera vez que Olenín veía bien el rostro de la joven, porque hasta entonces siempre la había visto cubierta hasta los ojos con su pañuelo.

No en vano se la tenía por la joven más bella de la *stanitza*.

Ustenka era bonita, rubia, fresca, de ojos pardos y alegres, sus labios rojos siempre dibujando una sonrisa, hablando sin cesar.

Marianka, al contrario, no era bonita, era bella. Los rasgos de su fisonomía hubieran podido parecer algo pronunciados y un tanto salientes á no ser por la esbeltez de su talle, su robusto seno, y principalmente por la expresión seria y dulce de sus ojos negros,

sombreados de oscuras y espesas cejas y la encantadora sonrisa de sus labios.

Era la síntesis de la fuerza y de la salud.

Todas las otras jóvenes eran encantadoras, pero ellas y Bielesky y hasta el servidor que había traído los postres, contemplaban á Marianka incesantemente. Al volverse hacia el grupo todas las miradas se dirigían á ella. Diríase que era una reina, rodeada de su corte, altiva y feliz.

Bielesky charlaba sin cesar y á fin de animar la fiesta obligaba á las muchachas á que le sirvieran vino, y con frecuencia dirigía en francés observaciones á Olenín para que le imitase, hablando de la belleza de Marianka, á quien apellidaba *la vôtre*.

Olenín, cada vez más, sentía en el alma un gran peso, deseando encontrar un pretexto para salir huyendo, cuando Bielesky declaró que Ustenka, para honrar la fiesta, debía ofrecerles vino y darles un beso.

La joven consintió en ello á condición de que le pusieran en una bandeja algunas monedas como se acostumbra en las bodas.

«El diablo me ha traído á mi aquí»,—pensó Olenín y se levantó para marcharse.

—Dónde váis?

—A comprar tabaco,—contestó con intención de huir. Pero Bielesky le detuvo.

—Tengo dinero,—le contestó en francés.

«Imposible marcharse, aquí es menester pagar, pensó Olenín arrepentido de su torpeza. No puedo hacer lo que Bielesky? Era mejor no haber venido, pero una vez que estoy aquí no debo aminorar su alegría. Bebamos según la costumbre cosaca». Y tomando la *schaponsa*, especie de ponchera que puede hacer ocho copas, la llenó de vino y lo apuró casi todo. Las jóvenes contemplábanle beber con asombro, pareciéndoles extraño é inconveniente este proceder. Ustenka ofreció después vino á cada uno de los dos jóvenes y les besó.

—Ahora, á divertirnos,—dijo haciendo saltar sobre la bandeja las cuatro monedas que le habían echado.

Olenín, perdido su encogimiento, bromeaba con todas.

—Ahora te toca á tí, Marianka, ofrécenos vino y un beso,—dijo Bielesky cogiendo á la joven de la mano.

—Sí! Puedes aguardarlo,—dijo ella soltando la mano que la tenía cogida.

—Se puede besar al viejo, al *abuelo*, sin recibir por ello una sola moneda,—dijo una de las jóvenes.

—He aquí una chica con ingenio,—exclamó Bielesky abrazándola en tanto que ella se resistía forcejeando.—Sírvele á tu vecino,—insistió dirigiéndose á Marianka y tomándola nuevamente de la mano la hizo sentar en el banco al lado de Olenín.

—Qué hermosa es!...—exclamó volviéndole la cabeza de perfil.

Marianka no se resistió, y sonriéndose orgullosamente dirigía sus miradas á Olenín.

—Hermosa muchacha!—repetía Bielesky.

«Soy muy hermosa!» parecía añadir la mirada de Marianka.

Olenín, sin darse cuenta de lo que hacía, rodeó la cintura de la joven con su brazo y quiso besarla. De pronto la muchacha se levantó, se deshizo de los brazos de Olenín, empujó á Bielesky,

cayó la mesa y se lanzó hacia la chimenea. Todos reían y alborotaban. Bielesky cuchicheó unos momentos con las muchachas y todos se lanzaron al vestíbulo cerrando la puerta del cuarto.

—Por qué has abrazado á Bielesky y á mí no?—preguntó Olenín.

—Porque no quiero, eso es todo,—dijo Marianka frunciendo las cejas.—El es el *abuelo*,—añadió sonriendo, y acercándose á la puerta comenzó á golpearla.

—Por qué diablos habéis cerrado la puerta?—gritó.

—Déjalos,—contestó Olenín—que se estén ahí, nosotros estaremos aquí.

De nuevo arrugó el entrecejo Marianka. Aparentó tan majestuosamente ofendida, que Olenín se avergonzó y aproximándose á la puerta se puso á llamar también.

—Bielesky! Abrid! Que broma tan torpe!

Marianka se echó á reir de nuevo alegremente.

—Tienes miedo de mí?—preguntó.

—Es que pareces tan mala como tu madre.

—Y tú prefieres entretenerte con Erochka, creyendo que con esto vas á hacer que te quieran las muchachas.

Y se sonrió mirándole muy de cerca y fijamente.

El no sabía qué decir.

—Y si viniera á tu casa?—dijo al fin.

—Entonces sería otra cosa,—repuso ella moviendo la cabeza.

En aquel momento, Bielesky abrió la puerta y Marianka, que estaba junto á Olenín le dió un fuerte empellón.

«Todo lo que he pensado sobre el amor, sobre el sacrificio y sobre Luka es una tontería; no hay nada como el placer». Todas estas ideas cruzaron por el cerebro de Olenín rápidamente. Y con fuerza hercúlea sujetó á Marianka y la besó en la sien y en la mejilla sin que ella opusiese resistencia, y riendo con su risa alegre se dispuso á reunirse con sus compañeras.

Así terminó la fiesta. La anciana madre de Ustenka volvió de su trabajo, regañó á las muchachas y las echó fuera.

XXVI

Los amores de Olenín

Sí,—pensaba Olenín regresando á su casa—si doy rienda suelta á mi voluntad, llegaré á enamorarme de esta cosaca». Y se acostó con esta idea, diciéndose si le pasaría este capricho y volvería á su habitual existencia.

Esta no volvió. Sus relaciones con Marianka se modificaron, la distancia que los separaba se acortó. Cada vez que Olenín la encontraba, hablábale con apasionamiento.

El dueño de la casa recibía el dinero del alquiler satisfecho de la riqueza y generosidad de Olenín y le invitó á ir á su morada. La vieja le acogía con benevolencia, y desde ese día, el joven solía pasar las tardes en la habitación de su casero, en la que permanecía hasta la noche. Le parecía que nada cambiaba en su vida, y sin embargo, su espíritu estaba transformado.

Pasaba el día en la selva hasta el atardecer, y con el crepúsculo volvía á la casa del propietario; bien solo, bien con Erochka.

Acostumbrados á verle, nadie se extrañaba de su presencia ni de que pagaba con largueza el vino, conduciéndose amablemente.

Vanucha le llevaba el té, que tomaba sentado en un rincón cerca de la chimenea.

La vieja se ocupaba de sus quehaceres domésticos; bebiendo

té ó vino y conversando de los cosacos y de los rusos. Olenín hablaba y ella preguntaba.

Marianka, acurrucada en el rincón más oscuro, sobre la estufa, como una cabra salvaje, no tomaba parte en la conversación.

Olenín, sin embargo, veía sus ojos, su rostro, siguiéndola en sus más insignificantes movimientos, sabiendo con certeza que ella le escuchaba atentamente mientras hablaba; y cuando al levantar los párpados tropezaba con su mirada de fuego, la contemplaba silenciosamente. Entonces ella se cubría la cara, y él, haciéndose el absorto por la charla de la vieja, atento á la respiración y á los ligerísimos movimientos de la joven esperaba anhelante que le mirara.

En presencia de otros, Marianka se mostraba con él complaciente y dulce, pero en cuanto estaban solos se volvía arisca y severa.

Algunas veces iba á la casa cuando la joven no había vuelto aun. Así oía sus pasos fuertes y por la puerta abierta la veía pasar con su camisa rosa ó azul. Entraba hasta el medio de la estancia con una sonrisa imperceptible y él quedaba contemplándola enloquecido y tembloroso.

El no pedía ni deseaba nada, pero la presencia de la bella cosaca íbasele haciendo indispensable.

Se había acostumbrado de tal modo á la vida de la *stanitza* que estaba completamente despreocupado del pasado y del porvenir, sobre todo del porvenir más allá del círculo en que actualmente vivía.

Cuando recibía cartas de sus padres ó amigos le parecía que le compadecían, considerándole como perdido, mientras que él consideraba á su vez perdidos á los que vivían de distinto modo.

Abrigaba la convicción de que no se arrepentiría jamás de haber entrado en aquella vida solitaria y tranquila. En sus campañas, en los servicios propios de su vida militar había sido dichoso; pero aquí, bajo la protección de Erochka, en la umbría de la selva, pensando en Marianka y Lukachka, veía claramente sus engañosas y pasadas ilusiones, encontrando su anterior vida aborrecible y ridícula.

Cada día se sentía más libre; el Cáucaso no se parecía ni remotamente á lo que él se imaginó ni á lo que pudo leer en las novelas.

Aquí no existían ni *bucka*, ni precipicios, ni Amalak-Bet, ni héroes, ni malhechores. «Los hombres,—pensaba—viven aquí como si sobre ellos gravitaran las leyes de la naturaleza: nacen y mueren, engendran, se matan, comen y beben sin otras condiciones que las impuestas por ésta al sol, á los animales y á las plantas.

No tienen ni conocen otra ley». He aquí porque á él le parecían estos hombres más enérgicos, fuertes y libres que los demás; comparándose con ellos sentía por sí mismo lástima y vergüenza.

Amenudo acudía á su mente la idea de borrar el pasado, de hacerse cosaco, de comprarse una cabaña, mucho ganado y casarse con una cosaca, pero no con Marianka, que cedía á Lukachka, viviendo con Erochka, yendo con él de pesca y caza y á las excursiones con los cosacos.

«Por qué, pues, no haría esto? Qué es lo que espero?»—se preguntaba; se alentaba á sí mismo y se reprochaba su debilidad de carácter.—«Tengo miedo de hacer lo que encuentro razonable y justo? Qué mal hay en ser simple cosaco, en vivir conforme á la naturaleza sin hacer mal á nadie, antes al contrario, bien á todos? No vale esto más que mis vanas ilusiones de ser ministro ó jefe de un regimiento?»

Pero una voz interior le decía que esperase, que todavía no debía decidirse.

Tenía el convencimiento vago de no poder vivir en absoluto como Erochka y Lukachka, que existía otra felicidad que él basaba en el sacrificio de sí mismo.

Se congratulaba cada vez más de lo que había hecho con Luka, y buscaba la ocasión de sacrificarse por los demás, pero ésta no se le presentaba.

Algunas veces olvidaba el medio de ser feliz y se juzgaba capaz de vivir como Erochka, pero luego se apasionaba firmemente en su idea de sacrificio voluntario y generoso y contemplaba tranquila y orgullosamente á los hombres y á la felicidad de los demás.

XXVII

La despedida de Lukachka

Antes de la vendimia, Lukachka, montado gallardamente á caballo, vino un dia á buscar á Olenín.

Este saliendo á su encuentro le preguntó alegremente:—Cuando te casas?

Lukachka no respondió á la pregunta.

—Al otro lado del río he cambiado el caballo. He aquí un verdadero caballo de Kabardin, marca *Lov* (1). Soy inteligente en la materia.

Examinaron el corcel y lo probaron en el corral. Era, en efecto, un hermoso ejemplar, de pura sangre, bayo y vigoroso, con pelo brillante, cola larga y rizada y la crin espesa y fina. Tan bien cuidado y tan gordo se hallaba, que según la frase de Lukachka, sobre su espalda podía uno dormir. Sus cascos, ojos y dentadura eran perfectos, como de pura raza. En todo el Cáucaso no se habria encontrado caballo tan hermoso y perfecto.

—Y cómo anda!—dijo Luka—qué trote! Es muy inteligente. A todas partes sigue fielmente á su dueño.

—Te han llevado mucha prima en el cambio?—preguntó Olenín.

—No lo sé,—respondió Luka.—Es un amigo el que me lo ha proporcionado.

(1) Marca muy estimada en el Cáucaso y donde se encuentran las mejores yeguadas del país.

—Hermoso animal! Cuánto quieres por él?—exclamó Olenín.

—Me han ofrecido ciento cincuenta monedas; pero si vos lo queréis os lo daré de balde. Decid una sola palabra y es vuestro. Le quito la silla y... listos. A mí cualquiera me vale.

—Oh! No. No quiero.

—Bien! Entonces, tomad este puñal que os he traído,—dijo Lukachka desenganchando uno de los dos que llevaba pendientes del cinturón. Lo tomé en la otra parte del río.

—Gracias.

—Mi madre traerá las uvas que os prometí.

—Es inútil. Ajustaremos cuentas. No te daré dinero por el puñal.

—No faltaba más! Somos amigos. Guirei-Khan, el del otro lado del río, me llevó á su casa y me hizo escoger. Cogí este. Tal es la costumbre entre nosotros.

Y entraron en la cabaña donde bebieron vino.

—Te quedas aquí?—preguntóle Olenín.

—No, he venido á deciros adiós, á despedirme. Me mandan al otro lado del Terek. Parto hoy mismo con mi compañero Nazarka.

—Y cuando será la boda?

—Volveré para los esponsales; después marcharé otra vez á mi servicio,—respondió Lukachka de mala gana.

—Y ni siquiera verás á tu prometida?

—No. Para qué? Cuando vayáis á la expedición, preguntad por Luka Aroki. Hay muchos jabalíes allá! He matado dos. Os llevaré buena caza.

—Bien. Adiós... Que Cristo vele por tí.

Lukachka montó á caballo y sin ver á Marianka salió caracoleando á la calle, donde ya le esperaba Nazarka.

—Vamos?—preguntó éste, dirigiendo la vista hacia el lado donde vivía Iamka.

—Toma mi caballo,—respondió Luka,—llévalo allá. Si yo no voy pronto le darás pienso. De todas maneras, por la mañana estaré en la *sotnia*.

—Te ha regalado algo más el alférez?

—No, y me alegro que hayamos saldado cuentas dándole el puñal; tenía capricho por el caballo,—añadió Lukachka apeándose y dando las riendas á su compañero.

Y deslizándose por debajo de la ventana misma de Olenín sin que nadie le viera, se aproximó á la ventana de sus huéspedes.

Estaba oscuro. Marianka, ya en camisa, recogíase el pelo y se disponía á acostarse.

—Soy yo,—murmuró el cosaco.

El rostro de Marianka, indiferente y severo, se animó al oir

la voz del cosaco. Abrió la ventana, y aunque un poco asustada se inclinó hacia fuera, mostrándose feliz.

—Qué hay?—preguntó.

—Abre la ventana y déjame entrar un momento,—dijo Luka, y asiendo la cabeza de la joven principió á besarla.

—Qué tonterías dices!... Te repito hoy que no te dejaré entrar. Te ausentas por mucho tiempo?

Pero él no contestaba y continuaba besándola. Ella se calló.

—Por la ventana no puedo abrazarte bien,—prosiguió Luka.

—Marianka,—gritó la vieja.—Con quién hablas?

Luka se encasquetó bien el gorro de piel para no ser conocido, agazapándose debajo de la ventana.

—Vete,—decíale en voz baja Marianka.—Es Lukachka,—respondió á su madre—que pregunta por mi padre.

—Que entre.

—Se ha marchado. Dice que no tenía tiempo.

En efecto. Lukachka se marchaba ya con paso rápido. Pasó por debajo de las ventanas y se encaminó á casa de Iamka. Olenín solamente le vió. Después de haber bebido, Lukachka y Nazarka dejaron la *stanitza*. La noche era oscura, serena y templada.

Marchaban en silencio. Sólo se oía el ruído que producían los cascos de los caballos.

Lukachka entonó la canción del cosaco Mingot, pero antes de concluir la primera copla se interrumpió y dijo á Nazarka.

—No me ha dejado entrar.

—Oh!—respondió éste.—De eso no dudaba. Iamka me ha dicho que el alférez va frecuentemente á su casa y que Erochka se alaba de haberle arreglado con Marianka, por una carabina.

—Miente!—dijo Lukachka coléricamente.—Esa muchacha es incapaz... Le voy á romper las costillas á ese demonio de viejo!

Y volvió á entonar su canción favorita.

XXVIII.

El viejo Erochka canta y baila

Se celebraban los desposorios: Lukachka había llegado á la *stanitza*, pero no visitó á Olenín y éste rehusó la invitación de asistir á los esponsales. Estaba triste como no lo había estado desde su llegada al Cáucaso. Por la tarde vió pasar á Lukachka vestido con traje de fiesta, como su madre. Entraron en casa del huésped. La frialdad de Luka le atormentaba.

Se encerró en su habitación y se puso á escribir en su diario.

«He reflexionado mucho y pensado estos últimos tiempos—escribía,—y he llegado otra vez al *a b c*. Para ser feliz es necesario amar, y amar sacrificándose; amar á todos y á todo; tender por todas partes la red del amor y coger todo lo que caiga. Así es como he prendido á Vanucha, al tío Erochka, á Lukachka y á Marianka».

Cuando terminaba de estampar estas líneas entró Erochka. Estaba de buen humor. Unos días antes Olenín le había hallado en el corral, cuchillo en mano haciendo trozos un jabalí. Parecía contento y orgulloso. Sus perros y entre ellos su favorito Liam, estaban echados cerca de él meneando la cola y contemplando lo que hacía. Algunos rapaces le miraban con respeto por encima de la cerca, sin burlarse como de ordinario. Sus vecinas le saludaban, trayéndole una, un jarro de vino; otra, leche cuajada ó harina. Al

día siguiente, Erochka, cubierto todavía de sangre, se instalaba en la despensa de su cabaña y allí cambiaba los trozos de jabalí por dinero ó por vino. Sobre su frente parecía estar escrito: Dios me ha dado buena suerte! He matado una pieza! Y tras esto se puso á beber y bebió durante cuatro días sin dejar la *stanitza*. En los desposorios de Marianka aún se embriagó más.

Así estaba cuando entró en casa de Olenín. Su cara aparecía roja, su barba en desorden, pero vestía un caftán nuevo, bordado y con galones y llevaba una *balalaika* (1), que había traído del otro lado del río. Esta diversión hacía tiempo que la tenía prometida á Olenín y ahora estaba de excelente humor, de broma. Al ver que escribía se apesadumbró.

—Escribe, escribe, *padre*,—dijo en voz baja, como si presintiese la presencia de un espíritu superior entre el joven y el papel y tuviese miedo de espantarlo. Se sentó en el suelo, sin hacer ruído. Cuando estaba así Erochka era su asiento favorito. Olenín se volvió hacia él, mandó traer vino y continuó escribiendo. Erochka se aburría de beber solo; quería hablar.

—He estado en los desposorios. Son todos unos brutos. Por eso no quiero estarme allí y vengo á tu casa.

—De dónde has sacado esa *balalaika?*—preguntó Olenín sin dejar la escritura.

—Estuve al otro lado del río, *padre*, y me la encontré allá abajo,—dijo en voz baja siempre.—He pasado por tocar bien la *balalaika;* si quieres cantaré una canción tártara ó cosaca, de señor ó de soldado...

Olenín se volvió sonriendo y luego continuó su trabajo.

Esta sonrisa alentó al viejo.

—Deja eso, *padre*,—dijo resueltamente.—Te han ofendido? A qué conduce garrapatear?

Y se puso á consolar á Olenín, arrastrando por tierra sus dedos toscos y gesticulando con su fisonomía ruda.

—Para qué sirven esos papeles? Diviértete, ten ánimo!...

Su imaginación no podía concebir que pudiese escribirse con otro objeto que el de calumniar.

Olenín se echó á reir y lo mismo Erochka. Este se incorporó é hizo alarde de su talento en la *balalaika* principiando á cantar aires tártaros.

—Para qué escribir? Escucha lo que voy á cantarte. Cuando te entierren no oirás más canciones. Diviértete ahora...

(1) Instrumento musical de cuerdas.

Y principió cantando una romanza de su composición.

Ah! dí, dí, dí, dí, dí, dí.
Dónde la habéis visto?
En el bazar, en la tienda,
Donde se venden alfileres.

Después siguió una canción que le enseñara un antiguo sargento.

El lunes me enamoré.
Todo el martes yo sufrí,
miércoles me declaré,
jueves respuesta esperé
y el viernes la recibí.
Sin consuelo ni esperanza
ya el sábado, el santo día,
quise quitarme la vida,
mas para salvar mi alma
lo dejé para el Domingo.

Y continuaba con el «Ah! dí, dí, dí, dí, dí, dí, Dónde la habéis visto?» etc. Guiñando los ojos y encogiendo los hombros el viejo cantaba y bailaba desaforadamente.

Yo te abrazaré, yo te besaré
y una cinta encarnada
te compraré.
Te llamaré mi esperanza,
bien de mi vida,
y seguro de tu amor
me serás querida.

Y de tal modo bailaba que brincaba por toda la habitación. Cantaba por complacer á Olenín, según él decía. Solamente después de beber la tercera copa de vino entonó la verdadera canción cosaca. Pero, en medio de una de sus coplas favoritas, su voz tembló, mientras los dedos continuaban haciendo vibrar las cuerdas de la *balalaika*.

—Ah! Amigo mío!...—exclamó.

Olenín se volvió impresionado por la inflexión de su voz. Dos lágrimas se deslizaban por las mejillas del viejo.

—Los tiempos felices pasaron y no volverán,—dijo sollozando. —Bebe, por qué no bebes?—gritó de pronto con voz ronca y sin secarse las lágrimas.

Lo que más le emocionó fué una canción tcherkessa. Era corta y lo más bonito era el estribillo: «Ay! dai, dalalai». Erochka tradujo así la letra:

Un joven thetchenze conducía el ganado á la montaña.
Los rusos llegaron, extrangularon á los hombres y se llevaron cautivas á las mujeres.
El thetchenze regresó al pueblo y lo halló desierto...
No quedaba ni una casa, ni un árbol, ni su hermano, ni su madre.
Se sentó en el suelo y lloró. Solo he quedado! Ay! dai! dalalai!

Y el viejo repetía este estribillo melancólico; de repente, cogió el fusil que estaba colgado en la pared y corriendo fuera de la cabaña descargó dos tiros al aire. Después, con acento todavía más triste repitió: Ay! dai! dalalai!... Por último se calló.

Olenín, que le había seguido fuera, miró hacia donde hizo los disparos, pero vió solamente el oscuro cielo cubierto de estrellas.

La cabaña del cosaco estaba iluminada y se oían voces dentro. Las jóvenes estaban reunidas en el patio, junto á las ventanas y corrían de la cocina al vestíbulo. Algunos cosacos salieron de ésta cuando oyeron los tiros, respondiendo con gritos al último estribillo de Erochka.

—Por qué no estás en los desposorios?—preguntó Olenín.

—Que Dios les guarde y bendiga,—contestó el viejo con voz que daba á entender que había sido en algo ofendido.—No me gusta. He aquí lo que son las personas. Vamos á la cabaña... Que se diviertan, nosotros haremos lo mismo.

Olenín entró en la cabaña.

—Lukachka está contento? No vendrá á visitarme?

—Cah! Lukachka ha sido engañado. Le han dicho que yo te enredaba con la muchacha,—respondió en voz baja el viejo.—Pero, cuando queramos, la muchacha será nuestra. No escatimes el dinero, que yo te lo arreglaré.

—No, el dinero nada vale, si no me quiere. Mejor será no hablar de ella.

—Ah! No se nos quiere aquí; tú y yo somos dos pobres huérfanos,—dijo Erochka y de nuevo se puso á llorar.

Olenín bebió más que de costumbre y escuchando los cantares

del viejo pensaba: «He aquí á mi Luka dichoso y feliz». Pero, aún esforzándose en pensar así, sentíase abatido.

El viejo cosaco concluyó por emborracharse de tal modo que cayó como muerto al suelo. Vanucha tuvo que llamar á los soldados para sacarlo fuera. Estaba tan furioso por el proceder del viejo y de su mala conducta, que no pudo pronunciar en esta ocasión ni una palabra en francés.

XXIX

El tiempo de la vendimia

Era el mes de agosto. El cielo aparecía azul y sin manchas desde hacía días. El sol extendía su hermosa luz y por la mañana corría un aire caliente que cubría el camino de nubes de polvo abrasador, dispersándose entre los cañaverales, los árboles y la *stanitza*. La hierba, como las hojas de los árboles, cubríase de polvo con el que jugaba el viento. Los caminos y veredas estaban intransitables. El caudal del Terek había disminuído, deslizándose el agua en él con gran suavidad para perderse en los barrancos. Los prados próximos á la *stanitza* perdían su frescura, quedando marcada en ellos la huella del ganado.

Los muchachos lanzábanse al agua inundando los aires con el chasquido de sus cuerpos al caer en las acequias y el eco de su voz en las náuticas correrías. La hierba y cañas que adornaban la estepa se habían agostado y el ganado, huyendo de allí, se introducía en las campiñas. Los animales salvajes, ahuyentados por el hambre, refugiábanse en las montañas del otro lado del Terek. Los llanos y hasta la misma *stanitza* hallábanse cubiertos por una nube de mosquitos. Los montes de nevada cabeza envolvían ésta en celajes grises, y el aire hacíase pesado y brumoso. Se susurraba que los abreks, aprovechando el descenso de las aguas del río, lo habían atravesado, situándose en los alrededores de la población.

A la caída del sol el cielo se vestía de púrpura y la atmósfera caldeada impedía la respiración. Era la época de las más rudas labores. Los habitantes de la *stanitza* ocupábanse en la recolección de la sandía y en la vendimia. Sólo se podía estar en los jardines donde las plantas trepadoras que los cubrían proyectaban fresca y agradable sombra. Por todas partes salían de entre las elevadas hojas racimos ennegrecidos de maduro fruto. Los carros cargados de negra uva, chirriaban por el camino que conduce á los jardines, y los racimos que se caían de ellos yacían entre el polvo. Niñas y chicuelos embadurnados de zumo de uvas y con racimos en las manos, seguían corriendo tras sus madres. Sin cesar encontrábase en el camino obreros andrajosos cargadas sus espaldas con canastas de tan exquisito fruto. Las jóvenes, tapadas hasta los ojos con sus pañuelos, guiaban los bueyes uncidos á las carretas cargadas también de racimos. Los soldados pedían uvas á las muchachas y éstas sin parar la lenta marcha del vehículo subían á lo alto arrojando al camino sendos puñados de uvas que los soldados recogían y colocaban en el faldón del caftán. Hasta en algunos lagares se comenzaba á extraer el jugo, llenándose el ambiente del olor acre de las heces. Rejas finas de madera veíanse bajo los aleros, y los trabajadores nogais con las piernas al aire trabajaban en los corrales. Sobre los techos planos de las despensas ostentábanse hermosos racimos encarnados que se secaban al sol. Las urracas y cornejas picoteaban los granos, revoloteando de aquí para allá.

El producto de la labor agrícola se recogía siempre con gran alegría de los habitantes de la *stanitza;* pero mucho más este año que tan buenos y abundantes tributos rendían los campos. Gritos y carcajadas se oían por todas partes bajo las umbrías de los verjeles; entre aquel mar de pámpanos, aparecían sin cesar los colores brillantes de los vestidos de las cosacas.

Era mediodía, cuando Marianka sentada á la sombra de un melocotonero preparaba la comida á su familia, sacándola de una carreta que descansaba á un lado. Frente á ella el corneta, que acababa de llegar de la escuela, sentado sobre una manta extendida en el suelo, lavábase las manos con el agua de un cántaro. Su hermanito, que llegaba corriendo del estanque, enjugábase con las mangas el sudor que caía por su rostro mientras miraba impaciente á su madre ó á su hermana esperando la comida. La anciana Ulitka, con las mangas remangadas sobre sus vigorosos y curtidos brazos, ponía sobre una mesa baja, estilo tártaro, las uvas y el pescado seco, la leche cuajada y el pan. El corneta-maestro secóse las manos, dejó á un lado el sombrero, hizo la señal de la cruz

y se sentó á la mesa. El niño tomó el cántaro y bebió con sed de hidrópico. La madre y la muchacha cruzaron las piernas y sentáronse cerca de la mesa.

El calor era sofocante aún en la sombra, y el aire muy tibio hasta en el jardín. El viento caliente que penetraba á través de las ramas, no traía el menor fresco y solamente inclinaba con monotonía las copas de los perales, melocotoneros y moreras. El corneta rezó por segunda vez y tomando un frasco de vino que tenía detrás, cubierto con hojas de vid, bebió unos tragos y lo depositó después en manos de su esposa. No obstante su categoría, vestía una simple camisa que, por el cuello desabrochado, dejaba ver su robusto pecho cubierto de abundante pelo. Su rostro astuto y malicioso aparecía risueño. Ni en su semblante ni en su manera de hablar se notaba aquella afectación que le caracterizaba; mostrábase natural y contento.

—Esta tarde habréis terminado ya el trabajo?—dijo limpiándose la barba mojada por el vino.

—Espero conseguirlo, si el tiempo nos favorece,—contestó la anciana.—Los Damkin no han vendimiado la mitad todavía, solamente Ustenka trabaja con empeño.

—Ah! no podrán terminarlo,—repuso el corneta.

—Toma, Marianka,—dijo la madre entregando el frasco á la muchacha.—Con todo esto ya tenemos para los gastos de boda, á Dios gracias.

—Para eso aun hay tiempo,—repuso el marido frunciendo el ceño.

Marianka bajó la cabeza.

—Por qué no hemos de hablar de ello?—añadió la madre.—El asunto está decidido y la fecha del matrimonio se aproxima.

—No te apresures,—repuso el viejo.—Ahora hay que trabajar.

—Has visto el nuevo caballo de Lukachka? Aquel que le regaló Dmitri Andreitch ya no lo tiene, lo ha cambiado.

—No; no lo he visto, pero en cambio he hablado con el criado de nuestro huésped,—dijo el marido.—Dice que hoy han recibido otra vez mil rublos.

—Ese hombre es un ricachón,—añadió la mujer.

Toda la familia estaba contenta y rebosaba de felicidad.

El trabajo avanzaba y con tanta suerte, que había más uva y de mejor calidad de lo que se habían figurado.

Después de comer, Marianka dió hierba á los bueyes; arrolló su corpiño á manera de almohada y colocándolo en el suelo, se acostó bajo los árboles sobre el césped húmedo y tierno. Llevaba

en la cabeza pañuelo encarnado de seda, y camisa azul muy desteñida. Sofocábala el calor, bajo cuya acción encendíasele el rostro y se velaban sus ojos de sueño y de fatiga, y, entreabiertos sus labios, respiraba fatigosamente.

El periodo de la vendimia, comenzado quince días antes, con su trabajo penoso é incesante, ocupaba todo el tiempo de la muchacha.

Por la mañana, al amanecer, levantábase, lavaba su rostro con agua fresca, envolvíase en un chal y con las piernas desnudas corría al establo. Luego, calzándose á la ligera, cogía el corpiño, envolvía en el pañuelo un trozo de pan y, unciendo los bueyes, marchaba con ellos al campo, donde pasaba el día. Allí no descansaba más de una hora después de cortar las vides y por la tarde volvía á la *stanitza,* conduciendo los bueyes, aguijoneándolos fuertemente con la vara, jadeante, de buen humor y sin que en su persona se observase la menor muestra de cansancio. Daba hierba al ganado y tomando algunos granos de girasol que ponía entre las mangas de su camisa, salía á la calle á charlar y reirse

con sus amigas. Después, cuando el sol se había ocultado por completo y ni un destello de su luz iluminaba la tierra, volvía á su casa á cenar con sus padres y su hermanito en la lóbrega cocina, y allí escuchaba indiferente y casi adormecida la conversación con Olenín, sentada sobre la apagada chimenea. Tan pronto como el huésped se marchaba á su casa, entraba ella en su cuarto, se acostaba y dormía en profundo sueño hasta la mañana siguiente. Al otro día la misma existencia. No había vuelto á ver á Lukachka desde el día de sus desposorios y, sin impacientarse, esperaba feliz el día de su boda. Acostumbrada á la presencia de Olenín, no dejaba de sentir satisfacción cuando encontraba sus ojos fijos en ella, adorándola silenciosamente desde lo más íntimo de su sér.

XXX

Charloteo de muchachas

APESAR de no haber sitio bien sombreado donde poderse refugiar del calor que abrasaba la tierra, ni manera de evitar la picazón de los mosquitos que en bandadas corrían por el espacio, animando los campos con su suave quejido, Marianka con la cabeza inclinada, comenzaba á dormirse sin que ni aun los porrazos que le daba su hermano al revolverse fueran capaces de impedir que se entregara en brazos del sueño. Ustenka precipitóse bajo la carreta y se acostó al lado de la joven.

—Durmamos, durmamos!—dijo Ustenka acomodándose junto á ella.

—Espérate,—dijo la otra—no estamos bien así.

É incorporándose cortó dos largas ramas que ató á las ruedas del vehículo y después de tender sobre ellas su corpiño volvióse al muchacho.

—Vete!—le dijo.—Es este el sitio de un cosaco, tan junto á las mozas? Largo de aquí!

Una vez sola con su amiga, Ustenka la estrechó entre sus brazos y comenzó á besarle el cuello y las mejillas.

—Queridito mío! mi adorado bien!—dijo soltando una risotada sonora y penetrante.

—Miren lo que le ha enseñado el *diaduchka!...*—dijo Marianka sin rechazarla.—Pero, déjame ya!

Y las dos se reían tan alto, que la vieja comenzó á gruñir.

—Nos tiene envidia?—insinuó Ustenka en voz baja.

—Pero, qué te ocurre?... Durmamos. A qué has venido?

Ustenka continuaba sus mimos.

—He de contarte muchas cosas!... Ah! si tú supieras!...

Marianka se incorporó y recostándose sobre el codo arregló el pañuelo que se le caía.

—Bueno. Qué tienes que decirme?

—Lo que sé de tu vecino.

—No hay nada que puedas saber...

—Ah, picarona!—exclamó Ustenka empujándola con el codo y riéndose.—No me querías decir nada!... Y continúa frecuentando tu casa?

—Sí, y qué?—preguntó Marianka mientras el rubor coloreaba su rostro.

—Yo soy francota; confío mis secretos á todos; por qué ocultarlos?—siguió Ustenka, y su rostro encendido tomó una profunda expresión soñadora.—Hago daño á alguien? Le quiero; he aquí todo.

—A quién? Al *diaduchka?*

—Pues... Sí...

—Eso es pecado!—dijo Marianka.

—Cuándo se va á divertir una, si no lo hace ahora que es joven? Después me casaré con un cosaco, tendré hijos... y me haré amiga íntima de la miseria. Cuando te hayas casado con Lukachka no pensarás en distracciones, sino en tus hijos y en el trabajo.

—Sin embargo, hay muchas que viven felices después de casadas. Es lo mismo,—dijo tranquilamente Marianka.

—Pero, cuéntame, á lo menos una vez, qué ha ocurrido entre Lukachka y tú?

—Pues, nada; que ha pedido mi mano. Mi padre le contestó que esperase un año; pero ahora ha renovado su pretensión, y nos casaremos el próximo otoño.

—Pero él, qué te ha dicho?

Marianka sonrió.

—Lo que se dice siempre; que me ama... Siempre me pide que le acompañe al campo.

—Qué pillo! Supongo que tú no habrás ido. Qué buen mozo se ha hecho! Hoy es el primero de los cosacos. Siempre está en la *sotnia*. Estos días ha llegado Kirka y, según nos dijo, Lukachka ha cambiado ya su caballo por otro que es hermosísimo. Pero creo que se aburre soberanamente á causa de tu ausencia. Qué otras cosas te ha dicho?

—Quieres saberlo todo!—dijo Marianka sonriendo.—Una noche se llegó hasta mi ventana montado á caballo; estaba borracho y quería que le dejase entrar.

—Tú no se lo permitiste?

—A buen seguro que no; yo soy firme como una roca y cuando digo una cosa la sostengo,—añadió Marianka con cierta seriedad.

—Qué guapo mozo! No tiene á quien envidiar. Así están por él todas las muchachas!

—Pues, que se vaya con ellas!...—repuso Marianka con enfado.

—Ya no le quieres?

—Sí que le quiero; pero no me gusta que corteje á las demás. Está muy mal lo que hace.

Ustenka dejó caer rápidamente la cabeza sobre el pecho de su amiga y estrechándola entre sus brazos prorrumpió en carcajadas.

—Jesús, qué tonta!—exclamó.—Tú no amas la felicidad.—Y continuó haciendo cosquillas á Marianka.

—Ay! Déjame!—repuso Marianka sonriendo.—Vas á matarme...

«Esos demonios de muchachas no hacen más que reir, sin poder estar tranquilas un momento»—murmuraba la vieja dormitando tras la carreta.

—Rechazas tu suerte,—repetía Ustenka en voz baja é incorporándose.—Y eres feliz! Dios mío! Eres mala, y así y todo hay quien te quiere. Ay! Si estuviera yo en tu lugar, qué gran partido hubiese sacado del huésped. Ya os observé cuando vinisteis á casa; te devoraba con los ojos. Mi *diaduchka* sí que no me ha dado nada! Y el tuyo es de los más ricos! Su criado asegura que tiene siervos.

Marianka se incorporó, quedando en posición pensativa aunque sonriente.

—Sabes lo que me dijo un día nuestro huésped?—repuso mordiendo hierba.—«Quisiera ser el cosaco Lukachka, ó bien tu hermanito». Qué quería decir con esto?

—Nada; dicen lo que de momento se les ocurre,—respondió Ustenka.—Y, qué de cosas no me dice el mío! Cualquiera le creería loco!

Marianka volvió á echarse al suelo y puso una mano sobre los hombros de Ustenka.

—Va á venir hoy á trabajar con nosotras. Mi madre le ha invitado,—dijo tras unos instantes de silencio.

Inmediatamente después quedó dormida.

XXXI

Vendimiando

El peral ya no proyectaba su sombra sobre la carreta y los rayos oblícuos del sol herían el rostro de las dos muchachas aun por entre las ramas que había colocado Ustenka para preservarse del fuego abrasador que lanzaba el astro del día. Marianka, al despertar, arregló su cabellera y mirando á su alrededor percibió tras el peral la figura de Olenín que, en pie y con el fusil á la espalda, charlaba con su padre. Dió un codazo á Ustenka y sonriendo, sin decirle una palabra, le hizo reparar en el joven.

—Ayer anduve mucho y no cacé nada,—decía el alférez, dirigiendo impaciente la vista entorno suyo sin poder ver á Marianka por ocultarla el ramaje.

—Si váis al otro lado del río,—trazando con el brazo extendido un semi-círculo,—encontraréis un jardín abandonado que llaman *El desierto*. Allí hay liebres en abundancia,—dijo el corneta en su elegante estilo.

—Cómo es eso? Cazar liebres en la época del trabajo! Venid á ayudarnos; mejor será que trabajéis con las chicas,—dijo alegremente la vieja.—Vamos, muchachas, arriba!

Marianka y Ustenka cuchicheaban ocultas en la carreta, costándoles gran trabajo retener la risa.

Cuando los viejos se hubieron enterado de que Olenín había

regalado á Lukachka un caballo de cincuenta rublos, mostráronse con él aun más amables, sobre todo el corneta. Este, hasta parecía ver con agrado el interés que demostraba por su hija.

—Pero si no sé trabajar!—decía Olenín esforzándose en no mirar á través de las ramas verdes que cubrían el carro donde estaba Marianka, cuya camisa azul y pañuelo rojo había ya distinguido.

—Venid con nosotros y os daré albaricoques,—dijo la vieja.

—Una tontería de esa mujer; seguir la costumbre hospitalaria de los antiguos cosacos,—objetó el corneta, pretendiendo explicar y corregir las palabras de su mujer.—Me parece que en Rusia os habréis hartado ya no solamente de albaricoques, sino también de confituras y conservas de piña.

—De manera que en aquel verjel abandonado hay liebres en abundancia? Pues, allá me voy,—y dirigiendo una rápida y escudriñadora mirada por entre las ramas, saludó quitándose la gorra y desapareció siguiendo el sendero que formaban las dos hileras regulares del viñedo.

Cuando Olenín volvió á reunirse con la familia de sus patronos, el sol se ocultaba tras las cercas de los huertos y sus rayos brillaban tras las hojas trasparentes de las vides; calmábase el viento y un fresco agradable esparcíase por el ambiente. Ya percibió desde lejos, por una especie de intuición, la camisa azul de Marianka que se movía entre las cepas cortando uvas, y se aproximó á ella. El perro marchaba jadeante mordiendo los racimos inclinados á tierra. Marianka cortaba los más grandes, que luego colocaba en la cesta. Sin dejar la rama que tenía en la mano, se detuvo, sonrió afablemente y continuó su trabajo. Olenín se aproximó, se echó el fusil á la espalda á fin de tener libres las manos y quiso decirle: «Dios te guarde! Dónde están los tuyos? Estás sola?» pero, sin decirle una sola palabra, se limitó á quitarse la gorra. Sentíase desconcertado al encontrarse frente á Marianka; mas, por eso mismo, se aproximó á ella todo lo que pudo.

—Vas á matar á alguien con esa carabina?—le dijo la joven.

—No, no temas...

Ambos permanecieron en silencio.

—Por qué no me ayudas?

Olenín sacó su cuchillo y, sin contestar, se puso á cortar uvas. De entre las hojas recogió un hermoso racimo lo menos de tres libras de peso, en el que los granos aparecían estrechamente apretados entre sí, y enseñándoselo á Marianka, dijo:

—Hay que cortarlo? Está ya maduro.

—Dámelo.

Sus manos se tocaron, Olenín cogió la de la joven. Ella le contempló sonriendo.

—Te vas á casar pronto? —le preguntó Olenín.

Marianka sin responder le dirigió una seria mirada y volvió el rostro á otra parte.

—Quieres á Lukachka?

—A tí qué te importa?

—Le envidio...

—Sí, eh?

—De verdad, porque, eres tan hermosa!...

Y al punto se avergonzó de sus palabras, tan necias le parecían. Ruborizado y fuera de sí le cogió las manos.

—Hermosa ó fea, no soy para tí. Por qué te burlas?—dijo Marianka, pero sus ojos expresaban lo contrario, demostraban la profunda convicción de que él no se burlaba.

—Cómo burlarme! Si supieras cuánto te...

Sus palabras pareciéronle vulgares, en desacuerdo con lo que quería decir, pero no obstante continuó:

—No sé qué no haría yo por tí.

—Déjame, pesado!

Mas sus ojos brillantes, su voluptuoso seno, sus graciosos modales, todo en ella demostraba lo contrario de lo que decía.

Creyó Olenín que á ella le parecía vulgar y desagradable cuanto le hablaba y que por eso la joven pretendía ponerse muy por encima de tales insinuaciones. Y entonces se acordó de que ya debía saber la muchacha, de largo tiempo atrás, cuanto quería y no podía decirle, pero pensando también que ella se obstinaba en ver cómo se lo diría. «Cómo puede ignorarlo! pensaba, puesto que quiero decirle lo que es en sí misma».—«Pero se empeña en no comprender ni contestar», se dijo finalmente.

—A... ú...! —gritó la voz vibrante y aguda de Ustenka con su risa chillona.—Dmitri Andreitch, ven á ayudarme, que estoy sola! —dijo á Olenín mostrando por entre los pámpanos su carita redonda y expresiva.

Olenín no respondió y permaneció inmóvil. Marianka continuó cortando racimos, pero apenas apartaba un punto sus miradas del oficial. Este quiso hablar, pero se quedó mudo, se encogió de hombros y echándose á la espalda su escopeta abandonó el viñedo casi corriendo.

XXXII

Las noches de Olenín

Por dos veces se detuvo escuchando la risa sonora de Marianka y de Ustenka, que ya juntas charloteaban en voz alta. Olenín se internó en el bosque, donde pasó el resto de la tarde entregado á la caza. Al llegar la noche se volvió sin haber cobrado una sola pieza; cuando atravesaba el corral vió abierta la puerta de la cocina de los patronos y al pasar por delante de ella percibió dentro una camisa azul. En voz alta, á fin de que se enteraran que había llegado, llamó á Vanucha y tomó asiento en la escalera del portal, su sitio acostumbrado.

Los dueños estaban ya de vuelta del campo. Salieron de la cocina y entraron en la cabaña, sin que le invitasen á reunirse con ellos.

Marianka salió dos veces á la calle, y en una de ellas le pareció ver en medio de la oscuridad que miraba hacia él. Seguía con atención todos los movimientos de la joven, pero sin decidirse á aproximarse á ella. Cuando hubo entrado ella en la casa, abandonó la escalera y miró alrededor del corral, paseándose largo rato; pero Marianka no volvió á salir. Olenín se pasó toda la noche vagando y husmeando por el corral, sin dormir, escuchando con atención el menor ruído que se producía en las habitaciones de los dueños. Les vió cenar, preparar las camas y acostarse. Luego oyó la risa de Marianka, que expresaba la calma más extraordinaria.

El corneta decía algo á su esposa y alguien suspiraba. Entró en su cuarto y Vanucha dormía vestido. Le miró con envidia y nuevamente salió al corral, esperando sin duda que se produjera algún sorprendente acontecimiento. Pero nada aconteció, nada se movía; tan sólo llegaba á su oído la respiración regular de varias personas. Escuchaba con agrado la de Marianka, que él distinguía entre las demás y hasta le parecía oir los fuertes latidos de su corazón.

Todo era calma en la *stanitza;* todo permanecía en silencio. La luna, que perezosamente se iba elevando, iluminaba el horizonte y permitía distinguir más fácilmente al ganado que, acostado en los corrales, daba largos resoplidos y comenzaba alguno á levantarse.

Enfurecido se preguntaba Olenín: «Qué he de hacer?» y ya se decidía á ir en busca de su lecho, cuando oyó otra vez un ligero rumor de pasos; en su imaginación dibujóse la figura de Marianka, apareciendo á la luz de la luna; lanzóse hacia la ventana... y se oyó andar de nuevo, pero nada más.

Más tarde se aproximó nuevamente á la ventana, abrió el postigo y se dirigió á la puerta de Marianka, lanzando un gran suspiro... y golpeó ligeramente. Unos pies descalzos aproximáronse con precaución á la puerta; el piso crujía suavemente, los goznes rechinaron, un perfume de plantas aromáticas y olores de hortalizas escapóse por la puerta entornada y Marianka apareció en el umbral. No la vió Olenín más que un segundo, á la claridad de la luna, pues cerró ella vivamente la puerta, murmurando algunas palabras y la sintió alejarse.

Llamó de nuevo sin que nadie respondiera. Acercóse á la ventana y púsose á escuchar... Una voz de hombre estridente y aflautada resonó de súbito junto á él.

—Está bien,—le dijo á boca de jarro un cosaco bajito, con gorro blanco.—Todo lo he visto! Está bien.

Olenín reconoció á Nazarka y quedó silencioso, azorado, sin saber qué decir ni qué hacer.

—Muy bien! Ahora mismo lo voy á contar todo al jefe de la *stanitza* y al *padre*. Esa es la hija del corneta! Ya tiene bastante con un novio!...

—Qué quieres de mí? Qué necesitas?—exclamó Olenín.

—Nada, nada! Yo lo pondré en conocimiento del jefe de la *stanitza*.

Nazarka hablaba en voz alta con toda intención.

—Mire usted el alférez! Qué astuto!

Olenín temblaba y palidecía.

—Ven aquí! Escucha!

Y cogiéndole bruscamente por el brazo le condujo al interior de la cabaña.

—No hay nada entre los dos; no me ha dejado entrar... Es una joven honrada...

—No son estos momentos para razonar...—dijo Nazarka.

—No importa; te daré... Espera!...

Nazarka calló. Olenín corrió á su cuarto y volvió con diez rublos que entregó al cosaco.

—No hay nada entre ella y yo. Pero, no importa, soy culpable y ahí tienes, te los regalo. Solamente te impongo una condición; que, por Dios, nadie sepa... No ha pasado nada...

—Que seáis muy felices,—dijo Nazarka sonriendo, y se alejó.

Nazarka había ido á la *stanitza* por orden de Lukachka, para preparar un sitio donde poder ocultar un caballo robado, y al pasar por la calle delante de la casa del corneta oyó ruído de pasos y se paró á observar, descubriendo así á Olenín.

Al siguiente día, Olenín reparó que el corneta no se daba por entendido de nada. No dirigió la palabra á Marianka, que se reía á escondidas al verle, y pasó la noche otra vez vagando por el corral. A la siguiente mañana fuese á cazar y por la tarde á casa de Bielesky para defenderse contra sí mismo. Prometióse no volver más á casa de los patronos y aquella misma noche un sargento fué á despertarle; la compañía tenía orden de marchar á una expedición. Olenín se consideró feliz ante ese pretexto para alejarse y no volver más.

La expedición duró cuatro días. El jefe quiso ver á Olenín, que era algo pariente suyo, y le propuso que permaneciese en la Plana Mayor; pero el joven rehusó. No podía vivir lejos de la *stanitza*, y pidió permiso para volver. Recibió la cruz de soldado, que tanto deseara un tiempo, y la cual no le pudo sacar ahora de su indiferencia, como tampoco el empleo de teniente para el que iba á ser propuesto. Volvió á partir con Vanucha, precediendo de algunas horas á su compañía. Y se pasó la tarde en el portal contemplando en silencio á Marianka, y la noche toda entera errando por los corrales sin objeto ni idea bien determinados.

XXXIII

La carta de Olenín

OLENÍN se levantó tarde al día siguiente. Sus patronos habían salido ya. No se fué de caza; tan pronto cogía un libro para leer, como salía al portal ó entraba en la cabaña y se recostaba sobre el lecho. Vanucha creyó que su amo estaba enfermo. Antes de la noche se levantó y se puso á escribir hasta hora muy avanzada. Escribió una carta, pero no la quiso enviar, porque comprendió que nadie hubiera adivinado lo que quería decir, aún siendo por demás que alguno la comprendiese, excepto él mismo. He aquí lo que decía:

«Desde Rusia me envían cartas de compasión, temiendo, sin duda, que perezca para siempre al encerrarme en este rincón solitario. Dicen que me tornaré grosero, olvidadizo; que me entregaré á la bebida y terminaré por casarme con alguna cosaca. No en vano citan el dicho del general Ermolov: «Quien pase diez años en el Cáucaso, ó se vuelve borracho ó se casa con una perdida». Eso es horrible! En efecto; es de temer mi perdición cuando podría ser el marido de la condesa B..., chambelán ó jefe de la nobleza. Qué ruínes, qué miserables sois todos! No conocéis la felicidad, ni la vida! Hay que haber sentido, al menos una vez para siempre, la vida con todo su encanto; es preciso ver y comprender lo que todos los días presencian mis ojos. Las nieves eternas y las inaccesibles montañas... y, rodeada de esa belleza primitiva, una

Y cogiéndole bruscamente por el brazo le condujo al interior de la cabaña.

—No hay nada entre los dos; no me ha dejado entrar... Es una joven honrada...

—No son estos momentos para razonar...—dijo Nazarka.

—No importa; te daré... Espera!...

Nazarka calló. Olenín corrió á su cuarto y volvió con diez rublos que entregó al cosaco.

—No hay nada entre ella y yo. Pero, no importa, soy culpable y ahí tienes, te los regalo. Solamente te impongo una condición; que, por Dios, nadie sepa... No ha pasado nada...

—Que seáis muy felices,—dijo Nazarka sonriendo, y se alejó.

Nazarka había ido á la *stanitza* por orden de Lukachka, para preparar un sitio donde poder ocultar un caballo robado, y al pasar por la calle delante de la casa del corneta oyó ruído de pasos y se paró á observar, descubriendo así á Olenín.

Al siguiente día, Olenín reparó que el corneta no se daba por entendido de nada. No dirigió la palabra á Marianka, que se reía á escondidas al verle, y pasó la noche otra vez vagando por el corral. A la siguiente mañana fuese á cazar y por la tarde á casa de Bielesky para defenderse contra sí mismo. Prometióse no volver más á casa de los patronos y aquella misma noche un sargento fué á despertarle; la compañía tenía orden de marchar á una expedición. Olenín se consideró feliz ante ese pretexto para alejarse y no volver más.

La expedición duró cuatro días. El jefe quiso ver á Olenín, que era algo pariente suyo, y le propuso que permaneciese en la Plana Mayor; pero el joven rehusó. No podía vivir lejos de la *stanitza*, y pidió permiso para volver. Recibió la cruz de soldado, que tanto deseara un tiempo, y la cual no le pudo sacar ahora de su indiferencia, como tampoco el empleo de teniente para el que iba á ser propuesto. Volvió á partir con Vanucha, precediendo de algunas horas á su compañía. Y se pasó la tarde en el portal contemplando en silencio á Marianka, y la noche toda entera errando por los corrales sin objeto ni idea bien determinados.

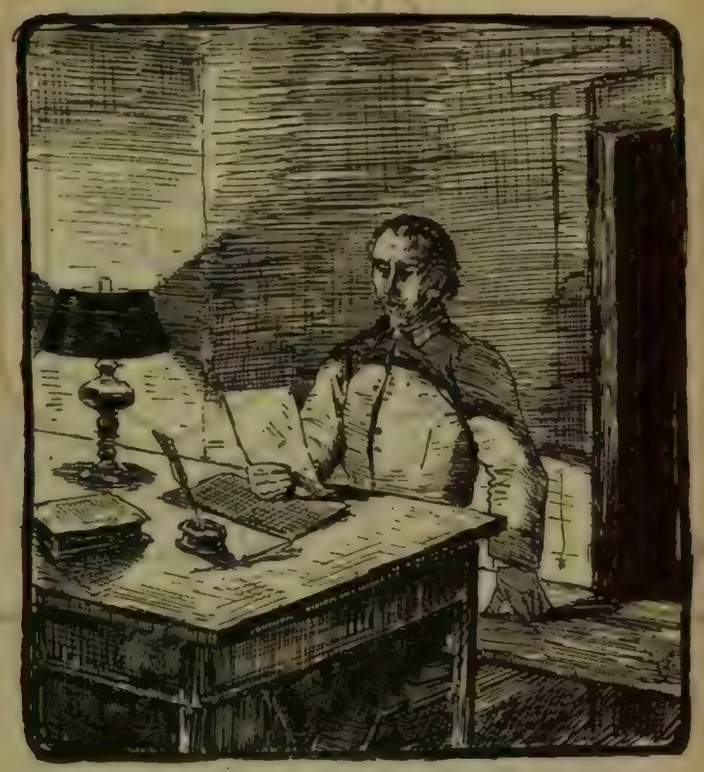
XXXIII

La carta de Olenín

OLENÍN se levantó tarde al día siguiente. Sus patronos habían salido ya. No se fué de caza; tan pronto cogía un libro para leer, como salía al portal ó entraba en la cabaña y se recostaba sobre el lecho. Vanucha creyó que su amo estaba enfermo. Antes de la noche se levantó y se puso á escribir hasta hora muy avanzada. Escribió una carta, pero no la quiso enviar, porque comprendió que nadie hubiera adivinado lo que quería decir, aún siendo por demás que alguno la comprendiese, excepto él mismo. He aquí lo que decía:

«Desde Rusia me envían cartas de compasión, temiendo, sin duda, que perezca para siempre al encerrarme en este rincón solitario. Dicen que me tornaré grosero, olvidadizo; que me entregaré á la bebida y terminaré por casarme con alguna cosaca. No en vano citan el dicho del general Ermolov: «Quien pase diez años en el Cáucaso, ó se vuelve borracho ó se casa con una perdida». Eso es horrible! En efecto; es de temer mi perdición cuando podría ser el marido de la condesa B..., chambelán ó jefe de la nobleza. Qué ruínes, qué miserables sois todos! No conocéis la felicidad, ni la vida! Hay que haber sentido, al menos una vez para siempre, la vida con todo su encanto; es preciso ver y comprender lo que todos los días presencian mis ojos. Las nieves eternas y las inaccesibles montañas... y, rodeada de esa belleza primitiva, una

mujer majestuosa, como debió aparecer la primera mujer al salir de las manos del Creador. Entonces podríais apreciar quién se pierde, quién vive en la verdad ó en la mentira, si vosotros ó yo. Si supierais cuán despreciables y míseros me parecéis con vuestras ilusiones! Cuando olvidando mi cabaña, mis bosques y mi amor, recuerdo los salones, con sus mujeres de postiza cabellera y



engañosos rizos, de labios mentirosos, de miembros raquíticos, siempre tapados y deformes, con su tartamudeo que quiere ser cambio de ideas, y que todo es menos eso, mi corazón se subleva de asco. Veo á lo lejos los rostros atontados de aquellas ricas hembras que parecen decir: «No importa, puedes acercarte; te lo permito aunque soy rica»; los contubernios repugnantes, los chismes continuos y aquella hipocresía sempiterna, aquellas convenciones ridículas

que consisten en saber á quién se ha de dar la mano, á quién se debe saludar con la cabeza ó dar conversación, y el eterno fastidio que se filtra en la sangre y pasa de generación en generación, con la idea de que todo eso es indispensable.

»Comprendedlo, ó al menos creedme á mí: Os es preciso ver y sentir lo que es la verdad y la belleza, y entonces todo cuanto digáis y penséis, cuánta felicidad deseéis para mí ó para vosotros, quedará reducido á la nada. La felicidad está cifrada en conocer la naturaleza, en verla, en hablarla. «Que Dios le guarde, pues de lo contrario se casará con una *simple* cosaca y el mundo le abandonará para siempre». Esto es, según supongo, lo que decís de mí con tierna conmiseración. Yo no deseo más que una cosa: perderme para siempre en el abismo que, según vosotros, me amenaza. Quisiera unirme para siempre con una *simple* cosaca, pero no me atrevo á hacerlo porque sería el colmo de una felicidad que no merezco.

»Tres meses han pasado desde que ví por vez primera á la cosaca Marianka. La concepción y los prejuicios de ese mundo de donde venía estaban todavía frescos en mí y no podía creer que llegase á amarla. Admirábala como á la belleza de las montañas y del cielo, y no podía dejar de admirarla porque es tan bella como ellos. Luego he observado que la contemplación de esta belleza era necesaria á mi vida y comencé á preguntarme si la amaba.

»Pero no hallaba, en mí, sentimiento semejante al del amor tal y como yo lo había supuesto. Este sentimiento no era parecido ni al hastío de la soledad, ni al deseo del matrimonio, ni al amor platónico, ni mucho menos al amor sexual que yo conocía. Necesitaba verla, oirla, saber si estaba cerca de mí, para sentirme, no diré precisamente dichoso, pero sí satisfecho. Desde la noche en que me encontré con ella, en que le hablé, sentí que entre esta mujer y yo existía algo extraordinario que no podía adivinar y contra lo que toda lucha era imposible. Sin embargo luché, y me preguntaba: Puedo amar á una mujer que no comprenderá jamás los intereses morales de mi vida? Puedo amar á una mujer solamente por su belleza? Puedo amar á una estatua? Cuando esto me preguntaba ya la amaba, aunque sin saberlo.

»Desde la tarde en que me acerqué por primera vez á ella, nuestras relaciones cambiaron. Antes era para mí un objeto extraño, pero majestuoso, de naturaleza exterior. Desde aquella tarde se convirtió en una mujer. Comencé á buscarla, á hablarle, á ir algunas veces á trabajar con su padre, á pasar noches enteras en su casa. Y en estas relaciones íntimas ella permanecía á mis ojos

siempre pura, inaccesible, majestuosa. A todo contestaba, y siempre con calma y energía, con alegría é indiferencia. Algunas veces mostrábase cariñosa; pero en general, cada mirada, cada palabra, cada movimiento, encerraba esa indiferencia que, sin ser humillante, domina y encanta. Siempre la sonrisa forzada en sus labios y yo procurando disimular, en lucha siempre con el dolor de la pasión y el deseo de mi alma, hablando con ella de cosas fútiles. Ella, viendo mis tímidas tentativas, respondíame con candor y sencillez. Ese estado me era insoportable. Quería no mentir ya más y decirle todo cuánto pensaba y sentía. Estábamos en el huerto. Comencé á hablarle de mi amor en términos que sólo recordarlos me avergüenzan. No debí permitirme hablarle así, porque ella es superior á todas aquellas palabras y sentimientos que quería expresar; callé y desde aquel momento mi situación es insoportable. Yo no quería envilecerme teniendo con ella una relación falsa, pero sentí que todavía no estaba en condiciones de entrar con ella en relaciones simples y francas. Preguntábame con desesperación: Qué iba á hacer? En mis quiméricos ensueños, ya era mi amante, ya mi esposa; con despecho rechazaba ambas ideas. Sería para mí una profanación pretenderla hacer mi amante. Casarme sería mucho más grave. Si fuese cosaco como Lukachka, robar caballos, emborracharme, cantar, asesinar y, estando ebrio, penetrar por la ventana de su casa, sin reparar ni pensar en lo que soy y por qué estoy aquí, ah! entonces fuera otra cosa, entonces nos comprenderíamos y podría yo ser dichoso. He probado hacerme á esa vida, pero me he sentido demasiado débil. No puedo desechar de mí el pasado turbulento, calamitoso, y el porvenir me parece aun más desesperante. Todos los días veo ante mí las montañas lejanas cubiertas de nieve y esa mujer ideal, majestuosa, feliz; el único placer posible en el mundo no es para mí. Lo más grave y lo más dulce de mi situación, es que yo llegué á comprenderla á ella y que ella no me comprenderá jamás. Pero, si no me comprende, no es por ser inferior á mí, sino porque *no debe* comprenderme. Ella es feliz, es como la naturaleza, hermosa, impasible, concentrada en sí misma; y yo, criatura débil y enferma, quiero que comprenda mi deformidad, mis tormentos! No duermo; paso las noches al pie de su ventana discurriendo por el corral, sin que ni siquiera me dé cuenta de que ha pasado la noche.

»El día 18 salió nuestra compañía á hacer una expedición; pasé tres días alejado de la *stanitza*, triste é indiferente á todo. En el destacamento, los cánticos, los juegos, las orgías, las discusiones sobre las próximas recompensas me repugnaban más que de ordinario. Hoy he vuelto á casa y he podido observarme; he visto otra vez la cabaña, el viejo Erochka, las montañas, la nieve, y tal sentimiento de alegría se ha apoderado nuevamente de mí que todo lo he comprendido. Siento hacia esa mujer un amor verdadero; por primera y única vez en mi vida, sé cuánto por mí pasa. No tengo miedo de humillarme con ese sentimiento. No me avergüenzo de mi amor, antes por el contrario, me enorgullezco... y no soy culpable; si la adoro, es contra mi voluntad.

»Huí del amor sacrificándome á mí mismo. Fingí alegría con los amores de Lukachka y Marianka, y no hice más que avivar mi amor atormentado por los celos. No es un amor ideal, que llaman superior, y que ya conocí anteriormente; tampoco es un arrebato, fruto de mi imaginación y acariciado después á gusto mío; es menos aun: es el amor sensual. Puede decirse que en ella adoro á la naturaleza toda, á la personificación de la belleza. No la amo por mi propia voluntad, sino por la fuerza de los elementos, tal vez por querer de Dios mismo; el mundo entero es quien me impone este amor, gritándome: Ama! Ama! La adoro con todo mi sér, y al amarla paréceme que soy parte indivisible de la naturaleza. En otro tiempo escribí respecto de nuevas concepciones brotadas en mi soledad; nadie podrá comprender el trabajo que me costó su formación, y cuán dichoso me consideraba ante la nueva senda que me abrían y cuán queridas me eran. Pero, como el humo, se desvanecieron aquellas concepciones y no las echo de menos. Hasta me es difícil comprender cómo he podido entregarme á meditaciones tan monótonas, tan frías, tan abstractas. La belleza ha venido á hacer polvo de todo ese trabajo intelectual de mi vida; y á fe que no lo siento. El sacrificio de sí mismo es una necedad. Eso es orgullo, pretender huir de un castigo merecido por la envidia que nos inspira la dicha de los demás. Vivir para otros! Practicar el bien! Para qué, si mi alma no posee más que amor propio y un solo deseo: amarla y vivir con ella toda la vida? Ahora deseo la felicidad, pero no para otros, no para Lukachka; ya no quiero á los demás. Antes hubiérame dicho que todas esas ideas eran malas y me hubiera preguntado: «Qué será de ella, de mí y de Lukachka?»—Ahora todo me es igual. Vivo, mas no sólo para mí; no existo por mí, sino por algo superior que me guía. Estoy atormentado, pero antes estaba muerto y es ahora cuando existo. Hoy iré á casa de ella y se lo contaré todo».

XXXIV

El atrevimiento de Olenín

Después de haber terminado esta carta á hora muy avanzada de la noche, Olenín se marchó á casa de su patrono. La vieja hilaba seda sentada en un banco cerca del fogón. Marianka, con la cabeza descubierta, cosía junto á la luz de una bujía. Al ver á Olenín, se levantó, cogió un pañuelo y fué á acurrucarse al lado de la hornilla.

—Quédate con nosotros,—le dijo su madre.

—No; estoy con la cabeza descubierta.—Y saltó por encima del brasero.

Olenín no vió más que los pies y una de sus piernas suavemente torneadas. Ofreció té á la vieja y ésta á su vez le obsequió con requesón que hizo traer por Marianka. Tan pronto como hubo colocado el plato sobre la mesa, la joven saltó nuevamente por sobre la hornilla, hiriendo con su mirada la de Olenín, que seguía como siempre todos sus movimientos.

Hablaban del manejo de la casa; la vieja Ulitka estaba encantada de su huésped. En prueba de ello, ofreció á Olenín uvas en conserva, galleta con anís y el mejor vino de que disponía, y con esa generosidad grosera y singularmente vanidosa, propia del pueblo bajo, que no se halla más que entre aquellas personas que ganan su sustento mediante el pesado yugo de un traba-

jo físico, obsequió al alféraz. Esa mujer, que en un principio había llamado tanto la atención del joven ruso por sus rudos modales, lograba ahora enternecerle con la simple afección que demostraba por su hija.

—Sí, hijo mío, no nos podemos quejar de Dios. En nuestra casa hay de todo, á Dios gracias. Hemos prensado mucha uva; venderemos tres barricas de vino y todavía nos quedará bastante para el consumo de la casa. No te marches tan pronto, espera. Aun nos divertiremos todos juntos el día de la boda.

—Y cuándo es?—preguntó Olenín, notando que la sangre le subía á la cabeza y su corazón se extremecía dolorosamente.

Tras la hornilla alguien se agitaba y rompía nerviosamente granos de girasol.

—Podría ser la semana próxima. Nosotros estamos ya preparados,—repuso la vieja, natural y tranquilamente como si Olenín no estuviera delante.—Todo está dispuesto por parte de Marianka. Le daremos un buen dote. Pero es lástima que Lukachka se divierta tanto. Siempre está de jolgorio. Es un tarambana!... Hace poco estuvo aquí un cosaco de su centuria y nos contó que Lukachka iba mucho á tierra de nogais.

—Pues, que ponga cuidado,—repuso Olenín.

—Eso es lo que le digo: Tú, Lukachka, no te expongas. Sí, ya se sabe que un joven debe divertirse! mas para todo le queda tiempo. Mire usted; ha robado, ha matado un abrek... todo eso está bien, pero luego conviene reposarse; sin embargo, él continúa lo mismo.

—Sí, le he visto dos veces en el destacamento y se porta mal. Ahora ha vuelto á vender su caballo,—dijo Olenín, dirigiendo la vista hacia el hogar.

Unos ojazos negros y brillantes mirábanle despiadadamente, y se arrepintió de lo que acababa de decir.

—Y qué! A nadie hace daño,—dijo Marianka.—Se divierte con su dinero.—Luego abandonó su sitio y salió cerrando la puerta con violencia.

Olenín siguióla con la vista fuera de la cabaña, se quedó mirando á la puerta y escuchó sin comprender nada de cuanto le decía la vieja Ulitka. Poco tiempo después llegaron visitas: un anciano, hermano de Ulitka, acompañado del viejo Erochka y detrás de ellos entraron Marianka y Ustenka.

—Buenas noches á todos,—dijo Ustenka.—Te diviertes mucho?—preguntó á Olenín.

—Sí, me divierto,—respondió; sintiéndose turbado y á disgusto.

Quería marcharse, pero no podía, callar le parecía imposible. El viejo le sacó del compromiso. Pidió de beber y ambos bebieron.

Primeramente Olenín bebió con Erochka y luego con el otro cosaco, para repetir nuevamente con Erochka; cuanto más bebía más abatido se hallaba su espíritu. Los viejos estaban ya chispados. Las muchachas sentadas en el hogar cuchicheaban mirándolos mientras apuraban el vino. Olenín no hablaba, pero bebía más que los otros. Los cosacos reían sus necedades y la vieja los despachó quitándoles el vino. Las jóvenes burlábanse de Erochka, siendo ya

las diez cuando salieron al portal. Los dos viejos invitáronse á sí mismos á pasar la noche en casa de Olenín. Ustenka marchó á su casa, y la vieja fué á poner en orden la cocina. Sólo Marianka quedaba en la cabaña. Olenín sentíase fresco y desahogado como si acabase de despertar. Estuvo en acecho y dejando entrar á los

viejos en su casa, volvió á la cabaña. Marianka disponíase ya á acostarse. El joven se aproximó á ella, quiso decirle algo, pero enmudeció. La muchacha sentóse sobre la cama con las piernas cruzadas y luego fué á ocultarse en un rincón, silenciosa, mientras dirigía á Olenín miradas de espanto y de terror. En verdad que la joven tenía gran miedo de él y Olenín lo veía. Sintióse disgustado y avergonzado de sí mismo y, sin embargo, notaba en sí cierta satisfacción de poder siquiera inspirarle tal sentimiento.

—Marianka,—dijo—no tendrás nunca piedad de mí? Ni yo mismo sé cómo te amo!

Ella retrocedió más, pegándose á la pared.

—Es el vino quien habla por tí. No conseguirás nada.

—No, no es el vino. No te cases con Lukachka y nos uniremos para siempre.

«Qué he dicho?» pensó tan pronto como hubo pronunciado esas palabras. «Pensaré mañana lo mismo? Sí, lo pensaré. Seguramente lo pensaré y ahora voy á repetirlo», decíale su propia conciencia.

—Te casarás conmigo?—Mirábale la joven seriamente y su temor parecía desvanecerse.

—Marianka! estoy loco. Ya no soy el mismo. Haré cuanto me ordenes.—Y mil frases apasionadas deslizáronse de su boca.

—Qué disparates dices?—le interrumpió la joven cogiéndole la mano que le tendía, sin rechazársela, antes bien se la estrechaba con sus dedos fuertes y duros.—Es que un señor puede casarse con una cosaca? Quita allá!

—Tú consentirías? Yo...

—Y qué haremos de Lukachka?—preguntó ella riendo.

Olenín soltó con violencia la mano que le tenía cogida la joven y estrechó á ésta entre sus brazos. Pero ella se desprendió y saltando descalza á tierra huyó como una corza asustada en dirección del corral. Olenín, vuelto en sí, tuvo miedo de sí mismo, viéndose excesivamente feo al compararse con ella. Sin arrepentirse de cuanto había dicho, marchóse á su casa y se acostó y durmió profundamente, como no lo hacía desde bastante tiempo, olvidando á los viejos que, sentados todavía á la mesa, apuraban con placer el sabroso vino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

XXXV

Las fiestas de ogaño y las de antaño

El día siguiente era de fiesta. Por la tarde todo el vecindario, adornado con sus mejores ropas, que brillaban bajo los rayos del sol poniente, discurría por las calles de la *stanitza*. El vino extraído sobrepasaba en mucho á la recolección de años anteriores. Los habitantes habían terminado sus faenas. Los cosacos disponíanse á partir en expedición por un mes y muchas familias preparaban la boda de sus hijas.

En la plaza, frente á la administración de la *stanitza* y en dos tiendas, una de bombones y granos de girasol, otra de algodones y pañuelos, la aglomeración era extraordinaria. Ante la Administración los viejos con sus caftanes grises y negros, sin galones y adornos, permanecían sentados ó en pie. Tranquilamente y con voz monótona hablaban de la cosecha, de los jóvenes, de asuntos del lugar, del pasado, etc., mirando con severidad é indiferencia á la nueva generación que les rodeaba. Al pasar ante ellos, las mujeres se paraban é inclinaban la cabeza. Los jóvenes detenían su paso y con mucho respeto quitábanse sus gorras teniéndolas en la mano algunos momentos. Los viejos callaban. Unos severamente, otros con cariño, miraban á los transeuntes y devolvían con parsimonia los saludos.

Las muchachas no habían comenzado todavía su ronda, pero se agrupaban, vestidas con corpiños de colores brillantes y tocadas con pañuelos blancos que les cubrían la frente y los ojos; sentadas algunas sobre los terraplenes, al abrigo del sol, charlaban y reían ruidosamente.

Los niños jugaban en la plaza á la pelota, lanzando y cogiendo ésta, con gritos infantiles. Algunos jóvenes de ambos sexos en otro lado de la plaza organizaban la ronda y con voces agudas, chillonas, entonaban una canción. Los empleados y licenciados del servicio militar unidos á los forasteros, todos ellos vestidos con vistosos trajes nuevos, blancos y rojos, bordados con galones, la mirada alegre, cogíanse de la mano por parejas é iban de un grupo á otro de mujeres parándose y bromeando con las cosacas. Un mercader armenio vestido con una casaca azul muy fina, adornada de muchos galones dorados, permanecía en pie á la puerta de su tienda que estaba entreabierta y á través de la cual se percibían pilas de chales de colores, plegados, y con la flema de un vendedor oriental que tiene conciencia de su importancia, esperaba tranquilamente á los compradores. Dos thetchenzes, de barba roja, pies desnudos, recién llegados del otro lado del Terek para presenciar las fiestas, habíanse sentado sobre sus talones cerca de la casa de sus amigos; distraíanse fumando la pipa, y echando salivazos admiraban la población, cambiando entre ellos algunos sonidos rápidos, guturales. De vez en cuando un soldado en traje de diario, con la capa raída, pasaba rápidamente por entre los grupos de gente vestida de nuevo. De todos lados se oían las canciones disparatadas de los cosacos repletos de vino. Todas las cabañas estaban cerradas, las escaleras de entrada completamente limpias desde el mediodía. Hasta las viejas hallábanse en la plaza. Por las calles resecas, entre el polvo, y por todas partes veíanse cáscaras de melón, sandía, calabaza y girasol. El ambiente era suave y apacible. La blanca cadena de montañas que se veía por encima de las techumbres, parecía estar más próxima pintada por el hermoso colorido del sol al ocultarse. Del otro lado del río, tan solo se oía de vez en cuando el lejano rumor de un cañonazo, que se confundía con los sonidos variados, alegres, de la fiesta en la *stanitza*.

Olenín habíase paseado durante todo el día por el corral, esperando ver á Marianka. Pero ella, una vez vestida, se fué á oir misa; después, sentada sobre un terraplén, comía pepitas de girasol acompañando á sus amigas ó retozando con éstas entraba en su casa dirigiendo al pasar una tierna mirada al joven. Olenín no se atrevía á bromear con ella delante de sus compañeras. Quería con-

tinuar con ella la conversación del día anterior y obtener una respuesta definitiva. Deseaba hallar la misma ocasión que la víspera; pero ésta no llegaba y desfallecía ante la idea de continuar más tiempo en aquella situación indecisa. Marianka salió nuevamente á la calle, y poco después, aburrido, sin saber á dónde iba, siguió á la joven. Pasó por delante del corro donde ella se hallaba vestida con su corpiño de seda azul brillante, y con gran dolor del corazón oyó las risas de las muchachas que se regocijaban á su vista.

La cabaña de Bielesky estaba situada en la plaza misma. Olenín, al pasar oyó que le llamaba la voz del oficial y entró. Hablaron un rato y ambos se sentaron junto á la ventana.

Erochka, con su caftán nuevo, unióse á ellos y se sentó en el suelo.

—He ahí un grupo distinguido...—dijo Bielesky designando con su pitillo al grupo abigarrado que había en un rincón de la plaza; —allí está la mía, la veis? vestida de rojo. Es nuevo su traje. Qué, no reanudáis los *rondos?* (1)—gritó desde la ventana.—Cuando oscurezca iremos á buscarlas, nos las llevaremos á casa de Ustenka y les daremos un gran baile.

—También yo iré á casa de Ustenka,—dijo Olenín con resolución.—Estará allí Marianka?

—Sí; venid,—dijo Bielesky sin el menor asombro.—En verdad que es espectáculo hermoso!...—añadió indicando el efecto de la gente amontonada.

—Sí, muy hermoso,—repuso Olenín, procurando aparentar indiferencia.—Siempre me agradaron estas fiestas,—añadió.—Pero, veamos, por qué han de vestirse de gala esas gentes y estar contentas y satisfechas por ser hoy día 15?... Todo respira fiesta. Los ojos, las caras, las voces, los gestos, el aire mismo, el sol, todo ha cambiado hoy aquí, mientras que en nuestro país hace años que terminaron las fiestas.

—Sí, en verdad,—dijo Bielesky, que no gustaba de semejantes razonamientos.—Y tú, viejo, por qué no bebes?—añadió dirigiéndose á Erochka.

Este guiñando el ojo á Olenín, designó á Bielesky.

—Es campechano tu amigo,—exclamó.

Bielesky levantó su vaso y dijo:

—*Allah birky,* Dios lo ha dado,—y lo vació de un trago.

—*Saal bul,* pásalo bien,—respondió Erochka sonriendo y apuró el contenido del suyo.

(1) Bailes en rueda.

—Dices que esto es una gran fiesta?—dijo el cosaco dirigiéndose á Olenín y aproximándose á la ventana.—A esto llamas fiesta? Si hubieras visto las de otros tiempos!... Las mujeres vestían *sarafán* (1) con bordados y galones, el pecho cubierto con dos hileras de monedas de oro y agujas de oro en la cabeza. Cuando pasaban, qué estrépito movía su traje! Parecían verdaderas princesas. Y venía un gentío!... Cuando cantaban, era un arrullo prolongado, y así nos divertíamos toda la noche. Los cosacos llevaban toneles de vino á los corrales y allí bebían hasta el amanecer. O bien enlazados sus brazos, atravesaban la *stanitza* como un turbión, cogiendo á los transeuntes y llevándoselos con ellos de casa en casa. Duraba la broma tres días. Me acuerdo de que mi padre volvía colorado, sin gorro, sin caftán... todo lo había perdido. Pero mi madre sabía su obligación; traíale aguardiente para hacerle volver en sí y luego corría ella misma en busca de lo perdido. Después, mi padre dormía seguidas cuarenta y ocho horas. He aquí lo que eran entonces los hombres. Y ahora, qué pasa?

—Muy bien! Pero las mozas con sus *sarafanes* se divertían solas?—preguntó Bielesky.

—Solas no! Los cosacos venían á caballo gritando: «A romper los corros». Y lanzaban sus corceles sobre ellas; los chicos armados de buenos garrotes apaleaban á los cosacos y á sus cabalgaduras. En general ocurría que algún cosaco se metía en el corro y casi siempre eran apaleados él y su caballo. Rompía por fin la cadena, cogía á la que quería y la arrastraba consigo, y entonces... «Hermosa! Querida! Haz lo que quieras, pero es preciso amarme!...» Y qué hembras! Aquéllas eran reinas.

(1) *Sarafán.* Largo vestido sin mangas que llevaban antiguamente las rusas.

XXXVI

Lukachka quiere divertirse

En aquel momento entraron en la plaza por una de las calles laterales dos hombres á caballo. Uno de ellos era Nazarka y el otro Lukachka. Este venía ladeado en su hermoso caballo tártaro que trotaba ligero por sobre la tierra endurecida del camino, y sacudía su airosa cabeza y rizadas crines. El equipo del joven era el propio del uniforme de campaña; la carabina en la funda, pistola al cinto inclinada hacia la espalda y la *burka* enrollada y sujeta á la silla. La posición aplomada del cosaco, el aire negligente con que fustigaba con el látigo á su montura, sus ojos grandes, negros y brillantes, expresaban la satisfacción de sí mismo, la conciencia de su juventud y de su fuerza. «Habéis visto nunca otro jinete más galán?» parecía decir. Su excelente corcel, encaparazonado de plata, sus hermosas armas y él mismo, atrajeron la atención general. Nazarka, pequeño y raquítico, iba bastante peor equipado. Al pasar por delante de los viejos, Lukachka se detuvo y se quitó el gorro de piel blanca.

—Qué! Has robado muchos caballos á los nogais?—preguntóle un viejo arrugado, de sombría mirada.

—Los habrías contado, abuelo, puesto que tanto te interesa?—repuso Lukachka volviéndose á su interlocutor.

—Sí, mas por algo llevas contigo al mozo que te acompaña,—añadió el viejo con mirada más sombría aun.

—El demonio del viejo! Todo lo sabe!—dijo Lukachka riendo. Pero su cara tomó una expresión de disgusto. Luego, dirigiendo la vista hacia el lado de la calle donde había muchas jóvenes, encaminó allí su caballo.

—Buenos días, muchachas,—dijo con voz fuerte, sonora, parando en seco su caballo.—Ah! brujas! Habéis envejecido desde que no os veo.—Y se echó á reir.

—Buenos días, Lukachka; buenos días, hermano,—exclamaron á un mismo tiempo un sin fin de voces chillonas.—Traes mucho

dinero? Ve á comprar caramelos para nosotras. Vienes por mucho tiempo? Hace mucho que no te vemos.

—Hemos venido Nazarka y yo á pasar una sola noche; á distraernos,—repuso Lukachka pegando al caballo con el látigo y aproximándose más al grupo.

—Y has olvidado acaso á Marianka?—preguntó Ustenka, empujando con el codo á su amiga y riendo estrepitosamente.

Marianka se alejó del caballo y, echando atrás la cabeza, miró al cosaco con ojos tranquilos y brillantes.

—Hace tiempo que no vienes!... Qué, vas á matarnos con tu caballo?—exclamó Marianka de pronto muy secamente y volviendo las espaldas.

Lukachka parecía alegre en extremo. Su rostro resplandecía de orgullo y satisfacción; la frialdad de Marianka hirióle en lo más vivo y frunció el ceño.

—Sube al estribo, querida mía; te llevaré á las montañas!—exclamó súbitamente como para arrojar de sí sus sombríos pensamientos; y caracoleando entre las jóvenes, se inclinó hacia Marianka.—Te voy á abrazar! Oh, cómo te besaré!

Marianka levantó los ojos hacia él; encontráronse sus miradas y se ruborizó.

—Aparta... me aplastas,—dijo bajando la cabeza y contemplándose las torneadas piernas, ceñidas de medias azules con flechas bordadas y sus zapatos de color rojo con galones de plata.

—Voy á arreglar el caballo,—dijo Lukachka—y vuelvo con Nazarka, para andar de fiesta con vosotras toda la noche.

Y dando un fuerte espolazo al corcel, giró rápidamente y tomando por la calle lateral, llegó pronto, seguido de Nazarka, á la cabaña de sus padres.

—Ya estamos! Vuelve pronto!—dijo á su compañero, que se dirigía hacia la vivienda inmediata, pasando con precaución por la puerta cochera.

—Buenos días, Slepka,—dijo á la muda, que con el traje de los domingos salía á recibir el caballo, y por señas le indicó que le diera un pienso sin desensillarlo.

La muda mugió estrepitosamente y besó el hocico del bruto, para expresar que le parecía hermoso.

—Buenos días, madre, no has salido aun?—gritó Lukachka desciñéndose el fusil y subiendo la escalera.

La anciana abrió la puerta.

—No te esperaba, ni mucho menos. Kirka me aseguró que no vendrías por ahora.

—Trae vino, madre. Nazarka va á venir; hay que holgar un poco.

—Enseguida, Lukachka, enseguida!—contestó su madre.—Todas las mujeres están en la fiesta; probablemente irá también la muda.

Y cogiendo las llaves, corrió precipitadamente hacia la despensa.

Nazarka llegó á los pocos momentos, después de haber acomodado en la cuadra su montura.

XXXVII

La gran cacería de caballos

Bebe á nuestra salud,—dijo Lukachka tomando un vaso de vino que le tendía su madre, llevándolo cuidadosamente á los labios.

—Es extraño!—dijo Nazarka.—Por qué ha dicho el viejo: Cuántos caballos has robado? Sin duda debe saber algo.

—Es un brujo!—interrumpió Lukachka.—Pero, qué nos importa? Los caballos ya han vadeado el río, de modo que aunque los busque...

—No obstante, hay que ir con cuidado.

—Por qué? Lo que hay es saber hacer bien las cosas. Mañana le llevas un jarro de vino y lo convences. Ahora juguemos. Toma! bebe,—gritó Lukachka, imitando la voz del viejo Erochka.—Vamos á ver á las muchachas... Tú vete á hacer la miel, ó sino ya irá la muda. Vamos á divertirnos hasta mañana, pero mucho!

Nazarka sonreía.

—Pero, nos quedaremos aquí mucho tiempo?

—Deja que nos divirtamos y ve á buscar aguardiente; toma dinero.

Nazarka aceptó y se fué á casa de Iamka.

Erochka y Erguchov, con las caras encendidas y tambaleando, entraron en la cabaña.

—Hace tiempo que no vienes!... Qué, vas á matarnos con tu caballo?—exclamó Marianka de pronto muy secamente y volviendo las espaldas.

Lukachka parecía alegre en extremo. Su rostro resplandecía de orgullo y satisfacción; la frialdad de Marianka hirióle en lo más vivo y frunció el ceño.

—Sube al estribo, querida mía; te llevaré á las montañas!—exclamó súbitamente como para arrojar de sí sus sombríos pensamientos; y caracoleando entre las jóvenes, se inclinó hacia Marianka.—Te voy á abrazar! Oh, cómo te besaré!

Marianka levantó los ojos hacia él; encontráronse sus miradas y se ruborizó.

—Aparta... me aplastas,—dijo bajando la cabeza y contemplándose las torneadas piernas, ceñidas de medias azules con flechas bordadas y sus zapatos de color rojo con galones de plata.

—Voy á arreglar el caballo,—dijo Lukachka—y vuelvo con Nazarka, para andar de fiesta con vosotras toda la noche.

Y dando un fuerte espolazo al corcel, giró rápidamente y tomando por la calle lateral, llegó pronto, seguido de Nazarka, á la cabaña de sus padres.

—Ya estamos! Vuelve pronto!—dijo á su compañero, que se dirigía hacia la vivienda inmediata, pasando con precaución por la puerta cochera.

—Buenos días, Slepka,—dijo á la muda, que con el traje de los domingos salía á recibir el caballo, y por señas le indicó que le diera un pienso sin desensillarlo.

La muda mugió estrepitosamente y besó el hocico del bruto, para expresar que le parecía hermoso.

—Buenos días, madre, no has salido aun?—gritó Lukachka desciñéndose el fusil y subiendo la escalera.

La anciana abrió la puerta.

—No te esperaba, ni mucho menos. Kirka me aseguró que no vendrías por ahora.

—Trae vino, madre. Nazarka va á venir; hay que holgar un poco.

—Enseguida, Lukachka, enseguida!—contestó su madre.—Todas las mujeres están en la fiesta; probablemente irá también la muda.

Y cogiendo las llaves, corrió precipitadamente hacia la despensa.

Nazarka llegó á los pocos momentos, después de haber acomodado en la cuadra su montura.

XXXVII

La gran cacería de caballos

Bebe á nuestra salud,—dijo Lukachka tomando un vaso de vino que le tendía su madre, llevándolo cuidadosamente á los labios.

—Es extraño!—dijo Nazarka.—Por qué ha dicho el viejo: Cuántos caballos has robado? Sin duda debe saber algo.

—Es un brujo!—interrumpió Lukachka.—Pero, qué nos importa? Los caballos ya han vadeado el río, de modo que aunque los busque...

—No obstante, hay que ir con cuidado.

—Por qué? Lo que hay es saber hacer bien las cosas. Mañana le llevas un jarro de vino y lo convences. Ahora juguemos. Toma! bebe,—gritó Lukachka, imitando la voz del viejo Erochka.—Vamos á ver á las muchachas... Tú vete á hacer la miel, ó sino ya irá la muda. Vamos á divertirnos hasta mañana, pero mucho!

Nazarka sonreía.

—Pero, nos quedaremos aquí mucho tiempo?

—Deja que nos divirtamos y ve á buscar aguardiente; toma dinero.

Nazarka aceptó y se fué á casa de Iamka.

Erochka y Erguchov, con las caras encendidas y tambaleando, entraron en la cabaña.

—Medio jarro más!—dijo Lukachka á su madre, correspondiendo al saludo de los visitantes.

—Bueno. Ahora cuéntame, con que has robado muchos?—exclamó Erochka.—Bravo, así me gusta.

—Ah! pues á mí también me gusta,—replicó Lukachka riendo —y luego haces regalos á las mozas de parte del alférez, viejo pícaro!

—Es falso, no es verdad!—el viejo se reía á carcajadas.—Me suplicó que le arreglase la cosa... Me ofreció una carabina. Pero no lo haré... Que Dios se apiade de él. Yo lo compondré; te tengo lástima. Dí, dónde has estado?

El viejo comenzó á hablar en tártaro. Lukachka le respondió lo mismo.

Erguchov hablaba mal el tártaro, mezclando muchas palabras rusas.

—Sé de cierto que has robado caballos. Estoy seguro. A ver, cuéntame cómo ha sido.

—Pues bien: fuímos con Guireika,—Lukachka decía Guireika en vez de Guirei-Khan—quien dijo que conocía la estepa hasta la otra parte del río y ofreció llevarnos por el camino más corto. Pero cuando salimos, la noche era muy oscura y mi buen Guireika se perdió, se embrolló y no supo salir del paso. Sin duda fuímos demasiado á la derecha. Estuvimos divagando hasta media noche en que, afortunadamente, los perros encontraron el rastro.

—Necio!—dijo Erochka.—También á mí me sucedió perderme en la estepa. Entonces, subido á una colina, me quedé allí ahullando como los lobos. Mira, así,—y poniéndose las manos en la boca soltó un sonido parecido al de una manada de lobos, de una sola nota.—Enseguida me respondieron los perros. Bueno, prosigue: Qué encontrasteis?

—Oh! fué cosa de un instante; hubo para todos... pero á poco más perece Nazarka á manos de una mujer de los nogais.

—Sí, me cogió...—afirmó Nazarka que estaba ya de vuelta.

—Nos pusimos de nuevo en marcha; Guireika se perdió otra vez y nos condujo á un desierto. Nos señalaba el Terek, pero, según sus indicaciones, nos fuímos por mal sitio.

—Teníais que seguir las estrellas,—dijo Erochka.

—Lo que yo decía,—agregó Erguchov.

—Sí, pero cuando el cielo está encapotado... Miré, busqué... Me encontré un jumento, lo cogí y solté mi caballo. Yo creí que aquel animal nos guiaría, pero no dirás lo que hizo: Se puso á rebuznar con el hocico tan gacho que casi tocaba á tierra, brincó y

derecho como una paja nos trajo á la *stanitza*. Y menos mal porque el día ya apuntaba. Apenas tuvimos tiempo de esconder los caballos en el bosque...

Erguchov inclinó la cabeza.

—Repito mi enhorabuena. Cuánto has ganado?

—Todo lo llevo aquí,—respondió Lukachka golpeándose el bolsillo.

En aquel momento entró la vieja. Lukachka se calló.

—Bebe,—dijo en voz alta.

—Del mismo modo llegamos tarde cierta vez con Guirei-Khan... —prosiguió Erochka.

—Bueno! quieres acabar?—interrumpió Lukachka.—Yo me marcho.—Y vaciando la copa se ajustó el cinturón y salió á la calle.

ANL
PROGRAMA DE NUEVOS EÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXVIII

El rompimiento

Cuando Lukachka abandonó su casa era ya muy oscuro. Aquella noche de otoño era fría aunque apacible. La luna deslizábase por entre grandes nubes, por encima de los plátanos sombríos que bordeaban uno de los lados de la plaza. Salía de las chimeneas el humo que mezclándose con la neblina se esparcía por la *stanitza;* de las ventanas salía el reflejo de las luces. Un fuerte olor de *kisiak,* de mosto, impregnaba el ambiente. Las conversaciones, las risas, los cantos, el crugir de las pepitas al quebrarse oprimidas por los dientes de muchachas y muchachos resonaban en confusión, pero con más estruendo que durante el día. Los pañuelos blancos de las mujeres y los gorros peludos de los cosacos distinguíanse formando grupos, en medio de la sombra que proyectaban las cabañas.

En la plaza, frente á la puerta abierta de una tienda muy iluminada, veíase como un enjambre de cosacos y muchachas que llenaban el espacio con sus sonoros cánticos, sus risas burlonas é irónicas conversaciones. Las chicas pequeñas agarradas de la mano jugaban al corro en el centro de la sucia plaza. Una joven delgaducha y fea entonaba esta cación:

Por entre el bosque sombrío
Ay! chiquitín

Por entre los verdes campos
hemos visto dos gentiles
jóvenes, aun no casados;
paráronse en el camino
y los dos se disputaron.
Dirigíase hacia ellos
una muchacha, olvidando
los pesares que atormentan
á los corazones blandos,
y parándolos les dijo
en tono firme de mando:
«Yo no seré sino de éste»,
y aproximóse al más guapo,
joven de cabellos de oro
y piel de fino alabastro.
Y cogiéndola el mancebo
se la llevó por los campos,
presentándola á la gente
que envidiaba á los amados:
«Mirad, amigos, que esposa
ahora el cielo me ha dado!»
y admirando su belleza
pretendían separarlos.

Las viejas, sentadas haciendo corro, escuchaban las canciones. Los chiquillos y las muchachas corrían entre la oscuridad cogiéndose unos á otros. Los cosacos rodeaban á las jóvenes festejando á las muchachas guapas que pasaban por su lado, cortando la ronda de vez en cuando para introducirse y bullir en ella. En un escondido rincón, cerca de la puerta, hallábanse Bielesky y Olenín en traje de faena, con gorro. Hablaban con voz reposada, pero como se les oía, llamaron pronto la atención. Por un lado del grupo pasaban Ustenka con su corpiño rojo exuberante y su compañera Marianka con su camisa y corpiño nuevos. Olenín y Bielesky trataban del medio de que podrían valerse para hacer salir del corro á Ustenka y Marianka. Bielesky creía que era todo ello una ligereza de Olenín, mientras éste esperaba hallar así la solución de su porvenir. Quería á todo trance obtener una respuesta decisiva de Marianka. «Sería su mujer ó no?» Aunque para él, esta pregunta quedó resuelta desde mucho tiempo antes en sentido negativo, confiaba aun en tener fuerza suficiente para decirle cuánto pensaba y ser comprendido de ella.

—Por qué no me lo dijisteis antes?—preguntó Bielesky.—Hubiera podido arreglar el asunto por mediación de Ustenka. Sois un hombre verdaderamente extraño.

—Qué hacer! Luego, más tarde os lo contaré todo. Por ahora no os pido más sino que, por Dios! que vaya ella esta noche á casa de Ustenka.

—Sí, creo que será fácil conseguirlo... Qué, serás fiel á un rubio, Marianka, y abandonarás para siempre á Lukachka?—le dijo Bielesky mientras pasaba junto á sí á Marianka, guardando las conveniencias del momento. Y sin esperar respuesta acercóse á Ustenka y le pidió que llevara á su casa á su fiel amiga.

Todavía no había terminado su encargo, cuando el jefe de coro entonó una canción y las muchachas del grupo siguieron diciendo:

«Un gallardo mancebo mira por detrás de la huerta; pasa la primera vez por la calle y hace una señal con la mano; pasa la segunda, y hace la señal con el sombrero; pasa la tercera y se detiene. Quiero verte, amada mia, reñirte porque no bajas al jardín. Me desprecias, querida mía? Pues ten cuidado... me casaré contigo y te haré verter muchas lágrimas».

Lukachka y Nazarka habían roto el ruedo y se paseaban por entre las jóvenes. Lukachka, agitando las manos, movíase en el centro del círculo cantando con voz clara y potente.

—Qué avance una de vosotras!—dijo luego.

Las muchachas empujaban á Marianka, que no quería adelantarse. Entre los cánticos se oían las risas, bofetones, besos y murmullos. Al pasar ante Olenín, Lukachka le saludó amistosamente con un movimiento de cabeza.

—Dmitri Andreitch, también tú vienes á la fiesta?—le dijo.

—Sí,—repuso seca y bruscamente Olenín.

Bielesky se inclinó al oído de Ustenka y le dijo algo en voz muy baja. Ella quiso contestar, pero no pudo, porque el corro marchaba ya y solamente á la otra vuelta dijo:

—Está bien; iremos.

—También Marianka?

Olenín se dirigió entonces á ella.

—Ven, te lo suplico, siquiera por un momento; tengo algo que decirte.

—Todas las mozas irán y yo con ellas.

—Me darás la contestación que espero?—preguntó nuevamente inclinándose hacia ella.—Estás muy contenta esta noche.

La joven se alejó y él seguía mirándola.

—Me contestarás?

—A qué?

—A lo que te pregunté anteayer tarde,—dijo Olenín al oído de la muchacha.—Te casarás conmigo?

Marianka reflexionó un punto.

—Ya te lo diré,—dijo.—Te lo diré hoy sin falta.

Y en la oscuridad buscaban sus ojos con alegría y enternecimiento la mirada abrasadora del joven.

Seguíala éste siempre con la vista, sintiéndose feliz al inclinarse hacia ella.

Pero Lukachka, sin interrumpir su cántico, la estrechó entre sus brazos arrastrándola al centro del círculo.

Olenín no había tenido tiempo más que para decirle: «Ven á casa de Ustenka», é inmediatamente se dirigió hacia su compañero. La canción hubo de terminar muy pronto, Lukachka y Marianka se limpiaron los labios y mutuamente se besaron. «No, han de ser cinco», dijo Lukachka. La charla, las risas, las carreras des-

ordenadas sucedieron al movimiento y sones regulares. Lukachka, que, al parecer, estaba muy obsequioso, distribuyó bombones á las muchachas.

—Habrá para todas,—decía con una satisfacción orgullosa y cómicamente chocante.—Pero aquella á quien agraden los militares, que deje la rueda,—añadió lanzando una mirada rencorosa á Olenín.

Las mozas quitábanle de la mano las golosinas disputándoselas después entre ellas. Bielesky y Olenín permanecían á un lado. Lukachka, como intimidado por su propia generosidad, fué á donde estaban Marianka y Ustenka quitándose la gorra y enjugándose con la manga el sudor del rostro.

—Estás enfadada conmigo, querida?—dijo repitiendo el ultimo verso de la canción que acababa de recitar y aplicándola á Marianka.—No estás enfadada?—repitió.—Si te casas conmigo habrás de verter muchas lágrimas,—añadió abrazando á un tiempo mismo á Ustenka y á Marianka.

Ustenka, al desasirse, alargó el brazo y golpeó al cosaco fuertemente en la espalda, pero con tanta violencia que se hizo daño en la mano.

—Qué! Queréis continuar el corro?—preguntó.

—Como quieran las otras,—respondió Ustenka,—pero yo me voy á casa y conmigo Marianka.

El cosaco, siempre agarrado á Marianka, la hizo salir de entre la multitud y la condujo á un rincón, á la sombra de una casa.

—No vayas, Marianka. Divirtámonos por la última vez... O bien vete á casa, que allí estaré yo inmediatamente.

—Y qué he de hacer en casa? Las fiestas son para distraerse. Me voy con Ustenka,—dijo Marianka.

—De todos modos, me casaré yo contigo?

—Bueno, ya lo veremos,—repuso la joven.

—Irás á tu casa?—preguntó seriamente Luka estrechando con más fuerza á la joven y besándola en la mejilla.

—Quita, déjame!—y desprendiéndose de él violentamente, se alejó.

—Vaya con la moza!...—dijo Luka moviendo la cabeza.—Esto concluirá mal! He de hacerte derramar muchas lágrimas.

Y volviéndole la espalda, gritó á las otras:

—Vamos á jugar!

Marianka se detuvo asustada.

—Qué es lo que va á concluir mal?—preguntó.

—Lo que tú haces.

—Y qué hago?

—Te diviertes con el militar... y ya no me amas.

—Si dejé de quererte fué porque quise. Tú no eres ni mi padre ni mi madre. Qué le vamos hacer? Quiero á quien quiero.

—Está bien!—dijo Luka.—Pero te acordarás.

Y se volvió á la rueda.

—Hola, muchachas!—gritó,—á cantar otra ronda. Nazarka, ve y tráenos aguardiente.

—Vendrán?—preguntaba Olenin.

—Enseguida,—le respondió Bielesky.—Vamos á hacer los preparativos para el baile.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIX

Olenín y Marianka se prometen

Ya muy entrada la noche Olenín abandonaba la cabaña de Bielesky acompañando á Marianka y Ustenka. El pañuelo blanco de la joven se distinguía en medio de la oscuridad que envolvía la calle. La luna como luciente hostia caía sobre la estepa, y una plateada neblina cubría la *stanitza*. Todo estaba tranquilo; no se veía reflejo de luz en las casas ni se oía más que el paso de las dos jóvenes que solas se alejaban. El corazón de Olenín latía con violencia. Su cara encendida, refrescóse con el aire húmedo. Miró al cielo y se volvió hacia la cabaña de donde había salido. Las luces estaban ya apagadas y nuevamente contempló la sombra de las mujeres que se alejaban casi huyendo. El pañuelo blanco desapareció al fin entre la bruma. Erale imposible permanecer solo, sentíase tan feliz! De un salto ganó la calle y echó á correr en busca de las muchachas.

—Vete, que alguien podría vernos,—dijo Ustenka cuando estuvo á su lado.

—Eso no importa.

Olenín corrió á Marianka y la abrazó.

Ella no opuso resistencia.

—No la has besado ya bastante?—dijo Ustenka.—Cuando te

cases con ella podrás abrazarla hasta que te canses. Pero, ahora espera.

—Hasta mañana, Marianka. Mañana iré á tu casa y le hablaré á tu padre. Tú no digas nada.

—Por qué se lo he de decir?—respondió la joven.

Las muchachas echaron á correr. Olenín se volvió solo pensando en cuanto había hecho.

Toda la noche la había pasado al lado de Marianka, solos en un rincón cerca del hogar, sin que Ustenka abandonase un solo momento la cabaña jugando con Bielesky y sus compañeras. La conversación de Olenín con Marianka fué en voz muy baja.

—Te casarás conmigo?—le preguntaba.

—Me engañas; no me quieres,—respondía ella con alegre tranquilidad.

—Me quieres mucho? Responde por Dios.

—Por qué no he de quererte? No eres tuerto,—decíale Marianka; y estrechaba las manos de Olenín entre las suyas vigorosas. —Qué finas son tus manos, qué blancas, puras como la cuajada.

—No pretendo burlarme. Dí, te casarás conmigo?

—Por qué no? Si mi padre quiere...

—No olvides que si me engañas me vuelvo loco. Mañana mismo hablaré con tus padres. Te pediré en matrimonio.

De pronto ella soltó una carcajada.

—De qué te ríes?

—De nada. Es gracioso!

—Digo la verdad. Compraré una casa con jardín y me haré cosaco.

—Cuidado con querer á otras mujeres! Eso sí que no lo permito.

Olenín recordaba todo esto con cierta satisfacción. Ante tales remembranzas tan pronto se sentía triste como inundado de gozo. Su respiración entrecortábase con frecuencia. Lo que más le disgustaba, era la firme tranquilidad que había notado en ella mientras charlaban. Sin embargo no llegaba á disminuir su afecto en lo más mínimo. Como si no le creyese, ella no pensaba en el porvenir. Parecíale á Olenín que Marianka le quería de momento, pero sin tender la vista á lo futuro. Sentíase dichoso al creer que eran ciertas sus palabras cuando le decía que consentía en unirse con él.—«Sí,—se argumentaba—sólo entonces podremos comprendernos; cuando ella sea completamente mía. Para un amor como el mío no hay palabras suficientes, es necesaria una vida, una vida entera para inmolarla en su honor, como prueba de la pureza de los sentimientos que me animan. Mañana nos explicaremos; conti-

nuar así me es imposible. Mañana lo contaré todo á su padre, á Bielesky, á toda la *stanitza*...»

Lukachka había bebido tanto, que, después de dos noches de juerga, no pudo tenerse en pie, por la primera vez en su vida, y se quedó en la *stanitza*.

XL

La caza de los abreks

Al día siguiente, Olenin se levantó más tarde que de ordinario; tan pronto como se despertó pensó en lo que le esperaba y con gran alegría recordó los besos de la víspera, las manos recias que estrechaban las suyas y las palabras «qué blancas son tus manos!» Saltó del lecho y quiso marchar inmediatamente á casa de sus patronos para pedir la mano de Marianka. El sol no había salido todavía, cuando Olenín creyó observar una agitación extraordinaria que se producía en la calle. Corrían, trotaban los caballos, se discutía acaloradamente. Tomó su abrigo y salió á la puerta. Los patronos estaban acostados aun. Cinco cosacos á caballo discutían, ó mejor, se disputaban.

Lukachka, sobresalía entre todos por su hermoso caballo de Kabarda. Los cosacos hablaban todos á un tiempo, gritaban y no se podían entender.

—Corred al cuartel!—gritaba uno.

—Ensilla y ve corriendo,—decía otro.—Por esta puerta ganaremos terreno.

—Quién lo ha dicho?—repuso Lukachka.—Hay que salir por la puerta del centro.

—En verdad que es más corto el camino,—dijo un cosaco que cubierto de polvo cabalgaba sobre un jamelgo nadando en sudor.

La cara de Lukachka estaba roja, extenuada por el jolgorio de la víspera. Llevaba la gorra echada atrás y gritaba furiosamente como si fuera el jefe.

—Qué ocurre? A dónde vais?—preguntó Olenín costándole gran trabajo hacerse oir por los cosacos.

—Vamos á cazar una partida de abreks, que deben de ocultarse en las rompientes del río. Marchamos enseguida, pero somos pocos.

Y los cosacos, continuando sus gritos y algazara, alejáronse calle abajo. Olenín pensó que tenía el deber de acompañarlos, imaginando volver enseguida.

Vistióse, cargó su fusil, saltó sobre el caballo apenas ensillado, que le ofrecía Vanucha, y alcanzó á los cosacos en las puertas de la *stanitza*.

Los cosacos, á pie, con sus corceles cogidos por las riendas, formaban un estrecho círculo. Llenando los vasos de madera con el vino que les habían regalado, apuraron el líquido haciendo votos por el buen éxito de la expedición. Al frente de ellos se hallaba un corneta joven y elegante que el azar había conducido á la *stanitza* y que se encargó del mando de los nueve cosacos reunidos. Todos ellos eran simples soldados, y aun cuando el corneta se encargó del mando de aquellos individuos, no obedecían otra voz que la de Lukachka. En cuanto á Olenín nadie puso atención en su presencia. Cuando todos hubieron subido á caballo emprendieron la marcha.

Olenín se acercó al corneta y le interrogó sobre lo que iban á hacer. El chico, que generalmente era muy correcto, quiso concederse gran importancia y Olenín no pudo averiguar casi nada. La patrulla enviada en busca de los abreks había descubierto algunos de ellos á ocho *verstas* de la *stanitza* ocultos en las rompientes. Los abreks, cubiertos en un repliegue del terreno, disparaban sobre los cosacos. El sargento había dejado dos de sus hombres para vigilarlos, yendo él á pedir refuerzos.

Salía el sol: á tres *verstas* de la *stanitza* extendíanse las estepas; por todos lados se veía tan sólo la llanura uniforme, triste, árida, surcada por escasos senderos; la hierba estaba ya marchita; aparecían algunos cañaverales en los barrancos y algunas tiendas de nómadas en el más lejano horizonte. La ausencia de árboles y el aspecto melancólico del paisaje sorprendían mucho á Olenín.

En la estepa el sol sale y se pone como un globo enrojecido. Cuando corre el viento, las montañas de arena se elevan; cuando el tiempo es bonancible, como en ese día, el silencio es grande. El cielo estaba cubierto, aunque dejaba ver el sol naciente; la atmósfera tibia, sin un soplo de viento; sólo se oía el pisar de los caballos y sus resoplidos. Los cosacos avanzaban mudos, sin que sus armas hicieran ruído, pues se avergonzaría el cosaco de llevar armas con *sonajero*. Dos de sus compañeros de la *stanitza* los alcanzaron en el camino, cambiando con ellos algunas palabras. El caballo de Lukachka pisó la hierba y resbaló; esto es un presagio funesto entre los cosacos. Todos se contemplaron y volvieron la cabeza enseguida, sin hacer mención del incidente que era en aquel momento de inmensa gravedad. Lukachka frunció las cejas, apretó los dientes, tiró con violencia de la brida y levantó el látigo. El noble animal se encabritó como si quisiera volar. Pero Lukachka le castigó con dos ó tres golpes, y el caballo mordiendo el bocado

y tendida la cola, salió de estampía adelantando un gran trecho á los cosacos.

—Qué hermoso animal!—dijo el corneta.

Decía *animal* y no *caballo* en señal de elogio.

—Es un león,—añadió uno de los viejos.

Los cosacos continuaban su marcha silenciosos, ora caminando al paso ó ya al trote, rompiendo así á intervalos la monótona solemnidad del conjunto.

En la estepa, á la distancia de unas ocho *verstas*, no encontraron más que una *kibitka* nogai, carreta cubierta, que avanzaba lentamente. Pertenecía á un nogai que con su familia viajaba de un pueblo á otro. Luego, en una esplanada, hallaron dos mujeres nogais también, que con una banasta recogían el estiercol que el ganado había dejado al pasar por la estepa, destinándolo al *kisiak*.

El corneta, que se expresaba muy mal en el lenguaje de aquellas gentes, les dirigió la palabra; pero ellas, sin comprenderle, asustadas, mirábanse una á otra.

Lukachka se aproximó, detuvo su caballo, saludó á las mujeres en los términos corrientes en el país y con aire alegre entraron con él en conversación sin dificultad alguna, como si fuera un compatriota.

—*Ai! ai, kop abrek!*—decían como lamentándose, indicando con la mano la dirección que seguían los cosacos.

Olenín comprendió que querían decir «muchos abreks».

Olenín, que jamás había visto cosa semejante y no tenía más idea de aquello que la suscinta é incongruente relación de Erochka, no quiso abandonar á los cosacos, con el decidido propósito de presenciar todo cuanto aconteciera. Admiraba á los cosacos, dirigía la vista en torno suyo, escuchaba y hacía sus observaciones. No obstante haberse provisto del sable y de un fusil cargado, resolvió no meterse en el asunto, toda vez que los cosacos le tenían por descartado, tanto más cuanto que creía haber dado suficientes pruebas de valor en el destacamento y sobre todo no eran estos momentos propicios para intervenir en una contienda así, cuando se sentía completamente dichoso.

De pronto se oyó un disparo de fusil que venía de muy lejos. El corneta, enmudecido, comenzó á tomar sus disposiciones. Cómo agrupar los cosacos? A qué lado se habían de colocar? Pero estos no reparaban en los preparativos. No miraban ni escuchaban más que á Lukachka. La cara del cosaco expresaba gran tranquilidad y aplomo. Galopaba delante de ellos sin que los otros pudieran alcanzarle, y guiñando los ojos escudriñaba el horizonte.

—Allí hay alguien á caballo,—dijo reteniendo su cabalgadura y colocándose al lado de sus compañeros.

Olenín tendía su vista sin poder ver á nadie. Los demás cosacos distinguieron bien pronto á dos caballeros y con paso ordinario se dirigieron directamente hacia ellos.

—Son éstos los abreks?—preguntó Olenín.

Nadie contestó á una pregunta que para ellos era necia. Los abreks hubieran sido muy tontos de venir por ese lado con sus caballos.

—Parece que el viejo Erochka nos hace señas,—dijo Lukachka designando á los jinetes que ya se veían muy claramente.—Sí, se dirigen hacia nosotros.

En efecto; apenas habían transcurrido unos minutos, cuando vieron claramente que los jinetes no eran otros que los cosacos que habían salido á explorar el terreno, y el corneta se aproximó á Lukachka para acordar con él lo que mejor se pudiese hacer.

XLI

La muerte de Lukachka

Están muy lejos?—preguntó Lukachka.

En este momento oyóse una detonación seca á distancia de unos treinta pasos.

El corneta se sonrió.

—Nuestro amigo Gurka dispara sobre ellos,—dijo indicando con un rápido movimiento de cabeza la dirección del disparo.

Después de dar algunos pasos, descubrieron á Gurka, quien aburrido cambiaba de vez en cuando algún que otro disparo con los abreks que estaban atrincherados tras otro barranco. De allí venía la bala que habían oído silbar minutos antes.

El corneta, lívido, comenzaba á perder la serenidad. Lukachka bajó del caballo, tendió las riendas á un cosaco y se aproximó á Gurka. Olenín hizo lo mismo y arrastrándose marchó tras él. Tan pronto como hubieron llegado á donde estaba Gurka, dos balas silbaron por encima de ellos. Lukachka sonriendo dirigió su vista á Olenín y se agachó.

—Te van á matar, Andreitch,—dijo.—Mejor harías en marcharte. Aquí corres peligro.

Pero Olenín estaba muy interesado en presenciar la caza de los abreks.

Tras el montículo, á una distancia de doscientos pasos, vió

gorras y fusiles. De repente vióse un fogonazo y silbó otra bala. Los abreks estaban echados al pie del montículo, cerca de un pantano. El punto de operaciones que habían elegido extrañó á Olenín. Aquel sitio presentaba igual aspecto que el resto de la estepa, mas por el solo hecho de hallarse allí instalados los abreks parecía diferente. Olenín se dijo que no podían haber adoptado otra posición mejor... Lukachka se volvió al grupo y Olenín le siguió.

—Hace falta un gran carro cargado de heno, de lo contrario

nos matarán,—dijo Lukachka.—Ahí, tras esa colina, hay uno, pero pertenece á los nogais.

El corneta escuchaba y aceptó la idea. Conducida allí la carreta, los cosacos comenzaron á trepar ocultándose tras ella. Olenín subióse á la colina desde donde se veía todo. Puesta en marcha la carreta, los cosacos la siguieron escondidos. Los abreks, que eran nueve, esperábanlos en fila con la rodilla en tierra, pero sin disparar.

Reinaba silencio profundo; de pronto oyóse un canto extraño y lúgubre, parecido al «*Ai, dai, dalalai*» del viejo Erochka. Los thetchenzes, sabiendo que era imposible escapar de los cosacos,

habíanse atado fuertemente con correas á fin de no poder huir aunque tal tentación tuvieran, y entonaban canciones fúnebres.

Los cosacos, siempre ocultos tras las carreta de heno avanzaban prodigiosamente; Olenín seguía esperando la primera descarga que debía producirse de un momento á otro, pero el silencio sepulcral que dominaba no era alterado más que por las tristes canciones de los abreks.

De súbito cesaron los cánticos; sonó un tiro seco; en la carreta chocó un proyectil, se oyeron las interjecciones y los gritos de los abreks. Menudearon los disparos, las balas se hundian en el heno, y los cosacos no contestaban aun, estando á cinco pasos nada más de sus adversarios. Pasó un momento y todos los cosacos salieron de pronto por ambos lados de la carreta lanzando gritos salvajes. Lukachka iba el primero. Olenín no oyó más que algunos disparos, gritos y lamentos. Creyó ver humo y sangre... Desmontó, corriendo á unirse con los cosacos. Horrorizado cerró los ojos. No veía nada, comprendiendo, sin embargo, que todo había concluído. Lukachka, pálido, sujetaba á un thetchenze herido y gritaba: «No lo matéis. Quiero cogerlo vivo». Era el mismo hermano de aquel á quien mató y que vino á rescatar el cuerpo del difunto. Luka le torcía los brazos. El abrek hizo un supremo esfuerzo, logró desasirse y desesperado oprimió el gatillo de su pistola. Lukachka cayó ensangrentado. Quiso incorporarse, pero nuevamente cayó lanzando imprecaciones é injurias en ruso y en tártaro. La sangre brotaba de la herida con extraordinaria rapidez. Los compañeros le desabrocharon el cinturón. Uno de ellos, Nazarka, quiso acudir en su ayuda, pero no conseguía envainar su puñal, tanta era la sangre que bañaba la hoja.

Los thetchenzes habían sido aniquilados; sólo uno, el que hirió á Lukachka vivía aun. Cual un buitre herido, brotando la sangre de su ojo derecho, apretados los dientes, giraba la vista con ferocidad y oprimía la daga, pronto á defenderse. El corneta se acercó á él por un lado, evitando darle frente, y le disparó un pistoletazo tras la oreja. El abrek dió una violenta sacudida y cayó seco.

Cómo pudieron recogieron los cosacos las armas y ropas de los muertos. Cada uno de éstos tenía una expresión singular. Luka fué conducido á la carreta; no cesaba de echar juramentos.

—Mientes, morirás en mis manos! No te me escaparás. *Aunaceni,*—gritaba convulsivamente, pero quedó al fin postrado y cayó en el silencio.

Olenín se volvió á su casa; por la noche le dijeron que Lukachka estaba muriéndose y que un tártaro se había empeñado en salvarle con hierbas.

Los cadáveres fueron arrastrados hasta la *stanitza;* las mujeres y niños corrían presurosos á verlos. Cuando entró Olenín comenzaba á oscurecer y durante mucho tiempo estuvo espantado del espectáculo que acababa de presenciar. Pero al hacerse de noche se le renovó la memoria de cuánto había pasado la víspera, y salió á la ventana. Marianka iba y venía por la habitación ocupada en las faenas de la casa. Su madre había salido á recorrer la viña. El padre estaba en su despacho. Olenín, sin esperar que ella terminase su trabajo, entró buscando á la muchacha. Estaba en la cocina vuelta de espaldas á Olenín.

—Marianka!—dijo.—Eh, Marianka! Puedo entrar?

Ella volvióse. Por sus ojos se deslizaban lágrimas apenas perceptibles. Su faz reflejaba gran dolor. La joven miróle con indiferente majestad.

Olenín añadió:

—Vengo, Marianka...

—Déjame!—dijo. No cambió su semblante, pero las lágrimas asomaron más abundantemente á sus ojos.

—Por qué lloras? Qué te pasa?

—Que por qué?—repuso con voz dura y áspera.—Han muerto á mi cosaco.

—Marianka!...—exclamó Olenín.

—Vete! Qué deseas?

—Marianka!...—dijo Olenín acercándose á ella.

—No obtendrás nada de mí.

—Marianka, no hables así,—suplicó Olenín.

—Vete! Qué pegadizo! —prosiguió la joven pateando con ira y aproximándose al alférez en actitud amenazadora. Su rostro reflejaba tal repugnancia y desprecio, una ira tal, que Olenín comprendió bien que no debía alimentar más esperanzas y que lo que en otro tiempo vió de inaccesible en esta mujer era bien fundado. Sin decir una palabra más, Olenín abandonó la cabaña.

XLII

La despedida de Olenín

Al entrar en su casa, tendióse sobre la cama, donde permaneció inmóvil durante más de dos horas; inmediatamente fué á casa del comandante de su batallón pidiéndole permiso para pasar á la Plana Mayor. Sin despedirse, encargó á Vanucha del pago del alquiler y se dispuso á marchar á la fortaleza donde estaba su regimiento. Unicamente le acompañó el viejo Erochka. Bebieron y bebieron mucho. Como cuando salió de Moscova, á la puerta le esperaba un coche de postas. Pero Olenín ya no analizaba sus sentimientos como en aquella época, ni pretendía convencerse de que cuánto había pensado y hecho, no era bueno. Ya no se prometía emprender una nueva vida. Ahora quería á Marianka más que antes, pero sabía que no podría jamás ser de ella correspondido.

—Adiós, *padre,*—le decía Erochka.—Cuando vayas á la guerra, sé prudente. Escucha los consejos de un viejo: cuando haya tiros no te aproximes á los grupos que forman los hombres. Vosotros cuando os sentís intimidados os estrecháis unos contra otros, creyendo que así es menor el peligro, pero yo te aseguro que aumenta. Siempre se tira al montón. Yo me aislaba siempre y jamás fuí herido. Sin embargo, qué de cosas no he presenciado yo en mi vida!

—Pero, y la bala que tienes en la espalda?—le preguntó Vanucha, que estaba preparando las maletas dentro de la casa.

—Bah! Eso es una broma de cosaco,—respondió Erochka.

—Cómo de cosaco?—preguntó Olenín.

—Sí; estábamos borrachos; habíamos bebido mucho. Vaguka Sitkin, un cosaco amigo, me soltó un tiro con su pistola y me dió en medio de la espalda.

—Y sufriste mucho?—preguntó Olenín.—Vanucha, date prisa! —añadió.

—Qué prisa tienes! Espera, te voy á contar... Al tirar aquel maldito me penetró la bala; pero, sin tocar un hueso, se me incrustó en la carne y ahí se está. Yo le dije: «Buena la has hecho, me has matado! No, esto no puede quedar así; tráeme un cántaro de vino».

—Pero, sin embargo, te haría sufrir?—preguntó nuevamente Olenín, que apenas si escuchaba el relato.

—Déjame acabar. Me trajo el vino y bebí... La sangre continuaba saliendo y esparcíase por toda la cabaña. El viejo Burlok me dijo: «Este mozo va á reventar aquí; dále una botella de aguardiente, de lo contrario se nos muere enseguida». La trajeron y yo continué bebiendo, bebiendo siempre.

—Pero tú sufrirías?—preguntó nuevamente Olenín.

—Qué doler? No me interrumpas, que no me agrada; déjame concluir. Bebimos hasta el día y me quedé dormido en la cocina, tan beodo estaba. Cuando desperté no podía levantarme.

—Y no te dolía?—preguntó otra vez Olenín creyendo que ahora obtendría respuesta.

—Has dicho si me hacía daño? Ninguno y sin embargo no podía moverme ni andar.

—Curaste por fin?—preguntó Olenín sin que se reflejara en su rostro la más leve sonrisa, tanta era la tristeza que invadía su alma.

—Sí, la herida cicatrizó, pero la bala está ahí todavía. Toca y verás.

Y levantándose la camisa enseñó su fornida espalda, cerca de la columna vertebral se veía en efecto una balita.

—Mira como rueda,—dijo palpando la bala como si fuese un juguete.—Ves? ya baja...

—Vivirá Lukachka?—preguntó de pronto Olenín.

—Dios lo sabe! No tiene médico; han ido ahora á buscar uno.

—Dónde lo encontrarán? En Gronvia?

—No, *padre!* Si yo fuera el Zar ya hace tiempo que hubiera hecho ahorcar á todos los médicos rusos. No saben más que cortar. Ellos han estropeado por completo á nuestro cosaco Bakladov.

Le han cortado la pierna. Son verdaderos burros. Para qué sirve ahora Bakladov? No, *padre;* en las montañas hay buenos médicos. Un día, durante la guerra, mi amigo Vortchik recibió una herida en el pecho; pues bien, nuestros médicos le condenaron. Saich bajó de la montaña y lo curó. Ellos conocen bien las hierbas.

—Basta de majaderías. Enviaré un médico del regimiento y será lo mejor.

—Qué tontería!—exclamó el viejo.—Necio! necio! Enviar un médico! Si vuestros doctores fuesen tan buenos, todos los thetchenzes y cosacos irían á vuestro país á curarse cuando estuvieran enfermos; y por el contrario son vuestros oficiales y coroneles los que vienen aquí á curarse con los médicos de las montañas. En tu país todo es farsa.

Olenin no respondió. Demasiado sabía que en su antiguo mundo no imperaba más que la falsedad. Y lo peor es que ahora iba á habitar en él nuevamente.

—Has visto á Lukachka? Cómo está?

—Está como muerto; no come ni bebe; no toma más que aguardiente. En cuanto se lo lleva á los labios se encuentra mejor. Qué lástima! Tan buen muchacho! Igual que yo. También me tocó una vez estar próximo á la muerte... La cabeza me abrasaba. Acostáronme al aire libre. Estando así, detrás del fogón una banda de tamborcillos tocaba la retreta. Gritéles y comenzaron á tocar con más fuerza. Las mujeres me trajeron un cura... Querían prepararme y le decían: «Ha sido muy mujeriego y perdió muchas almas; comía carne en día de vigilia y gustaba de tañer la *balalaika*». Y comencé contristado mi confesión: «Soy un pecador», dije, y á todo cuanto me decía el sacerdote, respondía: «Soy un gran pecador». Comenzó á hablarme de la *balalaika*. «Dónde está esa maldita? Enséñamela y rómpela». Yo contesté: «No tengo». Y yo mismo la había escondido en una cesta en la cocina; ya sabía que no la habían de encontrar. Por fin me dejaron tranquilo y... todavía vivo. Luego he continuado tañendo mi *balalaika*... Te decía... Ah! sí, escucha. Ve á donde no haya mucha gente, porque de lo contrario te matarán. Yo lo sentiría mucho. Eres borracho; pero, eso no obstante, yo te quiero. Por lo general tus paisanos gustan de la montaña. A mi casa venía un ruso que salía siempre á trepar por los montes y los llamaba *pelonas;* cuando veía un montículo, nos abandonaba. Eso fué su perdición. Un día subía tan contento por la falda de una montaña, cuando un thetchenze que le vió lo mató. Ah! los thetchenzes tiran bien. Hay algunos que tienen mejor puntería que yo. Me exaspera que maten tan traidoramente... Algunas veces viendo tirar á

vuestros soldados, he quedado extrañado. Qué de tonterías! Marchan alineados y todos con el cuello rojo. Así es cómo se han de ocultar? Bala que sueltan, soldado que matan. Caen los desgraciados y otros en su sitio. Qué estúpidos!—repetía el viejo moviendo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la cabeza.—Por qué no separarse y marchar cada uno por dondé le dé gusto? Si lo hicieran así, no serían tan vistos y nadie los mataría.

—Adiós, Erochka,—dijo Olenin levantándose y dirigiéndose hacia la puerta;—ya nos volveremos á ver algún día, si Dios quiere.

El anciano permanecía sentado en el suelo.

—Pero se separa uno así, imbécil?—dijo.—Hemos estado juntos un año entero y... Adiós; ya está dicho todo! y yo que te quiero tanto! Me da lástima; pobrecito... y siempre solo! Qué insociable

eres! Me ha sucedido no dormir por la noche y pasarla pensando en tí; tanta compasión me inspirabas. Dice verdad la canción:

Es triste, hermano querido,
vivir en país extraño.

—Adiós, pues,—dijo Olenín.

—No; dame la frente,—repuso el viejo, y cogiendo la cabeza de Olenín entre sus gruesas manos, besóla tres veces y rompió á llorar.

—Mucho... te quiero!..., Adiós.

—Adiós, Erochka.

—Y, te vas sin dejarme nada como recuerdo? Dame una de tus carabinas; tienes dos,—decía el viejo vertiendo lágrimas.

El joven escogió una de sus carabinas y diósela.

—Por qué le dais esa magnífica arma á ese viejo?—gruñó Vanucha.—No tiene bastante ese tío miserable?

—Cállate,—le replicó Erochka riendo.—Anda, avaricioso!

Marianka salía en aquel momento de la despensa; dirigió una mirada indiferente hacia los viajeros, hízoles un ligero saludo con la cabeza, y entró en la cabaña.

—La muchacha!...—dijo Vanucha en su especial francés, con un guiño de ojos y una sonrisa de idiota.

—Adiós, *padre*, adiós; me acordaré mucho de tí,—gritaba Erochka.

Al alejarse, Olenín se volvió todavía... Erochka y Marianka hablaban ya entre sí de asuntos al parecer indiferentes: ni el viejo ni la joven le dirigieron una mirada más.

Sebastopol

1854-56

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eres! Me ha sucedido no dormir por la noche y pasarla pensando en tí; tanta compasión me inspirabas. Dice verdad la canción:

Es triste, hermano querido,
vivir en país extraño.

—Adiós, pues,—dijo Olenín.

—No; dame la frente,—repuso el viejo, y cogiendo la cabeza de Olenín entre sus gruesas manos, besóla tres veces y rompió á llorar.

—Mucho... te quiero!..., Adiós.

—Adiós, Erochka.

—Y, te vas sin dejarme nada como recuerdo? Dame una de tus carabinas; tienes dos,—decía el viejo vertiendo lágrimas.

El joven escogió una de sus carabinas y diósela.

—Por qué le dais esa magnífica arma á ese viejo?—gruñó Vanucha.—No tiene bastante ese tío miserable?

—Cállate,—le replicó Erochka riendo.—Anda, avaricioso!

Marianka salía en aquel momento de la despensa; dirigió una mirada indiferente hacia los viajeros, hízoles un ligero saludo con la cabeza, y entró en la cabaña.

—La muchacha!...—dijo Vanucha en su especial francés, con un guiño de ojos y una sonrisa de idiota.

—Adiós, *padre*, adiós; me acordaré mucho de tí,—gritaba Erochka.

Al alejarse, Olenín se volvió todavía... Erochka y Marianka hablaban ya entre sí de asuntos al parecer indiferentes: ni el viejo ni la joven le dirigieron una mirada más.

Sebastopol

1854-56

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sebastopol en diciembre de 1854

I

Los primeros rayos del sol iluminan el espacio, divisándose á lo lejos la silueta del monte Sapun. La azulada superficie del mar se ha quitado el ropaje oscuro de la noche, para pintarse con las primeras luces de la mañana. A pesar de no haber nevado por la noche, hace mucho frío, aumentado por la húmeda neblina. Todo está oscuro todavía, y á causa de la helada la nieve cruge bajo los pies y el frío penetra en las casas. Solamente el ruído lejano é incesante del mar acompañado por algunos raros cañonazos que se oyen por la parte de Sebastopol, turba la majestuosa calma de la mañana. Ni aun á bordo de los buques de guerra se oye el más mínimo ruído, y el cuadrante solar señala ya las ocho.

Solamente en la parte Norte del puerto la actividad empieza á reemplazar á la serena tranquilidad de la noche; entre el movimiento que empieza á reinar, se percibe el paso de un destacamento de soldados, que, al ruído metálico que producen sus armas, se dirige á reemplazar la última guardia; por allá va el Mayor, que con paso precipitado se dirige al hospital, por el otro lado avanza un soldado que acaba de salir de su cabaña y después de haberse lavado la cara se vuelve hacia el rojo Oriente, hace la señal de la cruz y reza; más abajo algunos camellos arrastran un alto

y pesado furgón lleno de cadáveres ensangrentados, hacia el cementerio. Al acercarse al puerto, llama la atención un particular olor de carbón de piedra, estiércol, humedad y carne, todo en mezcla informe. Millares y millares de objetos de todas clases y volúmenes, como maderas, víveres, ganado, hierro, etc., están amontonados en el muelle. Soldados de diversos regimientos armados y equipados ó sin armas se juntan y hablan, se consultan, fuman, ó arrastran grandes fardos hacia el buque que, vomitando humo por sus chimeneas, está anclado junto al puente de madera. Algunos vaporcitos particulares abarrotados de toda clase de gente, soldados, comerciantes, marinos, mujeres, amarran ó se alejan del puerto.

—Quiere vuestra señoría un bote para la Grafskaia?—oigo que dice una voz, y dos ó tres marineros se levantan de pie en los barquichuelos para ofrecerme sus servicios.

Escojo el más próximo y pasando por encima del cadáver de un caballo hundido en el cieno, me embarco, empuño yo mismo el timón, alejándose el bote de la ribera. Entorno la mar riela con los hermosos rayos del sol naciente; en frente está el viejo marinero cubierto con su capote de piel de camello, y un joven rubio, sin cuidarse de nada, dedícase con toda su atención al manejo de los remos. Diseminados por la bahía se distinguen las masas de los buques, unos más lejos, otros menos; los pequeños botes, que semejan puntitos negros, se agitan sobre la azulada y brillante superficie del mar, surgiendo más allá la silueta de la ciudad, de la cual se van destacando sus hermosos edificios de color claro, apenas iluminados por la rosada luz del sol naciente; más cerca se ve la blanca línea de espuma siguiendo todo el muelle y la escollera; por aquí y por allá aparecen las negras puntas de los palos de algunos buques sumergidos, y muy lejos las masas sombrías y amenazadoras de los buques de la flota enemiga que se distingue en la línea del horizonte que limita el mar, mientras los remos levantan con su golpeteo monótono contra el agua gotas que brillan como diamantes. En medio del rumoreo que crece se oye claro el sonido de las voces y el ronco y majestuoso tronar de los cañones que parece que va aumentando en Sebastopol.

El orgullo y el coraje me invaden el alma tan sólo al pensar que me hallo en Sebastopol, y la sangre se enardece y corre con mayor viveza por mis venas.

—Señoría! Vamos rectos hacia el *Constantin!*—me dice el viejo marino vigilando la dirección que seguía el bote.

—Cómo! aun le quedan cañones,—observa el joven examinando el buque mientras pasábamos por delante.

—No es extraño, pues está enteramente nuevo, Kornilov, y ha dormido hasta ahora,—le responde el viejo contemplándolo también.

—Mira! de allá tiran,—exclama el joven después de un largo rato de silencio, al instante en que una blanca humareda aparece en la parte meridional de la bahía, acompañada del seco estallido de una bomba.

—Hoy tira una batería nueva,—dice el viejo, escupiendo en sus manos é indiferente á todo.—Anda, Muchka, á los remos, y pasemos pronto la chalupa.—El bote se desliza rápidamente sobre el agua y pasa por delante de una gran chalupa cargada de sacos malamente conducidos por los soldados, y atravesando por en medio de toda clase de buques, aborda en el muelle de Grafskaia.

Una abigarrada muchedumbre de mujeres, de soldados vestidos de gris y de marinos vestidos de negro, hormiguea en los embarcaderos.

Las mujeres venden pan y los aldeanos alrededor del samovar gritan: «Té caliente». Casi en los primeros peldaños del embarcadero, arrastran los hombres balas de cañón, bombas, balsas enmohecidas y cañones de diversos calibres y modelos. Un poco más lejos, en la extensa playa, se ven amontonadas armaduras de cañón y encima soldados dormidos. También hay por todas partes caballos, carricoches, cajas de municiones y fardos de fusiles.

Por aquí y por allá, andan deprisa ó despacio soldados, marinos, oficiales, mujeres, niños, comerciantes, conduciendo ó guiando carros cargados de heno, sacos y toneles. Un regimiento de cosacos pasa, acompañado de su oficial á caballo y de su general en coche. Un marino sentado cerca de los pequeños cañones está fumando, la calle aparece fortificada con una gran barricada en la parte derecha. Delante de una hermosa casa, con unas cifras romanas en el frontispicio, se ven algunos soldados, montados en camellos, todos llenos de vendajes y de sangre. En todas partes y lugares se ven las lúgubres señales de un campamento de batalla.

II

La extraña mezcla de la vida del campo y de la vida urbana, de una ciudad hermosa y de un vivac infecto, no solamente no tiene

nada de hermoso, sino que presenta un conjunto desordenado y repugnante que hace que la primera impresión sea muy desagradable. Llega hasta á parecer que todos los que allí habitan están como espantados, corriendo de aquí por allá y sin saber qué hacer. Pero, muy diferente es la opinión que se forma al mirar de más cerca cuánto se agita y mueve entorno! He aquí un soldado que guía una troika de caballos, muy cansado, pero cantando tranquilamente, miradle: no se perderá en medio de esa muchedumbre, que para él ni siquiera existe... Mas él cumple su trabajo, cualquiera que sea; lleva á beber los caballos ó arrastra un cañón, con tanta calma, aplomo é indiferencia como si todo esto pasara en Tula ó en Saranks. La misma expresión de indiferencia se lee en la cara de este oficial que pasa un poco más allá, luciendo sus guantes de una blancura inmaculada; en la del marino que tranquilo se instala en la barricada fumando su pipa, en la de los soldados que, subidos en sus camellos, esperan en las gradas de la escalinata del antiguo Casino, hoy convertido en hospital; hasta esa niña que, por no mojar sus pies, atraviesa la calle saltando por encima de las piedras, tiene la misma expresión de indiferencia en el semblante.

En efecto, un gran desencanto espera al que entra por primera vez en Sebastopol. Ninguna traza de espanto, ni de entusiasmo ni de nada de esto se ve en ninguna parte. Las gentes se ocupan, como de costumbre, de sus negocios, de modo que quizás os reprocheis el entusiasmo que antes sentisteis por esos hombres, quizá lleguéis á dudar del heroísmo de los defensores de Sebastopol, en que creisteis, merced á las descripciones que se os habían hecho. Pero, entrad en esa casa, cuya escalinata está llena de soldados en camillas, ó id á las murallas; allí veréis á los defensores de Sebastopol y veréis que, como el humo de los cañones, se desvanecen vuestras dudas. Id y entrad en esa casa de enfrente, que era antes el gran Casino de Sebastopol, y allí en sus salas veréis un espectáculo horrible y triste, sublime y cómico, pero siempre grandioso y que eleva el alma.

Penetráis en la sala donde se celebraban las asambleas y apenas pasáis la puerta os sorprende el espectáculo de cuarenta ó cincuenta enfermos y heridos; unos, á quienes se les ha amputado algún miembro, otros muy gravemente enfermos, tendidos la mayor parte en el suelo y pocos en lechos de campaña. Continuad adelante, á pesar del sentimiento de terror que os detiene en el umbral de la puerta; no os dé vergüenza el que se os conozca que habéis ido allí nada más que para ver á los que sufren, no os dé vergüenza el acercaros á ellos y hablarles, que á los desgraciados

les agrada y alegra contemplar un rostro amigo, de hombre que les compadezca, como les gusta explicar sus sufrimientos y oír palabras cariñosas. Al pasar por entre las camas, buscáis un rostro menos angustiado al que os decidís acercaros. «Dónde tenéis la herida, amigo?» preguntáis tímidamente á un viejo soldado que está en los puros huesos y que, sentado en su cama, os sigue con su mirada bonachona y parece invitaros á que os acerquéis. Digo «tímidamente» porque los sufrimientos y los grandes dolores inspiran, no sé por qué, una especie de miedo y una profunda compasión por el que los soporta.

Pero en el momento en que el soldado os dice que tiene herida la pierna observáis, por los pliegues del cobertor, que ésta la tiene cortada por encima de la rodilla.—Ahora voy bien, gracias á Dios, —y añade el pobre:—Voy á pedir pronto permiso para salir.

—Hace mucho que os hirieron?

—Sí, señoría, hace ya cinco semanas.

—Y qué partes del cuerpo os duelen más?

—Desde que me cortaron la pierna, no siento ningún dolor. Solamente cuando hace mal tiempo me duele algo la pantorrilla... Si esto no fuese, estaría ya bueno.

—Pero, dónde y cuándo os hirieron?

—Cuando el primer bombardeo; servía yo uno de los cañones del quinto batallón y después de arreglado, me retiraba ya hacia la otra batería, cuando de repente sentí un gran golpe en la pierna y caí como si cayera en un pozo; miré... y ya no tenía pierna.

—Y no sufristeis en el primer momento?

—Absolutamente nada; sólo sentí como si me aplicaran alguna cosa candente sobre la pierna.

—Y después, sufriste mucho?

—Salvo cuando empezó á rehacerse la piel; entonces sufrí algo y aún mucho después me incomodó eso también. Pero lo principal para no sufrir es no pensar, el que no piensa no sufre, el dolor no existe. El mayor mal del hombre es el de saber pensar.

Mientras estaba hablando con el soldado, una mujer vestida con traje gris se nos acercó y se mezcló en nuestra conversación, empezando á contarme cuánto había sufrido el pobre, el estado desesperado en que se halló cuatro semanas antes, y cómo estando ya herido suplicó á los camilleros que se detuvieran para poder ver el disparo salido de su batería; me dijo también aquella mujer que los grandes duques le dieron 25 rublos y que él les respondió que quería volver al batallón, que, si no podía trabajar, ya guiaría á los jóvenes... y seguía hablando la buena mujer, sin interrumpirse,

mirándome á veces á mí, otras al marino, quien volviéndose con los ojos iluminados por una especie de entusiasmo, fingía no comprender nada y seguía preparando hilas sobre una almohada.

—Es mi mujer, señoría,—me hizo al fin observar el marino,

como si quisiera decir: «Dispensadla, pues, ya es sabido que las mujeres dicen siempre tonterías».

Entonces empecé á comprender á los defensores de Sebastopol, pues delante de este hombre sentí vergüenza de mí mismo. Por más que buscaba, no encontraba palabras con que expresarle la admiración y la simpatía que le quería demostrar, y aún, de haberlas hallado, estoy cierto que no le gustaran; por lo cual, sin

decirle nada, me incliné conmovido ante esta grandeza inconsciente, ante esta gran firmeza de alma y este pudor de su propio mérito.

—Que Dios os cure lo más pronto posible!—dije, y pasé á otro enfermo, que, tendido sobre el duro suelo, parecía esperar la muerte en medio de intolerables sufrimientos.

Era un hombre rubio, de cara hinchada, pálida. Tendido de espaldas, tenía la mano izquierda echada hacia atrás, en una posición que mostraba los rudos sufrimientos que le atormentaban. Tenía la seca boca grandemente abierta y por ella se le escapaba una ronca respiración, y sus ojos azules y vidriosos parecían mirar á lo alto. Le faltaba una parte del brazo derecho y el resto lo tenía cubierto de vendajes de todas clases, saliéndole por encima del cobertor. De todo él se desprendía un hedor sofocante y cadavérico; me llamó la atención el pobre y me pareció que el calor interior que devoraba y torturaba los miembros de aquel mártir, penetraba dentro de mí mismo.

—Es que ha perdido el conocimiento?—pregunté á la mujer que, mirándome como á un amigo, me iba siguiendo.

—No, oye todavía algo de lo que se le dice, pero muy poco,—me dijo en voz muy baja.—Hoy yo le he dado té. Es un extranjero... no obstante, hay que tener compasión de él... Apenas ha bebido.

—Cómo estás?—le pregunté. Aunque sin ver ni comprender nada, al sonido de mi voz el herido volvió hacia mí sus ojos ardientes de fiebre.

—Esto despedaza el corazón!...—murmuró la mujer.

Un poco más lejos, sentado en la cama, arreglándose y cambiando de ropa, estaba un viejo soldado, de cara y cuerpo morenos, flaco, casi un esqueleto, le faltaba un brazo y estaba como desarticulado de la espalda. Su flacura y las grandes arrugas de su cara, me llenaron de espanto... se ve que es hombre que ha sufrido mucho durante su vida.

Al otro lado, sobre un lecho de campaña, con semblante que indica gran sufrimiento, estaba una mujer; su cara era pálida y llena de dulzura y tenía las mejillas coloreadas por la fiebre.

—Es la mujer de un marino. Al ir el día 5 de este mes al batallón á llevar la cena á su marido, un obús le destrozó la pierna.

—Y se la han cortado?

—Sí, señoría, por encima de la rodilla.

Si aun os quedan ánimos, penetrad en la sala que está más allá, hacia la izquierda: es la sala de curas y operaciones. Allí se

ve á los médicos, con el semblante sombrío y con los brazos llenos de sangre hasta los codos; en una de las camas gime un herido, quien, con los ojos abiertos, bajo la influencia del cloroformo, pronuncia palabras insensatas, á veces sin sentido y siempre dolorosas. El repugnante aunque bienhechor trabajo de la amputación ocupa á los doctores. El cortante y afilado acero penetra en la carne blanda y sana. Allí veréis como, con un grito terrible, desgarrador, lanzando grandes maldiciones, el herido vuelve en sí repentinamente. En la misma sala, veis más allá á otro herido que, sentado en la camilla se retuerce y gime, tanto por el dolor físico como por los sufrimientos morales de la espera. Es éste un espectáculo que hace temblar al más valiente. Allí veréis la guerra, no bajo su aspecto hermoso, con la música, el redoble de los tambores, las banderas desplegadas y los generales que pasan al galope; la guerra que allí veréis es la guerra en toda su verdad, con todos sus horrores, sus sufrimientos y su espectáculo de la muerte horrible.

III

Al dejar esta casa de dolor, respiraréis más fuertemente el aire fresco, respiraréis con más libertad y estaréis más contentos de veros en plena salud; pero también en medio de estos sufrimientos comprenderéis toda vuestra nulidad y tranquilamente, resignadamente, como si os fuerais de paseo, os dirigiréis á los bastiones.

«Qué son la muerte y los males de un gusano como yo, en comparación de tantas muertes y tantos dolores!» Pero, á la vista del brillante sol, de la hermosa ciudad, de la iglesia abierta y de algunos militares que andan en todas direcciones, volveréis pronto á vuestro estado normal de indiferencia y de mezquinos cuidados, preocupándoos tan sólo de lo presente.

Quizás encontréis, al salir de la iglesia, el cortejo funerario de algún oficial, con su féretro color de rosa, la música que le acompaña y las flotantes banderas. Quizás oigáis el crepitar de las descargas que por pelotones se hacen incesantemente en las murallas; pero no os volverán ya vuestras antiguas ideas. Todo os parecerá bello y alegre; los funerales os parecerán un hermoso

espectáculo, la música fúnebre os parecerá un magnífico toque de guerra; pero nada de esto despertará en vosotros la idea clara y sugestiva de sufrimientos y de muerte, como lo habéis experimentado en la ambulancia.

Después de pasada la iglesia y la barricada, llegaréis á la parte más animada de la ciudad. A los dos lados de la calle veréis letreros de tiendas de todas clases y de tabernas. En todas partes y en todas las personas veréis firmeza de espíritu, lo mismo en los comerciantes que en las mujeres con sombrero ó con pañoleta y hasta en la elegancia y finas maneras de que hacen gala los oficiales; todo os dirá bien claro la firmeza de los habitantes.

Si queréis oir lo que cuentan algunos marinos y oficiales, entrad en una taberna; allí seguramente hablan de las últimas acciones de guerra, de lo caras y malas que son las chuletas y del modo cómo murieron tales ó cuales camaradas.

Un joven teniente, rubio, imberbe, con el cuello rodeado por un tapabocas, se queja de lo mal que se está en su puesto.

—Pues, dónde estáis?—le pregunta otro.

—En el cuarto bastión,—le responde el primero. Al oir estas palabras miráis con más atención y aún con cierto respeto al rubio oficial. Su desembarazo al moverse, la agitación excesiva de sus brazos, su modo de hablar que llega hasta el descaro, os sugiere la idea de que tenéis delante á uno de esos matones y perdonavidas en que suelen acabar muchos jóvenes de poca edad acostumbrados al peligro. Al ir á hablar creeréis que va á quejarse de que no se puede estar en su bastión á causa de las balas y las bombas que caen sobre él; pues no hay nada de eso. Se está mal á causa de la suciedad que reina allí, lo cual demuestra enseñando sus botas llenas de lodo hasta cerca de las rodillas y diciendo: «Casi no se puede estar en la batería». Otro dirá: «Hoy han metido una bala entre las cejas á mi mejor artillero.—Quién? Mitukhine?... —No; pero, por vida de... cuando me servirán mi ternera? Jamás he visto gente más canalla!—añade el tal dirigiéndose al mozo.—No, no era. Mitukhine, sino Abramov. Este sí que era un gran valiente, había tomado parte en seis asaltos».

Mientras estas conversaciones tienen lugar en un extremo de la mesa, en el otro se ven sentados delante de sendos platos de chuletas con guisantes y algunas botellas de vino agrio de Crimea y que hacen pasar por Burdeos, dos oficiales de infantería; uno es joven, con el cuello de la casaca rojo y dos estrellas en el capote, y cuenta al otro, con cuello negro y sin estrellas, lo sucedido en su puesto. El primero, que ya ha bebido bastante, manifiesta en

las pausas que hace y en su mirada indecisa, que tiene miedo de que no le crea todo lo que cuenta y especialmente la parte que él se atribuye en el hecho, por lo horroroso de su narración, pues es evidente que en su reseña se aparta mucho de la verdad. Pero dejemos estas habladurías que por mucho tiempo se oirán en todas las poblaciones rusas, por demasiado pequeñas. Vamos á ir lo más pronto posible á los bastiones, precisamente al cuarto, del cual tanto se habla y de tan diferentes modos, pues cuando alguno dice que él ha estado en el cuarto bastión, lo dice con una especie de placer y un orgullo particulares. Cuando otro dice: «Voy al cuarto bastión», se puede notar en su voz una pequeña emoción ó una indiferencia que es excesiva para ser verdadera. Cuando uno quiere burlarse de alguien basta decirle: «Será necesario enviarte al cuarto bastión». Cuando se encuentran camilleros y se les pregunta de dónde vienen, responden la mayor parte de las veces: «Del cuarto bastión». Pero en general hay dos opiniones, la una bien diferente de la otra, acerca de este terrible lugar; la de los que no han estado nunca en él y creen que es la tumba de todos los que van allí, y la de los que están siempre en él, como ese rubio alférez de navío, los cuales hablando del bastión, dicen simplemente que está limpio ó sucio, ó que la barraca es fría ó caliente.

IV

El tiempo ha cambiado completamente durante la media hora que acabamos de pasar en la taberna, una lluvia triste y fina cae mojando los techos, las calles y los capotes de los soldados, y la niebla que se extendía sobre el mar al levantarse el día se ha unido á las nubes contribuyendo á ocultar el sol.

Atravesáis aun otra barricada, abandonáis el centro de la ciudad y subís por la calle grande. Todas las casas de la calle que hay detrás de la barricada, están deshabitadas. No hay ningún letrero, las puertas están cerradas, las ventanas rotas, aquí un pedazo de pared derruído, allá un techo medio hundido. Los edificios parecen viejos veteranos probados por la desgracia y la miseria y que os miran con su poco de orgullo y aún con menosprecio. Por

el camino tenéis que apartar á un lado algunas balas de cañón que han caído allí y vadear no pocos baches, llenos ahora de agua, causados por bombas que han explotado en el suelo. Encontraréis también muchas compañías de soldados y marinos con sus oficiales; apenas encontraréis una sola mujer ni un niño, y si una encontráis es la esposa de algún marino malamente vestida y calzada con zapatos de soldado. Avanzando más y dando una pequeña vuelta, advertiréis que entorno vuestro no hay ya casas, y que montones de ruínas, restos de vigas, de cristales, puertas enteras ó hechas trizas os rodean por todas partes. Enfrente, sobre una colina muy empinada, veis un espacio negro, sucio, cruzado por multitud de fosos... pues, eso es el cuarto bastión... Aquí, ya apenas hallaréis á nadie, exceptuando algunos soldados que van con paso precipitado ó varios camilleros que conducen algún herido, ni veis ya una sola mujer, y dentro de las camillas se percibe alguna cara pálida, más bien dicho amarillenta, ó solamente un capote ensangrentado; si preguntáis á los camilleros, dónde tiene la herida el que llevan, éstos sin volverse siquiera os responderán de mala gana: «En la pierna, ó en el brazo», si el herido lo está levemente, pero callarán si en la camilla no se ve la cabeza, ó si el soldado está muerto ó herido gravemente.

Apenas empezáis á subir la colina ya oís el desagradable silbido de la bomba ó la bala, que no puede menos de molestaros. Y entonces empezáis á dar un valor muy diferente al ruído de los disparos que oíais desde la ciudad.

Algún recuerdo dulce ó agradable pasará por vuestra imaginación y os cuidaréis menos de observar á vuestro alrededor que de preservaros de las bombas y balas que caen entorno vuestro, y la indecisión empezará á ganaros.

Pronto, sin embargo, arrojáis de vuestro espíritu los síntomas de cobardía que empezabais á sentir; la vista del soldado que corriendo y riendo va delante os anima á ello, é involuntariamente levantáis la cabeza, enderezáis vuestro encorvado cuerpo y empezáis á subir aquella cuesta, por la cual resbaláis á cada momento. Al poco rato os preguntáis si no sería mejor que siguierais la trinchera paralela á la carretera, pues desde que empezasteis á subir las balas por todos lados os caen encima. Pero apenas habéis examinado la trinchera, que ya desecháis esa idea, pues toda ella está llena de un fango líquido y amarillo, de modo que para andar por allí os tendríais que hundir en él hasta las rodillas, decidiéndoos á pasar por la carretera, y más aun porque os parece que todos siguen ese mismo camino. Después de haber andado unos

doscientos pasos os encontráis en un recinto algo elevado, muy sucio y rodeado por todas partes de torres, montículos, trincheras, plataformas, barracas en las cuales se encuentran gruesos cañones de bronce y en donde ordenadamente amontonadas se pueden ver las balas y las bombas.

Todo parece haber sido reunido allí sin ningún objeto. Aquí, sentados sobre la misma batería, se ve un grupo de marinos; un cañón roto, y hundido hasta la mitad en el lodo, se halla en medio de la plazoleta; un soldado de infantería, armado de un fusil, saca sus pies del fango que parece que ha querido lavarlos. Y por todas partes, medio hundido en el lodo, veréis cascos, granadas que no han estallado, balas de cañón, restos y desperdicios de todas clases. Tan pronto os parece oir no muy lejos la explosión de una granada, como los diversos silbidos de las balas, murmurantes unos como la abeja y otros agudos y vibrantes.

Al oir el terrible rumor de los tiros que matan, os parece oir algo muy terrible, horripilante y sin embargo vuestro cuerpo no se extremece.

V

«Por fin estoy en el cuarto bastión, en este tan terrible y espantoso lugar!» pensáis, sintiendo germinar en vuestro interior un débil sentimiento de orgullo acompañado de otro muy grande de miedo comprimido. Pero os equivocáis. Esto no es el cuarto bastión, esto es el reducto de Jasón, paraje relativamente seguro y nada terrible. Para ir al cuarto bastión, tomad esa pequeña trinchera de la derecha, por donde se ha ido metiendo aquel soldado de infantería. Quizás hasta dentro de la misma trinchera encontraréis algunos camilleros, soldados ó marinos con azadas. Allí veréis los cavadores de pozos y de abrigos de tierra cubiertos de barro, en los cuales aún agachados solamente pueden meterse dos hombres; allá veréis algunos batallones de tiradores del Mar Negro que se ríen, comen y fuman despreocupados. Los restos de toda clase, los pedazos de hierro de todas formas y la misma hedionda suciedad os aparecerán otra vez de igual modo que en el reducto. Si andáis trescientos pasos más os encontraréis sobre la

misma batería, veréis una explanada cubierta de agujeros, rodeada de gaviones cubiertos de barro, de cañones sobre sus plataformas y de murallas de tierra. Aquí veréis cinco marinos jugando á cartas bajo el parapeto, más allá un oficial de marina que, viendo que sois un curioso, os mostrará con sumo gusto su instalación y todo lo que os pueda interesar. Este oficial hace tan tranquilamente sus cigarrillos de papel sentado sobre una de las piezas, se pasea tan tranquilamente de una cañonera á la otra, os habla con tanta calma, sin la más mínima afectación, que á pesar de que las balas silben á vuestro alrededor cada vez más seguidas, vos mismo os vais calmando é interrogáis y escucháis con atención los relatos del oficial. Este os explicará, sin que tengáis necesidad de pedírselo, el bombardeo del día 5. El os dirá que en su batería sólo un cañón funcionaba y que sólo le quedaban ocho hombres, pero que, á pesar de todas esas dificultades, á la mañana siguiente todos los cañones dispararon. También os explicará que el día 5 una bomba cayó sobre uno de los abrigos, debajo del cual había marineros y mató de un solo golpe á once de ellos. Desde la cañonera os enseñará las baterías y trincheras del enemigo que se hallan á una distancia de trescientas ó cuatrocientas *sagenas* (1). Solamente sentís algún miedo cuando sacáis el cuerpo fuera de la cañonera para mirar al campo enemigo, en el cual, sin embargo, nada distinguís con claridad...

Quizás el oficial de marina quiera, por vanidad ó por divertiros, tirar algunos cañonazos. «Artilleros, al cañón!» Enseguida catorce marinos, alegres y rápidos, quien metiendo la pipa en su bolsillo, quien comiendo un pedazo de pan, se acercan á los cañones y los cargan. Fijaos bien en los semblantes, expresión y movimientos de esos hombres. En cada arruga de su rostro moreno y musculoso, en sus anchas espaldas, en sus gruesas piernas cubiertas de enormes botas, en cada uno de sus movimientos tranquilos y firmes, se ven resaltar, por encima de todo, la sencillez y la obstinación, que hacen la fuerza del carácter ruso. Pero hoy os parece que á más de estos indicios fundamentales, el peligro, la cólera contenida y los sufrimientos ocasionados por la guerra, han puesto sobre sus caras la conciencia de su propio mérito, la noble idea de la patria y el sentimiento del honor.

De repente, un estallido horrísono que hace temblar no solamente el oído, sino todo vuestro sér, os impresiona de tal modo que todo vuestro cuerpo se extremece. Seguidamente oís el silbido de

(1) La *sagena* equivale á 2'134 m.

la granada que se aleja y la espesa humareda de la pólvora os cubre así como la plataforma y las negras figuras de los marinos que se mueven en ella. Pronto oiréis expresar á los marinos sus diversos sentimientos y veréis en sus rostros la expresión de un sentimiento que quizás no esperabais hallar en ellos; un sentimiento de concentrada cólera, de venganza hacia el enemigo, que hasta entonces había permanecido oculto en el alma de cada uno, aparece entonces con toda su fuerza. Esas exclamaciones de gozo hieren de pronto vuestros oídos: «Ha caído justamente en la cañonera! Creo que hemos muerto á dos! Sí, ahora se los llevan! Cómo se van á enfadar! Pronto tirarán hacia aquí!» añade alguien. Y en efecto, al poco rato veréis ante vuestros ojos una gran llama y una gran humareda. El centinela que está sobre el parapeto gritará: «Ca... ñón!» Y después oiréis el silbido de la bala que pasará por encima de vuestra cabeza y caerá en tierra proyectando á su alrededor una nube de piedras. El comandante de la batería, irritado, dará orden de cargar la segunda y tercera piezas. El enemigo contesta ya y todo vuestro sér experimenta curiosas sensaciones, es que

vais á ver y oir cosas interesantes. El centinela gritará de nuevo: «Ca... ñón» y oiréis el mismo ruído, el mismo golpe y la misma lluvia de piedras caerá sobre vosotros, ó bien gritará: «Mortero!» y oiréis entonces un silbido regular, bastante agradable, al cual es difícil asociar un pensamiento de horror. Este silbido se os acercará acelerando su rapidez, y enseguida veréis una esfera negra, un hoyo en el suelo y oiréis el terrible estampido de la bomba, los pedazos se dispersarán por el espacio, las piedras volarán por el aire y os quedaréis cubierto de lodo. Todo esto os hará experimentar un extraño sentimiento de placer, al mismo tiempo que de miedo. Cuando la bala se va acercando seguramente pensaréis que os va á matar, pero el amor propio os sostendrá y nadie se fijará en la angustia que oprime vuestro corazón. Pero, una vez ha pasado la bala sin tocaros, volvéis á la vida, y un sentimiento inexplicable, pero muy agradable y hondo, se apodera de vuestro espíritu, de modo que encontráis un encanto singular en el peligro, en este juego de la vida y de la muerte. Llegáis á desear que la bomba ó la bala caiga cada vez más cerca. Pero el centinela vuelve á gritar con su voz gutural y fuerte: «Mortero!» Otro silbido, otro golpe seco y otra explosión de la bomba. Mas, al mismo tiempo que este sonido, percibís esta vez un gemido humano. Al mismo tiempo que la camilla os acercáis al herido, quien, lleno de sangre y de lodo, presenta un aspecto nada humano... el pobre tiene una parte del pecho horrorosamente destrozada.

Durante los primeros instantes, en su cara cubierta de lodo, sólo se pinta el horror y la expresión fingida y prematura de sufrimiento de un hombre que se halla en tal estado. Cuando le acercan la camilla y él se tiende del lado no herido, veis que esa expresión ha hecho lugar á un sentimiento noble, inexpresable; sus ojos brillan de un modo extraordinario, sus dientes se aprietan unos con otros, levanta la cabeza un poco más, y mientras la endereza, se detiene la camilla y pausadamente dice á sus camaradas con voz temblorosa: «Hermanos, perdonad!» Quiere decir aun algo más y evidentemente algo muy emocionante, pero repite de nuevo: «Hermanos, perdonad!» En este momento un camarada le pone sobre la cabeza, que él tiende, la propia gorra, y con calma é indiferencia, agitando un poco las manos, vuelve á su cañón. Respondiendo á la expresión de horror que aparece en vuestro semblante, os dice el oficial de marina, haciendo tranquilamente un cigarrillo de papel amarillento: «Es así, cada día siete ú ocho hombres».

VI

. . . . . .

Ya habéis visto á los defensores de Sebastopol en el lugar mismo de la defensa y volvéis á la ciudad sin hacer caso de las granadas y de las balas que continúan silbando por toda la carretera. Marcháis con el espíritu tranquilo y el alma elevada. La idea de que es imposible quebrantar, poco ni mucho, la fuerza del pueblo ruso, es la principal convicción consoladora que habéis adquirido, y lo veis no en este conjunto de parapetos, de trincheras y de ruinas, de cañones amontonados unos encima de otros y de lo cual apenas comprendéis nada, sino que lo habéis visto en los ojos, en las palabras, en las actitudes, en eso que se llama «el alma» de los defensores de Sebastopol. Lo que ellos hacen lo hacen tan simple y naturalmente, sin ninguna clase de esfuerzo, que os quedáis convencidos de que ellos pueden alcanzar á todo. Allí comprendéis que no es el mezquino sentimiento de ambición y de olvido que vosotros habéis sentido, el que hace mover estos hombres, sino otro más poderoso, que les hace vivir tranquilamente bajo las balas y con cien probabilidades de muerte en vez de una, como tienen los demás mortales, sufriendo ayunos y privaciones, ó grandes peligros de morir; no hay amenazas que puedan hacer aceptar esas condiciones, debe haber otra causa noble y poderosa, y esta causa es un sentimiento raramente manifestado y escondido en el fondo del alma de cada ruso, es el amor á la patria. Solamente así los relatos sobre los primeros días del sitio de Sebastopol, cuando no había ni fortificaciones, ni cañones, ni ejército, ni ninguna probabilidad de poder guardar la ciudad, sin que hubiese, empero, ningún ruso que creyese que se rendiría al enemigo; cuando ese héroe digno de la Grecia antigua, el inmortal Kornilov, decía á los soldados: «Muramos, hijos míos, pero no rindamos Sebastopol» y que nuestros rusos, incapaces de ninguna clase de afectación, respondían: «Muramos, hurra!» solamente así, digo, estos relatos dejarán de ser para vosotros una bella tradición histórica y pasarán á ser una realidad de hecho. Así comprenderéis enteramente

á estos hombres, á estos héroes que, durante aquellos penosos tiempos no desmayaron, al contrario, elevaban su alma y con júbilo se preparaban á morir, no por la ciudad, mas si por la patria. Esta epopeya de Sebastopol, esta epopeya en la que el héroe fué el pueblo ruso, dejará en toda Rusia grandes y duraderos recuerdos.

El día desciende ya; el sol, antes de ocultarse, muéstrase un punto detrás de las nubes grises que cubren el cielo y, de un golpe, ilumínanse de un color rojo las blancas nubes, el azulado mar, cubierto de navíos y de botes balanceados por las olas, anchas y regulares, las blancas casas y la gente que circula por las calles. Sobre el agua se dispersan los sonidos de un viejo vals tocado por una música militar en el paseo y los cañonazos que, desde las trincheras, parecen contestar á la música con profunda extrañeza.

Sebastopol en mayo de 1855

I

Seis meses han transcurrido desde que la primera granada de los bastiones de Sebastopol silbó surcando la tierra donde construía sus trabajos de sitio el enemigo. Desde entonces, miles de granadas, de bombas y de balas volaron sin cesar de los bastiones á las trincheras y de las trincheras á los bastiones, mientras el ángel de la muerte se cernía incansable sobre ambos campos.

Millares de sentimientos humanos se vieron lastimados; millares de hombres se hallaron satisfechos, enorgullecidos, mientras otros tantos caían en brazos de la muerte. Cuántos vendajes y cuántos ataúdes! Y todos los días los mismos estampidos en los bastiones. Siempre el mismo temor involuntario y el mismo miedo; los franceses miraban todos los días desde su campamento, en la claridad de las noches con luna, la tierra amarillenta de los bastiones de Sebastopol, las negras figuras de nuestros marineros moviéndose en la penumbra, mientras contaban sus almenas amenazándolas con sus cañones de bronce. Todos los días lo mismo; el sargento observando desde la luneta, ó de lo alto del telégrafo, las figuras abigarradas de los franceses, sus baterías, sus atrincheramientos; las columnas moviéndose sobre la verde colina y las pequeñas humaredas brotando de detrás de las trincheras; y siempre con igual

ardor, desde las diversas partes del mundo, las muchedumbres de todos los pueblos tendiendo, con diversos deseos, sus pensamientos sobre ese punto fatal. Y la cuestión que los diplomáticos no han sabido resolver, no lo será tampoco ni con la pólvora ni con la sangre.

II

En un baluarte de la ciudad sitiada, la gran Sebastopol, detrás de su pabellón la música militar lanzaba á los aires sus acordes juguetones, mientras una muchedumbre endomingada de militares y mujeres iba y venía por las calles y plazas. El claro sol de la primavera, que por la mañana se mostró por el lado donde acampaban los ingleses, extendióse sobre los bastiones, luego sobre la ciudad, después sobre los cuarteles de Nicolás; brillante y gozoso para todos, descendió más tarde sobre el tranquilo y azulado mar, haciéndolo brillar con sus dorados rayos.

Un oficial de infantería, de elevada talla, pero algo encorvado, salió, poniéndose sus guantes, no muy blancos, pero limpios, de las pequeñas casas de los marineros, edificadas al lado izquierdo de la calle del Mar. Mirando pensativo sus pies subió hacia el paseo. El rostro del oficial no era bello, ni tenía expresión de muy inteligente, mas veíase en él la bondad, el buen sentido, la honradez y la elegancia. Falto de belleza y de soltura, sus movimientos eran un tanto embarazosos. Llevaba el gorro algo inclinado, un ligero capote de un extraño color de violeta y sobre el pecho lucía una cadena de reloj de oro, los pantalones con trabilla y los zapatos limpios y brillantes. Podía tomársele por un alemán si los trazos de su rostro no hubiesen denunciado su origen verdaderamente ruso, ó por un ayudante de campo ó un furriel, mas en este caso hubiera llevado espuelas; también parecía un oficial que, durante la campaña, hubiese permutado de la caballería ó quizás de la misma guardia. En efecto, había pasado de la caballería á la infantería nuestro oficial, que en estos momentos iba por el paseo pensando en la carta que acababa de recibir de su antiguo camarada, al presente retirado y propietario en el gobierno de T... y de

su esposa, su gran amiga Natalia. Volvió á leer uno de los párrafos de la carta de su amigo, que decía:

«Cuando nos traen *El Inválido,* Pupka,—el oficial retirado llamaba así á su mujer,—sale deprisa á la antecámara, atrapa

el diario y corre al fondo de nuestro salón, donde te acordarás habíamos pasado contigo tan buenas veladas de invierno cuando tu regimiento estaba en nuestra ciudad, y allí lee y se entera de vuestros actos heroicos con un calor que tú no puedes imaginarte. Mi esposa habla á cada momento de tí: «Mikhailov, dice, he aquí un *corazón de hombre;* estoy pronta á abrazarle así que le vea. *Se*

bate en los bastiones; alcanzará, ciertamente, la cruz de San Jorge y se hablará mucho de él en los periódicos... etc., etc.» Creo que empiezo á estar celoso de tí».

Luego añadía: «Los periódicos nos llegan con desesperante retraso; encuéntranse en ellos, sin duda, relatos muy extensos, mas no puede prestarse fe á todos ellos. Por ejemplo, las *señoritas músicas* que tú ya conoces, me contaron ayer que Napoleón se dejó coger por unos cosacos y que ha sido enviado á Petersburgo. Mas no pienses que yo lo crea! Un amigo mío llegó ayer de Petersburgo; es muy afecto al ministro y es un hombre encantador, de modo que mientras ha estado en la ciudad ha sido para todos nosotros un excelente recurso, como tú no puedes imaginarte, éste nos contó como cosa cierta que los nuestros han ocupado Eupatoria, *de suerte que los franceses han quedado sin comunicación con Balaclava,* y que durante este hecho quince mil franceses y doscientos de los nuestros fueron muertos. Mi mujer ha estado muy entusiasmada con esta nueva, que ella ha *bombeado* toda la noche; dice que tiene el presentimiento de que tú te hallabas en este hecho y que en él te has distinguido mucho».

A pesar de las palabras y expresiones que he subrayado expresamente, y todo el tono de la carta, el capitán ayudante Mikhailov, recordaba con placer, impregnado de honda tristeza, á su querido amigo de provincias y las veladas pasadas con él en el comedor de su casa hablando íntimamente. Recordaba á su buen amigo el hulano, su descontento siempre que perdía jugando á la baraja, aunque se jugaban sólo un kopek, y el modo cómo se burlaba de él su esposa. Recordaba la amistad que ciertas personas le profesaban, y le parecía haberla apreciado más en la esposa de su querido amigo... todos estos recuerdos surgían en su imaginación iluminados de una luz dulce, agradable, rosácea.

Sonriendo ante ese pasado, apretó con la mano el bolsillo en donde guardaba esta carta para él tan deliciosa.

De estos recuerdos, involuntariamente, nuestro capitán Mikhailov pasó á los ensueños y esperanzas. Cuánta será la alegría y el júbilo de Natalia, pensaba él, siguiendo una angosta calle, cuando el mejor día lea en *El Inválido* que yo he sido el primero en recibir la cruz de San Jorge? Creo que recibiré el título de comandante por este acto. Enseguida, es muy posible que sea el mismo año, ascenderé á teniente coronel, pues muchos de ellos han muerto, y probablemente morirán muchos más aun durante esta campaña. Después vendrán otros combates y como ya seré conocido se me confiará el mando de un regimiento... Coronel, condecoración de Santa Ana... Cuando sea general haré una visita á Natalia, viuda ya de mi camarada...—en sus ensueños éste había de morir durante ese tiempo;—cuando los sonidos de la música del paseo llegaron distintamente á sus oídos, la muchedumbre apareció ante sus ojos y él se encontró en el paseo siendo un simple capitán de infantería.

III

Entonces se acercó al pabellón donde tocaban los músicos, á los cuales los soldados de su mismo regimiento sostenían los papeles en vez de servirse de los atriles; alrededor de ellos, mirando más que escuchando, los soldados de administración, los sargentos y las niñeras con los chiquillos formaban círculo. Alrededor del kiosco, unos paseando, otros formando corrillos, hallábanse la mayoría de los marinos, ayudantes de campo y oficiales con sus blancos guantes. En la grande Alameda del centro paseaban oficiales de todos grados, mujeres de toda clase, pocas con sombrero, la mayoría con pañoleta y algunas sin una cosa ni otra, pero no había ninguna vieja, todas eran jóvenes. Más abajo, en los paseos umbrosos y perfumados por las acacias blancas, grupos solitarios se paseaban ó se detenían en animadas conversaciones.

Nadie en particular demostró satisfacción al ver en el paseo al capitán ayudante Mikhailov, exceptuando quizás los capitanes de su regimiento Objogov y Sauslikov, que le estrecharon la mano; el primero llevaba pantalones de pelo de camello, capote usado y sin guantes, su encendido rostro estaba sudoroso; y al otro, de ademanes desenvueltos, demostraba importársele un ardite lo que dijeran los oficiales enguantados que por allí paseaban; pero seguramente no era por ellos que el capitán ayudante Makhailov había subido al paseo, ni tampoco por la música, lo cual bien pudo comprenderse al ver el tacto que puso en saludar á un ayudante de campo y á otro oficial de Estado Mayor que por dos veces había encontrado en casa de un amigo y á quienes procuraba acercarse, para tener ocasión de estrecharles la mano y en amigable conversación con ellos, que por su grado podían saber todas las novedades que ocurrían, llegar á saberlas él también.

Mas por qué, pues, el capitán ayudante Mikhailov sentía tanto temor y no se decidía á acercarse del todo á ellos? Por qué se hacía la reflexión de que quizás no le devolverían el saludo, ó si acaso le saludarían friamente, ó bien continuarían hablando entre sí como si él no existiera, ó simplemente se alejarían de él, dejándole solo los soberbios *aristócratas*. El mote «aristócrata», aplicado á una índole superior, á lo escogido no importa en qué clase, desde algún tiempo había penetrado en nuestra patria, en Rusia, donde parecía no deber siquiera existir, y, sin embargo, alcanzó gran popularidad, penetrando en todas las provincias y en todas las clases de la sociedad... Dónde se desarrolla la vanidad y dónde no forma su nido este miserable sentimiento? Ah! lo mismo se anida en los comerciantes que en los furrieles y oficiales, lo mismo en Saratov que en Mamadikhi ó Viniritza, en todas partes donde los hombres se juntan y reunen. Y como en la sitiada ciudad de Sebastopol había muchos hombres, no era extraño que hubiese, por lo tanto, gran cantidad de vanidad, es decir, de *aristocracias;* pero, á pesar de ello, la muerte lo mismo se cebaba en los unos que en los otros.

Para el capitán Objogov, el capitán ayudante Mikhailov, es un *aristócrata;* para el capitán ayudante Mikhailov, el ayudante de campo Khaluguin es un *aristócrata,* así como todos los ayudantes de campo. Para el ayudante de campo Khaluguin, el conde Nordov es un *aristócrata,* porque es ayudante de campo del Emperador.

Vanidad, vanidad, en todas partes vanidad; hasta los hombres que se aprestan á morir por una idea elevada llegan al pie de la tumba llenos de vanidad. Vanidad, éste es el rasgo característico y la enfermedad particular de nuestro siglo. Por qué entre los hombres de otros tiempos no se hablaba tanto de esta pasión como de la viruela ó el cólera? Por qué en nuestro siglo sólo existen tres clases de hombres: Unos, que aceptan la vanidad como una cosa necesaria, natural y por consiguiente justa y á ella se someten libremente; otros, que la aceptan como una condición desgraciada, pero indestructible, y los terceros, que inconscientemente y de un modo servil y pasivo se someten á su influencia?

Por qué los Homeros y los Shakespeares sólo hablaban del amor, de la gloria y de los sufrimientos, y en cambio la literatura de nuestro siglo no es más que la historia sin fin de los *snobs* y los vanidosos?

El capitán ayudante pasó dos veces indeciso por delante del grupo de *aristócratas* compuesto por cuatro oficiales: el ayudante de campo Khaluguin, conocido de Mikhailov: el ayudante de campo

príncipe Galtzine, un poco más *aristócrata* que Khaluguin mismo; el coronel Neferdov, uno de los denominados *ciento veintidós,* hombres de mundo vueltos al servicio en esta campaña después de haber tomado el retiro, y el capitán Praskukhin, otro de los *ciento veintidós,* y sólo á la tercera vez y haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo se decidió á acercarse á ellos.

Por bondad hacia Mikhailov, Khaluguin lo recibió bastante bien, y á pesar de que el general acababa de hablarle confidencialmente y de que el príncipe Galtzine, que acababa de llegar de San Petersburgo, era su huésped, no encontró humillante el tender la mano al capitán ayudante Mikhailov, lo que no se decidió á hacer Praskukhin, á pesar de haberse encontrado varias veces con Mikhailov en el bastión y haber bebido varias veces de su vino y de su aguardiente y de que además le debía doce rublos y medio que perdió en una partida de preferencia. Como no conocía aun muy á fondo al príncipe Galtzine, no quiso demostrar ante él sus relaciones con un simple capitán ayudante, así es que apenas le devolvió el saludo.

—Qué tal, capitán? Cuando nos hallaremos de nuevo en el bastión?—le preguntó Khaluguin.—Recordáis cuando nos hallamos en el reducto de Schwartz?... fué un combate rudo, verdad?

—Sí, anduvo aquello algo fuerte,—dijo Mikhailov, recordando que aquella noche, pasando por la trinchera para ir al bastión, había encontrado á Khaluguin que marchaba bravamente haciendo sonar el sable;—yo tenía que volver mañana, mas como tenemos un oficial enfermo,—continuó Mikhailov—en ese caso...

Quería contarles que aquel no era su turno, que el comandante de la octava compañía estaba indispuesto, y no quedando en ella más que un sub-teniente, había creído de su deber ofrecerse para ocupar la plaza del teniente Nepchissetzki, siendo esto causa de haber ido aquel día al bastión; pero Khaluguin le interrumpió, dirigiéndose á Galtzine.

—Me parece que uno de estos días pasará algo gordo,—dijo.

—Por ventura sucederá hoy mismo ese *algo,*—preguntó tímidamente Mikhailov, dirigiendo sus miradas tan pronto á Khaluguin como á Galtzine.

Nadie respondió á esta pregunta. El príncipe Galtzine se contentó con fruncir las cejas y lanzarle una mirada por encima del gorro, y después de un corto silencio, dijo:

—Qué bonita niña aquella del pañuelo rojo!... La conocéis vos, capitán?

—Habita cerca de mi casa; es la hija de un marinero,—respondió el capitán ayudante.

—Entonces... Examinémosla un poco.

Y el príncipe Galtzine cogió del brazo á Khaluguin y al capitán ayudante, pero de modo que este último quedase bastante rezagado, para que no pudiese sentir gran placer con semejante distinción.

El capitán ayudante era algo supersticioso y le pareció que era cometer un gran pecado el ocuparse de mujeres teniendo que ir al combate, mas en aquel caso se hizo el despreocupado, nada de lo cual creían ni el príncipe Galtzine ni Khaluguin, quienes dirigieron alegres sus pasos hacia la niña del pañuelo rojo, quien había visto más de una vez sonrojarse al capitán cuando pasaba por debajo de su ventana. Praskukhin marchaba detrás, y á cada punto cogía la mano del príncipe Galtzine, y le hacía en francés diversas observaciones. Como no podían marchar los cuatro de frente por la estrechura de la arboleda, se había visto precisado á marchar solo; pero á la segunda vuelta cogió del brazo á un oficial de marina muy conocido, llamado Serviahgin, quien se le había acercado y dirigido la palabra, deseando visiblemente juntarse también con el grupo de los *aristócratas*.

El bravo oficial alargó con júbilo su mano musculosa y leal á la de Praskukhin, bien conocido de todos, hasta de Serviahgin, como hombre *poco estimable*. Cuando Praskukhin explicó su conocimiento con este bravo marino, dijo que era un militar muy valiente; el príncipe Galtzine, que había estado el día anterior en el cuarto bastión y había visto estallar una bomba á veinte pasos de distancia, se consideró tan bravo como aquel caballero; y convencido de que muchas de las reputaciones se adquieren sin otros méritos, no hizo ningún caso de Serviahgin.

Le era tan agradable al capitán ayudante Mikhailov el poder pasear con aquella compañía, que olvidó por completo la *embelesadora* carta de T... y los sombríos pensamientos que le obsesionaban á causa de su próxima marcha al bastión. Estuvo con ellos hasta el momento que empezaron á hablar exclusivamente de cosas íntimas, evitando el mirarle y dándole á entender que ya podía ó debía marcharse, hasta que al fin se alejaron sin decirle una palabra. A pesar de esto, el capitán ayudante estaba contento, de modo que al pasar frente al *junker* barón de Pest, que estaba más altivo y orgulloso que nunca después de la noche anterior en que por primera vez había pasado al blindaje del quinto bastión, gracias á lo cual ya se creía un héroe, no le lastimó la expresión

de rencor con que el *junker* se enderezó y se quitó el gorro al pasar por delante de él.

IV

Mas desde que el capitán hubo traspuesto el umbral de su alojamiento, otra clase de ideas invadieron su mente. Examinó su pequeña habitación con su suelo de tierra, húmedo, con sus ventanas medio caídas, con papeles en vez de vidrios; su vieja cama, un gran tapiz colgado en la pared representando una amazona, y encima de él dos pistolas de Tula; y á un lado el lecho, sucio, con un cubre camas de algodón, de un *junker* que vivía con él; luego se fijó en su ordenanza Nihila, que con sus cabellos desgreñados, pringosos, se levantaba del suelo procurando alisárselos; después se fijó en su viejo capote, en sus zapatos y el pequeño paquete en el que había un pedazo de queso y una botella de aguardiente, preparado ya para llevárselo al bastión, y entonces recordó que tenía que ir á los alojamientos á pasar la noche con su compañía.

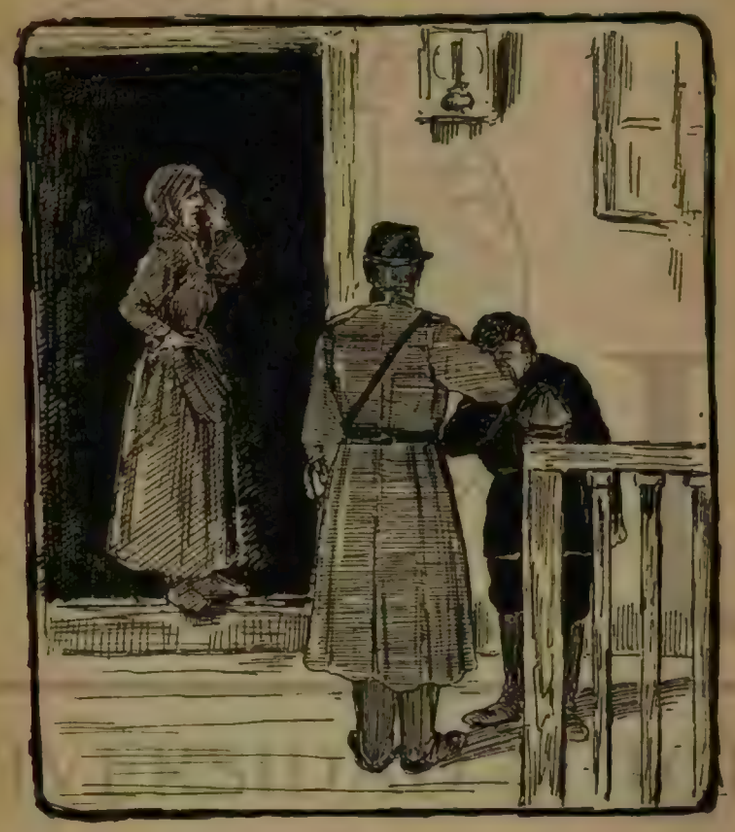
«Esta noche me matarán, seguramente, pensó el capitán ayudante, lo presiento, tanto más porque éste no era mi turno y yo mismo me he brindado á ir; si esta noche es como las demás, morirán todos los que se han ofrecido á ir. Y desde cuándo está enfermo este maldito Nepchissetzki? Es muy posible que él no esté del todo enfermo y que por su causa muera un hombre, y moriré, seguramente... Y si no muero, oh! entonces seré propuesto para un ascenso. He conocido que quedaba satisfecho el coronel cuando yo he dicho:

«Si el teniente Nepchissetzki está enfermo, permitidme que yo ocupe su lugar».

»Si no soy promovido al grado de mayor, seguramente se me concederá la cruz de San Valdimiro; ésta será, por lo demás, la décima tercera vez que iré al bastión; trece, éste es mal número; moriré, seguramente; estoy seguro de que me matarán; era necesario que uno ú otro fuera, pues no podía enviarse la compañía al mando de un solo teniente; y si sucediera *algo?* No es el honor del regimiento, es el honor del ejército el que está en juego. *Mi*

deber era ir; éste era mi sagrado deber; en cuanto á mí... tengo un fatal presentimiento!»

El capitán ayudante olvidaba que un presentimiento semejante más ó menos fuerte, no era la primera vez que lo sentía; él quizás



no sabía que el que va á un trabajo expuesto, peligroso, en grado más ó menos grande, siente igual presentimiento. Tranquilizado por la idea del deber, qué en el capitán ayudante estaba muy desarrollada y fortalecida, se sentó delante de la mesa y se puso á escribir una carta de despedida á su padre. Diez minutos después, habiendo terminado la carta, se levantó de la mesa con los ojos humedecidos por las lágrimas, y repitiendo mentalmente

todas las plegarias que sabía, empezó á vestirse. Cogió el cepillo, un poco usado ya, y lo pasó perezosamente por su vestido nuevo; el viejo que el capitán ayudante llevaba de ordinario para ir al bastión, no lo tenía aun reparado.

—Por qué mi traje viejo no está ya remendado?—Tú no sabes hacer otra cosa que dormir?—dijo malhumorado Mikhailov.

—Cómo dormir,—murmuró Nihila,—todo el día ando corriendo cómo un perro y ni aun aquí puede uno dormir.

—Ya veo que aun estás borracho.

—Por qué me hacéis esos reproches?... No es seguramente con vuestro dinero que me emborracho.

—Calla, imbécil,—gritó irritado ya y presto á pegarle el capitán ayudante, perdiendo del todo la paciencia y entristecido al mismo tiempo por la grosería de Nihila, á quien de todas maneras quería mucho, pues ya hacía doce años que lo tenía á su servicio.

—Imbécil? Imbécil?—repitió el criado.—Por qué me llamáis imbécil? Desde cuándo?... Además, es malo injuriar.

Mikhailov recordó donde tenía que ir y se sintió avergonzado.

—Eres capaz de hacer perder la paciencia á un santo, Nihila, —dijo con voz dulce.—Esta carta es para mi padre, déjala tal como está, encima de la mesa, no la toques,—añadió ruborizándose.

—No temáis, no la tocaré,—dijo Nihila emocionado aun bajo la influencia del vino... ó de *su dinero*, como él decía, y deseoso de demostrar ganas de llorar parpadeó de lo lindo.

Cuando ya en el dintel de la puerta, el capitán ayudante le dijo: «Adiós, Nihila»; éste de golpe estalló en sollozos y se arrojó sobre la mano de su amo, besándosela. «Adiós, señor», le dijo con entrecortado llanto. La vieja mujer del marinero, que estaba en el dintel de la puerta, como mujer al fin, no pudo menos de tomar parte en esta escena sentimental, enjugándose los ojos con la sucia manga de su vestido y diciendo: «Uno ama á sus amos y he aquí que uno sufre por ellos», y empezó luego á contar por centésima vez á Nihila, borracho, cómo ella era una pobre mujer que había quedado viuda y cómo su marido había sido muerto durante el primer bombardeo, su casita destruída, pues la que habitaba entonces no era suya, etc. Así que hubo partido su amo, Nihila cesó de repente de llorar, encendió su pipa y pidió á la pequeña hija de la casera que fuese á buscar aguardiente y empezó á disputar con la vieja con motivo de un pequeño cubo que él afirmaba haberle roto.

«Puede ser que sólo me hieran», pensaba el capitán ayudante acercándose con su compañía al bastión, en donde debía pasar la

noche. «Mas en donde lo seré y cómo? Aquí ó aquí?», se preguntaba señalando el vientre y el pecho; «si es aquí, se llevarán chasco, mas si es aquí... todo se acabó». Por las trincheras llegó alegre á los alojamientos y desde aquel momento y en la más completa oscuridad, ayudado de un oficial de zapadores, hizo poner á sus hombres al trabajo, sentándose él en un pequeño hueco debajo del parapeto. El bombardeamiento era flojo, la pólvora se inflamaba raramente lo mismo en un lado que en otro y las mechas encendidas de las bombas trazaban pocas veces su arco de fuego en el cielo negro y estrellado. Mas todas las bombas del enemigo caían detrás ó á la derecha de los alojamientos ó del pequeño hueco donde estaba sentado el capitán ayudante. Este comió un poco de queso, bebió un trago de aguardiente, encendió un cigarrillo y, rogando á Dios, probó de dormir un rato.

V

El príncipe Galtzine, el coronel Neferdov y Praskukhin á quien nadie había invitado y ni siquiera dirigido la palabra, y que á pesar de esto, se fué con ellos cuando dejaron el paseo, marcháronse á tomar el té en casa de Khaluguin.

—Y bien, no sé que hayas reñido con Vaska Mendel,—dijo Khaluguin quitándose la capa, sentándose en un muelle y confortable sillón, cerca de la ventana, y desabrochándose el cuello de su camisa blanca y almidonada, de fina tela de Holanda.—Cómo es, pues, que se ha casado?

—Oh! eso es toda una historia, querido! Ya te dije que hubo tiempo que no se habló de otra cosa en San Petersburgo,—dijo riendo el príncipe Galtzine, y apartándose del piano junto al cual estaba, fuese á sentar cabe la ventana, cerca de Khaluguin. Es una graciosa historia. Conozco todos los detalles...

Y alegremente, con mucho ingenio, contó una historia amorosa que omitiremos, puesto que no tiene ningún interés para nosotros.

Era digno de notarse que no sólo el príncipe Galtzine, sino que también los demás caballeros, el uno sentado cabe la ventana, el otro con las piernas cruzadas y el tercero junto el piano, parecían

muy otros de cuando se paseaban por la alameda. No presentaban aquel ceño ridículo ni aquel orgullo que demostraban ante los oficiales de infantería. Aquí parecían, sobre todo Khaluguin y el príncipe Galtzine, jóvenes muy gentiles, y de lo más alegre y mejor que corría. La conversación fué rodando acerca de sus camaradas y conocidos de San Petersburgo.

—Y Maslovski, qué hace?

—Cuál? el hulano ó el de la guardia de caballo?

—A los dos conozco; al de la guardia lo recuerdo de cuando era todo un galopín, apenas salido de la escuela. Al primogénito, el capitán de caballería, es al que me refiero.

—Oh! desde hace tiempo...

—Qué? está aun con su gitana?

—No, la dejó...

Y la charla continuó por este mismo estilo.

Después el príncipe Galtzine se sentó al piano y cantó muy bien una canción gitana. Praskukhin, sin que nadie se lo pidiera, cantó también, si bien le propuso al príncipe que continuara, pues á él le gustaba mucho.

El criado trajo té, crema y pasteles en una fuente de plata.

—Dale al príncipe,—dijo Khaluguin.

—Quién pensaría,—añadió Galtzine tomando un vaso y apartándose hacia la ventana,—que estamos aquí en una ciudad sitiada: el piano, el té, la crema y un aposento tal, que verdaderamente ya quisiera ver otro parecido en San Petersburgo.

—Si no fuera por esto,—dijo el viejo teniente coronel, siempre descontento de todo—esta situación sería del todo insoportable, esta atención continuada sobre lo que puede acaecer, ver cómo cada día mueren hombres y hombres, sin jamás prever el fin... Y con esto os hacen vivir en el mismo lodo, no hay comodidades...

—Pues, cómo lo harán nuestros oficiales de infantería que viven en los bastiones, con sus soldados, dentro del blindaje y comen la sopa de los soldados? Cómo lo harán ellos?—dijo Khaluguin.

—Que cómo lo harán ellos? Es verdad que durante diez días no se han mudado la ropa, mas ellos son los héroes, los hombres admirables!...

En este momento un oficial de infantería entró en el aposento.

—Yo... he recibido orden... Podría ver al general?... Vuestra Excelencia, de parte del general N...?—dijo todo confundido.

Khaluguin se levantó; mas, sin responder al saludo del oficial, y con una cortesía ofensiva y una vaga sonrisa, muy tieso, dijo al oficial que esperara un poco, y sin invitarle á tomar asiento ni

prestarle más atención, volvióse hacia Galtzine, habló le á éste en francés, mientras que el pobre oficial parado en medio de la estancia no sabía qué hacer de su persona.

—Es para un asunto muy urgente,—añadió por fin el oficial después de un corto silencio.

—Ah! entonces, vamos, si os place,—respondió Khaluguin, y tomando su capa salieron juntos hasta la puerta.

. . . . . .

—Y bien, señores, creo que esta noche irá caliente la cosa,—dijo Khaluguin al volver de casa del general.

—Ah! qué hay? una salida?—preguntaron los otros á la vez.

—No lo sé. Ya lo veremos todos,—respondió Khaluguin con sonrisa misteriosa.

—Mi comandante está en el bastión, yo debo ir también,—dijo Praskukhin, cogiendo su sable.

Pero nadie le respondió. El sabría si debía ir ó no.

Praskukhin y Neferdov salieron para ir á su guardia.

—Adiós, señores; hasta la vista, señores. Aun volveremos á vernos esta noche,—gritó Khaluguin desde la ventana, mientras que Praskukhin y Neferdov, inclinados sobre sus sillas cosacas se alejaban al gran trote.

El galope de los caballos cosacos perdióse bien pronto en las calles sombrías.

—No me dijiste que habría algo de importancia esta noche?—preguntó Galtzine, acercándose á la ventana detrás de Khaluguin, y mirando las bombas que pasaban por encima de los bastiones.

—A tí ya te lo puedo contar. Ves tú... Tú has estado en el bastión?—Galtzine hizo un signo afirmativo, aunque había ido una sola vez al cuarto bastión.—Pues bien, frente de nuestra luneta hay una trinchera...—y Khaluguin, que no era ningún estratega, aunque creía sus explicaciones sobradamente claras y precisas, empezó á embrollarse un poco, tergiversando los términos de fortificaciones y defensas, relatando el estado de los trabajos de los nuestros y el de los enemigos y el plan de batalla proyectado.

—Sin embargo, empiezan á tirar muy cerca de los alojamientos. Oh! oh! Esta bomba va para nosotros ó para ellos? Ah! ya ha estallado!...—exclamaron ambos, asomados á la ventana y mirando las líneas fulgurantes de las bombas que se cruzaban en el aire, la llamarada que despedían al estallar y que iluminaba por un momento el cielo azul oscuro, el humo blanquecino de la pólvora, y escuchando atentamente el cañoneo que aumentaba cada vez más.

—Qué hermoso golpe de vista!—dijo Khaluguin llamando la

atención de su huésped sobre aquel espectáculo verdaderamente bello.—Sabes tú que hay veces que no se distingue si es una bomba ó una estrella?

—Es verdad, de momento creía ver una estrella, y, mira como baja... Hela allí á punto de estallar. Y á esta grande estrella como la llamaremos?

—Sabes que nos iremos habituando á estas bombas y que estoy persuadido de que en Rusia, en alguna noche como esta estrellada, creeré que todo son bombas, tanto se acostumbra uno á ello?

—Sin embargo, no piensas hacerme ir á este asalto, verdad?—exclamó Galtzine después de un momento de silencio.

—Qué idea, querido, ni pienso en ello. Yo no te dejaré ni un momento,—respondió Khaluguin.—Todavía hay tiempo, amigo...

—Entonces, seriamente, crees que no me harán ir, eh?

En este momento, en la dirección hacia donde ellos miraban, por encima del rumor de la artillería se oyó otro horroroso de fusilería y millares de pequeños fuegos estallando sin cesar brillaron sobre toda la línea.

—Ahora empieza la verdadera lucha,—dijo Khaluguin.

—Yo no puedo oir con indiferencia los disparos de los fusiles. Se me llevan el alma. Allá va! Hurra!—gritó respondiendo á los gritos lejanos y prolongados de centenares de voces que desde el bastión llegaban hasta ellos.

—De quién son estos hurras, de los nuestros ó de los *otros*?

—No lo sé... mas parece que la batalla es al arma blanca, pues la fusilería ha calmado.

En este momento, cerca del umbral, bajo la misma ventana, se paró un oficial seguido de un cosaco y se bajó del caballo.

—De dónde venís?

—Del bastión. Nos falta un gefe...

—Entonces... Y bien, qué?

—Han atacado los alojamientos... Los han copado... Los franceses han enviado grandes reservas... Han atacado á los nuestros... No había más que dos batallones,—pronunció, sofocado, el oficial, que era el mismo que había ido anteriormente, y respirando con pena se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Y bien, hacia dónde se han retirado?—preguntó Galtzine.

—No,—respondió bruscamente el oficial.—Un batallón se ha prestado á venir en nuestra ayuda y los hemos podido repeler. Pero... el coronel ha muerto, lo mismo que un gran número de oficiales. Entonces me han dado la orden de venir á buscar refuerzos...

Y diciendo esto, pasó con Khaluguin á casa del general, en donde nosotros no les seguiremos.

Cinco minutos después, Khaluguin estaba montado sobre un caballo cosaco, con ese aspecto un si es elegante, con el cual, como ya lo he hecho notar, todos los ayudantes de campo aparecían con tipo atrayente, y al galope partió al bastión para transmitir algunas órdenes y esperar la noticia de los resultados de las mismas.

El príncipe Galtzine, bajo la influencia que producen siempre sobre el espectador que no toma en ella una parte directa, los indicios de una cercana lucha, salió á la calle y, sin objeto ninguno, empezó á pasearse de arriba á abajo.

VI

Algunos soldados trasladaban heridos en las camillas y sosteniendo á otros por el brazo. La calle estaba del todo oscura. Solamente algunas de las ventanas del hospital estaban entreabiertas, así como las celdas de los oficiales que estaban de guardia. En los bastiones seguía el mismo estallido de los cañones y fusiles, y numerosas bombas alumbraban el oscuro cielo. De cuando en cuando oíase el galope de un caballo, el gemido de un herido, el paso y las conversaciones de los camilleros, los lamentos de las mujeres enloquecidas de terror y de los habitantes que, en el dintel de sus puertas, miraban al cielo y escuchaban el bombardeo.

Entre estos últimos hallábanse nuestros conocidos Nihila y la vieja mujer del marinero, con la cual ya se había reconciliado, y su hija, niña de diez años.

—Oh, Señor! Oh, Santa Virgen María!—murmuraba suspirando la vieja, mientras sus miradas seguían el curso de las bombas que, como bolas de fuego, saltaban seguidamente de un lado y de otro.

—Qué maldad! Qué maldad! Oh! oh! oh! no puede siquiera compararse al primer bombardeo! Ah! la maldita, en dónde habrá estallado!... Justo, en los alrededores de nuestra casa, dentro de la población.

—No, un poco más lejos; en casa de la tía Arinka. Ya cayó días atrás una en su jardín,—dijo la niña.

—En dónde estará mientrastanto mi amo?—dijo Nihila con voz fuerte, cantante, todavía algo borracho. Ah! cuánto quiero yo á mi amo! Ni yo mismo lo sé bien, mas le quiero tanto, que si él muere,

Dios no lo quiera, credme, *abuelita,* no sé lo que haré, os lo juro! El sí que es un buen amo! A él sí que no se le puede comparar con estos que por ahí juegan á cartas! Esos, puf! helo aquí todo,—concluyó Nihila, mostrando la ventana alumbrada del aposento de su amo, en donde, en ausencia del capitán ayudante, el *junker* Joadtcheski, para festejar su condecoración, había invitado á los tenientes Ogrovitch y Nepchissetzki, que sólo estaba enfermo de una simple fluxión.

—Oh! las estrellitas! las estrellitas! Cómo ruedan!—dijo la niña, rompiendo el silencio que se había seguido á las palabras de Nihila, mientras miraba al cielo.—Miradla! miradla! otra que ha caldo! Por qué será esto? Ah! mamá!

—Serán capaces de destruir del todo nuestra pequeña casa,

Y diciendo esto, pasó con Khaluguin á casa del general, en donde nosotros no les seguiremos.

Cinco minutos después, Khaluguin estaba montado sobre un caballo cosaco, con ese aspecto un si es elegante, con el cual, como ya lo he hecho notar, todos los ayudantes de campo aparecían con tipo atrayente, y al galope partió al bastión para transmitir algunas órdenes y esperar la noticia de los resultados de las mismas.

El príncipe Galtzine, bajo la influencia que producen siempre sobre el espectador que no toma en ella una parte directa, los indicios de una cercana lucha, salió á la calle y, sin objeto ninguno, empezó á pasearse de arriba á abajo.

VI

Algunos soldados trasladaban heridos en las camillas y sosteniendo á otros por el brazo. La calle estaba del todo oscura. Solamente algunas de las ventanas del hospital estaban entreabiertas, así como las celdas de los oficiales que estaban de guardia. En los bastiones seguía el mismo estallido de los cañones y fusiles, y numerosas bombas alumbraban el oscuro cielo. De cuando en cuando oíase el galope de un caballo, el gemido de un herido, el paso y las conversaciones de los camilleros, los lamentos de las mujeres enloquecidas de terror y de los habitantes que, en el dintel de sus puertas, miraban al cielo y escuchaban el bombardeo.

Entre estos últimos hallábanse nuestros conocidos Nihila y la vieja mujer del marinero, con la cual ya se había reconciliado, y su hija, niña de diez años.

—Oh, Señor! Oh, Santa Virgen María!—murmuraba suspirando la vieja, mientras sus miradas seguían el curso de las bombas que, como bolas de fuego, saltaban seguidamente de un lado y de otro.

—Qué maldad! Qué maldad! Oh! oh! oh! no puede siquiera compararse al primer bombardeo! Ah! la maldita, en dónde habrá estallado!... Justo, en los alrededores de nuestra casa, dentro de la población.

—No, un poco más lejos; en casa de la tía Arinka. Ya cayó días atrás una en su jardín,—dijo la niña.

—En dónde estará mientrastanto mi amo?—dijo Nihila con voz fuerte, cantante, todavía algo borracho. Ah! cuánto quiero yo á mi amo! Ni yo mismo lo sé bien, mas le quiero tanto, que si él muere,

Dios no lo quiera, credme, *abuelita,* no sé lo que haré, os lo juro! El sí que es un buen amo! A él sí que no se le puede comparar con estos que por ahí juegan á cartas! Esos, puf! helo aquí todo,—concluyó Nihila, mostrando la ventana alumbrada del aposento de su amo, en donde, en ausencia del capitán ayudante, el *junker* Joadtcheski, para festejar su condecoración, había invitado á los tenientes Ogrovitch y Nepchissetzki, que sólo estaba enfermo de una simple fluxión.

—Oh! las estrellitas! las estrellitas! Cómo ruedan!—dijo la niña, rompiendo el silencio que se había seguido á las palabras de Nihila, mientras miraba al cielo.—Miradla! miradla! otra que ha caldo! Por qué será esto? Ah! mamá!

—Serán capaces de destruir del todo nuestra pequeña casa,

—exclamó la vieja suspirando y sin responder á la pregunta de la niña.

—Mamá, cuándo iremos allá abajo con el tío?—continuó con voz melosa la niña;—allá ví un gran mortero en la sala, cerca del armario; seguramente lo tienen allí para meter miedo á los que quieran entrar en el aposento... Es tan grande que yo no pude levantarlo.

—Las que tienen marido ó mucho dinero se han marchado,—dijo la vieja;—he aquí la última casita que nos aplastarán. Mira! mira! cómo echa fuego el maldito! Oh! Señor! Señor!

—Al poco rato de haber salido nosotras, señor Nihila, cayó una bomba, que al estallar levantó un gran trozo de tierra que poco le faltó para que nos matara á mí y al tío.

VII

Galtzine encontró cada vez mayor número de heridos; los unos en camillas, los otros á pie sostenidos por otros y todos hablando entre sí en voz alta.

—Cuántos han caído de los nuestros! Hermanos míos,—dijo con voz de bajo un soldado de alta talla, que llevaba colgados dos fusiles á la espalda,—en el momento de caer sobre nosotros, han gritado: «Allah! Allah!» (1). Trepaban verdaderamente los unos por encima de los otros. Muertos unos, otros subían detrás. Nosotros no podíamos ya. Nadie podía prever el fin...

En este punto Galtzine le detuvo preguntándole:

—Vienes del bastión?

—Seguramente, Vuestra Señoría...

—Y bien! Qué ha sucedido allá? Explícate.

—Qué ha sucedido? Grandes fuerzas, Vuestra Señoría, se han acercado, han trepado por las rampas... y se acabó... Todo lo han aplastado, Vuestra Señoría.

(1) Nuestros soldados, durante la guerra con los turcos, se acostumbraron á los gritos de los enemigos y creyeron que los franceses también gritaban Allah! *Nota del autor.*

—Cómo, que lo han aplastado todo? Pero vosotros los habréis rechazado?

—Quiá! cómo rechazarlos cuando toda su fuerza se nos ha echado encima? Han aplastado á los nuestros, que no recibieron socorro alguno.

El soldado se engañaba, puesto que nosotros ocupábamos la trinchera. Mas esto es una cosa que todo el mundo puede notar: el soldado herido considera siempre perdida la batalla y horriblemente sangrienta, sobrepujando siempre á lo real lo imaginado.

—Pues, cómo á mí me han dicho que los habíais rechazado?—exclamó con despecho Galtzine.—Puede ser que los hayan rechazado después de tu partida. Hace rato que estabas allá?

—Acabo de llegar, Vuestra Señoría,—respondió el soldado,—es poco probable lo que decís... La trinchera ha de caer hacia aquel lado... *Ellos* han de estar ya dentro...

—Eh! Cómo no os avergonzáis de no haber visto cómo se recobraba la trinchera? Esto es horrible!—exclamó Galtzine entristecido por tanta indiferencia.

—Qué hacer contra la *fuerza?*—murmuró el soldado.

—Eh! Vuestra Señoría,—exclamó otro soldado desde la camilla en dónde yacía tendido.—Cómo no han de haberse rendido cuándo lo han aplastado todo! Si hubiésemos recibido algunos refuerzos, jamás en la vida nos hubiéramos rendido. Mas, así, qué hacer? Yo he muerto á uno, mas de golpe me han herido á mí... Oh! oh! oh! Más dulcemente, hermano, más dulcemente. Oh! oh! oh!—exclamó gimiendo el herido.

—En efecto, me parece que son muchos los soldados heridos,—dijo Galtzine, llamando de nuevo al soldado de alta talla portador de los dos fusiles.—Por qué te alejas tú? Eh, detente.

El soldado se detuvo y con la mano izquierda quitóse la gorra.

—Dónde vas por aquí?—le gritó severamente.—Allá...

Pero en ese momento, acercándose más al soldado, vió que la mano derecha la llevaba vendada hasta la muñeca y ensangrentada hasta el codo.

—Estoy herido, Vuestra Señoría.

—Herido? Dónde?

—Aquí, probablemente de una bala,—respondió el soldado enseñando su brazo.—Además, ni yo mismo lo sé; me parece que estoy también herido en la cabeza; é inclinándose mostró sus cabellos ensangrentados y pegados por la sangre en la nuca.

—De quién es ese otro fusil?

—Es un fusil francés, Vuestra Señoría. Yo mismo lo he qui-

tado á un soldado... Yo no me hubiera marchado de allá arriba si no hubiese sido para acompañar á este hombre, que encontré herido,—añadió, señalando á otro soldado que marchaba algo más adelante sirviéndose de su fusil como de un bastón y que andaba con dificultad apoyándose en la pierna izquierda.

Galtzine experimentó de pronto una gran pena por sus suposiciones injustas, y ruborizándose se volvió, dejando ya de interrogar á los heridos, y, apartando de ellos la vista, dirigióse hacia la ambulancia.

Habiéndose franqueado camino hasta el dintel de la puerta por entre los heridos que marchaban á pie y los camilleros que entraban con heridos ó salían llevando muertos, Galtzine penetró en la primera sala, miró y al instante, casi involuntariamente, volvióse hacia la calle; aquello estaba horrible.

La larga y alta sala, muy sombría, pues sólo la alumbraban cuatro ó cinco bujías con las cuales los médicos se acercaban á los heridos para examinarlos, estaba del todo llena. Los camilleros conducían sin cesar heridos y más heridos y los colocaban uno al lado de otro en el suelo; el sitio era tan escaso que los infelices se empujaban y se ahogaban con la sangre unos de otros. Los mares de sangre que se percibían en los sitios vacíos, la febril respiración de aquellos centenares de hombres y la respiración fatigosa de los camilleros formaba una atmósfera especial, pesada, penosa, nauseabunda... mientras acá y allá de la sala brillaban pálidamente las luces de las bujías.

El murmullo de los gemidos, de los suspiros, de los estertores, interrumpido á veces por algún agudo grito, llenaba la sala. Los enfermeros, con rostro tranquilo, con la expresión suya particular, nada femenina ni lloricona, sino práctica, activa, pasaban con cuidado por entre los capotes y camisas ensangrentadas de los heridos, llevando las medicinas, el agua, las vendas y las hilas. Los doctores, con las mangas arremangadas, de rodillas ante los heridos y á su lado los enfermeros sosteniendo las bujías, inspeccionaban, palpaban, sondaban las heridas á pesar de los grandes gemidos y de los ruegos de los infelices.

En el momento en que Galtzine había entrado por la puerta de la sala, uno de los doctores estaba sentado cerca de ella, delante de una mesa é inscribía ya el número 532.

—Ivan Bogaiev, soldado de la 3.ª compañía del regimiento S...: *Fractura del femur complicada...*—Luego se acercó á uno del extremo de la sala, y mientras le tentaba la pierna lastimada:—Lleváoslo.

—Oh! oh! *padrecitos!* Vosotros sois nuestros padres!—gritaba el soldado, suplicando que no se lo llevasen.

—*Perforatio capitis...* Simeón Neferdov, teniente coronel del regimiento N... de infantería.

—Sufrid un poco, coronel, pues de otro modo es imposible, tendría que dejaros,—dijo el médico, tanteando con un ganchito y con sumo cuidado la cabeza del infeliz teniente coronel.

—Ah! No lo hagáis! En nombre de Dios... Más aprisa! Ah! ah!

—*Perforatio pectoris...* Sebastián Serida, soldado... de qué regimiento? Pero, no lo inscribáis. *Moritur*. Lleváoslo,—dijo el doctor alejándose del soldado, el cual, con los ojos desencajados, dejó en aquel punto de respirar.

Cerca de cuarenta camilleros, esperando para llevarse los soldados curados al hospital y los muertos á la capilla, estaban de pie cerca de la puerta, silenciosos y de tiempo en tiempo suspiraban penosamente contemplando este triste cuadro.

VIII

Siguiendo su ruta, cuando iba al bastión, Khaluguin encontró muchos heridos, mas sabiendo por experiencia cuánto este espectáculo es pernicioso para el ánimo de los soldados, no solamente no se detuvo para interrogarlos, sino que procuraba no fijar su atención en ellos. Cerca ya de la colina encontró á un oficial de órdenes que, al gran galope, descendía del bastión.

—Zobkine! Zobkine! Atended un momento!

—Qué hay? qué me queréis?

—De dónde venís?

—De los alojamientos.

—Y cómo está aquello? Va vivo?

—Ah! es terrible.

Y el oficial alejóse al gran galope.

La fusilería parecía más débil, pero el cañoneo iba tomando nueva fuerza.

«Ah! que malo es eso», pensó Khaluguin sintiendo lo desagra-

dable de la guerra, y enseguida se le ocurrió un presentimiento, el presentimiento común á todos, el presentimiento de la muerte.

Mas Khaluguin tenía mucho amor propio y sus nervios eran de cuero, en una palabra, podía aplicársele el adjetivo de «valiente»; no se abandonaba de ningún modo al primer impulso, y se alentaba recordando á un ayudante de campo de Napoleón, quien, después de transmitir sus órdenes á toda prisa, se acercó á Napoleón con la cabeza ensangrentada. «Estáis herido?» le preguntó Napoleón. «Os pido perdón, señor, pero estoy muerto» y diciendo estas palabras el ayudante de campo cayó exánime de su caballo.

Khaluguin hallaba este hecho muy hermoso, y en su imaginación creía sér como ese ayudante. Llevado de este impulso, dió un latigazo á su caballo y tomó un aire aun más bravo de *cosaco,* volvióse varias veces para mirar al cosaco que, tieso sobre los estribos, galopaba detrás de él, hasta que llegó, lleno de ansia de combatir, á un paraje en donde encontró á cuatro soldados que, sentados sobre unas piedras, fumaban su pipa.

—Qué hacéis aquí vosotros?

—Hemos conducido á un herido, Vuestra Señoría, y nos hemos sentado aquí un instante para descansar,—contestó uno de ellos, ocultando su pipa trás de su espalda mientras se quitaba el gorro.

—Si es así, ya habéis descansado bastante! Marchad á vuestros puestos!

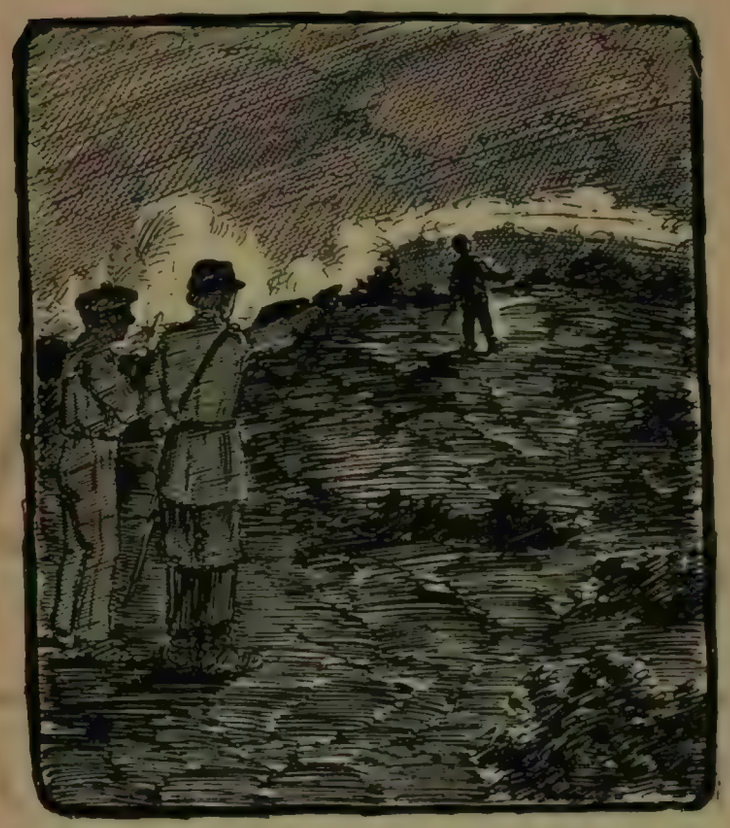
Con ellos y por las trincheras, subió la colina, encontrando á cada paso heridos y más heridos. Llegó á lo alto de la montaña, volvió á la izquierda y á los pocos pasos se encontró completamente solo. Muy cerca de él un estallido hizo retumbar la trinchera.

Una bomba se elevó delante de él y pareció que iba á caerle casi encima. De repente un gran miedo se apoderó de él y corriendo dió cinco ó seis pasos cayendo cuán largo era en el suelo. Cuando oyó estallar la bomba lejos del sitio en que había él caído, sintió gran rabia contra sí mismo y al levantarse miró si alguien le había visto caer, mas por su fortuna nadie había por allí.

Una vez el miedo ha penetrado en el alma le cuesta mucho ceder su puesto á otro sentimiento. El que se había jactado de no doblegarse jamás, á paso rápido, casi saltando, marchó hacia la trinchera. «Ah! esto es malo!» pensó en alta voz, «seguramente que aquí moriré». Sintiendo que su respiración se hacía difícil y que un sudor frío inundaba su cuerpo, procuró animarse y no dejarse vencer por tales sentimientos.

De pronto, delante de él, oyó rumor de pasos, entonces se enderezó levantando la cabeza y haciendo sonar bravamente su sable,

se puso á andar con más viveza que antes. Cuando se cruzó con un oficial de zapadores y un marinero y el primero le gritó: «A tierra!» mostrándole el punto luminoso de la bomba que se acercaba cada vez más rápida y más brillante, para caer cerca de la trinchera, él



sólo inclinó, involuntariamente, un poco la cabeza, bajo la influencia de aquel grito espantoso.

—He aquí un valiente,—dijo el marinero que, con mirada tranquila había visto caer la bomba, y que, juzgando que los trozos de la bomba no podían alcanzar la trinchera, no se tomó la pena de inclinarse.

Khaluguin no tenía que dar más que algunos pasos para atra-

vesar un pequeño terraplén ascendente y llegar al blindaje en donde se hallaba el comandante del bastión, cuando de pronto se sintió otra vez ofuscado por aquel miedo estúpido. Su corazón palpitaba más fuerte y la sangre se agolpaba á su cabeza y tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para llegar al bastión.

—Cómo estáis tan sofocado?—le preguntó el general, cuando le hubo transmitido las órdenes que llevaba.

—Porque he andado muy aprisa, Excelencia.

—Queréis beber un vaso de vino?

Khaluguin bebió el vaso de vino y encendió un cigarrillo. La batalla había terminado, sólo un fuerte cañoneo se oía aun por cada lado. Dentro del blindaje estaban sentados el general N..., el comandante del bastión y seis oficiales, entre los cuales hallábase Praskukhin hablando sobre los diversos detalles de la batalla. Sentado dentro de este confortable aposento, tapizado de papel blanco y en el que se veía un diván, una cama, una mesa llena de papeles, un reloj de péndulo y dos sillones, delante de los cuales ardía una lamparilla; estudiando con la mirada los gestos de aquellos hombres ó las gruesas vigas del techo y escuchando los cañonazos que desde dentro del blindaje parecían muy débiles, á Khaluguin le parecía imposible que por dos veces se hubiese dejado dominar por una flaqueza de ánimo imperdonable. Enfadábase consigo mismo y deseaba encontrarse otra vez en el peligro para probar de nuevo su valor.

—Ah! estoy satisfecho de encontraros aquí, capitán!—dijo dirigiéndose á un oficial de marina con uniforme de Estado Mayor, grandes bigotes y ostentando la cruz de San Jorge en el pecho, que acababa de entrar en aquel momento en el interior del blindaje, pidiendo al general que le diese hombres para reparar una batería y limpiarla de escombros.

—El general me ha ordenado que os preguntara si vuestros cañones pueden tirar metralla sobre las trincheras,—le preguntó Khaluguin así que el jefe de la batería concluyó de hablar con el comandante del bastión.

—Sólo hay una pieza que pueda hacerlo,—respondió bruscamente el capitán.

—Cuando gustéis, pues, iremos á verlo.

El capitán frunció las cejas y murmuró:

—Toda la noche la he pasado allí y he venido para descansar un rato. No podrías ir solo? Allá abajo, mi ayudante, el teniente Kartz, os lo enseñará todo.

Desde hacía seis meses, el capitán comandante de esta batería, una de las más peligrosas y mucho más por no tener blindaje, desde el principio del sitio, vivía en el bastión, sin haber salido ni una sola vez de él, habiendo adquirido entre los marinos una gran reputación de valiente.

A Khaluguin le sorprendió mucho su respuesta y en su imaginación formuló este pensamiento: «He aquí lo que son las reputaciones!» y con tono algo burlón dijo:

—Pues bien, iré solo, si me lo permitís.

Mas el capitán no hizo caso de sus palabras, ni del tono con que fueron pronunciadas.

Khaluguin no se hacía cargo de que él, en distintas ocasiones, sólo había pasado en el bastión unas cincuenta horas, mientras que el capitán vivía allí desde hacía seis meses, y además á Khaluguin le movía no poco la vanidad, el deseo de brillar, la esperanza de la recompensa, de la reputación y el encanto atractivo del peligro; mientras que el capitán había dejado ya muy atrás todas esas ilusiones; al principio también las había sentido, como todos, hacía el valiente, se arriesgaba esperando obtener merecida recompensa, pues la reputación ya la había adquirido, pero en el transcurso de aquel tiempo todos aquellos excitantes habían perdido su fuerza y hoy veía las cosas de muy distinto modo. Cumplía exactamente con su deber, y se daba muy buena cuenta de la suerte que había tenido en poder conservar su vida durante los seis meses que pasara en el bastión y no quería tentar la suerte exponiendo su vida sin extricta necesidad, de modo que fué el joven teniente, entrado en la batería la semana anterior, quien tuvo que enseñársela.

A éste le pareció diez veces más valiente el teniente que el capitán.

Khaluguin y el teniente, andando uno delante de otro, avanzaron hacia las trincheras y se encaramaron en las banquetas.

Después de haber inspeccionado la batería, al volver al blindaje, Khaluguin encontró al general, que, con sus ordenanzas, dirigíase hacia el punto de observación.

—Capitán Praskukhin,—dijo el general—os ruego que vayáis al alojamiento de la derecha y digáis al segundo batallón que trabaja allí, que deje el trabajo, salga sin hacer ruído y vaya á reunirse con su regimiento que está al pie de la montaña, en la reserva... Comprendéis? Conducidlo vos mismo hasta dicho punto.

—Está bien.

Praskukhin corrió á toda prisa hacia el sitio señalado.

Los cañonazos eran cada vez más escasos.

IX

—Es este el segundo batallón del regimiento M...?—preguntó Praskukhin á los primeros soldados que acarreaban sacos de tierra, ya cerca del alojamiento.

—Sí, señor.

—En dónde está el comandante?

Mikhailov, oyendo que alguien llamaba al capitán de la compañía, salió del pequeño reducto en donde estaba y, tomando á Praskukhin por un jefe, se acercó á él saludando militarmente.

—El general os ordena... que deprisa... y sobre todo en silencio... os retiréis... no, que paséis á la reserva,—dijo Praskukhin lanzando una mirada oblicua en dirección á los fuegos enemigos.

Después de haber reconocido á Praskukhin, Mikhailov dejó caer su mano y comprendiendo de lo que se trataba, trasmitió la orden; los soldados se agitaron cogiendo sus fusiles y capotes y el batallón ya formado púsose en marcha.

Quien no lo haya probado, no puede imaginarse el placer que se siente al poder alejarse, después de tres horas de bombardeo, de un sitio tan peligroso como lo eran aquellos alojamientos.

Mikhailov, que durante aquellas tres horas había creído muchas veces, y no sin fundamento, su *fin* inevitable, habíase habituado á la idea de que le matarían y de que no pertenecía ya á este mundo, y sin embargo tuvo que hacer un esfuerzo para impedir que sus piernas echaran á correr, cuando delante de la compañía y al lado de Praskukhin salió de los alojamientos.

—Hasta más ver,—le gritó el comandante mayor del otro batallón que quedaba en el alojamiento, desde el cruce del parapeto en que estaba sentado comiendo queso.—Buen viaje!

—Os deseo una afortunada defensa! Parece que ahora se ha calmado eso.

Mas apenas acababa de pronunciar estas palabras, que el enemigo, sospechando sin duda un movimiento por el lado de los alojamientos, empezó un tiroteo cada vez más rápido. Los nuestros le respondieron y otro cañoneo muy fuerte recomenzó. Las estrellas

estaban ya muy altas, pero poco brillantes; la noche oscura, sólo los fogonazos y el estallido de las bombas iluminaban por un momento los diversos objetos. Los soldados andaban silenciosos y se apartaban involuntariamente el uno del otro. Entre los estallidos de las bombas que de un modo seguido se sucedían, oíase el ruído acompasado de las pisadas sobre el seco camino, los chasquidos de las bayonetas al chocar entre sí, el suspiro ó la plegaria de un soldado. «Oh, Dios! Dios! Señor! Qué es esto?» Por todas partes se oían los gemidos de los heridos y los gritos: Camilla! En sólo la compañía que mandaba Mikhailov, durante esta memorable noche, veintiséis soldados cayeron muertos por el fuego de la artillería.

Una llamarada ilumina el lejano y oscuro horizonte. El centinela grita: «Ca... ñón!» y la bomba, silbando por encima de la compañía, húndese en la tierra proyectando á su alrededor una lluvia de piedras.

«Que el diablo se los lleve! Con qué calma marchan! pensaba Praskukhin, volviendo la cabeza á cada momento, mientras andaba al lado de Mikhailov. Verdaderamente sería mucho mejor que echara á correr; yo ya he cumplido mi deber trasmitiendo la orden... por lo tanto... mas no, después podrían decir que soy un cobarde. Venga lo que venga, no me muevo de su lado».

«Por qué se pone tan junto á mí? pensaba por su parte Mikhailov, he observado ya varias veces que la desgracia va con él; hela allí, cualquiera diría que esa bomba viene derecha á nosotros!»

Después de algunos centenares de pasos encontraron á Khaluguin que, haciendo sonar fuertemente su sable se dirigía hacia los campamentos, enviado por el general para enterarse de cómo avanzaban los trabajos, mas al encontrarse con los que de allí volvían, pensó que no tenía necesidad alguna de aventurarse bajo el terrible fuego que allí se sufría, ya que podía pedir á éstos detalles del sitio de donde venían; en efecto, Mikhailov le dió todos los detalles apetecidos acerca de los trabajos realizados. Khaluguin, después de haber andado un rato á su lado, volvióse por la trinchera que conducía al blindaje.

—Y bien, qué hay de nuevo?—le preguntó un oficial que estaba cenando dentro del aposento.

—Nada, parece que no sucederá nada nuevo.

—Cómo nada? Al contrario, el general acaba de llegar de allá arriba. Otro regimiento más ha llegado... atended... no oís de nuevo la fusilería? No habéis ido allá arriba?... por qué?—preguntó el oficial fijándose en el gesto que hizo Khaluguin.

«Quizás debí haber dicho que había estado allá! pensó Khalu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

guin; mas por hoy ya he corrido demasiadas aventuras. Qué fusilería más horrible!»

—En efecto, creo que será mejor que les espere aquí,—añadió en voz alta.

Veinte minutos después el general estaba de vuelta con sus ayudantes, entre los cuales estaba el *junker* barón Pest, pero á Praskukhin no se le volvió á ver. Los campamentos habían sido otra vez ocupados por los nuestros.

Después de haber recibido reseñas detalladas de la batalla, Khaluguin y Pest salieron del blindaje.

X

—Tenéis el capote manchado de sangre; os habéis batido al arma blanca?—le preguntó Khaluguin.

—Oh! esto es terrible, no podéis llegar á imaginároslo...

Y Pest púsose á contarle cómo él condujo la compañía, cómo había muerto el comandante, del modo cómo había matado á un francés y cómo sin más ni más todo se había perdido.

Las grandes líneas de lo por él explicado, la muerte del comandante de la compañía y la del francés muerto por Pest, eran exactas, pero en cuanto á los detalles, el *junker* procuró aumentarlos en todo lo que pudiera glorificarle.

Si se alabó demasiado quizás fué involuntariamente, porque durante todo el combate se encontró como si le envolviese una niebla que le sumergiera en la inconciencia, hasta tal punto, que todo lo que pasó le parecía hacer ya tiempo que había sucedido. Era, pues, natural que procurara presentar los detalles de aquella jornada lo más favorables para él. Pero nosotros expondremos las cosas tal y cómo sucedieron.

El batallón á que el *junker* fué designado para tomar parte en la salida, durante dos horas aguantó el fuego enemigo detrás de un muro; después el comandante del batallón, que se hallaba al frente, pronunció algunas palabras; los comandantes de las compañías repitieron la orden, el batallón movióse, salió del parapeto y adelantando cien pasos se detuvo y formóse en columnas por compañías.

A Pest le ordenaron que se mantuviese en el flanco derecho de la segunda compañía.

No dándose cuenta ni del lugar en donde estaba ni el por qué de aquella salida, el *junker* ocupó su puesto y reteniendo involuntariamente el aliento mientras que un glacial escalofrío recorría su espalda, inconscientemente miró hacia la lejana oscuridad previendo algo terrible entre aquella sombra. No es que sintiera miedo, puesto que no se oían los disparos de la fusilería enemiga, era más bien una sensación de extrañeza al pensar que se hallaba fuera de los fuertes y en pleno campo. De nuevo el comandante del batallón, que continuaba al frente, pronunció algunas palabras; los oficiales se miraron y cuchicheando trasmitieron las órdenes que se les acababa de dar y súbitamente el negro lienzo que formaba la primera compañía se bajó: había recibido la orden de tenderse en el suelo, la segunda la imitó y al hacerlo Pest hirióse la mano con un espino.

Sólo el comandante de la segunda compañía se mantuvo en pie; su pequeña figura, con el sable tendido, que agitaba sin cesar de hablar, movíase delante de la compañía.

—Hijos míos! Atención! Sed valientes como yo! No disparéis los fusiles, abordemos á estos canallas con las bayonetas! Cuando yo grite *hurra!* seguidme todos, que nadie recule... Manteneos apretados, unidos. Nosotros, aunque nos hagamos visibles, no caeremos en el fango. Ea! hijos míos, por el Zar, por nuestro padre!

—Cómo se llama nuestro comandante?—preguntó Pest al *junker* que estaba tendido á su lado.—Es todo un valiente!

—Sí, en la batalla siempre es igual, se llama Lisinkovsky,—respondió el *junker*.

En este momento, delante de la compañía, brilló de súbito una llamarada seguida de un estallido que ensordeció á toda la compañía. Arriba, en el espacio, volaron las piedras y los cascos de una bomba tirada desde el punto de elevación y el hecho de caer tan cerca de la compañía probó que los franceses habían visto ya la columna; una de las piedras caídas de lo alto destrozó la pierna de un soldado.

—Ah! lanzad bombas! Pero dejadnos acercar un poco á vosotros y entonces, malditos! probaréis la bayoneta rusa!—exclamó en alta voz el jefe de la compañía, de modo que el comandante del batallón le mandó á decir que se callara y no metiera tanto ruido.

Después de esto, la primera compañía levantóse, luego la segunda y el batallón, recibida la orden de bajar las armas, púsose en marcha. Pest, lleno de pavor, ni se dió cuenta del tiempo que

guin; mas por hoy ya he corrido demasiadas aventuras. Qué fusilería más horrible!»

—En efecto, creo que será mejor que les espere aquí,—añadió en voz alta.

Veinte minutos después el general estaba de vuelta con sus ayudantes, entre los cuales estaba el *junker* barón Pest, pero á Praskukhin no se le volvió á ver. Los campamentos habían sido otra vez ocupados por los nuestros.

Después de haber recibido reseñas detalladas de la batalla, Khaluguin y Pest salieron del blindaje.

X

—Tenéis el capote manchado de sangre; os habéis batido al arma blanca?—le preguntó Khaluguin.

—Oh! esto es terrible, no podéis llegar á imaginároslo...

Y Pest púsose á contarle cómo él condujo la compañía, cómo había muerto el comandante, del modo cómo había matado á un francés y cómo sin más ni más todo se había perdido.

Las grandes líneas de lo por él explicado, la muerte del comandante de la compañía y la del francés muerto por Pest, eran exactas, pero en cuanto á los detalles, el *junker* procuró aumentarlos en todo lo que pudiera glorificarle.

Si se alabó demasiado quizás fué involuntariamente, porque durante todo el combate se encontró como si le envolviese una niebla que le sumergiera en la inconciencia, hasta tal punto, que todo lo que pasó le parecía hacer ya tiempo que había sucedido. Era, pues, natural que procurara presentar los detalles de aquella jornada lo más favorables para él. Pero nosotros expondremos las cosas tal y cómo sucedieron.

El batallón á que el *junker* fué designado para tomar parte en la salida, durante dos horas aguantó el fuego enemigo detrás de un muro; después el comandante del batallón, que se hallaba al frente, pronunció algunas palabras; los comandantes de las compañías repitieron la orden, el batallón movióse, salió del parapeto y adelantando cien pasos se detuvo y formóse en columnas por compañías.

A Pest le ordenaron que se mantuviese en el flanco derecho de la segunda compañía.

No dándose cuenta ni del lugar en donde estaba ni el por qué de aquella salida, el *junker* ocupó su puesto y reteniendo involuntariamente el aliento mientras que un glacial escalofrío recorría su espalda, inconscientemente miró hacia la lejana oscuridad previendo algo terrible entre aquella sombra. No es que sintiera miedo, puesto que no se oían los disparos de la fusilería enemiga, era más bien una sensación de extrañeza al pensar que se hallaba fuera de los fuertes y en pleno campo. De nuevo el comandante del batallón, que continuaba al frente, pronunció algunas palabras; los oficiales se miraron y cuchicheando trasmitieron las órdenes que se les acababa de dar y súbitamente el negro lienzo que formaba la primera compañía se bajó: había recibido la orden de tenderse en el suelo, la segunda la imitó y al hacerlo Pest hirióse la mano con un espino.

Sólo el comandante de la segunda compañía se mantuvo en pie; su pequeña figura, con el sable tendido, que agitaba sin cesar de hablar, movíase delante de la compañía.

—Hijos míos! Atención! Sed valientes como yo! No disparéis los fusiles, abordemos á estos canallas con las bayonetas! Cuando yo grite *hurra!* seguidme todos, que nadie recule... Manteneos apretados, unidos. Nosotros, aunque nos hagamos visibles, no caeremos en el fango. Ea! hijos míos, por el Zar, por nuestro padre!

—Cómo se llama nuestro comandante?—preguntó Pest al *junker* que estaba tendido á su lado.—Es todo un valiente!

—Sí, en la batalla siempre es igual, se llama Lisinkovsky,—respondió el *junker*.

En este momento, delante de la compañía, brilló de súbito una llamarada seguida de un estallido que ensordeció á toda la compañía. Arriba, en el espacio, volaron las piedras y los cascos de una bomba tirada desde el punto de elevación y el hecho de caer tan cerca de la compañía probó que los franceses habían visto ya la columna; una de las piedras caídas de lo alto destrozó la pierna de un soldado.

—Ah! lanzad bombas! Pero dejadnos acercar un poco á vosotros y entonces, malditos! probaréis la bayoneta rusa!—exclamó en alta voz el jefe de la compañía, de modo que el comandante del batallón le mandó á decir que se callara y no metiera tanto ruido.

Después de esto, la primera compañía levantóse, luego la segunda y el batallón, recibida la orden de bajar las armas, púsose en marcha. Pest, lleno de pavor, ni se dió cuenta del tiempo que

hacía que marchaba, ni del lugar en que se encontraba, ni de lo que había hecho. Marchaba como un hombre borracho. De súbito brillaron miles de fogonazos por todos lados, algo silbó á su alrededor. Gritó y enfurecióse porque sí, puesto que todos gritaban y enfurecíanse. Enseguida tropezó con un bulto y cayó... era el comandante de la compañía que, marchando al frente de la misma, había caído herido y tomando al *junker* por un francés, lo cogió por la pierna; cuando el *junker* desasió su pierna y levantóse, detrás de él y de entre la oscuridad, salió un hombre que de nuevo le hizo caer. Otro gritó: «Mátalo! quién es ese que tienes aquí!» Entonces cogió su fusil y hundió la bayoneta en algo muy blando.

Ah! Dieu! gritó una voz terrible, penetrante; entonces Pest comprendió que había muerto á un francés. Un sudor frío inundó su

cuerpo, tembló como si se hallara sobrecogido de fiebre y tiró con violencia el fusil. Esto fué cosa de pocos momentos, pues al instante le vino á la mente que había estado hecho un héroe, cogió de nuevo el fusil y uniendo sus gritos á los de la multitud, gritó: Hurra! y huyó deprisa del francés muerto por él. Veinte pasos más allá

estaba la trinchera; allí se defendían los nuestros con los comandantes de los batallones al frente.

—Acabo de matar á un francés!—dijo al comandante del batallón.

—Bravo, barón,—le contestó el comandante.

. . . . . .

—Sabéis que Praskukhin ha muerto?—dijo Pest acompañando á Khaluguin que se volvía á su casa.

—Es posible?

—Seguro, yo mismo lo he visto.

—Adiós, llevo prisa.

«Estoy muy contento, pensaba Khaluguin andando hacia su posada, por la primera vez desde que estoy en el servicio he sido afortunado; una hermosa batalla y... estoy sano y salvo. Las promociones serán soberbias, seguramente se me concederá la espada de oro; después de todo, méritos he hecho para ello».

Habiendo contado al general todo lo acaecido, fuése á su aposento donde le esperaba, leyendo un libro que halló sobre la mesa, el príncipe Galtzine, ya de retorno de su excursión.

Con gran placer Khaluguin se sintió en su casa lejos del peligro, cambió de ropa, poniéndose la camisa de dormir, abrigóse y se metió en cama y entonces empezó á contar á Galtzine todos los detalles del combate, de un modo natural, pero procurando que en esos mismos detalles se destacara que él había sido un oficial activo y valeroso, aunque le parecía inútil hacerlo observar, pues todos lo sabían y nadie tenía derecho ni motivo para ponerlo en duda, salvo quizás el difunto capitán Praskukhin, quien á pesar de considerar como una dicha el poder pasearse del brazo de Galtzine y de Khaluguin, la vigilia había contado á un amigo que Khaluguin era un buen muchacho; pero que, dicho sea en secreto, no le gustaba mucho ir á los bastiones.

. . . . . .

Así que Praskukhin, caminando al lado de Mikhailov, se había separado de Khaluguin y se había acercado á sitios menos peligrosos, empezó á sentirse renacer; pero en aquel mismo momento percibió detrás una llama que brillaba con claridad siniestra y oyó al centinela gritar: «Mor... tero!» y las palabras de uno de los soldados que decía: «Caerá precisamente en el bastión».

Mikhailov se separó un poco. La llamarada clara de la bomba parecía haber llegado al punto culminante y en esta posición es imposible adivinar la dirección que tomará al caer. Mas, esto sólo duró un momento, la bomba cayó cada vez más rápida, de suerte

que podían verse las chispas que lanzaba el tubo y se oía ya el fatal silbido encima mismo del batallón.

—A tierra!—gritó una voz.

Mikhailov y Praskukhin se tendieron en el suelo. Praskukhin, cerrando los ojos, había visto solamente que la bomba caía allí muy cerca, entre los soldados... Pasó un segundo que le pareció una hora; la bomba no había estallado aun. Praskukhin estaba espantado; pero quizás sentía miedo por nada, quizás la bomba había caído más lejos aunque él se había tendido creyendo oir silbar el tubo á su lado. Abrió los ojos y vió con placer que Mikhailov estaba tendido é inmóvil también á sus pies, pero al mismo tiempo sus miradas se encontraron con el tubo de la bomba que brillaba muy cerca de él.

El terror glacial que domina todo sentir y ahoga todo pensamiento se apoderó de él, y con las manos cubrióse el rostro.

Otro segundo transcurrió aun; otro segundo durante el cual un mundo de pensamientos, de esperanzas y de recuerdos atravesaron su imaginación.

«Quién morirá, yo ó Mikhailov? Quizás los dos! Si muero yo, dónde recibiré la herida? En la cabeza? Entonces todo ha concluído: pero si quedo herido de la pierna, me la cortarán, mas yo pediré que me operen con el cloroformo... Entonces podré, cuando quiera, marcharme de este mundo. Quizás muera solamente Mikhailov! Entonces podré contar á los demás cómo marchábamos el uno al lado del otro, de qué manera fué muerto él y yo quedé todo cubierto de sangre. No, está más cerca de mí... de mí...»

Al llegar á este punto de sus pensamientos recordó que aun debía doce rublos á Mikhailov, recordó otra deuda contraída en San Petersburgo y que debía haber satisfecho hacía tiempo.

Un motivo de canción gitana que había cantado la noche anterior acudió á su mente. La imagen de su amada, cubierta la cabeza con una cofia con cintas lila, reemplazó al anterior pensamiento. Recordó luego á un hombre que le había ofendido y del cual no se había vengado y al mismo tiempo que todos esos pensamientos y muchos otros recuerdos, no le abandonaba la idea del presente, la atención fija en la muerte que le parecía estar junto á él: «Aun podría ser que no estallase», pensaba, y, terriblemente resuelto, quiso abrir los ojos, mas en el mismo momento, á través de sus cerrados párpados, la roja llamarada hirió su vista. En medio de un estrépito terrible algo le hirió en el pecho. Levantóse echando á correr sin dirección fija y enredándose con su sable cayó cuán largo era.

«Gracias á Dios, solamente me ha herido», fué su primer pensamiento; quiso llevar sus manos al pecho, mas sus manos le pareció que las tenía atadas, y que un tornillo oprimía su cabeza. Los soldados iban pasando por delante de él é inconscientemente contó: Uno, dos, tres soldados y un oficial. Después un fogonazo brilló ante sus ojos y se preguntó con qué habían tirado, con ametralladora ó con cañón? probablemente con cañón... y aun seguían tirando, y aun más soldados: cinco, seis, siete soldados pasaron por encima de él. De pronto sintió el miedo de ser aplastado por ellos, quiso gritar que sólo había recibido una pequeña herida, mas su garganta estaba seca y su lengua pegada al paladar no trasmitió su voz, una sed horrible empezó á torturarle. Como si su pecho estuviera mojado sintió entorno de él como una sensación de humedad. Esto le recordó que podía ser agua y quiso beber de esta agua... «Es probable, pensó, que al caer lo haya hecho sobre un charco de sangre» y otra vez volvió á temer el ser aplastado por los soldados que corrían junto á él; reunió todas sus fuerzas y quiso gritar: «Levantadme!» pero en lugar de gritar gimió horriblemente, de tal modo, que él mismo se asustó. Luego dos puntos rojos brillaron ante su vista, y le pareció que los soldados le cubrían de piedras. Los fuegos brillaban ya más de tarde en tarde y las piedras que le habían puesto encima le oprimían cada vez más; hizo un supremo esfuerzo para apartarlas, estiróse y dejó de ver y de sentir... Había muerto, herido por un casco de bomba recibido en mitad del pecho.

XI

Mikhailov, al percibir la bomba se tiró al suelo y cómo Praskukhin reflexionó y sintió multitud de cosas horribles durante los dos segundos que la bomba, girando sobre sí misma, tardó en estallar; rogaba á Dios y mentalmente repetía: «Sea hecha tu voluntad! Mas por qué entré en el servicio militar y luego en la infantería para tomar parte en esta campaña? Mucho mejor fuera que no me hubiese movido de los Hulanos de T... pasando el tiempo con mi amada Natalia, mientras tanto que ahora!...» Entonces empezó á contar uno, dos, tres, cuatro, diciéndose que si la bomba estallaba

en los números pares saldría vivo del trance y si en los impares sería muerto. «Todo ha concluído, muerto», pensó cuando la bomba estallaba; aunque seguramente no recordó si estaba en el número par ó impar. Sintió un golpe y un dolor horrible en la cabeza. «Dios mío, perdóname mis pecados», exclamó juntando las manos. Levantóse y aturdido volvió á caer otra vez.

Su primera sensación al volver en sí fué la sangre que le manaba de la nariz y el dolor en la cabeza que iba siendo ya más débil: «Esto es que el alma se va, cómo es lo del *más allá?* Oh! Señor, recibid mi alma en paz. Lo que me asombra, pensó, es que si es éste el momento de morir, distinga tan claramente los pasos de los soldados y el ruído de sus golpes y de las voces».

—Traed la camilla..., eh!... El capitán está muerto,—gritó cerca de su misma cabeza una voz que reconoció ser la del tambor Ignatiev.

Luego sintió que le cogían por los hombros, ensayó el abrir los ojos y vió encima de su cabeza el cielo azul oscuro, los grupos de estrellas y dos bombas que volaban por encima de él y se juntaban... Distinguió luego á Ignatiev, á los soldados con la camilla y los fusiles, la muralla, la trinchera y enseguida comprendió que era aun de este mundo.

Una piedra le había ligeramente herido en la cabeza. Su primer movimiento fué casi de pesar, se había preparado tan bien y tan tranquilamente para emprender su viaje al más allá que estaba desagradablemente impresionado por el retorno á la realidad, á las bombas, á las trincheras, á la sangre. Su segunda impresión fué la alegría inconsciente de hallarse aun vivo, y la tercera el deseo vivísimo de abandonar á toda prisa el bastión. El tambor le vendó la cabeza con un pañuelo y cogiéndole del brazo lo conducía á la ambulancia.

«A dónde vamos por aquí? pensaba el capitán ayudante cuando se hubo rehecho un poco, mi deber es estar con la compañía y no irme antes de que haya cesado el fuego», murmuró con voz débil.

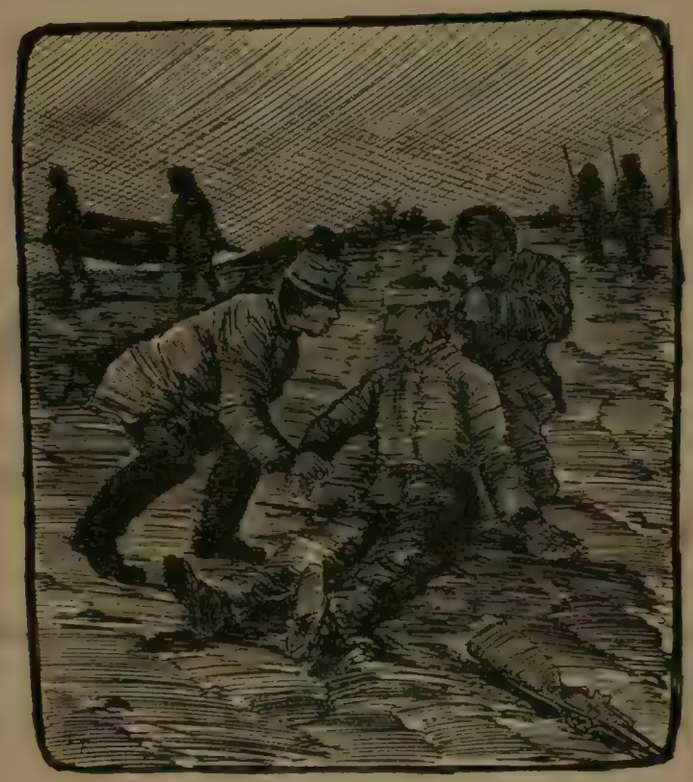
—Es inútil, querido,—dijo apartando la mano del caritativo tambor.—Yo no voy á la ambulancia, me quedo con la compañía, —y volvió sobre sus pasos.

—Valdría más que antes se hiciera curar bien, Señoría,—dijo Ignatiev.—Esto sucede siempre, en el primer momento parece que no es nada, mas luego puede empeorarse el mal. Fíjese como el combate es más fuerte aquí, precisamente, Señoría.

Mikhailov detúvose un momento indeciso, pareciéndole que lo mejor sería seguir los consejos de Ignatiev; pero recordó que en la ambulancia había muchos otros heridos más graves que él y que

quizás los médicos se reirían de su herida, y á despecho de los argumentos del tambor, decidióse á volver á la compañía.

—Dónde está el oficial de órdenes, Praskukhin, que marchaba á mi lado?—preguntó al sub-teniente que mandaba la compañía.



—Yo no lo sé..., me parece que ha muerto,—respondió con negligencia el sub-teniente.

—Muerto ó herido? Cómo no lo sabéis? Si estaba junto á mí, por qué no lo habéis levantado?

—Cómo podía yo cuidarme de ello cuando el combate arreciaba más que nunca?

—Ah! Cómo, pues, Mikhail Ivanovitch,—exclamó irritado Mik-

hailov,—cómo abandonarle así si está vivo? O á lo menos, si ha muerto, haber hecho levantar su cadáver.

—Cómo vivo! Si os digo que me he acercado á él y le he visto con mis propios ojos,—contestó el sub-teniente.—Excusadme, pues apenas si podía conducir á los míos,—añadió.—La canalla! ya empiezan otra vez el cañoneo...

Mikhailov se sentó y llevó ambas manos á la cabeza, que le hacía sufrir horriblemente.

—No, es absolutamente necesario ir á buscarlo, pueda que aun esté vivo,—dijo Mikhailov.—Este es nuestro *deber*, Mikhail Ivanovitch.

Mas éste no contestó.

«Hé aquí, no lo han recogido antes y ahora, cómo enviar allí á los soldados solos... y cómo ir? Bajo ese fuego terrible pueden morir todos en vano... lo mismo que aquí», pensó Mikhailov.

—Muchachos, es necesario volver allá y recoger al oficial que está herido dentro del foso,—exclamó con voz no muy alta ni imperiosa, pues comprendía cuán desagradable sería á los soldados cumplir aquella orden. En efecto, como él no se dirigió á ninguno en particular, nadie se adelantó á ejecutarla.

«Verdaderamente, puede ser que ya esté muerto y no vale la pena de exponer á estos hombres en una aventura inútil. Yo solo soy el culpable de no haberme ocupado de él, por lo tanto, yo mismo iré á ver si está vivo ó muerto, éste es mi deber», díjose Mikhailov.

—Mikhail Ivanovitch! Conducid vos la compañía, ya os alcanzaré.

Y reteniendo con una mano su capote y sosteniendo con la otra una pequeña imagen de San Mitrofano, en la cual tenía una fe particularísima, echó á correr trinchera abajo.

Convencido ya de que Praskukhin estaba muerto, Mikhailov, sofocado y sosteniendo con una mano el vendaje que se le había caído de la cabeza, que ya empezaba á hacerle sufrir mucho, volvió sobre sus pasos. Cuando se juntó al batallón, éste estaba ya al pie de la colina, cerca de la plaza, casi fuera de tiro. Digo casi fuera de tiro, porque aun algunas bombas extraviadas caían allí. «Al fin y al cabo será necesario que mañana me haga inscribir en la ambulancia», pensaba el capitán ayudante, mientras que un enfermero que acababa de ser llamado le hacía una cura.

XII

Dos centenares de cadáveres humanos, fríos, ensangrentados, de hombres que dos horas antes estaban llenos de esperanzas y de deseos, grandes ó pequeños, rígidos los miembros, yacían en el valle florido, cubierto de rocío, que separaba al bastión de la trinchera y sobre el duro suelo de la capilla mortuoria de Sebastopol. Dos centenares de hombres, los unos vociferando, los otros elevando plegarias con los labios secos, se arrastraban y gemían, unos entre los cadáveres del florido valle, otros en las camillas, sobre los lechos de campaña ó en el mismo suelo de la ambulancia. Y lo mismo que los días anteriores, el fuego del entusiasmo se inflamaba sobre la montaña Sapun, las estrellas centelleaban, la blanca niebla, alzándose del mar agitado, sombrío, se dispersaba, la rosada aurora asomaba por Oriente, las nubes alargadas, rosáceas, se desvanecían en el horizonte azul claro y, lo mismo que los días anteriores, prometía á todo el mundo animado el placer, la felicidad y el amor, mostrándose potente y hermosa la antorcha del día.

XIII

Al día siguiente, por la noche, la música del regimiento de cazadores tocaba de nuevo en el paseo y de nuevo los oficiales, los *junkers*, los soldados y las jóvenes con sus vestidos de fiesta se paseaban alrededor del kiosco y por las alamedas de acacias blancas, floridas y perfumadas.

Khaluguin, el príncipe Galtzine y un coronel, marchaban de bracero hablando del combate del día anterior. El objeto principal de la conversación, como casi sucede siempre en estos casos, no era el combate precisamente, sino la participación que envanecidos se atribuían en el mismo los que lo narraban. Las caras y

las voces tenían todas una expresión seria, casi triste, como si las pérdidas de ayer pesaran fuertemente sobre cada uno y le entristecieran, aunque en verdad, casi ninguno de ellos había perdido á parientes ó amigos; por lo tanto, esta expresión de tristeza no era otra cosa que una expresión *oficial* que creían de su deber tomar. Khaluguin y el coronel, al contrario de los demás, bien que fuesen más valientes ó quisiesen parecerlo, se decían dispuestos á presenciar cada día un combate parecido al de ayer para ganarse el sable de oro y el título de Mayor general. A mí me gusta oir tratar de monstruo al conquistador que, por ambición personal, llevó á morir á miles de hombres; pero, interrogad con conciencia al sub-teniente Petruchov, al teniente Aulonov y á muchos otros, y veréis que cada uno de ellos es un pequeño Napoleón, un pequeño monstruo que seguramente librarían una batalla, matarían á un centenar de hombres sólo por recibir otra estrella ó una pequeña indemnización pecuniaria.

—No, perdonad,—decía el coronel—el combate empezó por el flanco izquierdo, *allí estaba yo...*

—Puede ser,—respondió Khaluguin.—*Yo estuve ya antes en el flanco derecho, había ido allí por dos veces: la primera, para ver al general, y la otra para vigilar los campamentos. Estaba aquello horroroso.*

—Sí, seguramente, Khaluguin lo sabe,—dijo el príncipe Galtzine al coronel.—Sabes tú que hoy me ha dicho B... que has estado hecho un valiente?...

—Mas las pérdidas... oh! fueron terribles!—exclamó el coronel. —*Sólo en mi regimiento cuatrocientos soldados han muerto,* de modo que es asombroso que *yo haya podido escapar vivo.*

En este momento, al otro lado del paseo y saliendo al encuentro de estos señores, se presentó Mikhailov con la cabeza vendada.

—Qué, estáis herido, capitán?—le preguntó Khaluguin.

—Sí, un poquitín, una piedra...—respondió Mikhailov.

—De modo que el pabellón está cerrado ya?—preguntó el príncipe Galtzine, mirando la gorra del capitán ayudante y sin dirigirse á nadie en particular.

—No, aun no,—respondió Mikhailov en francés para demostrar que sabía un poco esta lengua.

—Esto indica que el armisticio dura aun,—dijo Galtzine dirigiéndose á él en ruso, dándole á entender con eso que comprendía le sería difícil hablar en francés y que, por lo tanto, no *valía* para ellos, simplemente. Así lo comprendió el capitán ayudante, pues muy pronto los ayudantes de campo se alejaron de él.

Como la víspera, el capitán ayudante se encontró de pronto aislado, y después de haber saludado á diversas personas, unas con quienes ni deseaba relacionarse y otras con las que no osaba hacerlo, se sentó junto al monumento de Kazarski á fumar un cigarrillo.

El barón Pest estaba también en el paseo y allí contaba que él se había hallado en el acto de convenirse el armisticio y que había conversado con los oficiales franceses; que un oficial francés le había dicho que si no se hubiese hecho de día tan pronto, la batalla hubiera continuado aun, á lo que él había respondido: *Monsieur,* yo no digo que no, para no daros un mentís. Y que luego le había dicho esto y aquello...

En realidad, aunque él había estado presente en el armisticio, no podía decir nada de particular, á pesar de haber intentado varias veces hablar con los franceses, lo que le hubiera gustado mucho. El *junker* barón Pest, anduvo largo rato de unos á otros, preguntando á los soldados y oficiales franceses: «De qué regimiento sois?» pero nadie le contestaba. Y al traspasar la línea, el centinela francés, que no se imaginaba que nuestros soldados comprendiesen su lengua, le injurió en tercera persona: *Viene á ver nuestros trabajos,* maldito ruso...

Por fin, y no hallando más entretenimiento en el lugar del armisticio, el *junker* barón Pest se volvió á su posada y, ya en el camino, inventó las frases francesas que se complacía en repetir.

En el paseo encontró al capitán Lobov, que estrechó calurosamente su mano, al capitán Objogov, el difamador, á un capitán de artillería que á nadie buscaba y al *junker* afortunado en amores, es decir las mismas personas de la víspera con sus mismos y eternos móviles. Faltaban sólo Praskukhin, Neferdov y algunos otros, en quienes apenas nadie pensaba siquiera, aunque sus cadáveres estaban todavía insepultos.

XIV

Las banderas blancas flotaban sobre nuestro bastión y sobre la trinchera francesa, y en el florido valle yacían, descalzos y envueltos en capotes grises ó azules, los cadáveres mutilados que

los enfermeros levantaban y colocaban en los carros. El hedor cadavérico llenaba el aire. De Sebastopol y del campo francés una muchedumbre de gente y de soldados iba á ver este espectáculo y con ávida curiosidad y benévolamente se acercaban los unos á los otros.

Escuchad lo que decian esas gentes.

Allí está un joven oficial rodeado por un pequeño círculo de rusos y de franceses; se expresa mal en esa lengua, pero hace lo posible para hacerse entender; está examinando la cartuchera de un soldado de la guardia.

—Por qué lleva aquí este hermoso pájaro?

—Porque esta es la cartuchera de un regimiento de la guardia, que lleva como distintivo el águila imperial.

—Y vos, sois también de la guardia?

—No señor, soy del 6.º de línea.

—Y esto, dónde lo habéis comprado?—pregunta el oficial señalando una boquilla de madera amarilla con la cual el francés está fumando un cigarrillo.

—En Balaclava, señor! Es muy sencilla, es de madera de palma.

—Es muy linda,—contesta un oficial que sigue la conversación muy atento.

—Si queréis, guardadla como un recuerdo de este encuentro, creed que os quedaré muy obligado.

Y el francés, muy cortésmente, sopló el cigarro y ofreció la boquilla al oficial acompañando la actitud de un leve saludo. El oficial en cambio le dió la suya y todos los rusos y franceses presentes aplaudieron encantados tanta cortesía.

Allá va un bravo soldado de infantería con camisa encarnada, el capote echado á la espalda, acompañado de otros dos soldados, que, con las manos á la espalda y los rostros alegres y curiosos, le siguen algo atrás. Se acerca á un francés y le pide fuego para encender su pipa, el francés enciende y da lumbre al ruso.

—Tabaco *bonne*,—dice el soldado de la camisa encarnada.

—Sí, buen tabaco, tabaco turco,—responde el francés;—y en vuestro país, tabaco ruso, es bueno?

—*Russe bonne*,—dice el soldado de la camisa, y todos los presentes se echan á reir. —*Français, non bonne; bonjour monsieur!*—continúa el soldado de la camisa colorada, soltando de una vez toda su provisión de palabras francesas, y riéndose golpea al francés en el vientre. Los franceses entonces le acompañan también de buena gana en la risa.

—Son muy alegres esos... rusos!—dice uno de los soldados del grupo francés.

—Pues, de qué se rien?—exclama uno muy moreno, con acento italiano, acercándose á los nuestros.

—*Caftán bonne*,—dice el valiente soldado de la camisa, examinando el caftán bordado del zuavo, y de nuevo todos se echan á reir.

—Que nadie traspase la línea! A vuestros puestos, *sacré nom!* —grita el cabo francés y todos los soldados, visiblemente descontentos, se dispersan.

Más allá, en un círculo que forman algunos oficiales franceses, está hablando un joven oficial ruso de caballería; un oficial francés, que ostenta una gran charretera, le pregunta por un cierto conde Iazonoff, á quien dice que había conocido, y añade: Es uno de esos verdaderos condes rusos, como nosotros los llamamos.

—Hay un Sazonoff á quien yo conozco,—responde el oficial de caballería,—pero no es conde, á lo menos que yo sepa; un hombre de vuestra edad, poco más ó menos.

—Este es, éste es. Oh! cuánto deseo ver á este querido conde; si vos le veis os ruego que le presentéis mis cumplimientos; habladle del capitán Latour,—añadió saludando.

—Es por cierto cosa terrible la triste labor que estamos haciendo... Mucho lo ha sido esta noche, no es verdad?—dijo, señalando á los cadáveres, el oficial de caballería, que deseaba continuar la conversación.

—Oh! señor, de veras es horrible! Pero, qué gallardos son vuestros soldados, qué gallardos! Es un placer el batirse con tan buenos mozos.

—Pero hay que confesar que los vuestros no se quedan cortos,—contestó saludando el oficial de caballería, imaginándose haber estado gracioso en su contestación.

Fijaos ahora en ese pilluelo de diez años, cubierto con un viejo gorro, de su padre sin duda, con los pantalones de algodón arremangados sobre sus desnudas piernas y sostenidos por unos tirantes; después del armisticio salta por encima de las murallas, paseándose por los terrenos socavados y examinando con una curiosidad estúpida á los franceses y á los cadáveres que yacen en el suelo; coge las azules flores que en el valle abundan, forma con ellas un grueso ramo y vuélvese á su casa tapándose la nariz á causa del mal olor que infesta el aire. Se detiene junto á un montón de cadáveres y se queda mirando con atención á un horrible cuerpo sin cabeza que yace cerca de él. Se queda así un rato, se acerca más

y toca con el pie el brazo extendido, rígido, del cadáver; el brazo se agita un poco, vuelve á empujarlo más fuerte y el brazo se agita de nuevo volviendo á su posición, el pilluelo lanza un grito, hunde su rostro en las flores y á toda prisa echa á correr hacia la fortaleza.

Sí, las banderas blancas flotan sobre las trincheras y los bastiones, el valle florido está sembrado de cadáveres, el bello sol se oculta en el mar azul y el mar se agita, brillando con sus rayos dorados. Miles de hombres se contemplan, se miran, hablan y se sonríen; y estos hombres son cristianos que profesan la misma grande ley de amor y de sacrificio y, sin embargo, al contemplar lo que les rodea no saben caer de rodillas ante El que, habiéndoles dado la vida, puso en el alma de cada uno, con el miedo á la muerte, el

amor al bien y á la belleza. Cómo no se abrazan todos derramando lágrimas de alegría y de bondad como á verdaderos hermanos!... Las banderas blancas son arriadas, de nuevo silban por el aire los proyectiles llevando con ellos la muerte y el sufrimiento, vuelve á correr la sangre inocente y otra vez llenan el espacio los gemidos y las maldiciones de los hombres.

He ahí que ya he dicho lo que quería decir... Pero una duda penosa me contiene. Puede que no sea conveniente; puede que lo que digo ahora no sea una de esas grandes verdades que, ocultas inconscientemente dentro del alma de cada uno, no han de expresarse jamás, para que no se pierdan como se pierde la alegría producida por el vino.

Dónde está el mal que esta verdad evita? Dónde está la expresión de la belleza que nos lleva á imitar? Quién es el malhechor aquí y quién es el héroe? Todos son buenos y todos son malvados.

Ni Khaluguin, con su gran valor, valentía de gentil hombre, y con la ambición móvil de todos sus actos; ni Praskukhin, sér nulo é inofensivo, aunque ha muerto en el campo de batalla por la religión, el trono y la patria; ni Mikhailov, con su timidez; ni Pest, el hombre sin convicciones ni principios firmes; ninguno de éstos puede ser tomado por el malhechor ni por el héroe de mi cuento... Lo que yo amo con toda mi alma y que trato de mostrar á los hombres con toda su infinita belleza, es aquello que siempre fué, es y será hermoso: la Verdad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sebastopol en agosto de 1855

I

Hacia fines de agosto, por la gran carretera que hay cerca de Sebastopol, entre Duvanka (1) y Bakhisarai, una carreta de oficial avanzaba al paso entre la densa y ardiente polvareda. Esta singular carreta me parece muy útil y cómoda pues es una intermediaria entre la britchka del comerciante judío, una carreta rusa y una canasta.

Dentro de la carreta iba acurrucado un asistente con traje de hilo y cubierto de una vieja gorra de oficial ya muy estropeada, y era el que guiaba; detrás de él, echado sobre la mochila y los fardos, cubierto con un capuchón de soldado, iba un oficial con capote de verano. Por lo que podía juzgarse á pesar de la posición en que estaba echado este oficial, era de muy delgado talle, pero era muy alto y robusto, su cuello y espaldas estaban muy desarrollados y fuertes. Lo que he llamado el talle, la cintura, en él no existía, vientre tampoco tenía, estaba muy flaco, sobre todo del rostro, cubierto de una palidez mal sana, amarillenta. Su cara hubiera sido alegre sin una cierta hinchazón y unas arrugas blandas, no seniles, pero muy profundas que deformaban los rasgos de su

(1) Ultimo pueblo antes de llegar á Sebastopol.

rostro y daban á la expresión general una apariencia de inmensa vulgaridad. Sus ojos eran pequeños, oscuros, muy vivos y bastante desvergonzados, su bigote era muy espeso, pero no era largo, además, la barbilla y sobre todo los pómulos estaban cubiertos de un pelo fuerte, espeso, negro, por no haberse afeitado hacía algunos días. El oficial había sido herido el 10 de mayo por un casco de bomba en la cabeza, que llevaba vendada aun, y después de estar una semana en el hospital de Sunferopol, salió de él para incorporarse á su regimiento que estaría entonces por allá abajo, por donde se oían los cañonazos. Mas si estaba en Sebastopol, en Severnaia ó en Inkerman, aun no había podido decírselo exactamente nadie.

Oíanse los cañonazos perfectamente, sobre todo cuando la montaña no les ofrecía obstáculo ó cuando el viento, llevándolos en sus alas, los hacía oir más limpios, más frecuentes y más cercanos. Tan pronto eran como una explosión que hacía extremecer el aire y aun de mal grado os hacía temblar, tan pronto se oían los estampidos mucho menos fuertes, pareciendo más bien golpes de tambor interrumpidos por un rumor sordo, terrible; tan pronto se confundían en un estruendo retumbante, pareciendo un trueno, como cuando la tormenta llega á su plenitud, como cuando la lluvia cae con toda su furia. Todos comprendían y decían que el bombardeo debía ser terrible. El oficial daba prisa al asistente, deseaba evidentemente llegar lo más pronto posible; en diferente dirección cruzaban muchas carretas de campesinos rusos, que habiendo llevado aprovisionamientos á Sebastopol, volvían cargadas de soldados enfermos ó heridos con capotes grises, marinos con capotes negros, voluntarios con gorra roja y veteranos con grandes barbas. La carreta del oficial tuvo que detenerse un momento, perdida entre la nube polvorienta levantada por unos furgones; el oficial, guiñando los ojos y frunciendo las cejas á causa de la polvoreda que le llenaba los ojos y los oídos, procuraba examinar los rostros de los enfermos y de los heridos que iban pasando por delante de él.

—Ved allí, enfermo, un soldado de nuestra compañía!—dijo el asistente volviéndose hacia su amo y señalándole un furgón lleno de heridos, que en aquel momento pasaba junto á ellos.

En el delantero de la carreta iba sentado de lado un campesino de luenga barba con sombrero de fieltro, y reteniendo con el codo el mango de su látigo, estaba atando una cuerda; detrás de él, dentro de la carreta, iban cinco soldados instalados como mejor habían podido.

Uno de ellos llevaba la mano vendada, el capote colgado á la espalda, sobre la camisa; estaba flaco y pálido é iba sentado

bravamente en medio de la carreta; así que percibió al oficial, quiso quitarse el gorro, pero, acordándose sin duda de que estaba herido, hizo sólo ademán de rascarse la cabeza. Otro, al lado de éste, estaba tendido en el fondo de la carreta, no se le veía más que las manos, que se agarraban al borde del vehículo y las rodillas dobladas balanceándose á todos lados con rítmico vaivén. El tercero, con el rostro hinchado, la cabeza envuelta con un vendaje sobre el cual llevaba puesto el gorro, iba sentado de lado, con las piernas colgantes hacia el camino y las manos apoyadas en las rodillas, pareciendo dormir. El oficial dirigióse precisamente á este último.

—Dalnikov,—gritó el oficial.

—Servidor,—respondió el soldado abriendo los ojos y quitándose el gorro. Su voz de bajo retumbó como si una veintena de soldados gritasen á la vez.

—Cuándo y cómo has sido herido, amigo?

Los ojos vidriosos é hinchados del soldado se animaron al reconocer á su oficial.

—Salud, Señoría,—murmuró con su voz de bajo profundo.

—Dónde has dejado el regimiento?

—Estábamos ahora en Sebastopol, mas debíamos salir de allí el miércoles, Señoría.

—Para dónde?

—No lo sé... Probablemente para Severnaia, Señoría,—añadió con voz lenta y poniéndose la gorra.—Han empezado á tirar sin tregua, sobre todo bombas, que alcanzan hasta la misma bahía... tanto tiran que está aquello horrible...

El oficial no entendía nada casi de lo que decía el soldado, mas por la expresión de su rostro y de su actitud, vió que había en él la cólera especial del hombre que sufre y que ha de decir cosas nada halagadoras.

El oficial que viajaba, el teniente Kozeltkov, era un hombre muy singular. No era de los que regulan su vida por los actos de los demás; hacía lo que le parecía mejor y dejaba á los otros en libertad de hacer lo que mejor les pareciese. Era hombre muy rico en pequeños conocimientos; cantaba, tocaba la guitarra, era buen hablador, escritor fácil, sobre todo en los papeles administrativos, en cuyos trabajos se había ocupado siendo ayudante de campo del batallón. Pero en lo que su carácter sobresalía más, era en una gran dosis de amor propio que, si bien fundado en tener el nombre siempre limpio, era por cierto muy fuerte y muy marcado. Sentía esa especie de amor propio que llega á confundirse con la misma

vida y que se desarrolla muy fácilmente en los círculos de los hombres y sobre todo en los círculos militares, de modo que él no veía otra alternativa: O ser el primero ó desaparecer. Su amor propio era el móvil de todas sus sensaciones y emociones, y de su comparación con los demás hombres, siempre sacaba la consecuencia de que él era el primero en todo.

—Cómo, pues! he podido escuchar pacientemente á ese gran barbudo—murmuró el teniente, sintiendo un gran malestar moral, una especie de atonía y de vaguedad en las ideas, suscitada por la vista de ese convoy de heridos y por las palabras del soldado, cuya importancia aumentaba el estampido del bombardeo.—*Es chusco ese barbudo!* Va, Nikolaiev! Adelante, pues! Qué, te has dormido?—añadió sacudiendo un poco á su asistente y arreglándose los faldones del capote.

Las riendas se agitaron, Nikolaiev cerró los labios y la carreta rodó más rápidamente.

—No nos detendremos más que un momento para dar de comer al caballo, é inmediatamente, hoy mismo, volveremos á emprender la ruta,—dijo el oficial.

Ya dentro de una calle en la que se veían los restos ruinosos de unos muros de piedra y las casas derruídas de la aldea Duvanka, el teniente Kozeltkov se vió detenido por un convoy de bombas y balas de cañón que se dirigía á Sebastopol. Dos soldados de infantería sentados al borde de la carretera, llena de polvo, sobre las piedras de un cercado derruído, estaban comiendo sandía y pan.

—Vienes de lejos, quinto?—preguntó uno de ellos sin dejar de comer su pan, á un soldado que con un gran morral á la espalda se había detenido allí cerca.

—Vengo del pueblo para incorporarme á mi compañía,—respondió aquél lanzando una furtiva mirada á la sandía y arreglándose el morral.—Hace cerca de tres semanas que estoy propuesto para guardar el heno de la compañía, y desde entonces que andamos así sin saber dónde se encuentra al presente nuestro regimiento; alguien nos ha dicho que la semana pasada los nuestros habían llegado á Kirabelnaia... Podríais vosotros decirme algo de ello, camaradas?

—Está en la ciudad,—contestó un viejo soldado mientras cortaba con su cuchillo una tajada de sandía, aun no bien madura.

—Allí he estado por la tarde. Ah! qué horror, hermano!

—Pues, qué hay, camaradas?

—No lo oyes? Pues que ahora el enemigo hace fuego por todos

lados, no hay ni el más pequeño sitio que se libre de él. Cuántos han muerto de los nuestros! Es espantoso solamente pensarlo!

Y el que así hablaba hizo un gesto de descorazonamiento y encasquetóse el gorro.

El soldado que iba de camino hizo una mueca, bajando pensativo la cabeza, chasqueó con la lengua, sacó de sus botas una pipa sin poner nuevo tabaco en ella removió el que había dentro y en-

cendió un pedazo de yesca con el cigarro que fumaba uno de los soldados, á quien dió las gracias quitándose el gorro.

—Sólo Dios es dueño de todo, camaradas! Adiós!—dijo luego de haber encendido, y arreglándose el morral á la espalda, prosiguió su camino.

—Procura hallar á tu regimiento,—dijo con aplomo el que cortaba la sandía.

—Lo haré así!—murmuró el quinto, enfilando las rodadas practicadas por los carromatos.

II

La posada estaba llena de toda clase de gente cuando Kozeltkov llegó. La primera persona que vió en el dintel de la puerta fué á un hombre, flaco y muy joven; era el dueño de las postas, que iba querellándose con dos oficiales que le seguían.

—Entended bien, no son tres jornadas sino diez! Los mismos generales se esperan, querido!—decía el posadero con el deseo de picar á los militares.—Y yo no me desesperaré de ningún modo por vos.

—Entonces no dar caballos á nadie, pues no los hay!... Mas por qué haberlos dado á un criado cualquiera, con los bagajes?—gritó el más viejo de los oficiales que tenía un vaso de té en la mano, evitando el uso del pronombre y dejando comprender que trataría muy fácilmente de *tú* al dueño del parador.

—Juzgad vos mismo, señor maestro de postas,—dijo con excitación el otro oficial, más joven.—No es seguramente por nuestro gusto que queremos partir, es que hacemos mucha falta á donde vamos y por esto os decimos... De otro modo, lo diré, ciertamente, al general; qué os habéis creído? Es que no apreciáis en nada el grado de capitán?

—Siempre lo echáis todo á perder,—interrumpióle con despecho el otro.—Lo echáis á perder, he aquí todo! Es necesario saber hablar; vedlo, nos ha perdido ya todo respeto... Dos caballos inmediatamente!

El maestro de postas se calló un momento, pues de pronto se inmutó; pero volvió á su serenidad y gesticulando dijo:

—Pero, mi *padrecito,* yo lo comprendo y lo sé todo; mas, qué puedo hacer? Ved... dejadme solamente,—una esperanza iluminó los semblantes de los oficiales,—dejadme solamente... esperar hasta fin de mes y me marcharé lejos. Prefiero ir mil veces á la cárcel de Malakof que continuar aquí; lo juro. Que hagan de mí lo que quieran... En toda la posada no hay una sola carreta en buen estado y desde hace tres días los caballos no han visto ni una brizna de heno.

Y el posadero desapareció por la puerta cochera del parador.

Kozeltkov entró en el aposento con los oficiales.

—Qué!—dijo al más joven el más viejo de los dos, ya del todo calmado, aun cuando un segundo antes parecía extremadamente colérico.—Estamos en camino desde hace tres meses; esperemos aun, no es esto ningún mal. Un día ú otro llegaremos.

La sala sucia, ahumada, estaba llena de oficiales y de maletas y trastos de todas clases, de modo que á duras penas pudo Kozeltkov hacerse sitio sobre el alféizar de la ventana donde se sentó. Mirando con atención á todos y escuchando las conversaciones de todos, púsose á liar un cigarrillo. A la derecha de la puerta y alrededor de una mesa derrengada y grasienta, sobre la cual había dos teteras de cobre, vasos y terrones de azúcar envueltos en un papel, estaba sentado el grupo principal. Un joven oficial imberbe, con uniforme muy nuevo, bordado, echaba agua en una de las teteras. Cuatro oficiales de la misma clase se hallaban en distintos puntos de la sala. Uno de ellos con un capote arrollado debajo de la cabeza dormía sobre el diván. Otro, de pie cerca de la mesa, cortaba un pedazo de carnero para un oficial que tenía sólo un brazo y estaba sentado á la mesa. Dos oficiales, el uno con capa de ayudante de campo y el otro con uniforme de infantería, muy fino, la mochila echada á la espalda, estaban sentados en un banco; á la sazón contemplaban á los demás, y mientras el oficial que iba con la mochila fumaba un cigarro, hacíase cargo de que entre los oficiales de infantería no los había de mucho grado y de que todos ellos estaban muy contentos. Esto no le hizo sentir menosprecio alguno hacia ellos, pero sí una tranquilidad y una satisfacción grandes, pensando de una parte en el dinero que guardaba y de otra en las relaciones que sostenía con varios generales. Esta era la conciencia de su superioridad, que deseaba disimular.

Había además un joven médico, de labios gruesos, y un artillero de fisonomía alemana; los dos estaban sentados, casi sobre las piernas del joven oficial que dormía sobre el diván, contando dinero. Cuatro asistentes, iban los unos soñolientos y los otros arrastrando maletas y sacos hacia la puerta.

Entre tantas personas, Kozeltkov no halló ni un solo conocido, mas á pesar de esto púsose á escuchar las conversaciones de todos. Los jóvenes oficiales que, según él, no había por qué mirarlos, acababan de terminar sus estudios y, sin embargo, sentía simpatía por ellos, pues le recordaban que su hermano recién salido del Cuerpo de Cadetes, debía llegar de un día á otro con uno de los batallones de Sebastopol. En cuanto al oficial que llevaba

mochila y del que sólo había visto parte del rostro, al verle de cerca le pareció repugnante y vulgar. Con la idea de salir airoso si acaso decía algo, se fué de la ventana al banco, en donde tomó asiento. En general, Kozeltkov no quería mucho á los oficiales de Estado Mayor, á cuya clase, al primer momento, había visto ya que pertenecían los dos oficiales que entraron con él.

III

—Lo que es yo, estoy muy disgustado por tardar tanto en llegar,—dijo uno de los jóvenes oficiales.—Hoy mismo puede librarse un combate y nosotros no estaremos allí.

En el sonido de la voz y en el juvenil rubor que cubrió el rostro del oficial que acababa de hablar, descubríase esa encantadora timidez del hombre que cree siempre no estar correcto.

El oficial sin brazo le miró sonriendo.

—Ya os quedará tiempo..., creedme á mí,—díjole.

El joven oficial miró con respeto el rostro enflaquecido de su interlocutor, quien mientras tanto no dejó de sonreir.

Callóse y de nuevo se ocupó de su té. En efecto, en el rostro del oficial manco, en su actitud y sobre todo en la manga vacía de su capote se traslucía esa grande y tranquila indiferencia del hombre que se ha visto en los más grandes dolores de la vida.

—Qué decidimos, pues?—interrogó de nuevo el más joven de los oficiales á su camarada, que llevaba puesto un *arkhaluk* (1). —Dormimos aquí ó vamos más lejos con nuestro único caballo?

Su camarada se negó á partir.

—Ya lo veis, capitán,—continuó, mientras ponía más té al oficial manco y recogía el cuchillo que éste había dejado caer,—nos han dicho que los caballos están horriblemente caros en Sebastopol y por eso hemos comprado, en común, uno en Sunferopol.

—Creo que habéis hecho muy bien, amigo.

—Verdaderamente no lo sé, capitán; hemos pagado por el caballo y la carreta 90 rublos. Es muy caro?—añadió, dirigiéndose á todos y á Kozeltkov que le miraba.

(1) Especie de esclavina larga que llevan los oficiales del Cáucaso.

—No es caro, si el caballo es joven,—respondió este último.

—No lo es. Pero nos han dicho que es bueno... Solamente es algo cojo, mas ya se le pasará; el que nos lo ha vendido nos ha dicho que es muy fuerte.

—A qué cuerpo pertenecéis?—le preguntó Kozeltkov, que deseaba saber algo de su hermano.

—Por ahora pertenecemos al regimiento de la nobleza, somos seis que vamos á Sebastopol por nuestra propia voluntad,—dijo el joven oficial hablador.—Solamente que no sabemos dónde están situadas nuestras baterías, algunos nos dicen que en Sebastopol y otros que en Odesa.

—En Sunferopol no pudieron daros pormenores?—preguntó Kozeltkov.

—Tampoco lo sabían... Lo creeréis, noble camarada?... He ido á la Cancillería y les he llenado de injurias. No podéis imaginaros lo que tiene esto de desagradable... Queréis un cigarrillo ya hecho?—dijo dirigiéndose al oficial manco que hacía ademán de sacar su petaca, y dióle el cigarro con cariñosa diligencia.

—Habéis estado también en Sebastopol?—continuó.—Ah! Dios mío! Es cosa admirable! Es asombroso! Nosotros todos, en San Petersburgo soñábamos en vosotros, los héroes!—exclamó dirigiéndose á Kozeltkov con respeto y amabilidad.

—Cómo, pues, os lo arreglaréis si no dais con el regimiento?—preguntó el teniente.

—He ahí precisamente lo que no sabemos. Pensad que hemos comprado el caballo y para ello nos hemos privado de lo necesario: café, aguardiente y aun de diferentes pequeñas cositas... y que apenas nos queda dinero: de suerte que si tenemos que volvernos, no sé cómo ni de qué manera nos lo arreglaremos,—prosiguió en voz baja y volviéndose hacia su camarada.

—No habéis, pues, recibido la paga de viaje?—preguntó Kozeltkov.

—No,—murmuró el joven oficial.—Nos prometieron remitírnosla aquí.

—Tenéis el certificado?

—Ya sé que el certificado es lo principal; pero en Moscova, un senador que es tío mío, me dijo que nos lo darían aquí, pues de otro modo me lo habría dado él mismo. Quizás nos lo den allá abajo?

—Seguramente.

—También yo creo lo mismo,—respondió el oficial en tono que probaba que la misma respuesta le habían dado en las treinta paradas en que se había detenido y que por lo tanto ya no tenía confianza ninguna.

IV

—Quién ha pedido la *borstch?* (1)—preguntó la dueña del albergue, una gruesa mujer de unos cuarenta años, bastante sucia, entrando en la sala con una gran cazuela humeante.

La conversación cesó como por encanto, y todos los presentes fijaron sus miradas en la mesonera. Un oficial, guiñando los ojos, mostrábala á otro.

—Ah! Es Kozeltkov quien la ha pedido!—exclamó el joven oficial.—Despierta, anda, levántate, que vamos á comer,—dijo al que dormía, sacudiéndole por la espalda.

Un joven de diez y siete años, con hermosos ojos negros y rosadas mejillas, saltó vivamente del diván y frotándose los ojos se plantó en mitad de la sala.

—Ah! perdonadme, os lo ruego!—dijo al médico, á quien sin querer había empujado.

El teniente Kozeltkov reconoció inmediatamente en él á su hermano y acercándosele le dijo sonriendo:

—Ya no me conoces?

—Ah! Ah! Qué sorpresa!—exclamó el cadete abrazando á su hermano.

Abrazáronse tres veces, mas de pronto detuviéronse como si esta misma idea se les hubiera ocurrido á los dos: «Por qué nos hemos tenido que abrazar tres veces?»

—Que contento estoy!—exclamó el mayor examinando á su hermano.—Ven afuera, allí hablaremos.

—Vaya, vaya!... ya no quiero la *borstch*. Cómetela tú, Federson,—dijo á uno de sus camaradas.

(1) Especie de sopas hecha con coles, remolacha, carne de buey y de cerdo.

—Pero tú la habías pedido.

—Ya no quiero nada.

Una vez fuera, el cadete preguntó á su hermano:

—Y bien, cómo te encuentras? Cuenta,—y sin cesar de hablar le repetía que él estaba muy contento de volverle á ver, pero sin explicarle nada de particular.

Después de cinco minutos, durante los cuales no cesaron de hablar á la vez, el mayor preguntó á su hermano por qué no había ingresado en la Guardia, como todos creían.

—Ah! porque quise venir enseguida á Sebastopol. Si todo marcha bien, aquí puedo adelantar mucho más que en la Guardia. Allí se llega á coronel después de diez años de servicio, y aquí Tot-

leben, después de dos años de teniente coronel, ha sido ya ascendido á general... Y si uno muere... bah! qué le vamos á hacer?

—Siempre serás el mismo!—respondió su hermano sonriendo.

—Es lo principal, créelo, hermano,—dijo el cadete sonriéndose y ruborizándose como si fuese á decir algo muy importante.—Ya lo sé, pero no me gustaba vivir en San Petersburgo, cuando aquí uno puede morir por la patria, y además, quería estar cerca de tí, —añadió con cierto temor.

—Qué gracioso eres!—contestó el otro, tirando su boquilla y sin mirarle.

—El mal está solamente en que no estaré contigo, me parece. Mas, dime la verdad: Es tan terrible como dicen estar en el bastión?—preguntó de golpe el cadete.

—Al principio, sí; pero después ya uno se acostumbra. Aquello no es nada, ya lo verás tú mismo.

—Dime aun, qué piensas tú, tomarán Sebastopol? Yo creo que no podrán jamás.

—Dios lo sabe.

—Una cosa me tiene muy enojado... mira si puedes imaginarte daño peor. Durante el camino hemos perdido un gran saco en donde tenía mi casco, de suerte que me encuentro ahora en mala situación, pues no sé de qué modo presentarme.

Valdimiro Kozeltkov, segundo de la familia, se parecía mucho á su hermano Miguel, pero con la semejanza de una rosa que se abre á otra que se marchita. Tenía los cabellos muy finos, signo de bondad, según dicen las nodrizas. En su rostro dulce y blanco el rubor juvenil no era constante, más aparecía á veces en trazos vigorosos, mostrando los sentimientos del alma; tenía los mismos ojos de su hermano, pero más grandes, más claros ó lo parecían á lo menos, por tenerlos siempre humedecidos. Un finísimo vello rubio sombreaba sus mejillas y sus rojos labios, que se entreabrían con una graciosa sonrisa, descubriendo unos dientes blancos y brillantes. De talle elegante, ancho de espaldas, con su capa desabrochada bajo la cual se le veía su camisa roja, abotonada á un lado, un cigarro en la mano, apoyado en la baranda de la escalera, la alegría ingenua en el rostro y en los gestos, tal como estaba delante de su hermano era un mozo lindo y agradable, cuya contemplación alegraba el alma. Estaba muy contento de ver á su hermano, á quien miraba con respeto y orgullo, representándosele como un héroe; á pesar de esto, en ciertos aspectos, precisamente desde el punto de vista mundano, como el saber hablar en francés, presentarse en sociedad de personas importantes, bailar, etc., se sentía un poco

avergonzado de su hermano y se creía superior á él; así, pues, se propuso instruirle, si le fuese posible. Todas esas perfecciones las había adquirido en San Petersburgo, en casa de una dama que quería mucho al lindo mozo, á quien invitaba á las fiestas que celebraba en su casa, y en la del senador de Moscova, en donde una vez había tomado parte en un baile de personas mayores.

V

Después de haber hablado hasta la saciedad y de dar rienda suelta á los sentimientos producidos por su encuentro, los dos hermanos se callaron un momento, hasta que el primogénito dijo:

—Entonces, toma tus bagajes y partamos enseguida.

El cadete enrojeció de súbito y se detuvo asombrado.

—Partir enseguida? Partir derechamente á Sebastopol?—exclamó tras un momento de silencio.

—Por qué no? No creo que tengas muchas cosas que embalar?

—Bueno. Partamos, pues, enseguida,—dijo el cadete suspirando y dirigiéndose á la sala. Mas sin abrir la puerta detúvose en el vestíbulo y, bajando tristemente la cabeza, púsose á reflexionar: «Marchar enseguida derechamente á Sebastopol, bajo las bombas... Esto es horroroso! Tanto sería ir un día como otro... Mientras tanto, á lo menos estaría aquí con mi hermano...»

Nada más que al pensar en instalarse en la carreta y sin salir de ella llegar á Sebastopol, sin que ningún azar pudiese retardar la llegada, se le figuraba á él que era ir en busca del peligro, y se sentía confuso á la sola idea de su inminencia. Calmado ya, bien que mal, entró en la sala; un cuarto de hora transcurrió sin volver á donde estaba su hermano, hasta que éste cansado de esperarle se decidió á abrir la puerta para llamarle. El joven Kozeltkov, en la actitud de un estudiante que se siente culpable, hablaba con el oficial P... Cuando su hermano abrió la puerta y le llamó quedóse todo turbado.

—Enseguida, enseguida, vengo al instante,—contestó á su hermano haciéndole un signo con la mano.—Espérame un poco allí fuera, te lo ruego.

En efecto, un minuto después salió y lanzando un profundo suspiro se llegó á su hermano.

—Yo no puedo partir contigo, hermano.

—Cómo? Qué tontería!

—Yo te diré la verdad, Micka. No tengo ningún dinero y debo una cantidad al capitán ayudante que has visto allí dentro. Y esto es vergonzoso!

El hermano mayor frunció las cejas y durante un buen rato no rompió el silencio.

—Debes mucho?—le preguntó mirándole á hurtadillas.

—Mucho... no, no mucho; pero esto es muy penoso. En las últimas tres paradas él ha pagado por mí y además me he servido de su azúcar, de suerte que no lo sé de cierto; además hemos jugado una partidita, creo que le deberé muy poco.

—Esto está mal, Volodia! Qué habrías acabado por hacer si no llegas á encontrarme?—dijo el mayor sin mirarle.

—Hermano, creo que recibiré las pagas de ruta en Sebastopol y le pagaré entonces. Así pienso hacerlo y creo será lo mejor. Mañana partiré con él.

El mayor sacó su bolsa y temblándole los dedos sacó dos billetes de diez rublos y uno de tres.

—Es todo lo que hay,—dijo.—Cuánto debes?

Diciendo que ese era todo su haber, Kozeltkov no decía exactamente la verdad. Tenía aun cuatro piezas de oro cosidas en sus ropas; mas se había prometido no tocarlas por nada de este mundo.

Volodia, comprendidas sus pérdidas y el azúcar, debía en junto ocho rublos. El hermano mayor se los dió, haciéndole notar solamente que no debía haber jugado ni una sola vez no teniendo dinero

—Cómo has perdido tanto?

El cadete no respondió... Las palabras de su hermano le parecían encerrar una duda de su probidad. El despecho contra sí mismo, la vergüenza de un acto que pudo hacer nacer tal sospecha y el ultraje que le hacía su hermano á quien él amaba tanto, todo esto produjo en su natural impresionable un sentimiento tan vivo, tan doloroso que no supo ni pudo contestar nada. Conociendo que no podría retener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, tomó el dinero sin mirarlo y se fué á encontrar á sus camaradas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Nikolaiev, que se había fortalecido en Duvanka con dos vasos de aguardiente comprados á un soldado que lo vendía en el puente, sacudió las riendas y la carreta saltó por la pedregosa carretera, sombreada por los grandes árboles que se alinean á los lados, que conduce desde Belbek á Sebastopol; ambos hermanos sentados uno junto al otro, á pesar de que pensaban los dos en lo mismo, se mantenían obstinadamente callados.

«Por qué me ha ofendido?» pensaba el cadete. «No podía evitarse el hablarme de aquel modo? Cualquiera hubiera dicho que me había tomado por un estafador; y guarda su aire de enfadado, de suerte que tenemos enfado para días, pues yo también lo estoy. Cómo podremos estar bien en Sebastopol! Dos hermanos que se quieren, los dos combatiendo al enemigo; el mayor es un soldado valeroso, bien que no muy instruído; el otro es joven... mas también muy valiente... Dentro de una semana yo les demostraré á todos que ya no soy un niño. No quiero ruborizarme más. Mi cara respirará valor y mi bigote crecerá», y estiróse el finísimo vello que sombreaba sus labios. «Quizás llegaremos hoy mismo y nos encontraremos en pleno combate. Debe ser muy tenaz y muy intrépido mi hermano, debe ser uno de esos que hablan poco y obran mucho más y mejor que los otros. Desearía saber si lo ha hecho exprofeso ó no el hacerme sentar al borde de la carreta. Quizás conoce que estoy desasosegado y finge no verlo. Seguramente llegaremos hoy mismo», continuó examinando el camino y agarrándose al borde de la carreta y tratando de moverse para no dejar ver á su hermano la inquietud que le dominaba. «Enseguida derechamente al bastión... con mis armas; mi hermano mandando la compañía, y yo con él. Si se acercan los franceses, yo tiraré... tiraré y mataré á muchos, mas cuando ellos corran derechamente á mí... entonces ya no podré tirar, sin duda alguna; pero de ningún modo huiré... Solamente, entonces, mi hermano se adelantará con su sable, yo cogeré un fusil y los dos correremos hacia los solda-

dos... Los franceses se echan sobre mi hermano, acudo á socorrerle, mato á un francés, luego á otro... y salvo á mi hermano. Me hieren en un brazo, cojo el fusil con la otra mano y sigo corriendo. Cerca de mí una bala mata á mi hermano, me detengo un momento, le miro tristemente y grito: «Seguidme á mí! Venguémonos! Yo quería á mi hermano más que al mundo entero, y lo he perdido.

Venguémosle, aniquilemos al enemigo ó muramos todos aquí!» Todos correrán entonces y me seguirán... Allí morirá todo el ejército de la Francia... á todos les aplastaremos. Mas al fin me hieren una segunda, una tercera vez y caigo herido de muerte. Entonces todos corren hacia mí, el general Gortchakov vendrá también y me preguntará qué es lo que deseo, y yo le contestaré que nada, salvo que me lleven al lado de mi hermano, pues quiero morir junto á él. El me lo concederá y me hará poner cerca del cadáver ensangrentado de mi hermano... entonces me levantaré y diré solamente: Sí, vosotros no habéis sabido apreciar como era debido á dos hombres que amaban verdaderamente á su patria; ya veis, los dos hemos caído al fin, que Dios os perdone!... Entonces moriré».

Quién sabe hasta que punto podrían realizarse estos ensueños?

—Dime, has estado alguna vez en alguna refriega?—preguntó de pronto á su hermano, olvidando su propósito de no dirigirle la palabra.

—No una sola vez,—respondió el primogénito.—Nuestro regimiento ha perdido más de dos mil hombres, con todos sus trabajos de defensa. Yo mismo he sido herido una vez... La guerra no se hace como tú piensas, Volodia.

Al oirse llamar «Volodia» se enterneció el cadete. Quiso explicarse con su hermano, quien no creía del todo haberle ofendido.

—No estás enfadado conmigo, Micka?—dijo después de un minuto de silencio.

—Por qué?

—A causa de lo que ha habido, vamos.

—De ningún modo,—respondió el mayor volviéndose hacia él y golpeándole suavemente la pierna.

—Entonces, me perdonas, Micka, si es que te haya disgustado?

Y el joven cadete se volvió para ocultar las lágrimas que súbitamente se agolparon á sus ojos.

VII

—Estamos ya en Sebastopol?—preguntó el cadete cuando hubieron dejado atrás la montaña.

Ante ellos se abría la ancha bahía, de cuyas aguas se veía surgir los palos de los buques, con la flota enemiga distinguiéndose á lo lejos, las grandes baterías junto al mar, los cuarteles, los acueductos, los docks, los edificios de la ciudad y las nubecillas blanco-azuladas de las chimeneas, que se elevaban sin cesar hacia las hermosísimas montañas que rodean la población, deteniéndose en el cielo azul entre los rosados rayos del sol que se reflejan en las olas y van á perderse en el lejano horizonte del sombrío mar.

Volodia contemplaba sin la menor emoción este paraje terrible, en el cual tanto había soñado; al contrario, lo veía con placer es-

dos... Los franceses se echan sobre mi hermano, acudo á socorrerle, mato á un francés, luego á otro... y salvo á mi hermano. Me hieren en un brazo, cojo el fusil con la otra mano y sigo corriendo. Cerca de mí una bala mata á mi hermano, me detengo un momento, le miro tristemente y grito: «Seguidme á mí! Venguémonos! Yo quería á mi hermano más que al mundo entero, y lo he perdido.

Venguémosle, aniquilemos al enemigo ó muramos todos aquí!» Todos correrán entonces y me seguirán... Allí morirá todo el ejército de la Francia... á todos les aplastaremos. Mas al fin me hieren una segunda, una tercera vez y caigo herido de muerte. Entonces todos corren hacia mí, el general Gortchakov vendrá también y me preguntará qué es lo que deseo, y yo le contestaré que nada, salvo que me lleven al lado de mi hermano, pues quiero morir junto á él. El me lo concederá y me hará poner cerca del cadáver ensangrentado de mi hermano... entonces me levantaré y diré solamente: Sí, vosotros no habéis sabido apreciar como era debido á dos hombres que amaban verdaderamente á su patria; ya veis, los dos hemos caído al fin, que Dios os perdone!... Entonces moriré».

Quién sabe hasta que punto podrían realizarse estos ensueños?

—Dime, has estado alguna vez en alguna refriega?—preguntó de pronto á su hermano, olvidando su propósito de no dirigirle la palabra.

—No una sola vez,—respondió el primogénito.—Nuestro regimiento ha perdido más de dos mil hombres, con todos sus trabajos de defensa. Yo mismo he sido herido una vez... La guerra no se hace como tú piensas, Volodia.

Al oirse llamar «Volodia» se enterneció el cadete. Quiso explicarse con su hermano, quien no creía del todo haberle ofendido.

—No estás enfadado conmigo, Micka?—dijo después de un minuto de silencio.

—Por qué?

—A causa de lo que ha habido, vamos.

—De ningún modo,—respondió el mayor volviéndose hacia él y golpeándole suavemente la pierna.

—Entonces, me perdonas, Micka, si es que te haya disgustado?

Y el joven cadete se volvió para ocultar las lágrimas que súbitamente se agolparon á sus ojos.

VII

—Estamos ya en Sebastopol?—preguntó el cadete cuando hubieron dejado atrás la montaña.

Ante ellos se abría la ancha bahía, de cuyas aguas se veía surgir los palos de los buques, con la flota enemiga distinguiéndose á lo lejos, las grandes baterías junto al mar, los cuarteles, los acueductos, los docks, los edificios de la ciudad y las nubecillas blanco-azuladas de las chimeneas, que se elevaban sin cesar hacia las hermosísimas montañas que rodean la población, deteniéndose en el cielo azul entre los rosados rayos del sol que se reflejan en las olas y van á perderse en el lejano horizonte del sombrío mar.

Volodia contemplaba sin la menor emoción este paraje terrible, en el cual tanto había soñado; al contrario, lo veía con placer es-

tético y con sentimiento heroico de satisfacción, pensando que dentro de media hora él estaría allí y vería de cerca aquel espectáculo verdaderamente admirable y original con atención concentrada. Al poco rato llegaron á Severnaia, en donde estaban los bagajes del regimiento de su hermano y en donde debían tomar las señas del sitio en que estaba su regimiento y la batería.

El oficial que mandaba el tren de bagajes estaba cerca del sitio nombrado «la ciudad pequeña» compuesta de barracas de madera construídas por los marineros. Vivía en una tienda de campaña adjunta á un tinglado muy vasto hecho de ramas de roble casi tiernas.

Los hermanos encontraron al oficial sentado frente á una sucia mesa en la cual había un vaso de té frío, un plato con aguardiente, granos de caviar y pan. El oficial iba vestido con sólo una camisa amarilla sucia y estaba contando sobre un banco un gran fajo de billetes de banco. Mas, antes de hablar de la persona de este oficial y de su conversación, es necesario examinar el interior del tinglado y conocer un poco sus anejos y para lo que servía todo aquello.

El tinglado era muy vasto, había en él pequeñas mesas y mullidos bancos construídos expresamente para sentarse los generales y jefes de los regimientos. Para que las hojas de las ramas no cayeran en el interior de la tienda del oficial, los lados y el techo estaban cubiertos con grandes tapices bastante feos, pero muy nuevos y probablemente muy caros. Sobre el lecho de hierro emplazado á lo largo del tapiz principal, adornado con la figura de una hermosa amazona, estaba echado un cobertor de terciopelo rojo, una almohada sucia, un espejo encuadrado en marco de plata, un peine de cuerno lleno de cabellos grasientos, una palmatoria de metal, una botella de licor con una marca dorada, un reloj de oro adornado con un retrato de Pedro I, dos plumas de oro, un pequeño frasco con dos cápsulas, un trozo de pan, un juego de naipes usado y debajo de la cama algunas botellas vacías ó llenas. El oficial de que hablamos tenía á su cargo los convoyes del regimiento y los forrajes. Con él vivía un gran amigo suyo, un comisionista que se ocupaba de las compras. Cuando los hermanos entraron, éste estaba durmiendo bajo la tienda y el oficial del convoy sacaba las cuentas del dinero del Estado para fin de mes. El aspecto del oficial era simpático; de gran talla, grandes bigotes y buena corpulencia, tenía solamente de desagradable su respiración fatigosa y la hinchazón de su rostro, que casi cubría sus pequeños ojos grises, como si la cara estuviese toda impregnada de *porter*, y un desaseo extraordinario se observaba en toda su persona, con

sus cabellos escasos y grasientos y luego sus pies largos y desnudos calzados con unas pantuflas forradas de armiño.

—Cuánto dinero! Cuánto dinero!—exclamó Kozeltkov el mayor, al entrar en la tienda y con avidez inconsciente fijó los ojos sobre el fajo de billetes.—Si á lo menos me prestarais la mitad, Vasili Mikhailovitch!

Al ver á su visitante, el oficial del almacén, disimuladamente, recogió el dinero y saludó sin levantarse.

—Ah! si fuera mío! Este es dinero del Estado, querido!... Quién es ese que va con vos?—dijo metiendo el dinero en una cajita que tenía al lado y mirando á Volodia.

—Este es mi hermano, acaba de salir de la Escuela y hemos venido aquí para saber dónde está alojado nuestro regimiento.

—Sentaos, señores,—dijo levantándose y, sin prestar mayor atención á los recién llegados, fuese adentro.—Queréis beber algo? Quizás tomaríais un poco de *porter?*

—No vendría mal, Vasili Mikhailovitch.

Volodia estaba admirado del orgullo que manifestaba el oficial del almacén, de sus maneras negligentes y del respeto con que su hermano dirigíase á él.

«Este es probablemente un excelente oficial, á quien todos respetan; debe ser muy sencillo, muy hospitalario y valiente», pensaba mientras se sentaba con timidez en el diván.

—Pues, dónde está nuestro regimiento?—preguntó gritando hacia dentro el hermano mayor.

—Qué?

Y repitió la pregunta otra vez.

—Zeifer ha estado hoy aquí y me ha dicho que ha pasado al cuarto bastión.

—Es esto cierto?

—Cuánto yo digo es cierto. En realidad... el diablo lo sabe, y éste poco cuida de no mentir. Y bien, qué! beberéis un poco de *porter?*—dijo el oficial desde dentro de la tienda.

—Si os place beberé un poco,—respondió Kozeltkov.

—Y vos, beberéis, Ossip Ignatievitch,—añadió la voz dentro de la tienda, dirigiéndose probablemente al comisionista.—Basta de dormir, ya han dado las cuatro.

—Qué es lo que decís? Yo no duermo,—respondió una voz agria é indolente.

—Y bien, levantaos, ya sabéis que me aburro si no os tengo á mi lado.

El oficial se reunió con sus huéspedes.

—Trae el *porter* de Sunferopol!—gritó.

El asistente, de semblante fiero, así á lo menos se lo pareció á Volodia, entró en la tienda y dando empellones á todo el mundo, dejó el *porter* sobre el banco.

Vaciaron entre todos la botella y la conversación continuó todavía algún tiempo en el mismo tono, cuando la cortina de la tienda se apartó dando paso á un hombre no muy alto, hosco, en traje de dormir azul rayadillo y una gorra con cinta roja y adornada con una escarapela. Se presentó retorciéndose el pequeño bigote negro y mirando hacia lo alto del gran tapiz; con un movimiento de hombros apenas perceptible, respondió al saludo de los dos oficiales.

—Yo beberé también un poco,—dijo instalándose cerca de la mesa.—Y bien, joven, venís de San Petersburgo?—preguntó amablemente á Volodia.

—Sí, y ahora voy á Sebastopol.

—Lo habéis pedido vos mismo?

—Yo mismo.

—Y para qué? Señores, yo no lo comprendo,—continuó el comisionista.—Por mi parte, de buena gana me iría, aunque fuera á pie, á San Petersburgo, si me dejaran. Os juro que estoy harto de esa maldita vida.

—De qué podéis quejaros aquí?—exclamó el primogénito de los Kozeltkov,—vuestra vida es envidiable!

El comisionista le miró y continuó dirigiéndose á Volodia.

—Los peligros, las privaciones es lo único que aquí podéis encontrar; qué es, pues, lo que buscáis, señores? Yo no lo comprendo. Si á lo menos hubiera ventajas; mas, como veis, no las hay; pues bien, si á vuestra edad quedarais inútil para toda la vida, estaríais contento?

—Hay quien busca sólo el dinero; pero otros sirven á la patria sólo por el honor,—dijo con despecho el mayor de los Kozeltkov.

—Valiente honor cuando no hay nada que comer,—dijo riendo con menosprecio el comisionista y dirigiéndose al oficial de almacén, que también se reía, le dijo señalando la caja de música.—Toca alguna cosa de *Lucie,* me gusta mucho; nosotros te escucharemos con placer.

—Vaya! Es un buen hombre este Vasili Mikhailovitch!—dijo Volodia á su hermano, cuando, ya anochecido, salieron del cobertizo en dirección á Sebastopol.

—Tal cual, sólo que es horriblemente avaro. En cuanto al comisionista, á éste no le puedo ver, cualquier día le voy á pegar.

VIII

No puede decirse que Volodia estuviese de mal humor, pero sentía en su corazón una opresión muy fuerte, cuando cercana ya la noche llegaron al gran puente echado sobre la bahía. Todo lo que había visto y oído estaba muy en contradicción con sus impresiones pasadas y todavía recientes; la gran sala, clara y alegre, de los exámenes, las suaves voces juveniles y las risas de sus camaradas, el uniforme nuevo, el Zar amado, á quien se había habituado á ver durante siete años y quien al decirles *adiós,* con las lágrimas en los ojos, les había llamado: *Hijos míos!*... Y ahora todo lo que veía se parecía muy poco á sus ensueños, atrayentes y bellos como el arco iris.

—Ya lo ves, al fin hemos llegado,—dijo el primogénito descendiendo del coche, así que llegaron á la batería Mikhailovskaia,—Si nos dejan atravesar el puente, marcharemos enseguida á los cuarteles de Nicolás. Tú te quedarás allí hasta la madrugada y yo iré al regimiento para saber dónde está nuestra batería, y mañana vendré á buscarte.

—Por qué? Vayamos los dos,—dijo Volodia.—Prefiero ir contigo al bastión. Es necesario acostumbrarse, si tú vas yo también quiero ir.

—Sería mejor que no vinieras.

—No, te lo ruego, á lo menos veré...

—Te aconsejo que no vengas, mas si tanto insistes...

El cielo estaba sereno y oscuro; las estrellas, las lucesitas de las bombas cruzando el espacio sin cesar, lo mismo que los fogonazos de las descargas, brillaban intensamente en la oscuridad. La gran construcción blancuzca de la batería y el arranque del puente se destacaban en la sombra. A cada segundo los estampidos del cañón y de los explosivos se seguían rápidamente el uno al otro, haciendo conmover las ondas etéreas en toda su profundidad; al través de esos sordos ruidos se oía, formando como su acompañamiento, el batir de las olas en la bahía. Un leve vientecillo soplaba del lado

del mar impregnado de las brisas marinas. Los hermanos se acercaban al puente, y á su entrada un miliciano manejando poco diestramente el fusil, gritó:

—Quién vive!

—Soldados!

—No se pasa.

—Cómo lo arreglamos, pues?...

—Llamad al oficial.

El oficial dormitaba sentado sobre un áncora. Al oir las voces se levantó y dió orden de dejarles pasar.

—Puede irse á dentro, pero no se puede salir; dónde diablos os

habéis metido!—gritó el oficial de guardia á los carruajes del regimiento que chocaban unos con otros á la entrada del puente.

Al cruzar el primer pontón, los dos hermanos se cruzaron con varios soldados que conversaban en alta voz, de este modo:

—Si ha recibido el dinero del equipo, entonces su cuenta está en regla, pues ya lo tiene todo.

—Eh! hermanos,—decía otro en alta voz.—Cuando se viene de Severnaia, se ven ya esas lucesitas y se respira un aire...

—Diantre!—dijo el primero.—Ahora mismo, allá abajo, acaba de caer, maldita!... y ha arrancado las piernas á dos marinos. Si...

Los hermanos, después del primer pontón, viendo venir un coche, se detuvieron en el segundo, que en aquel momento el agua invadía ya. El viento, que en tierra parecía muy débil, era allí más fuerte y soplaba á grandes ráfagas. El puente oscilaba, las olas golpeaban las maderas sordamente y rompiendo por encima de las anclas y los cordajes invadían la tablazón. A la derecha, el mar brumoso, hostil, sombrío, se recortaba en la línea infinita é igualmente sombría del horizonte gris claro; á lo lejos, los fuegos alumbraban la flota enemiga; á la izquierda distinguíase la masa negra de nuestros bajeles y se oía el romper de las olas sobre sus costados; veíase una barca que se alejaba con gran ruído y rápidamente de Severnaia. El fuego de la bomba que estalló cerca de ella, iluminó por un instante los gaviones puestos en lo alto de la barca, destacando las sombras de dos hombres que se hallaban allí sobre la blanca espuma de las olas tremendas, rizadas por la estela de la barca. En el borde del puente estaba sentado, con las piernas colgando en el agua, un hombre en camisa que reparaba ó arreglaba algo en el pontón. Enfrente, sobre Sebastopol, se levantaban al espacio las lucesitas de las bombas, oyéndose cada vez más fuertes los espantosos estampidos del cañón. Las olas, que aumentaban de volumen, caían al lado derecho del puente y mojaban los pies de Volodia; dos soldados andando con los pies en el agua pasaron por su lado. De repente, algo estalló y alumbró momentáneamente el puente, en donde vióse un coche y un hombre á caballo, y los cascos de la bomba silbando cayeron en el mar y proyectaron el agua entorno suyo.

—Ah! Mikhail Seminovitch,—dijo el caballero deteniendo su caballo frente al primogénito de los Kozeltkov.—Qué! Estáis ya del todo curado?

—Ya podéis ver; pero, Dios mío, á dónde vais?

—A Severnaia, á buscar cartuchos. Reemplazo hoy al ayudante de campo del regimiento. Esperamos el asalto de un momento á otro.

—Dónde está Marzov?

—Ayer se le llevaron la pierna... En la ciudad... dormía ahora en su aposento. Le conocíais quizás?

—Nuestro regimiento está en el quinto bastión, verdad?

—Sí, ha reemplazado al regimiento de M... Entrad en la primera ambulancia, allá abajo; allí encontraréis á los nuestros, alguien os conducirá.

—Oid, y mi departamento de Morskaia, está intacto?

—Ah! querido, hace ya tiempo que está todo destruído por las bombas, no conoceréis á Sebastopol; no hay una sola mujer, ni tabernas, ni música; ayer el último establecimiento se cerró, ha quedado esto muy triste, horriblemente triste... Adiós.

El oficial se alejó al trote. Volodia se sintió poseído de un sentimiento horrible, parecióle que de momento una bomba había estallado y le había herido profundamente en la cabeza. Esas húmedas tinieblas, todos esos confusos ruídos, sobre los cuales dominaba el rumor agitado de las olas, todo parecía decirle que no fuera más adelante, que nada bueno le esperaba allí, que jamás sus pies llegarían á pisar la tierra del otro lado de la bahía, que debía volverse inmediatamente, huir á cualquier parte lo más lejos posible de este sitio de muerte. «Mas quizás sea ya tarde, todo está ya decidido», pensó extremeciéndose tanto por ese pensamiento como por el agua que mojaba sus pies.

Volodia suspiró profundamente y se apartó un poco de su hermano.

«Señor, es que precisamente me matarán á mí! Señor, tened piedad de mí!» murmuró santiguándose.

—Y bien, vamos, Volodia,—dijo el hermano mayor, al cabo de un buen rato.—Has visto la bomba?

En el puente encontraron más carromatos cargados con heridos y cestas y uno cargado de muebles, conducido por una mujer. Al otro lado del puente nadie les dijo nada.

Fuéronse instintivamente por detrás de la muralla de la batería de Nicolás, silenciosos, escuchando el zumbido de las bombas que parecían estallar sobre su cabeza y el silbido estridente de los cascos que caían de lo alto. Al fin llegaron al sitio de la batería donde estaba el guardián, y allí supieron que la quinta batería ligera, en la cual estaba inscrito Volodia, se hallaba en Korabelnaia, y decidieron, á pesar del peligro, irse á dormir al quinto bastión. Volvieron al camino cubierto y, procurando no tropezar con los soldados dormidos á lo largo del muro de la batería, llegaron finalmente á la ambulancia.

IX

Cuando entraron en la primera sala, llena de camas de campaña sobre las cuales estaban tendidos los heridos y llena de un hedor repugnante, horrible, de hospital, dos hermanas enfermeras venían en dirección contraria.

Una era una mujer de unos cincuenta años, de ojos negros y rostro muy severo. Llevaba unas vendas y gasas y daba órdenes á la joven enfermera que la seguía. Esta era una jovencita muy linda, de unos veinte años, de rostro pálido y dulce, rubia, singularmente hermosa y atractiva, las manos en los bolsillos de su delantal, miraba por debajo de su blanca gorra, y andaba cerca de la mayor como si tuviera miedo de alejarse mucho.

Kozeltkov se dirigió á ellas, preguntándoles si sabían dónde estaba Marzov, á quien el día anterior una bala se le había llevado la pierna.

—Del regimiento de P..., según creo?—contestó la mayor.—Es pariente vuestro?

—No, es un camarada.

—Guiadles,—dijo en francés á la joven enfermera.—Vedle, allí está!...—y ella misma con la enfermera se fué hacia al herido.

—Vamos, qué es lo que miras?—dijo Kozeltkov á Volodia, que arqueaba las cejas con una expresión de sufrimiento, sin fuerzas para separarse de las camas.—Vamos ya.

Volodia siguió á su hermano, volviendo el rostro á cada momento y repitiendo inconscientemente:

—Oh! Dios mío!... Oh! Dios mío!

—Habrá poco que ha llegado, sin duda?—preguntó la enfermera á Kozeltkov, señalando á Volodia que les seguía por el corredor dejando escapar grandes suspiros.

—Acaba de llegar, en efecto.

La joven enfermera miró á Volodia y se echó á llorar.

—Dios mío, Dios mío, cuándo concluirá esto?—exclamó con desesperado acento.

. . . . . .

Entraron en la sala de los oficiales. Marzov estaba acostado de espaldas, sus venosos brazos los tenía plegados por debajo de la cabeza. La expresión de su rostro amarillento era el de un hombre que cierra los dientes para no chillar de dolor. La pierna intacta, con la media puesta, rebasaba por el borde del cobertor y veíase cómo se agitaban nerviosamente los dedos del pie.

—Y bien, cómo os encontráis?—le preguntó la enfermera, levantando con sus finas y delicadas manos, en uno de cuyos dedos Volodia vió brillar una sortija de oro, la cabeza un poco calva del herido y arreglándole la almohada.—Ahí están dos camaradas que vienen á visitaros.

—Muy mal, naturalmente,—dijo él en tono áspero y malhumorado.—Dejadme, tal cual, ya está bien...

Dentro de la media sus dedos se agitaban aun más rápidamente.

—Buenas noches! Cuál és vuestro nombre, si os place?—preguntó el enfermo dirigiéndose á Kozeltkov.—Ah, sí. Perdonad, aquí se olvida todo,—dijo así que Kozeltkov húbole dicho su nombre. —Hemos estado mucho tiempo juntos,—añadió sin ninguna expresión de placer y mirando á Volodia con aire interrogativo.

—Este es mi hermano, que ha llegado hoy mismo de San Petersburgo.

—Hum! Ved, yo ya me he ganado la pensión entera,—dijo frunciendo las cejas.—Ah! cuánto sufro!... Sí, mejor sería que hubiese llegado el fin de todo...

Agitó su pierna, sus dedos moviéronse aun con más rapidez y ocultó su rostro entre las manos.

—Dejadle ya,—murmuró la enfermera llorando.—El infeliz sufre mucho.

Hallándose ya en Severnaia, los dos hermanos decidieron ir al quinto bastión, pero al salir de la batería Nicolás, como si temieran exponerse inútilmente al peligro, sin decirse nada se separaron marchando cada uno por su lado.

—Mas, cómo hallarás tú solo la batería, Volodia?—dijo el mayor al ver que ya se alejaba.—Vale más que Nikolaiev te conduzca á Korabelnaia, yo me iré solo y mañana vendré á verte.

Nada más se dijeron los dos hermanos en esta última entrevista.

X

El retumbar de los cañonazos continuaba con la misma fuerza, y la calle de Khatèrinenskaia que seguía Volodia, acompañado del silencioso Nikolaiev, estaba toda desierta. En medio de la oscuridad que le rodeaba veía solamente la larga calle con los muros blancos de las grandes casas derruídas en muchos sitios y el suelo empedrado. De tiempo en tiempo, encontraba grupos de soldados y oficiales. Al pasar al lado izquierdo, lleno de admiración, á la luz de un vivo fuego que brillaba tras un alto paredón, distinguió las acacias plantadas á lo largo de las aceras, con sus soportes verdes y su follaje tierno y lleno de polvo. Oía resonar fuertemente sus pasos y los de Nikolaiev, quien suspirando fuertemente seguía tras él.

Su pensamiento estaba aletargado. La linda joven enfermera, la pierna de Marzov con los dedos agitándose dentro del calcetín, la oscuridad, las bombas y las diversas imágenes de la muerte se presentaban vagamente á su imaginación. Toda su alma, joven, impresionable, se hallaba turbada y estaba afligido con la conciencia de su soledad y la indiferencia general por su suerte en medio de tantos peligros. «Si me matan, no habrá nadie que llore mi muerte». Qué diferencia entre aquello y la muerte del héroe lleno de energías y de generosidad en que él había soñado con tanto entusiasmo!

Las bombas estallaban y silbaban cada vez más cerca. Nikolaiev suspiraba más seguidamente sin decir palabra. Atravesando el puente que conducía á Korabelnaia, percibió algo que, silbando, cayó no muy lejos de él en la misma bahía, alumbrando por un segundo con su luz roja las olas violáceas, desapareciendo enseguida y haciendo saltar y brillar el agua.

—Habéis visto? por suerte no ha reventado,—dijo con voz ronca Nikolaiev.

—Verdad,—respondió el joven oficial lleno de un involuntario temor y con voz débil.

De nuevo encontraron camilleros trasladando heridos, las carre-

tas del regimiento cargadas de cestas, un regimiento que se dirigía como ellos á la batería Korabelnaia, los de caballería iban delante. Un oficial, seguido de un cosaco, marchaba al trote, mas al ver á Volodia detuvo su caballo, le examinó fijamente y sin decirle nada se alejó espoleando su montura.

«Solo, solo, nadie se interesa en que yo viva ó muera!» pensaba el pobre joven sintiendo verdaderos deseos de llorar.

Subiendo la cuesta, se halló enfrente de un alto muro blanco, y entró en una calle donde las pequeñas casitas estaban todas destruídas y alumbradas sin cesar por las bombas. Una mujer, borracha, andrajosa, que salía de una puerta cochera con un marinero, dirigióse resueltamente hacia él.

—Este por aquí... Calla!... si es un hombre *noble*,—murmuró. —Perdón. Vuestra Nobleza, señor oficial...

El corazón del pobre muchacho se acongojó aun más.

Sobre el negro horizonte el relampagueo se percibía más seguidamente y las bombas cada vez más rápidas silbaban y estallaban más cerca de él.

Nikolaiev, suspirando y sudando, se puso á hablar con Volodia con acento de espanto y conteniendo la respiración.

—He ahí, tanta prisa todos los días para partir... Partir, partir, no había necesidad de apresurarse.

—Pues, qué! Mi hermano estaba ya curado!—respondió Volodia esperando, á lo menos, disipar con la conversación el sentimiento de gran pena que le invadía.

—Curado! Vaya una salud la suya, si está aun enfermo; cuánto más le hubiera valido no moverse en algún tiempo del hospital, como lo hacen otros! Es que se hallan muchos placeres aquí, eh? Que á uno le corten la pierna ó el brazo, esto es todo. No hace mucho tiempo aquí mismo, en la ciudad, y esto no es el bastión, qué horror!... Mientras uno anda va recitando plegarias. Ah, canalla!... ahí está, delante de nosotros,—añadió fijándose en un casco que rodó muy cerca de ellos, y continuó.—Ved, vuestro hermano me ha ordenado que acompañe á Vuestra Nobleza. Mi oficio, así está entendido, es hacer lo que se me ordena, debo pues hacerlo; pero la carreta está allá abajo al cuidado de un soldado cualquiera; los paquetes se deshacen... si luego falta alguna cosa ó se pierde, es Nikolaiev quien será responsable.

Después de haber andado un rato, desembocaron en la plaza. Nikolaiev calló y suspiró.

—Ved allí vuestra batería!—dijo de pronto.—Preguntad al centinela, él os la enseñará.

Volodia dió algunos pasos más y cesó de oir detrás de él los suspiros de Nikolaiev. De pronto se sintió completamente solo. Esta conciencia de la soledad ante el peligro, ante la muerte, como él creía, cayó sobre su corazón como una piedra terriblemente pesada y fría. Detúvose en medio de la plaza y volviéndose

para mirar si alguien le veía, cogióse la cabeza con ambas manos y con espanto pronunció: «Señor! soy un poltrón, un cobarde, un miserable!... No puedo ya morir por la patria, por el Zar, por quien recientemente aun soñaba morir con placer! No! soy una criatura desventurada y mísera!»

Y Volodia, penetrado de un sentimiento de verdadera desespe-

ración y de menosprecio por sí mismo, preguntó al centinela por el alojamiento del comandante de la batería y marchóse en la dirección que aquel le indicó.

XI

El alojamiento del comandante de la batería que le indicó el centinela, era una pequeña casita de un solo piso, cuya entrada daba á un patio. Por una de sus ventanas, cubierta con papel, pasaba la débil luz de una bujía. El asistente, sentado en el dintel de la puerta, fumaba su pipa. Este anunció á Volodia al comandante, introduciéndole en la estancia; dentro de la misma, entre dos ventanas y debajo de un espejo roto, había una mesa llena de papeles administrativos, y desparramadas por el resto de la habitación algunas cajas, una cama de hierro con sus sábanas de lienzo con iniciales y su cobertor.

Cerca de la puerta estaba un hombre de pie, gallardo, con grandes bigotes, con espada y capote en el que lucía una cruz y la medalla de Hungría: era el sargento mayor. En la sala, paseándose de arriba abajo, estaba el oficial de Estado Mayor, de mediana talla y de unos cuarenta años, con los carrillos hinchados y vendados, y una capa ligera y vieja sobre los hombros.

—Tengo el honor de presentarme: soy el abanderado Kozeltkov, cadete, agregado á la quinta batería ligera.

Volodia pronunció esta frase, preparada de antemano, en el momento de entrar en el aposento.

El comandante respondió al saludo secamente y, sin tenderle la mano, le invitó á sentarse.

Volodia sentóse tímidamente sobre una caja que estaba próxima á la mesa de escribir y púsose á jugar con unas tijeras que halló al alcance de la mano. El comandante de la batería, con los brazos cruzados á la espalda, la cabeza baja, mirando de cuando en cuando las manos de Volodia jugar con las tijeras, continuó paseándose por la habitación con el aire del hombre que se esfuerza en recordar alguna cosa.

El comandante de la batería era un hombre bastante grueso, algo calvo, con grandes bigotes recios que cubrían su boca, ojos oscuros y amables, manos bellas, cuidadas y fuertes, las piernas, algo arqueadas, apoyábanse con fuerza en el suelo y con cierta elegancia demostrando que no era hombre tímido.

—Sí,—dijo deteniéndose delante del sargento mayor.—A partir de mañana haréis aumentar la ración de los caballos de los arcones, pues están muy flacos los nuestros, eh! Qué te parece á tí?

—Qué puedo yo decir á Vuestra Nobleza! la avena está á mayor precio cada día,—contestó el sargento mayor moviendo los dedos de las manos que tenía extendidas á lo largo del cuerpo, movimiento que le era al parecer peculiar como para ayudarse en la conversación.—Además, nuestro furriel Frantchuk me envió ayer con los forrajes una cartita, Vuestra Nobleza, diciéndome que él mandaría á comprar allá abajo los granos, puesto que están á buen precio... Qué ordenáis?

—Bien, que compre! El tiene dinero, y mientras tanto...—y el comandante de la batería continuó su paseo por el aposento.

—Dónde está vuestro equipaje?—preguntó de pronto á Volodia deteniéndose delante de él.

El pobre Volodia, absorbido por completo por la idea de que él era un poltrón, que en cada mirada y en cada palabra le parecía iba envuelto el menosprecio para él, como si fuese un cobarde miserable, le pareció que el comandante de la batería había ya penetrado su secreto y se mofaba de él. Confuso le contestó que sus efectos estaban en la batería Grafskaia y que su hermano le había prometido que se los enviaría al día siguiente.

Mas el comandante sólo escuchó el final, y dirigiéndose al sargento mayor díjole:

—Dónde alojaremos á ese abanderado?

—Qué abanderado?—exclamó el sargento mayor confundiendo aun más á Volodia con la rápida mirada que le dirigió, pareciendo decirle: De qué abanderado me habláis?—Allá abajo, Vuestra Nobleza, en el cuarto del capitán ayudante puede alojar á Su Nobleza; mientras el capitán ayudante esté en el bastión su cama estará vacía,—añadió el sargento.

—Entonces, bien está; aceptáis ese alojamiento provisional?... Creo que debéis estar fatigado y mañana ya os alojaremos mejor, —dijo el comandante.

Volodia se levantó y saludó.

—Queréis tomar té?—le dijo el comandante cuando ya Volodia estaba cerca de la puerta.—Vamos á preparar la tetera.

Volodia saludó y marchóse. El asistente del comandante le acompañó y le hizo entrar en una cámara desmantelada y sucia, en donde estaban tirados diversos trastos y en uno de los lados una cama de hierro sin sábanas ni cobertores. Encima de ella, envuelto en un grueso capote dormía un hombre con camisa amarilla. Volodia le tomó por un soldado.

—Piotr Nikolaievitch!—dijo el asistente sacudiendo los hombros del que dormía.—El abanderado dormirá aquí... Este es nuestro *junker*,—añadió dirigiéndose á Volodia.

—Ah! no os enfadaréis, verdad?

Mas el *junker*, que era un hombre joven, alto y fuerte, de fisonomía alegre pero atontada, se levantó de la cama, echóse el capote sobre las espaldas y aun no bien despierto salió de la estancia.

—Está bien, yo dormiré en el patio,—murmuró al salir.

XII

Al hallarse solo con sus ideas, el primer sentimiento de Volodia fué el miedo... ese estado confuso, oscuro, en el cual hallábase su alma. Quería dormir y olvidar todo lo que le rodeaba y principalmente olvidarse de sí mismo. Apagó la bujía, tendióse sobre la cama y cogiendo su capote cubrióse la cabeza para librarse del miedo á la oscuridad que aun guardaba de su infancia; mas de pronto acudióle este pensamiento: «Y si la bomba cae, derrumba todo esto y me mata?» Púsose á escuchar; encima de su cabeza oíanse los pasos del comandante de la batería.

«En el caso de que una bomba caiga, matará primero á los que están arriba, luego á mí; á lo menos no moriré solo». Esta idea le tranquilizó un poco y procuró dormirse. «Mas, si de golpe toman á Sebastopol, durante la noche? Si los franceses llegan hasta aquí, con qué me defenderé?» Levantóse y púsose á pasear aceleradamente por el aposento. El miedo de un peligro real había dominado en él el temor misterioso de la oscuridad. Fuera de la silla y la tetera

no había otro objeto fuerte en la sala. «Soy un cobarde, un gandul!» pensaba á cada momento y de nuevo un penoso sentimiento de disgusto y menosprecio de sí mismo le dominó. Volvióse á la cama y procuró no pensar. Entonces las impresiones del día volvían á su mente acompañadas de los cañonazos continuos que hacían retemblar los vidrios de la única ventana, recordándole de nuevo el peligro. Tan pronto presentábase á su mente la visión de los heridos y de la sangre, tan pronto la de las bombas cayendo sobre el aposento, como la de la joven enfermera dedicándole un recuerdo y llorando por él, ya era su madre que le conducía á un pueblo de la provincia, rogando ardientemente con lágrimas en los ojos ante una imagen milagrosa; de nuevo comprendió que le era imposible dormir, mas, de súbito la idea de Dios Todopoderoso, que puede hacerlo todo y atiende á todas las preces, acudió con vivacidad á su mente, hincóse de rodillas, santiguóse y juntó sus manos tal y como lo había aprendido en su infancia; este movimiento volvióle de pronto á los sentimientos piadosos largo tiempo olvidados.

«Si ha llegado la hora de que yo muera, si es el momento de dejar de existir, Señor, que sea lo más rápidamente posible, mas si el valor y la firmeza que no tengo son necesarios, dádmelos; libradme de la vergüenza y del deshonor, que yo no podría soportar, enseñadme qué es lo que tengo que hacer para cumplir Vuestra voluntad». Su alma infantil, tímida, sencilla, de golpe se engrandeció, esclarecióse, un nuevo horizonte se presentó á su mente, vasto y claro. En pocos momentos sintió y pensó mucho y al fin durmióse tranquilamente y sin cuidado del retumbar continuo de los cañonazos y el retemblar de los cristales.

Gran Dios! Tú solamente escuchas y conoces estas plegarias sencillas y fervientes, llenas de fe: las plegarias de la ignorancia, del vago arrepentimiento, de la curación del cuerpo, del estallido del alma, que suben hacia tí desde ese sitial terrible de la muerte. Desde el general que un segundo antes soñaba con la cruz de San Jorge y que con timidez siente ahora próxima la muerte, hasta el soldado que se duerme sobre el desnudo suelo de la batería de Nicolás y te pide que le envíes á la otra vida, inconscientemente presentida por él como la recompensa de todos sus sufrimientos!...

Volodia saludó y marchóse. El asistente del comandante le acompañó y le hizo entrar en una cámara desmantelada y sucia, en donde estaban tirados diversos trastos y en uno de los lados una cama de hierro sin sábanas ni cobertores. Encima de ella, envuelto en un grueso capote dormía un hombre con camisa amarilla. Volodia le tomó por un soldado.

—Piotr Nikolaievitch!—dijo el asistente sacudiendo los hombros del que dormía.—El abanderado dormirá aquí... Este es nuestro *junker*,—añadió dirigiéndose á Volodia.

—Ah! no os enfadaréis, verdad?

Mas el *junker*, que era un hombre joven, alto y fuerte, de fisonomía alegre pero atontada, se levantó de la cama, echóse el capote sobre las espaldas y aun no bien despierto salió de la estancia.

—Está bien, yo dormiré en el patio,—murmuró al salir.

XII

Al hallarse solo con sus ideas, el primer sentimiento de Volodia fué el miedo... ese estado confuso, oscuro, en el cual hallábase su alma. Quería dormir y olvidar todo lo que le rodeaba y principalmente olvidarse de sí mismo. Apagó la bujía, tendióse sobre la cama y cogiendo su capote cubrióse la cabeza para librarse del miedo á la oscuridad que aun guardaba de su infancia; mas de pronto acudióle este pensamiento: «Y si la bomba cae, derrumba todo esto y me mata?» Púsose á escuchar; encima de su cabeza oíanse los pasos del comandante de la batería.

«En el caso de que una bomba caiga, matará primero á los que están arriba, luego á mí; á lo menos no moriré solo». Esta idea le tranquilizó un poco y procuró dormirse. «Mas, si de golpe toman á Sebastopol, durante la noche? Si los franceses llegan hasta aquí, con qué me defenderé?» Levantóse y púsose á pasear aceleradamente por el aposento. El miedo de un peligro real había dominado en él el temor misterioso de la oscuridad. Fuera de la silla y la tetera

no había otro objeto fuerte en la sala. «Soy un cobarde, un gandul!» pensaba á cada momento y de nuevo un penoso sentimiento de disgusto y menosprecio de sí mismo le dominó. Volvióse á la cama y procuró no pensar. Entonces las impresiones del día volvían á su mente acompañadas de los cañonazos continuos que hacían retemblar los vidrios de la única ventana, recordándole de nuevo el peligro. Tan pronto presentábase á su mente la visión de los heridos y de la sangre, tan pronto la de las bombas cayendo sobre el aposento, como la de la joven enfermera dedicándole un recuerdo y llorando por él, ya era su madre que le conducía á un pueblo de la provincia, rogando ardientemente con lágrimas en los ojos ante una imagen milagrosa; de nuevo comprendió que le era imposible dormir, mas, de súbito la idea de Dios Todopoderoso, que puede hacerlo todo y atiende á todas las preces, acudió con vivacidad á su mente, hincóse de rodillas, santiguóse y juntó sus manos tal y como lo había aprendido en su infancia; este movimiento volvióle de pronto á los sentimientos piadosos largo tiempo olvidados.

«Si ha llegado la hora de que yo muera, si es el momento de dejar de existir, Señor, que sea lo más rápidamente posible, mas si el valor y la firmeza que no tengo son necesarios, dádmelos; libradme de la vergüenza y del deshonor, que yo no podría soportar, enseñadme qué es lo que tengo que hacer para cumplir Vuestra voluntad». Su alma infantil, tímida, sencilla, de golpe se engrandeció, esclarecióse, un nuevo horizonte se presentó á su mente, vasto y claro. En pocos momentos sintió y pensó mucho y al fin durmióse tranquilamente y sin cuidado del retumbar continuo de los cañonazos y el retemblar de los cristales.

Gran Dios! Tú solamente escuchas y conoces estas plegarias sencillas y fervientes, llenas de fe: las plegarias de la ignorancia, del vago arrepentimiento, de la curación del cuerpo, del estallido del alma, que suben hacia tí desde ese sitial terrible de la muerte. Desde el general que un segundo antes soñaba con la cruz de San Jorge y que con timidez siente ahora próxima la muerte, hasta el soldado que se duerme sobre el desnudo suelo de la batería de Nicolás y te pide que le envíes á la otra vida, inconscientemente presentida por él como la recompensa de todos sus sufrimientos!...

XIII

Kozeltkov mayor, habiendo encontrado en la calle á un soldado de su regimiento, se dirigió con él hacia el quinto bastión.

—Marchad más junto al muro, Vuestra Nobleza,—dijo el soldado.

—Por qué?

—Porque esto es peligroso, Vuestra Nobleza. Veis, ya la tenemos encima,—dijo el soldado escuchando el silbido de la bala al caer sobre la acera del otro lado de la calle.

Kozeltkov, sin seguir los consejos del soldado, siguió temerariamente por en medio de la calle.

Las calles estaban igual que antes, las mismas luces brillaban, aunque con más frecuencia, los mismos cañonazos, los mismos gemidos, los encuentros con los heridos, las baterías, parapetos y trincheras, todo estaba igual que cuando la primavera pasada estaba aun en Sebastopol. A pesar de esto y sin saber por qué, le parecía todo más triste al propio tiempo que más desolado. Había ahora más habitaciones desocupadas, pues las familias huían de la población, no se veía luz en las ventanas, salvo en casa de Kustchine, en donde estaba el hospital; no se encontraba una sola mujer y ese sello especial de las costumbres ciudadanas había desaparecido para dar lugar á una tensión ansiosa y á la fatiga espiritual.

Mas he aquí la última trinchera. Oyese la voz de un soldado del regimiento de P... que ha reconocido ya á su antiguo jefe de compañía.

Allí está el tercer batallón que, en medio de la oscuridad, ocupa su sitio junto á la muralla haciendo de tiempo en tiempo sus descargas, entre cuyo tronar óyense las conversaciones contenidas y el martilleo de los fusiles.

—Dónde está el comandante del regimiento?—preguntó Kozeltkov.

—En el blindaje, en el aposento de los marinos, Vuestra Nobleza!—respondióle el ordenanza de servicio.—Si lo deseáis yo os guiaré.

Pasando de una trinchera á otra, el soldado condujo á Kozeltkov hacia el pequeño foso del blindaje. Allí estaba un marinero fumando su pipa y detrás de él veíase la puerta tras la cual brillaba una luz.

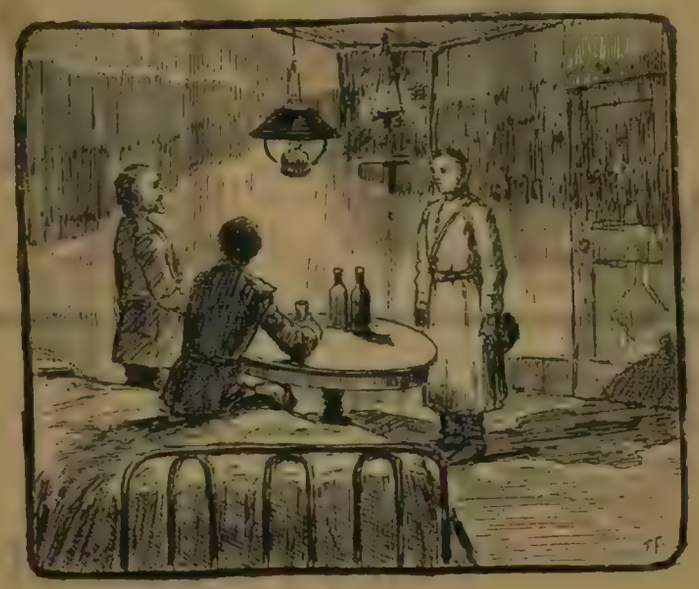
—Se puede entrar?

—Enseguida, voy á anunciaros,—y el marinero pasó la puerta.

—Si Prusia continúa guardando la neutralidad,—decía dentro una voz.—Entonces Austria también...

—Cómo, Austria también!—decía otra voz.—Cuando el país eslavo... Bien! hacedle entrar.

Kozeltkov no había estado nunca en este blindaje, que encontró muy confortable, el entarimado era de encina, un biombo ocul-



taba la puerta; había dos camas á lo largo del muro y en uno de sus ángulos una imagen de la Virgen encuadrada de oro y delante de la cual ardía una lámpara de color de rosa. En una de las camas dormía un marino vestido, en la otra y frente á una mesa,

encima de la cual se veían dos botellas de vino medio vacías, estaban sentados los interlocutores, el nuevo comandante del regimiento y su ayudante de campo.

Aunque Kozeltkov no era tímido, ni se sentía culpable de nada, se inmutó un poco á la vista del coronel quien, recientemente aun, era su camarada; éste se levantó y le escuchó con arrogancia.

«Eso si que es extraño, pensó Kozeltkov mirando al coronel, hace tan sólo siete semanas que ha recibido el mando del regimiento y ya en todo lo que le rodea, en su vestir, en su actitud y en sus miradas se ve el orgullo del jefe de regimiento. Aun no hace mucho tiempo que este mismo Babristchev se divertía y jugaba con nosotros; llevaba semanas enteras la misma camisa de algodón y comía las tiernas chuletas asadas y las *vareniki* (1), y no invitaba á nadie en su casa: y ya lo veis... En sus ojos hay una expresión de fría arrogancia como si quisiera deciros: Bien, sí, ya sé que he sido tu camarada y que soy un jefe de la nueva Escuela, pero tampoco ignoro, puedes creerlo, que tú darías la mitad de tu vida para ocupar mi plaza».

—Habéis estado en tratamiento bastante tiempo,—dijo friamente el coronel dirigiéndose á Kozeltkov.

—He estado muy enfermo, mi coronel; y aun mi herida no está del todo cicatrizada.

—Entonces, no debíais haber venido,—respondió el coronel echando una mirada inquisitorial sobre la corpulencia del capitán. —De todos modos, podréis prestar vuestro servicio?

Perfectamente.

Pues, bien; estoy muy satisfecho; así, pues, el abanderado Zaikev os dará el mando de la novena compañía, que es la vuestra de antes. Recibiréis inmediatamente la orden.

—Obedezco.

—Cuando salgáis, hacedme el obsequio de decir al ayudante de campo que entre,—concluyó el jefe, haciéndole ver con un ligero saludo que la audiencia había terminado.

Al salir del blindaje, Kozeltkov murmuró varias veces una misma palabra, encogiéndose de hombros como si se sintiese mal ó muy despechado, no contra el coronel, pues no había por qué, sino contra sí mismo y contra cuánto le rodeaba.

(1) Especie de galletas con queso de forma triangular.

XIV

Kozeltkov antes de irse á la tienda de los oficiales quiso ir á ver dónde se encontraba su compañía y saludarla. Los parapetos construídos con cestas, los perfiles de las trincheras, los cañones ante los cuales pasaba, los mismos cascos de las bombas con que tropezaba siguiendo su camino, todo eso iluminado sin cesar por las llamaradas de las bombas y de las descargas le era ya muy conocido; todo esto quedó bien grabado en su memoria, tres meses antes, cuando, sin salir un día, durante dos semanas estuvo en el bastión. Sus recuerdos estaban llenos de horrores, sin duda alguna, pero mezclados con algún encanto, el encanto del pasado, al reconocer con gran placer los objetos y sitios conocidos, como si las dos semanas pasadas allí le hubiesen sido muy agradables.

Encontró su compañía dispuesta á lo largo de las murallas defensivas del sexto bastión.

Kozeltkov entró dentro del amplio blindaje, descubierto por el lado de la entrada, donde le habían dicho que se encontraba la novena compañía. Literalmente uno no sabía dónde poner los pies en aquel sitio, de tal modo estaba lleno de soldados. En uno de los lados brillaba la luz de una vela que un soldado aguantaba alumbrando á otro que leía en un libro; ambos estaban acostados; cerca de ellos, en la semi-oscuridad del blindaje, veíanse varias cabezas algo levantadas escuchando ávidamente la lectura. El libro era un silabario. Al entrar en aquel sitio Kozeltkov oyó: «La ple... ga... ria des... pués del es... tu... dio. Yo os a... gra... dez... co. Cre... a... dor...»

—Despabila la vela un poco,—dijo una voz.—Este si que es un buen libro.

—Dios... mío...—continuó el lector.

Cuando Kozeltkov pidió que llamaran al sargento mayor, el que leía callóse, los soldados removiéronse todos, tosieron y sonáronse las narices, como sucede siempre después de un silencio prolongado. El sargento mayor, abrochándose la chaqueta levantóse

de junto al grupo de los oyentes y procurando no pisar las piernas de los soldados tendidos en el suelo, avanzó hacia el capitán.

—Buenas noches, muchacho! Qué, aquí está toda nuestra compañía?

—Salud, os felicito por la llegada, Vuestra Nobleza!—respondió el sargento mirando con alegría y amigablemente á Kozeltkov —Está ya del todo curado Vuestra Nobleza? Muy bien! Gracias á Dios!... No estábamos muy contentos sin teneros á nuestro lado.

Al otro extremo del blindaje oyéronse algunas voces que decían: «El antiguo capitán de la compañía ha llegado, el que estaba herido, Kozeltkov, Mikhail Seminovitch...» Algunos se acercaron á él; el tambor también se acercó para saludarle.

—Buenas noches, Obantchuk!—dijo Kozeltkov.—Estás sano y salvo? Buenas noches, muchachos,—dijo enseguida alzando la voz.

Un «Salud, Vuestra Nobleza» resonó en todo el blindaje.

—Cómo os encontráis, muchachos?

—Mal, Vuestra Nobleza; los franceses ganan terreno y esto no anda bien. Nos atacan ya desde los últimos atrincheramientos, aunque no salen todavía de ellos.

Puede que tenga yo más suerte y Dios hará que de ellos salgan, muchachos,—dijo Kozeltkov.—No será esta la primera vez que sucede... aun será nuestra la victoria.

—Contentos estaríamos, entonces...—exclamaron algunas voces.

—Rediez! Son verdaderamente atrevidos,—dijo uno.

—Excesivamente atrevidos,—contestó el tambor en voz baja, pero de modo que le oyeran y dirigiéndose á un soldado, como para justificar ante él las palabras del jefe de la compañía y convencerle de que en ellas no había jactancia ni eran inverosímiles.

Al dejar á los soldados, Kozeltkov fuese al aposento de los oficiales.

XV

En la gran sala del cuartel, había bastantes oficiales de marina, de artillería y de infantería. Los unos dormían, los otros con-

versaban sentados sobre un objeto cualquiera ó sobre la montura de un cañón de sitio, el resto formaba el grupo mayor y más ruidoso; estaban sentados en el suelo, encima de dos *burkas* (1), extendidas sobre el pavimento. Estaban bebiendo *porter* y jugando á los naipes.

—Oh! Kozeltkov! Kozeltkov! Has hecho bien en venir! Bravo!... Cómo va tu herida?—gritáronle de diversos lados. Evidentemente, veíase que le querían y que estaban contentos de volverle á ver.

Después de estrechar la mano á sus amigos, Kozeltkov juntóse con el grupo de jugadores, entre los cuales había el mayor número de sus conocidos. Un joven moreno, flaco, de nariz ancha y seca y largos bigotes que se continuaban hasta las mejillas, tallaba en la banca con sus dedos blanquísimos y secos, uno de ellos adornado con una sortija de oro. Jugaba de cualquier modo, sin precisión, evidentemente contrariado, aunque afectando indiferencia. Cerca de él, á su derecha, un Mayor ya canoso, apoyado sobre el codo y procurando aparecer sereno, jugaba á cincuenta kopeks, pagando siempre que perdía. A la izquierda, un oficial rojo, con semblante sudoroso, estaba sentado sobre la punta de los pies, esforzábase en sonreirse y en mostrarse placentero; cuando alguno barajaba las cartas, removía sin cesar su mano en el vacío bolsillo de su pantalón. Conocíase que había jugado mucho aquella noche y si ya no jugaba sería por falta de dinero, y esto es lo que tenía enojado á nuestro joven moreno. Hacia el grupo acercóse, con un grueso fajo de billetes de banco, un oficial ya calvo, de enorme nariz, boca grande, flaco y pálido, y púsolo todo á una carta, diciendo: «Va la banca, dinero contante»... y ganó.

Kozeltkov bebió un poco de aguardiente y sentóse cerca de los jugadores.

—Queréis apuntar, Mikhail Seminovitch?—le preguntó el que ejercía de banquero.—Creo que debéis traer muchos cuartos.

—Dónde diablos los habré ganado? No tengo nada, pues he gastado los últimos en el pueblo cercano.

—Ya, ya, nadie os creerá. Alguno habréis recogido, seguramente, en Sunferopol.

—Verdaderamente, tengo poco dinero,—dijo Kozeltkov, que sin embargo no deseaba que le creyesen del todo. Desabrochóse y cogió las sucias cartas.—Probemos, qué diablo! Quizás llegue á

(1) Especie de capa corta de piel de carnero con las vueltas forradas.

ganar alguna vez. Ya sabéis, á veces el resto hace maravillas. Solamente quiero beber un poco más, para tener valor...

En poco rato, y entre sorbo de aguardiente y sorbo de *porter*, perdió sus tres últimos rublos.

En la cuenta del pequeño oficial que se agitaba sudoroso, tenía inscritos ya el banquero ciento cincuenta rublos.

—No, no estoy hoy de vena,—díjo aquél tomando negligentemente una carta.

—Tened la bondad de darme el dinero,—díjole el banquero esperando un momento á tallar y mirándole.

—Permitidme!... os lo entregaré mañana,—respondió el sudoroso oficial levantándose y agitando su mano dentro del vacío bolsillo.

—Hum!—gruñó el banquero mirando con recelo á derecha é izquierda y siguiendo barajando.—Yo me voy, no se puede continuar jugando así, Zakhar Ivanovitch,—añadió el banquero.—Aquí jugamos dinero contante y no á crédito.

—Dudáis de mí? Esto sí que fuera extraño!

—De quién he de recibir yo el dinero?—murmuró el Mayor, que ganaba ya ocho rublos y aún algo más.—Yo he perdido y he pagado ya más de veinte rublos, y ahora que gano no ha de pagarme nadie?

—De dónde tomaré el dinero para pagar, cuando no hay poco ni mucho encima de la mesa?—respondió el banquero.

—Yo no quiero saber nada,—gritó el Mayor levantándose.—Yo he jugado con vos y no con ellos.

El sudoroso y joven oficial encendióse aun más y exclamó:

—Ya digo que pagaré mañana. Cómo osáis, pues, ofenderme?

—Yo digo lo que veo, y lo que veo es que aquí no hay dinero!... helo ahí todo,—exclamó el Mayor.

—Veamos, veamos, Fedor Fedorovitch!—dijeron todos procurando calmar al Mayor.

Pero, bajemos á toda prisa el telón sobre esta escena. Mañana, quizás hoy mismo, todos estos hombres irán alegremente y con arrogancia al encuentro de la muerte y morirán con bravura y firmeza... La sola alegría del vivir, en estas condiciones, que aterrorizan la imaginación más fría, que no tienen nada de humano, ni siquiera la esperanza de salir un día de ellas, la sola alegría es el olvido, el aniquilamiento de la conciencia y de la realidad. En el fondo del alma de cada uno yace la noble y generosa chispa que hará de cada uno un héroe, pero esta chispa se cansa á veces de brillar, y tan sólo al llegar el fatal momento resplandecerá como una llama inmensa y alumbrará las más grandes acciones.

XVI

El día siguiente, el bombardeamiento continuaba aun con más fuerza. Hacia las once de la mañana, Volodia Kozeltkov estaba sentado entre un grupo de oficiales de la batería y ya algo más ha-

bituado á ellos contemplábales atento, observaba, interrogaba y conversaba con todos; la conversación amable, con alguna pretensión de ciencia, de los oficiales de artillería le inspiraba respeto y placer á la vez, y la figura tímida, inocente y alegre de Volodia disponía en favor suyo á los oficiales.

El más antiguo de la batería, un capitán no muy alto, rojizo, con una pequeña mecha de cabellos pegada á las sienes, elevado por las viejas tradiciones de la artillería á maestro de los demás y uno de los más sabios, interrogó á Volodia acerca de sus conocimientos en materia de artillería, sobre los inventos más modernos y aún chanceóse afectuosamente con su juventud y su alegre rostro; pero, en general, mostróse con él tierno y paternal; éste fué el más amable para Volodia. El sub-teniente Diadenko era un joven que hablaba con acento provinciano; con el capote muy usado, los cabellos rizados, era uno de esos que siempre hablan alto y con ademanes bruscos, buscando la discusión en todo momento y por cualquier futeza, por lo que á Volodia no le fué nada simpático, pues tras su exterior grosero comprendió que no podía haber un hombre dulce y bueno. Diadenko dirigíase sin cesar á Volodia y le *probaba* que en Sebastopol ningún cañón estaba emplazado tal como las reglas prescriben. El teniente Tchernovitzki tenía las cejas muy arqueadas, vestía un traje muy aseado, aunque no nuevo, pero ingeniosamente repasado, y aunque era el más pulcro de todos y no cesaba de mostrar su cadena de oro sobre su chaleco de satén, no fué grato á Volodia. Interrogaba sin cesar á éste acerca de las ocupaciones del Emperador ó del Ministro de la Guerra y le contaba con un entusiasmo ficticio los actos heroicos realizados en Sebastopol, expresaba su pena por la falta de verdaderos patriotas y, en general, demostró bastantes conocimientos y tener sentimientos buenos y nobles; á pesar de todo, á Volodia le fué desagradable, y lo que le admiró sobre todo fué el notar que los demás oficiales apenas dirigiesen la palabra á Tchernovitzki. El *junker* Vlang, á quien hicieron levantar la víspera para acostarse Volodia, también estaba presente, si bien sin decir nada; sentado modestamente en un rincón, reíase cuando alguien soltaba un chiste á propósito, intervenía en la conversación si se veía obligado á ello, bebía aguardiente y preparaba los cigarrillos para todos los oficiales. Eran tan modestos y pulidos los modales de Volodia, quien lo trataba como si fuese un oficial, fascinando además de tal modo con su cara agradable y simpática á Vlanga, como le llamaban los soldados afeminando su nombre, que éste no sabía apartar sus grandes ojos del rostro del novel oficial, adivinando y cumpliendo

todos sus deseos, manteniéndose durante toda la reunión en una especie de éxtasis amoroso que llegó á llamar la atención de los oficiales haciéndoles soltar la risa.

Antes de la comida, el capitán ayudante fué relevado y juntóse con ellos. El capitán ayudante Krant era un oficial rubio, alegre, vivo, con grandes bigotes y patillas rojas. Hablaba admirablemente el ruso, demasiado gramaticalmente y demasiado bien para un alemán. Su hoja de servicios y su vida privada eran como su lenguaje, prestaba el servicio admirablemente, era un buen camarada, el hombre más reservado en cuestiones de dinero, pero precisamente porque no tenía ningún defecto le faltaba algo para ser simplemente un hombre. Como todos los alemanes rusificados, por una contradicción extraña con el genio alemán, idealista, él era *práctico* en el más alto grado.

—He aquí nuestro héroe! Al fin ha llegado!—dijo el capitán mientras que Krant, sacudiendo sus manos y haciendo sonar las espuelas, entraba en la sala.

—Qué deseáis, Frederik Krestianitch, té ó aguardiente?

—Ya he dado orden de que me preparen el té,—respondió él. —Pero mientras tanto beberé un poco de aguardiente para consuelo del alma. Estoy satisfecho de entrar en relaciones con vos, os ruego que me queráis y que me dispenséis vuestra amistad,—dijo á Volodia, quien levantándose le saludó.—El capitán ayudante Krant... En el bastión, el polvorista me ha dicho que llegasteis ayer.

—Os doy las gracias más expresivas por vuestra cama, en la cual he dormido esta noche.

—Estuvisteis bien? Está un poco dura, pero no he tenido tiempo de hacerla arreglar durante todo el sitio.

—Y bien, habéis hecho con felicidad vuestro servicio?—le preguntó Diadenko.

—Sí, bastante bien; Squartzov ha estado muy atento é hizo ayer varias reparaciones...

Krant se levantó y púsose á pasear, veíase en él al hombre que se encuentra bajo la agradable influencia del que acaba de salir en bien de un peligro.

—Y bien, Dmitri Garrilovitch!—dijo sacudiendo al capitán por las rodillas.—Cómo estáis, querido? Cómo marcha vuestra promoción, adelanta?

—No, aun no hay nada de ello.

—Ni habrá nada tampoco, ya os lo he *demostrado*,—respondió Diadenko.

—Por qué, pues?

—Porque no habéis escrito la reseña *comme il faut.*

—Ah! Qué picaronazo!—dijo sonriendo maliciosamente Krant. —Un verdadero testarudo, hijo de la pequeña Rusia. Y bien, al contrario de él, vos sí que seréis pronto ascendido á teniente.

—No, ya no lo seré... Vlang! Llenadme la pipa y traédmela,—dijo al *junker,* quien al momento se apresuró á buscarla.

Krant les animó á todos, les contó el bombardeamiento, interrogó á cada uno acerca de lo que había hecho durante su ausencia y conversó con todo el mundo.

XVII

—Y bien, qué? Estáis ya del todo instalado en este cuartel?—preguntó Krant á Volodia.—Perdonadme, vuestro nombre es el mismo de vuestro padre? En casa y en el cuerpo de artillería esta es la costumbre... Habéis comprado ya un caballo de silla?

—No,—dijo Volodia.—Y no sé cómo arreglarme; ya he dicho al comandante que no tengo caballo y tampoco dinero para ello, hasta que reciba lo que me toca del forraje y ruta. En espera de ello he pedido un caballo al comandante de la batería, pero temo que me lo rehuse.

—Apollón Sergueitch?—Y de sus labios salió un sonido que expresaba duda y miró al capitán, como diciendo: Yo no lo creo.

—Y qué, si lo rehusa! Ello no será un gran mal,—dijo el capitán.—No es decir que aquí no haya necesidad de caballos, pero mientras tanto uno puede probar... Yo se lo pediré hoy mismo.

—Cómo, no le conocéis bien!—dijo interviniendo Diadenko. —Os rehusará á vosotros cualquier cosa; pero al señor, jamás; queréis apostar algo?

—Oh! os conozco ya bastante, lo contradecís todo.

—Yo contradigo porque lo sé. El comandante es avaro para ciertas cosas, pero ya veréis como dará el caballo, pues no tiene interés ninguno en rehusarlo.

—Cómo que no tiene interés, cuando la avena cuesta aquí á

ocho rublos,—exclamó Krant.—Ya veis, pues, que hay interés en que no haya un caballo más.

—Pedidle que os dé á *Sansonet,* Vladimir Seminovitch,—dijo Vlang, llegando con la pipa de Krant.—Es un caballo soberbio.

—*Duquel* ó *Soroki*... Os habéis caído en algún foso, eh, Vlang? —exclamó el capitán ayudante.

—Pero, qué decís? Que la avena cuesta á ocho rublos?—continuó discutiendo Diadenko,—cuando, según la lista de éste, está á diez y medio? Sin duda que no es ninguna ventaja...

—Veis cómo no le queda á él nada? Si fueseis el comandante de la batería, creo que no daríais de ninguna manera un caballo sólo para pasear por la ciudad.

—Cuando yo sea comandante de batería, mi viejo amigo, cada día los caballos tendrán cuatro *garnetz* (1) de ración; yo no me enriqueceré como otros, creedlo.

—Esto lo veremos—respondió el capitán ayudante.—Vos haréis igual que todos, como también éste lo hará cuando mande una batería,—añadió designando á Volodia.

—Por qué, pues, pensáis, Frederik Krestianitch, que también éste querrá explotar?—dijo interviniendo Tchernovitzki.—Puede que tenga fortuna propia y entonces, qué necesidad tiene de esas rapiñas?

—Mas yo... Perdonadme, capitán,—dijo Volodia ruborizándose hasta las orejas.—Yo encuentro que no es noble ni conveniente...

—Oh! oh! lo que es muy difícil...—respondió Krant.

—Sí, es igual. Yo creo solamente que de ninguna manera he de tomar un dinero que no me pertenece.

—Y yo, ved ahí lo que os diré, joven,—dijo el capitán ayudante con tono serio.—Sabed que cuando mandéis la batería, si conducís bien lo principal, todo irá perfectamente. El comandante de la batería no se mezcla para nada en la alimentación del soldado, esto es ya costumbre antigua en la artillería. Si sois un mal administrador no os quedará nada, y habréis de gastar aun de vuestro bolsillo, y sino, ahora lo veremos: Por el forraje, por la farmacia, por la cancillería, por los caballos del arrastre... á lo menos quinientos rublos, querido. Debéis cambiar alguna vez las esclavinas de los soldados, tenéis que gastar bastante en carbón, tenéis, además, la mesa de los oficiales. Si fuerais comandante de batería tendríais que vivir convenientemente, necesitaríais un coche, un capote forrado de pieles... Más diría...

(1) Cada *garnetz* es igual á 3'277 litros.

—Y principalmente,—dijo interviniendo el capitán, que había permanecido callado todo este rato.—Ved lo que hay, Vladimir Seminovitch, imaginaos un hombre como yo, por ejemplo, que sirve durante veinte años y recibe desde luego doscientos rublos de sueldo, y más tarde trescientos, bien debe tener á lo menos un pedazo de pan para su vejez...

—Y además,—repuso el capitán ayudante;—no os privaréis de jugar, y luego vivid siempre aquí, y servid...

Volodia quedó descontento de haber hablado sin reflexionar, murmuró cualquier cosa y callado escuchó á Diadenko, que con todo su fuego empezó á discutir y á *probar* la proposición contraria.

La discusión fué interrumpida por la llegada del asistente del coronel, llamándoles á comer.

—Decidle á Apollón Sergueitch que nos dé vino hoy,—dijo Tchernovitzki abrochándose y dirigiéndose al capitán.—Por qué es tan avaro? También morirá y nadie se aprovechará de lo suyo.

—Oh! no, decídselo vos mismo.

—No, no, vos sois el más antiguo, él en todo es ordenancista.

XVIII

La mesa, apartada un poco del muro, estaba cubierta con un mantel bastante sucio y en la misma sala en donde el día anterior Volodia se había presentado al coronel; en esta ocasión, el comandante de la batería le tendió la mano y le interrogó acerca de San Petersburgo y sobre su viaje.

—Y bien, señores, quién quiere aguardiente? Acercaos. Los abanderados no pueden beber...—exclamó sonriendo.

En general, el comandante de la batería parecía en aquellos momentos menos severo que el día anterior, pues tenía hoy todo el aire de un amable anfitrión y de un viejo camarada de sus oficiales; pero á pesar de esto todos los oficiales, desde el viejo capitán Krant, al abanderado Diadenko, á la sazón muy bien puesto, todos miraban con timidez al comandante y por el cuidado que po-

nían al acercarse uno tras otro á la mesa para beber el aguardiente le daban testimonio de su gran respeto.

La comida se componía de una copiosa sopa de coles en la cual nadaban algunos pedacitos de grasa de buey, una enorme cantidad de pimienta y de hojas de laurel; luego asado á la polonesa con mostaza y berengenas con manteca no muy fresca. No había servilletas y los platos eran de estaño unos y de boj otros. No había más que dos vasos y encima de la mesa destacábase una botella de agua, de cuello muy alto. La comida fué alegre y la conversación no languideció un momento. Desde luego hablóse de la batalla de Inkerman, en la que había tomado parte la batería; cada uno contaba sus impresiones y las consideraciones que le merecía el fracaso, y siempre que el comandante tomaba la palabra producíase instantáneamente el silencio. Luego la conversación pasó naturalmente á tratar de la insuficiencia de calibre de los cañones perfeccionados, y en esto Volodia se expresó muy bien al mostrar sus conocimientos sobre artillería. Mas en la conversación no se tocó ni de lejos ni de cerca la terrible y actual situación de Sebastopol, parecía como si cada uno de ellos tuviera miedo de iniciarla. Lo mismo sucedió con respecto á los deberes del servicio de Volodia. Con extrañeza y á su pesar nadie tocó esta cuestión, como si él hubiese ido solamente á Sebastopol para hablar de los cañones perfeccionados y comer en la mesa del comandante de la batería. Durante la comida cayó una bomba no muy lejos del aposento donde estaban. Los techos y las paredes fueron sacudidos como por un terremoto y la ventana se cubrió toda con el humo de la pólvora.

—Creo que no habréis visto nada de esto en San Petersburgo? Aquí tenemos á cada momento estas sorpresas,—dijo el comandante de la batería dirigiéndose á Volodia.

—Vlang, ved dónde ha estallado.

Vlang salió y al volver dijo que había estallado en tierra, y ya no se habló más de ello.

Antes de terminarse la comida, un pequeño anciano, el escribiente de la batería, entró en la sala con tres sobres sellados que entregó al comandante. «Este es muy urgente, lo ha traído un cosaco de parte del general de artillería». Todos los oficiales con impaciente atención miraban al comandante que, con experta mano rompió el sobre y sacó de dentro un papel *muy urgente*. Qué podrá ser? preguntóse cada uno. La retirada de Sebastopol, el descanso ó la orden para toda la batería de marchar al bastión?

—Y principalmente,—dijo interviniendo el capitán, que había permanecido callado todo este rato.—Ved lo que hay, Vladimir Seminovitch, imaginaos un hombre como yo, por ejemplo, que sirve durante veinte años y recibe desde luego doscientos rublos de sueldo, y más tarde trescientos, bien debe tener á lo menos un pedazo de pan para su vejez...

—Y además,—repuso el capitán ayudante;—no os privaréis de jugar, y luego vivid siempre aquí, y servid...

Volodia quedó descontento de haber hablado sin reflexionar, murmuró cualquier cosa y callado escuchó á Diadenko, que con todo su fuego empezó á discutir y á *probar* la proposición contraria.

La discusión fué interrumpida por la llegada del asistente del coronel, llamándoles á comer.

—Decidle á Apollón Sergueitch que nos dé vino hoy,—dijo Tchernovitzki abrochándose y dirigiéndose al capitán.—Por qué es tan avaro? También morirá y nadie se aprovechará de lo suyo.

—Oh! no, decídselo vos mismo.

—No, no, vos sois el más antiguo, él en todo es ordenancista.

XVIII

La mesa, apartada un poco del muro, estaba cubierta con un mantel bastante sucio y en la misma sala en donde el día anterior Volodia se había presentado al coronel; en esta ocasión, el comandante de la batería le tendió la mano y le interrogó acerca de San Petersburgo y sobre su viaje.

—Y bien, señores, quién quiere aguardiente? Acercaos. Los abanderados no pueden beber...—exclamó sonriendo.

En general, el comandante de la batería parecía en aquellos momentos menos severo que el día anterior, pues tenía hoy todo el aire de un amable anfitrión y de un viejo camarada de sus oficiales; pero á pesar de esto todos los oficiales, desde el viejo capitán Krant, al abanderado Diadenko, á la sazón muy bien puesto, todos miraban con timidez al comandante y por el cuidado que po-

nían al acercarse uno tras otro á la mesa para beber el aguardiente le daban testimonio de su gran respeto.

La comida se componía de una copiosa sopa de coles en la cual nadaban algunos pedacitos de grasa de buey, una enorme cantidad de pimienta y de hojas de laurel; luego asado á la polonesa con mostaza y berengenas con manteca no muy fresca. No había servilletas y los platos eran de estaño unos y de boj otros. No había más que dos vasos y encima de la mesa destacábase una botella de agua, de cuello muy alto. La comida fué alegre y la conversación no languideció un momento. Desde luego hablóse de la batalla de Inkerman, en la que había tomado parte la batería; cada uno contaba sus impresiones y las consideraciones que le merecía el fracaso, y siempre que el comandante tomaba la palabra producíase instantáneamente el silencio. Luego la conversación pasó naturalmente á tratar de la insuficiencia de calibre de los cañones perfeccionados, y en esto Volodia se expresó muy bien al mostrar sus conocimientos sobre artillería. Mas en la conversación no se tocó ni de lejos ni de cerca la terrible y actual situación de Sebastopol, parecía como si cada uno de ellos tuviera miedo de iniciarla. Lo mismo sucedió con respecto á los deberes del servicio de Volodia. Con extrañeza y á su pesar nadie tocó esta cuestión, como si él hubiese ido solamente á Sebastopol para hablar de los cañones perfeccionados y comer en la mesa del comandante de la batería. Durante la comida cayó una bomba no muy lejos del aposento donde estaban. Los techos y las paredes fueron sacudidos como por un terremoto y la ventana se cubrió toda con el humo de la pólvora.

—Creo que no habréis visto nada de esto en San Petersburgo? Aquí tenemos á cada momento estas sorpresas,—dijo el comandante de la batería dirigiéndose á Volodia.

—Vlang, ved dónde ha estallado.

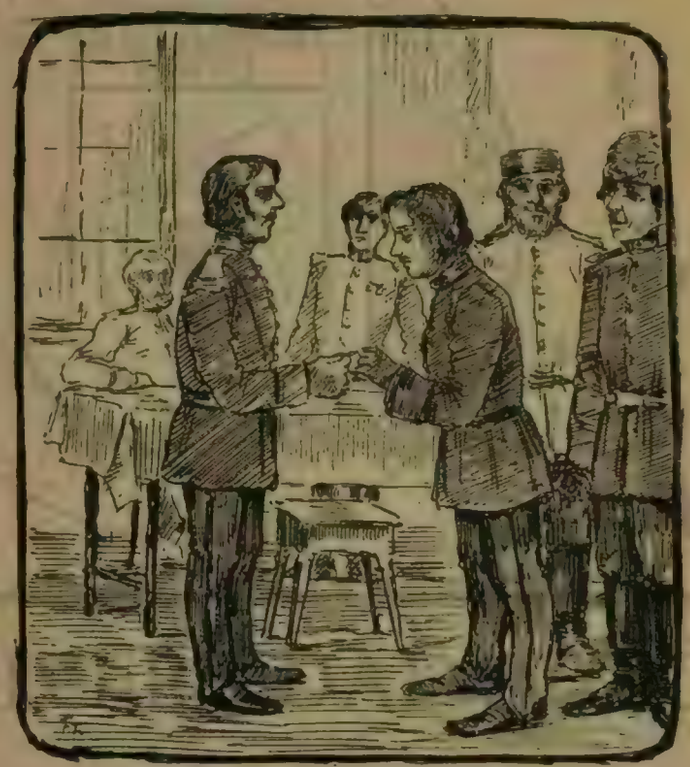
Vlang salió y al volver dijo que había estallado en tierra, y ya no se habló más de ello.

Antes de terminarse la comida, un pequeño anciano, el escribiente de la batería, entró en la sala con tres sobres sellados que entregó al comandante. «Este es muy urgente, lo ha traído un cosaco de parte del general de artillería». Todos los oficiales con impaciente atención miraban al comandante que, con experta mano rompió el sobre y sacó de dentro un papel *muy urgente*. Qué podrá ser? preguntóse cada uno. La retirada de Sebastopol, el descanso ó la orden para toda la batería de marchar al bastión?

—Aun!—exclamó el comandante tirando con cólera el papel sobre la mesa.

—Qué hay, Apollón Sergueitch?—preguntó el más antiguo.

—Me piden un oficial y todo el servicio para una batería de morteros y yo sólo tengo aquí cuatro oficiales y el servicio para las líneas no está completo. Y aun me piden más! De todos modos, señores, es necesario que alguno vaya,—murmuró el comandante



después de un rato de silencio.—Hay que estar allí á las siete. Llamad al sargento mayor! Quién irá, señores? Arreglaos vosotros...

—Que vaya éste, pues aun no ha ido á ninguna parte,—dijo Tchernovitzki designando á Volodia.

—Es verdad, yo iré voluntariamente,—contestó Volodia, al

mismo tiempo que un sudor frío corría por su cuerpo é invadía su corazón.

—No, para qué?—interrumpió el capitán.—Sin duda que nadie lo rehusará, pero proponerse uno mismo es inútil y si Apollón Sergueitch nos deja elegir á nosotros, entonces que se haga á la suerte, como se ha hecho otras veces.

Todos lo aceptaron. Krant cortó papeles, los arrolló y los metió dentro de un gorro. El capitán se atrevió, chanceándose, á pedir vino al coronel, «para tomar valor», como él decía.

Diadenko se quedó sentado y muy sombrío; Volodia sonreíase como atontado; Tchernovitzki afirmaba que la suerte recaería seguramente en él; Krant era el único que se mantenía del todo sereno.

Dejaron á Volodia ser el primero en sacar la suerte; iba á tomar uno de los papeles, el más largo, pero inmediatamente cambió de parecer y cogió el más pequeño y delgado y abriéndolo leyó: «Irás».

—A mí me toca,—dijo suspirando.

—Y bien, id y que Dios os acompañe! Ya lo veis, os vais á acostumbrar al fuego desde el primer día,—dijo el comandante con bondadosa sonrisa y contemplando el semblante todo confuso del joven abanderado.—Solamente os recomiendo que os preparéis con diligencia; y, para que os sea más grato el servicio, Vlang irá con vos como polvorista.

XIX

Vlang se puso muy contento con su nueva misión. Corrió vivamente á prepararse y ya del todo vestido, fuése á ayudar á Volodia, á quien encargó que se llevase una cama de campo, una manta y algunos números atrasados de la revista *Los Anales de la Patria*, una lámpara de alcohol y otros objetos inútiles. El capitán aconsejó á Volodia que repasara desde luego en el Manual el tiro de mortero y tomara enseguida la copia de las tablas. Volodia púsose con toda su alma al trabajo y entre admirado y alegre observó que el sentimiento de miedo al peligro era en él menor que el de pasar por

cobarde y aunque ambos sentimientos le inquietaban un poco, eran menos agudos que el día anterior. La causa consistía en la influencia de la luz del día y de la actividad por una parte y por otra era también que el miedo, como todo sentimiento muy vivo, no puede sentirse durante mucho tiempo en el mismo grado.

Cerca ya las siete, cuando el sol se ocultaba tras el cuartel de Nicolás, el sargento mayor entró diciéndole que los hombres estaban ya preparados y esperando.

—He entregado la lista á Vlang; Vuestra Nobleza,—dijo.

Veinte soldados de artillería, la espada al cinto, estaban formados en la esquina de la casa. Volodia, con el *junker*, acercóse á ellos. «Les haré un corto discurso ó les diré simplemente: Buenas noches, muchachos! ó no les diré una sola palabra?», pensaba Volodia. «Y por qué no decirles: Buenas noches, muchachos? Sí, esto será lo mejor». Y con ardimiento les gritó con su voz dulce y sonora: «Buenas noches, muchachos!» Los soldados respondieron muy alegres. Su voz fresca y juvenil resonó agradablemente en los oídos de cada uno. Volodia marchaba bravamente delante de los soldados y aunque su corazón latía como si acabase de hacer una carrera de muchas verstas, su andar era ligero y su cara satisfecha. Cerca ya del mamelón de Malakov y subiendo la colina, fijóse en que Vlang, que no se separaba de él ni la distancia de sus zapatos, si bien muy valiente en casa, se bajaba é inclinaba sin cesar la cabeza como si todas las bombas y balas que silbaban con frecuencia fuesen derechas á él. Algunos de los soldados hacían lo mismo y en general en todos los rostros se expresaba, si no el miedo, á lo menos la inquietud. Esto tranquilizó del todo á Volodia, dándole más valor y ardimiento.

«He aquí, ya estoy en el mamelón de Malakov que yo me imaginaba mil veces más terrible de lo que es, y ando por él sin saludar á las balas y tengo mucho menos miedo que los demás! Entonces, no seré un cobarde», pensaba con placer y con cierto entusiasmo y satisfacción de sí mismo.

Pero este sentimiento quedó del todo quebrantado por un espectáculo que presenció, al oscurecer del todo, en la batería de Kornilof mientras iba en busca del jefe del bastión. Cuatro marineros, detrás del parapeto, tenían cogido por las piernas y los brazos el cadáver ensangrentado de un hombre descalzo y sin capote y lo balanceaban con la intención de lanzarlo por encima del murallón. Dos días después del bombardeamiento aun no había podido procederse á levantar todos los cadáveres y ahora los echaban al foso para que no entorpecieran en la batería. Volodia quedóse un momento petrificado al ver cómo el cadáver, dando en la cumbre del parapeto, rodó hasta el foso; mas para su bien, encontró allí mismo al jefe del bastión, el cual dióle sus órdenes y un guía para conducirle á la batería y al blindaje reservado á los servidores.

No relataremos los demás peligros y decepciones sufridas durante aquella misma noche por nuestro héroe. En vez de encontrarse allí con el tiro que él había practicado en el campo de Volkovo, con todas las condiciones de precisión y de orden, encontróse con sólo dos morteros en mal estado, pues uno tenía el alma destrozada y el otro descansaba sobre una plataforma destruída. No relataremos cómo hasta por la mañana no pudo obtener los obreros necesarios para proceder á su reparación, ni que alguna de las cargas no tenía el peso indicado en el Manual, ni cómo fueron heridos dos soldados del destacamento, ni cómo él mismo estuvo veinte veces á un dedo de la muerte. Suerte que le designaron como jefe de pieza á un marino de una talla enorme, que desde el principio del sitio siempre había estado al pie del mortero, y le convenció de que aun podía tirarse con él; después le condujo, con una linterna, ya oscurecido, á través del bastión como si fuera á través de un jardín y le prometió tenerlo todo arreglado para el día siguiente. El blindaje á donde le condujo su guía estaba apartado cosa de dos *sagenas* de la batería y protegido por vigas de roble de un grueso regular; allí se alojó Volodia con todos sus soldados.

Vlang así que percibió una pequeña puerta que daba fuera del blindaje, se fué corriendo á ella dejándose caer sobre el suelo pedregoso, instalándose luego en un pequeño patio del que ya no volvió á salir más. Cuando todos los soldados se hubieron instalado á lo largo de los muros, tendidos en el suelo, algunos encendieron sus pipas; Volodia arreglóse su cama de campaña en un ángulo, encendió una vela, tendióse en la cama y fumó un cigarrillo. Al rededor del blindaje se oían los cañonazos no interrumpidos, pero sordos, exceptuando el de un cañón cercano al blindaje que retumbaba como un trueno. Dentro del blindaje reinaba la calma; solamente los soldados, intimidados aun por el nuevo oficial, conversaban de cuando en cuando y se pedían entre ellos un poco de sitio ó fuego para la pipa. Una rata roía en alguna parte, entre las piedras, por lo cual Vlang que no estaba del todo repuesto del susto, miraba á su alrededor como un salvaje, y lanzaba grandes suspiros. Volodia, en su lecho, en el ángulo dejado libre por la gente y alumbrado por una sola bujía, gozaba de un sen-

timiento de bienestar que no había experimentado desde su infancia, cuando jugando al escondite se metía en el armario ó debajo del vestido de su madre para ocultarse, y allí sin respirar y sin miedo de las tinieblas gustaba de ese mismo placer... Sentía ahora también un suave cosquilleo en el corazón y una grande alegría al mismo tiempo.

XX

Al cabo de diez minutos, los soldados algo más animados, empezaron á charlar; los más graduados, dos artilleros, se acercaron á la luz y á la cama del oficial; uno de ellos era canoso, viejo, con todas las medallas y condecoraciones, salvo la cruz de San Jorge; el otro era joven, fumando uno tras otro los cigarrillos que iba haciendo. El tambor, como de costumbre, tomó á su cargo servir al oficial. Los encargados de las bombas y los de los caballos, estaban sentados cerca de los primeros, y un poco más lejos, cerca de la puerta y en la sombra estaban los servidores de la bateria. La conversación empezó entre ellos, tomando por pretexto la entrada de un hombre que acababa de llegar al blindaje.

—Qué hay, hermano? No has tenido miedo de estarte hasta ahora en el camino... ó quizás las jovencitas no te divierten ya como antes?—dijo una voz.

—Oh! Cantan tan hermosas canciones como nunca en la ciudad se han oído iguales,—respondió riéndose el que acababa de llegar al blindaje.

—Ah! Vassine no ama ya las bombas! No, ya no las quiere! —dijo uno de los del grupo *aristócrata*.

—Qué! Cuando él lo hace, lo hace de otro modo,—dijo lentamente Vassine.—Cuando él habla, todos callan, que bien tira el veinticuatro! Decidme, qué mal hay en haber entrado aquí dentro? Si se muere por nada, los jefes no le darán las gracias á nuestro hermano.

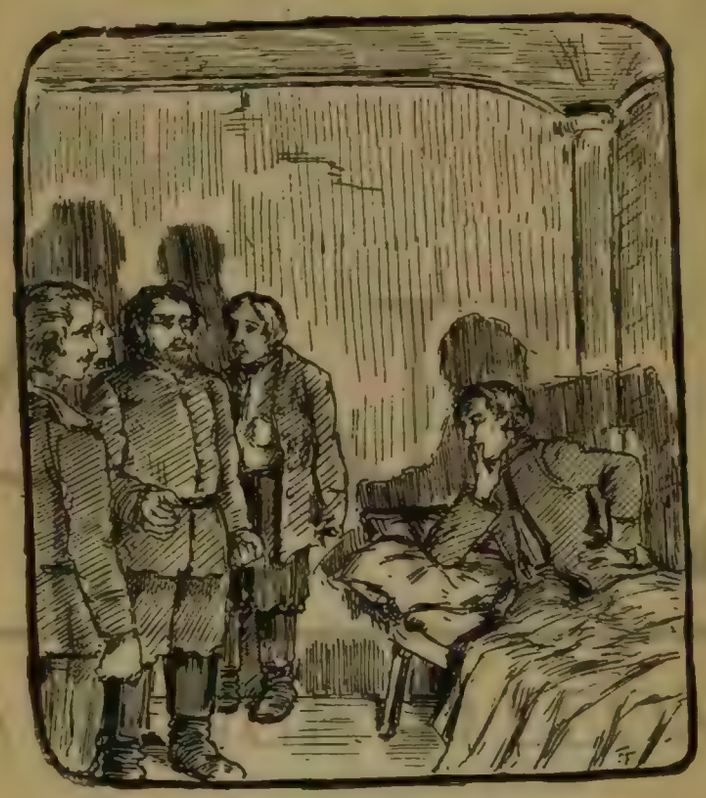
A estas palabras de Vassine todos se miraron y echaron á reir.

—Ved Melnikov, él siempre se queda fuera,—dijo uno de ellos.

—Traedlo acá, á este Melnikov!—exclamó el viejo artillero. —Pues, de otra manera puede morir inútilmente.

—Quién es Melnikov?—preguntó Volodia.

—Ah! Vuestra Nobleza, es un tonto, un bobo que no teme nada absolutamente, y que siempre está ahí fuera; miradle, parece un oso.



—Es que tiene en su póder un sortilegio,—añadió desde el otro lado la lenta voz de Vassine.

Melnikov entró en el blindaje. Era un hombre grueso, cosa rara entre los soldados, rojo, colorado, con una frente enorme, bombada y ojos saltones azul-claros.

—Y qué, no tienes tú miedo á las bombas?—preguntóle Volodia.

—Por qué he de tener miedo á las bombas?—contestó Melnikov rascándose.—Yo sé que no he de morir de una bomba.

—Entonces, querrás estar aquí?

—Sí, me gusta, es esto muy divertido,—contestó soltando la risa.

—Si no, te haré prender á la salida. Oh! y se lo diré al general...—dijo Volodia, aunque allí no había ningún general.

—Cómo, pues!... Ciertamente!... Yo veo...

Y Melnikov se ocultó detrás de los otros.

—Vaya, muchachos, juguemos á los naipes,—dijo uno.—Quién tiene cartas?

En el ángulo opuesto el juego principió bien pronto. Al cabo de un rato no se oían sino los papirotazos en la nariz, las grandes risotadas y las palabras propias de sus juegos.

Volodia bebió el té que le había preparado el tambor; les obsequió y conversó con ellos á fin de hacerse querer, muy contento y satisfecho del respeto que le habían demostrado. Los soldados también, al ver la sencillez de su jefe, desataron sus lenguas. Uno contaba que el sitio de Sebastopol pronto tendría fin, porque un marino muy bien enterado le había dicho que Constantino, hermano del Zar, venía á salvarlos con la flota «americana» y que muy pronto habría un armisticio de dos semanas, lo que les proporcionaría un buen descanso, y que si alguno tiraba mientras durase el armisticio pagaría setenta y cinco kopeks de multa por cada tiro.

Vassine, en quien Volodia ya se había fijado, era un hombre pequeño, con patillas, ojos grandes y dulces, y contaba entonces, en medio de un general silencio, si bien interrumpido por grandes risotadas, que á su llegada al pueblo, con licencia, había estado al principio muy bien; pero que después su padre le había enviado al trabajo y que durante ese tiempo, un día, el guardia forestal le había enviado á buscar á su mujer en un coche... Todo esto divertía á Volodia. No solamente ya no sentía ningún temor, sino que ni siquiera le incomodaba la estrechez ni el fuerte hedor del blindaje, al contrario, sentíase verdaderamente alegre y contento.

Muchos de los soldados roncaban ya; Vlang estaba tendido en el suelo y el viejo artillero, extendiendo su capote, hizo el signo de la cruz y rezó sus oraciones antes de dormirse. Volodia quiso salir del blindaje á mirar lo que pasaba en el patio.

—Retirad las piernas,—gritaron los soldados, así que él se levantó; y para dejarle paso todas las piernas se encogieron.

Vlang, que parecía dormir, levantó al momento la cabeza y asió á Volodia por la punta de la capa.

—Por Dios, no salgáis! Es eso posible?—dijo con tono resuelto y con lágrimas en los ojos.—Vos no sabéis aun lo que es eso. Allí fuera, las balas caen incesantemente; aquí se está mucho mejor.

Mas, á pesar de las súplicas de Vlang, Volodia salió del blindaje, y sentóse en el suelo, al lado de Melnikov.

El aire era puro y fresco fuera del blindaje; la noche, clara y estrellada... A través del retumbar de los cañones, oíase el ruído de las ruedas de las carretas de carga y las conversaciones de los hombres que trabajaban en el polvorín. Sobre la cabeza, el cielo estrellado, que surcaban sin cesar las bombas con sus mechas encendidas; á la izquierda, una mina de un metro conducía al otro blindaje, en el que se divisaban las piernas y las espaldas de los marinos que en él se alojaban y cuyas voces llegaban hasta allí; al frente veíase el monticulo del polvorín, ante el cual pasaban y repasaban unos hombres encorvados, y sobre el montículo, bajo la lluvia de balas y bombas que silbaban sin cesar en aquel sitio, veíase una figura alta, con capote negro, las manos dentro de los bolsillos y apisonando la tierra que los demás le traían en sacos. A cada momento una bomba caía y estallaba siempre cerca del polvorín. Los soldados que trasladaban la tierra se inclinaban, desviábanse; pero la figura negra no se movía: continuaba apisonando la tierra con toda tranquilidad, siempre en la misma posición.

—Quién es ese hombre negro?—preguntó Volodia á Melnikov.

—No lo sé; voy á ver.

—No, no vayas; no hay necesidad.

Pero Melnikov, sin escucharle, se levantó, acercóse al hombre negro y después con la misma indiferencia volvióse al lado de Volodia.

—Es el jefe del polvorín, Vuestra Nobleza; una bomba ha abierto un agujero en el polvorín y los soldados lo recubren de tierra.

A cada momento las bombas caían más cerca de la puerta del blindaje, según le pareció á él, y entonces se fué al ángulo del mismo y de nuevo levantó la cabeza para mirar si también por allí caían balas. Apesar de que Vlang, desde el interior del blindaje, continuaba suplicándole que volviera á entrar, Volodia se estuvo cerca de tres horas sentado en el suelo, hallando un placer inmenso en desafiar la muerte y en observar la caída de las bombas. Al retirarse á descansar, ya sabía cuántos cañones tiraban y dónde caían los proyectiles.

XXI

El día siguiente, después de un sueño de diez horas, Volodia, fresco y bien dispuesto, salió de muy buen humor á la entrada del blindaje. Vlang también salía con él; pero al primer silbido de las balas se echó atrás á toda prisa, metiendo la cabeza dentro del blindaje, haciendo reir á cuántos soldados había por aquellos alrededores. Sólo Vlang, el viejo artillero y algún otro aparecieron muy raramente en la trinchera; á los demás nada pudo detenerles; todos salieron á respirar el aire fresco de la mañana, huyendo del blindaje, que apestaba, y á pesar de que el bombardeamiento era casi más fuerte que el día anterior, instalábanse tan pronto á la entrada como cerca del parapeto. Melnikov, al romper el alba, se paseaba ya por la batería, mirando á lo alto é indiferente á todo.

Cerca de la entrada estaban sentados dos viejos soldados y un joven con los cabellos ensortijados; un judío agregado á la infantería cogió una bala de las que estaban esparcidas por el suelo y la aplastó entre dos piedras; luego con su cuchillo la recortó en forma de cruz de San Jorge; los otros, dejándole hacer, continuaban hablando.

La cruz del judío quedó pronto terminada y muy bonita.

—Vaya! Si después de la paz aun nos quedamos algún tiempo aquí, nos darán á todos el retiro,—decía uno de ellos.

—Ciertamente, á mí sólo me restaban cuatro meses de servicio, y, ved, ya hace cinco meses que estoy en Sebastopol.

—Se dice que ya no se cuenta el tiempo para el retiro,—decía otro.

En este momento una bala de cañón silbó por encima de sus cabezas, yendo á caer á cosa de un metro de Melnikov, que se acercaba á ellos por la trinchera.

—Poco ha faltado para que matara á Melnikov,—dijo uno.

—Lo que es ésta no me matará,—respondió Melnikov.

—Toma, por tu valor,—le dijo el soldado judío que había cortado la cruz, entregándosela.

—No, querido, aquí un mes se cuenta por un año; hay sobre esto una orden especial,—continuó uno de los interlocutores.

—No diré lo contrario! Una vez hecha la paz, el Emperador seguramente nos pasará una revista en Varsovia, y si no nos da el retiro, á lo menos nos dará una licencia ilimitada.

Otra bala silbó por encima de sus cabezas, chocando en una piedra.

—Hay que guardarse un poco, pues, de lo contrario, antes de esta noche tendremos *licencia definitiva*,—dijo uno de los soldados.

Todos rieron la agudeza.

No solamente antes de la noche, sino que una hora después, dos de los que formaban el grupo tenían ya la *licencia definitiva*, cinco quedaban heridos y el resto... continuaba hablando con la misma indiferencia.

Por la mañana, en efecto, los dos morteros estaban ya reparados de modo que podían servir. A las diez, por orden del jefe del bastión, Volodia reunió su destacamento y con él partió hacia la batería.

Entre los soldados ya no se notaba ni sombra de aquel sentimiento miedoso que podía observarse en ellos el día anterior antes de empezar el servicio. Sólo Vlang no podía vencerlo; á cada momento se agachaba. Vassine había perdido algo de su aplomo; agitábase é inclinábase sin cesar, y en cuanto á Volodia estaba del todo entusiasmado, no se encogía ante el peligro; la alegría de cumplir con su deber y el creer que ya no era un cobarde sino todo un valiente, le alentaban, y además sentía sobre sí las miradas del comandante del bastión y la presencia de los veinte soldados que le contemplaban admirados, y todo esto influía en él para hacerle aparecer más bravo de lo que era; él mismo se admiraba de su valentía. Envanecíase delante de los soldados, montaba en la banqueta y desabrochábase expresamente el capote para que le vieran mejor. El jefe del bastión, que recorría en aquel momento su «explotación», como él decía, á pesar de la costumbre adquirida durante ocho meses de peligros de toda clase, no pudo menos de admirar á ese bello joven con su capote desabrochado, dejando ver una camisa roja sobre la cual destacaba el blanco cuello, muy limpio, y que con el rostro y los ojos inflamados palmoteaba gritando con su pequeña y sonora voz: «Primero! segundo!», subiendo cada vez encima del parapeto para ver en dónde había caído la bomba. A las once y media cesó el cañoneo de ambos lados y á las doce en punto empezó el asalto del mamelón de Malakov, y del segundo, tercero y quinto bastiones.

XXII

En ese lado de la bahía, entre Inkerman y las fortificaciones del norte, sobre el montículo del telégrafo, ya cerca el mediodía, estaban dos hombres; el uno, un oficial, miraba hacia Sebastopol con un anteojo; el otro, un cosaco, acababa de llegar á escape.

El sol, claro y alto, dejaba caer sobre la bahía y sobre los bajeles y canoas sus rayos encendidos y ardientes, enrojeciendo sus móvibles velas. Un viento ligero balanceaba apenas las ramas de los robles achaparrados cerca del telégrafo, hinchaba las velas de las barcas y rizaba las olas. Sebastopol aparecía siempre el mismo, con su iglesia inacabada, su gran columna, su muelle y su paseo verdeante sobre la colina; la elegante construcción de la Biblioteca, sus pequeñas bahías azules llenas de mástiles, los arcos pintorescos de los acueductos y las humaredas azuladas de la pólvora iluminadas por las llamas rojas de los cañonazos. Sebastopol siempre era el mismo: la hermosa ciudad alegre, rodeada, de un lado, de montañas amarillentas y azul-grisáceas, y del otro, por la mar azulada, que brillando al sol divisábase bella y moviente hacia el otro lado de la bahía. En el horizonte, mar adentro, en donde se veía un gran buque, asomaban anchas nubes blancas, precursoras del viento. Por toda la línea de las fortificaciones, sobre todo en las montañas del lado izquierdo, veíanse los penachos de humo espeso, blanco, sin cesar alumbrado por el cañoneo, cuyas llamas parecían aun más intensas con el sol del mediodía. Estos penachos se alargaban tomando diversas formas, se elevaban hacia el cielo en espirales oscuras, mostrándose tan pronto aquí como allá, sobre las montañas, sobre las baterías del enemigo, dentro de la ciudad, en lo más alto del cielo. El cañoneo no cesaba ni un instante, haciendo retemblar el aire...

Hacia el mediodía las humaredas se hicieron más raras, el aire ya no vibraba á los cañonazos.

—Pero, el segundo bastión ya no responde,—dijo el oficial de húsares que estaba á caballo.—Todo está destrozado! Esto es horrible!

—Y Malakov también, me parece que á cada tres cañonazos solamente ha respondido con uno,—añadió el que observaba con el anteojo.—Y esto me pone furioso! Por qué se callan? Ved, tiran ya derechamente sobre la batería de Kornilov y ésta ni siquiera responde!

—Óyeme... te digo que hacia el mediodía cesa siempre el bombardeo, y por lo tanto hoy será lo mismo... Vamos, pues, á almorzar... Nada nos queda ya que hacer aquí... Ni hay nada que pueda importarnos.

—Espera, no me interrumpas!—respondió el que observaba con el anteojo, mirando á Sebastopol con una obstinación singular.

—Qué hay, pues, allá abajo? Dime, qué hay?

—Un gran movimiento dentro de las trincheras. Grandes columnas avanzan...

—Yo también lo veo. Marchan en columnas. Es necesario hacer una señal.

—Mira! Mira! Han salido ya de las trincheras.

En efecto, á simple vista veíanse unas manchas negras salir de las baterías francesas y descender de la montaña, por dentro del barranco en la dirección de los bastiones. Avanzando siempre esas manchas, distinguíanse ya las negruzcas líneas muy cerca de nuestras posiciones. En el bastión, en diversos puntos, inflamábanse las humaredas blancas de los cañonazos. El viento traía el estruendo repetido de la fusilería, como si la lluvia golpeara sobre los cristales. Las manchas negras avanzaban cada vez más, envueltas en la humareda. Los disparos de la fusilería eran cada vez más frecuentes y confundíanse en un rumor sordo y prolongado. El humo cada vez más espeso, dispersábase rápidamente por toda la línea y al fin confundíase en un nubarrón azul, que por uno y otro lado iluminaban los fogonazos de los dos ejércitos.

—El asalto!—gritó el oficial, con la palidez en el rostro y entregando el anteojo á su compañero.

Los cosacos galopaban por la carretera, y los oficiales á caballo y los generales en coche, seguidos de sus escoltas, pasaban delante. Sobre cada rostro leíase una angustia terrible y la atención más obsesionante.

—Pero, no es posible que lo hayan tomado!—dijo el oficial que estaba á caballo.

—Dios! La bandera! Mira! Mira!—dijo el otro, sofocadísimo y entregándole el anteojo.—La bandera francesa ondea en Malakov!

—Es imposible!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

XXIII

El primogénito de los Kozeltkov que, durante la noche, había tenido suerte en ganar, acabó por perderlo todo, hasta las monedas de oro cosidas en su vestido, y dormía aun por la mañana con sueño agitado, pero fuerte, en el cuartel del quinto bastión, cuando estalló el grito fatal, repetido por miles de voces:

—Al arma!

—Cómo, dormís aun, Mikhail Seminovitch? El asalto!—gritóle una voz.

—Será un bromazo,—respondió abriendo los ojos.—Es imposible!

Pero, pronto vió que todos, sin objeto determinado, corrían de un lado á otro con la palidez en el rostro, de modo que enseguida comprendió lo que pasaba. La idea de que pudieran tomarle por un cobarde que se excusa de salir con su compañía en el momento crítico, le hizo sufrir horriblemente. Corriendo fuese hacia la compañía. El cañoneo había cesado, pero la fusilería estaba en su apogeo. Las balas no silbaban aisladamente como el día anterior, sino que á enjambres, como bandadas de pájaros de verano, volaban por encima de sus cabezas. Todo el espacio en donde el día anterior se encontraba su batallón, estaba cubierto de humo. Oíanse grandes gritos aislados y exclamaciones... Los soldados heridos y no heridos se hallaban revueltos en completa confusión. A los treinta pasos distinguió á su compañía que se apiñaba cerca de los muros.

—La batería de Schwartz está tomada, —le dijo el joven oficial. —Todo está perdido.

—Mentira!—gritó Kozeltkov con cólera, y tirando de su pequeño sable, gritó:—Adelante, muchachos, hurra!

La voz salió de sus labios sonora y fuerte, y ella excitó al mismo Kozeltkov; corrió á lo largo del parapeto, cincuenta soldados le seguían gritando; salieron del parapeto á campo raso, las balas caían literalmente como granizo, dos de ellas chocaron con su cuerpo... Pero habían penetrado en sus carnes, le habían contusionado solamente, estaba herido?... Faltaba tiempo para darse cuenta de ello. En frente, envueltos en el humo, percibíanse ya los uniformes azules y los pantalones rojos y oíanse gritos pronunciados en una lengua que no era la rusa. Un francés, ya encima del parapeto, agitaba su espada gritando algo que no se entendía. Kozeltkov estaba persuadido de que allí moriría y esto le daba precisa-

mente valor. Y corría, sin cesar avanzando, avanzando. Algunos soldados se le adelantaron, otros se detenían á su lado corriendo con él. Los uniformes azules estaban siempre á igual distancia, pues los soldados franceses se volvían corriendo hacia sus trincheras... Sus pies al correr tropezaban con los muertos y los heridos... Llegado ya cerca del foso exterior todo se confunde ante la vista de Kozeltkov y de pronto siente un dolor vivísimo en el vientre...

Media hora después, estaba encima de una camilla cerca de los cuarteles de Nicolás. Sentíase herido, pero apenas le dolía, deseaba solamente beber mucha agua fría y acostarse en otro lecho más cómodamente.

El doctor, pequeño, grueso, con grandes patillas negras, se le acercó y desabrochóle el capote. Kozeltkov miró por debajo de su barba lo que hacía el doctor en su herida, pero no sintió que le produjera dolor alguno. El médico encubrió la herida, enjugó sus dedos con el extremo de su capote y sin decir una palabra, sin mirar al herido, alejóse hacia otra camilla.

Kozeltkov, inconscientemente, fué siguiendo con la mirada todo lo que se hacía ante él, y acordándose de lo que había ocurrido en el quinto bastión, con el sentimiento consolador de la propia satisfacción, pensó que había cumplido con su deber y que por la primera vez, desde su entrada al servicio, no tenía nada que reprocharse. El médico, al pasar á otro oficial herido, dijo algo á un sacerdote con una grande barba rubia que se encontraba allí con una cruz en la mano, la cual mostró á Kozeltkov mientras se acercaba á su camilla.

—Es que voy á morir?—preguntó éste al sacerdote cuando estuvo á su lado.

El sacerdote, sin responderle, leyó las plegarias de los difuntos y tendió su cruz al herido.

La muerte no asustó á Kozeltkov. Con sus débiles manos cogió la cruz, la apretó contra sus labios y echóse á llorar.

—Los franceses han sido rechazados?—preguntó después al sacerdote.

—La victoria ha sido completa en toda la línea,—respondió el sacerdote, dispuesto á consolar al herido.—Hasta en el mamelón de Malakov donde ha flotado un punto la bandera francesa.

—Que Dios sea loado!—murmuró Kozeltkov, casi sin sentir las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

El recuerdo de su hermano atravesó por un momento su cerebro. «Que Dios le envíe la misma felicidad que á mí»!, exclamó.

XXIV

Pero otra suerte esperaba á Volodia. Estaba escuchando un cuento que narraba Vassine, cuando de súbito estalló el grito: «Los franceses avanzan!» La sangre afluyó al corazón de Volodia, un escalofrío intenso recorrió su cuerpo é hizo palidecer sus mejillas. Durante un segundo quedóse inmóvil, pero al mirar á su alrededor vió que sus soldados se abrochaban los capotes con toda cachaza, saliendo uno detrás de otro. Todos menos Melnikov se mantenían callados, cuando éste chanceándose exclamó:

—Entonces, muchachos, recibámosles con el pan y la sal en la mano.

Volodia y Vlang, que seguía siempre sus pasos, salieron del blindaje y corrieron á la batería. La artillería no tiraba ya ni de un lado ni de otro.

No era por cierto el aspecto de tranquilidad que ofrecían los soldados, sino la cobardía miserable y no disimulada del *junker* lo que excitaba á Volodia. «Podré quizás yo parecérmele?» pensaba, y corrió vivamente hacia el parapeto junto al cual se hallaba el mortero. Vió muy bien como los franceses corrían directamente hacia el sitio donde él estaba por un camino descubierto y en gran muchedumbre... las bayonetas, brillando al sol, se agitaban ya dentro de las trincheras más cercanas. Un francés, bajo, de anchas espaldas, con uniforme de zuavo, la espada al aire, corría delante, saltando del uno al otro foso. «Tirad con metralla», gritó Volodia, bajando de la banqueta; pero los soldados ya lo hacían sin esperar su orden. Un ruido metálico de metralla silbó por encima de su cabeza, tan pronto de uno como del otro mortero. «Primero! segundo!», gritaba Volodia corriendo de un mortero al otro, olvidado por completo del peligro. Del otro lado oíanse los seguidos disparos de los fusiles y grandes voces precipitadas.

De pronto un grito muy agudo, penetrante, desesperado, repetido por muchas bocas, se extendió por la izquierda: «Vienen por detrás! Vienen por la retaguardia!» Volodia volvióse al oir ese grito. Una veintena de franceses habían aparecido por detrás de la bate-

Media hora después, estaba encima de una camilla cerca de los cuarteles de Nicolás. Sentíase herido, pero apenas le dolía, deseaba solamente beber mucha agua fría y acostarse en otro lecho más cómodamente.

El doctor, pequeño, grueso, con grandes patillas negras, se le acercó y desabrochóle el capote. Kozeltkov miró por debajo de su barba lo que hacía el doctor en su herida, pero no sintió que le produjera dolor alguno. El médico encubrió la herida, enjugó sus dedos con el extremo de su capote y sin decir una palabra, sin mirar al herido, alejóse hacia otra camilla.

Kozeltkov, inconscientemente, fué siguiendo con la mirada todo lo que se hacía ante él, y acordándose de lo que había ocurrido en el quinto bastión, con el sentimiento consolador de la propia satisfacción, pensó que había cumplido con su deber y que por la primera vez, desde su entrada al servicio, no tenía nada que reprocharse. El médico, al pasar á otro oficial herido, dijo algo á un sacerdote con una grande barba rubia que se encontraba allí con una cruz en la mano, la cual mostró á Kozeltkov mientras se acercaba á su camilla.

—Es que voy á morir?—preguntó éste al sacerdote cuando estuvo á su lado.

El sacerdote, sin responderle, leyó las plegarias de los difuntos y tendió su cruz al herido.

La muerte no asustó á Kozeltkov. Con sus débiles manos cogió la cruz, la apretó contra sus labios y echóse á llorar.

—Los franceses han sido rechazados?—preguntó después al sacerdote.

—La victoria ha sido completa en toda la línea,—respondió el sacerdote, dispuesto á consolar al herido.—Hasta en el mamelón de Malakov donde ha flotado un punto la bandera francesa.

—Que Dios sea loado!—murmuró Kozeltkov, casi sin sentir las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

El recuerdo de su hermano atravesó por un momento su cerebro. «Que Dios le envíe la misma felicidad que á mí»!, exclamó.

XXIV

Pero otra suerte esperaba á Volodia. Estaba escuchando un cuento que narraba Vassine, cuando de súbito estalló el grito: «Los franceses avanzan!» La sangre afluyó al corazón de Volodia, un escalofrío intenso recorrió su cuerpo é hizo palidecer sus mejillas. Durante un segundo quedóse inmóvil, pero al mirar á su alrededor vió que sus soldados se abrochaban los capotes con toda cachaza, saliendo uno detrás de otro. Todos menos Melnikov se mantenían callados, cuando éste chanceándose exclamó:

—Entonces, muchachos, recibámosles con el pan y la sal en la mano.

Volodia y Vlang, que seguía siempre sus pasos, salieron del blindaje y corrieron á la batería. La artillería no tiraba ya ni de un lado ni de otro.

No era por cierto el aspecto de tranquilidad que ofrecían los soldados, sino la cobardía miserable y no disimulada del *junker* lo que excitaba á Volodia. «Podré quizás yo parecérmele?» pensaba, y corrió vivamente hacia el parapeto junto al cual se hallaba el mortero. Vió muy bien como los franceses corrían directamente hacia el sitio donde él estaba por un camino descubierto y en gran muchedumbre... las bayonetas, brillando al sol, se agitaban ya dentro de las trincheras más cercanas. Un francés, bajo, de anchas espaldas, con uniforme de zuavo, la espada al aire, corría delante, saltando del uno al otro foso. «Tirad con metralla», gritó Volodia, bajando de la banqueta; pero los soldados ya lo hacían sin esperar su orden. Un ruido metálico de metralla silbó por encima de su cabeza, tan pronto de uno como del otro mortero. «Primero! segundo!», gritaba Volodia corriendo de un mortero al otro, olvidado por completo del peligro. Del otro lado oíanse los seguidos disparos de los fusiles y grandes voces precipitadas.

De pronto un grito muy agudo, penetrante, desesperado, repetido por muchas bocas, se extendió por la izquierda: «Vienen por detrás! Vienen por la retaguardia!» Volodia volvióse al oir ese grito. Una veintena de franceses habían aparecido por detrás de la bate-

ría. Uno de ellos, un hombre alto, con barba negra, marchaba al frente; acercóse diez pasos más á la batería, detúvose y disparó apuntando derechamente á Volodia, echando á correr segunda vez hacia él. Durante un segundo quedó como petrificado, no dando crédito á lo que veían sus ojos... Cuando volvió en sí y miró entorno, en el parapeto se veían ya multitud de uniformes azules y dos franceses, á diez pasos de él, clavaban el cañón. Alrededor suyo no había nadie más que Melnikof, muerto por una bala, y Vlang, que habiendo agarrado con sus manos un asta, con expresión furiosa en el rostro, los ojos bajos, se lanzó adelante, gritando: «Seguidme á mí! seguidme á mí, Vladimir Seminovitch», con desesperada voz, mientras blandía el asta sobre las cabezas de los franceses que venían detrás. La colérica figura del *junker* les sorprendió y les contuvo... Vlang rompió la cabeza á todos los que se le pusieron por delante; los demás involuntariamente retrocedieron, mientras él continuaba gritando desesperadamente: «Seguidme á mí! seguidme á mí, Vladimir Seminovitch; por qué os quedáis parado? Corred...» Y él corría ya trinchera abajo, donde se hallaba nuestra infantería. Así que hubo saltado dentro de la trinchera miró por encima de ella para ver lo que hacía su adorado teniente; sólo vió tendido en el suelo un capote en el lugar donde estaba antes Volodia... Todo aquel sitio estaba lleno de franceses que tiraban sobre los nuestros.

XXV

Vlang encontró sus soldados en la décima línea de defensa. De los veinte soldados destacados á la batería sólo ocho se habían salvado.

A las nueve de la noche, Vlang con sus hombres se metió en un barco lleno ya de soldados, de cañones, de caballos y de heridos, y dirigióse á Severnaia. El tiroteo había cesado del todo. Las estrellas, como en la noche anterior, brillaban con toda su claridad en el alto cielo; pero un fuerte viento movía el mar. Sobre el primero y el segundo bastión los fuegos brillaban á ras del suelo; los

cañonazos hacían retemblar el aire é iluminaban entorno suyo toda clase de objetos extraños y las piedras proyectadas al aire. Algo ardía cerca de los almacenes del muelle y su llama roja se reflejaba en el agua. El puente, cubierto de soldados, alumbrábase con los fuegos de la batería de Nicolás. Una grande llamarada parecía destacarse sobre el agua, aclarando los bajos de las nubes formadas por el humo que se extendía por arriba, y, del mismo modo que la víspera, las sosegadas luces, vivas y lejanas, brillaban sobre el mar en la flota enemiga. Un viento fresco rizaba las aguas de la bahía. A la luz de los incendios se percibían los mástiles de nuestros navíos averiados, que, lentamente, se hundían cada vez más profundamente dentro del agua. Ninguna conversación oíase sobre el puente; solamente á través del mugido de las olas que el buque cortaba, oíase el resoplido de los caballos y su piafar sobre las balsas, ó las voces de mando del capitán del barco y los gemidos de los heridos. Vlang, que no había comido nada durante toda la jornada, cogió un pedazo de pan y púsose á comerlo con ansia; mas al recordar de pronto á Volodia echóse á llorar de tal modo que los soldados que tenía más cerca le contemplaron llenos de asombro.

—Mirad! Está comiendo pan y llora, nuestro Vlanga,—dijo Vassine.

—Esto sí que está gracioso!—respondió otro.

—Mira, han incendiado nuestros cuarteles,—añadió éste suspirando.—De qué modo más doloroso muchos de los nuestros han perecido!... Y mientras tanto los franceses han quedado dueños de todo.

—A lo menos, nosotros, gracias á Dios, hemos salido con vida,—añadió Vassine.

—En cuanto á mí, esto me irrita aun más!

—Pero, dime, qué es lo que te irrita? Puede uno divertirse aquí? De qué manera? Tú verás cómo los nuestros volverán á recuperarlas; aunque también muchos más perecerán! Pero, así como Dios es santo, si el Emperador lo ordena, volveremos á recuperar nuestras posiciones. Crees que los nuestros las abandonaron de cualquier modo?... Pues! Es verdad que nos han tomado las murallas, pero desnudas, todos los atrincheramientos han saltado; es verdad que han plantado su bandera sobre el mamelón; pero, contra la ciudad no se atreverán... Espera un poco! nosotros arreglaremos nuestras cuentas contigo! deja hacer!...—concluyó, como dirigiéndose á los franceses.

—Oh! esto es seguro,—respondió el otro muy convencido.

Sobre toda la línea de los bastiones de Sebastopol, donde du-

rante tantos meses hubo una vida extraordinaria, donde durante tantos meses viéronse los héroes sucederse y caer el uno tras del otro, esos héroes que durante tantos meses excitaron el miedo, el odio y la admiración de los enemigos... en aquellos bastiones ya no se veía á nadie. Todo estaba muerto, bárbaramente destrozado, silencioso, horrible. Sobre el suelo, surcado por los recientes cañonazos, veíanse esparcidos los rotos cañones por encima de los cadáveres de los rusos y de los franceses. Los gruesos morteros, mudos para siempre y que una fuerza terrible había tumbado dentro de los fosos quedando medio cubiertos de tierra, así como también las balas y las granadas, los cadáveres y los cascos de las bombas y las planchas de cobre de los blindajes, todo yacía revuelto y confundido... y aun más cadáveres envueltos en sus capotes grises ó azules... Y todo parecía aun agitarse en los estertores de la agonía cada vez que una explosión próxima hacía retemblar el aire.

Los enemigos veían que algo incomprensible pasaba dentro del terrible Sebastopol. Esas explosiones y el silencio mortal que reinaba en los bastiones les hacía temblar, pues no osaban creer aun, bajo la impresión de la resistencia enorme de la jornada, que el terrible adversario hubiese desaparecido y, en silencio, sin moverse, esperaban con febril ansiedad el fin de la lóbrega noche.

Los ejércitos de Sebastopol, como la mar agitada en noche sombría, separándose, uniéndose y extremeciéndose, movía toda su masa cerca de la bahía y dentro de la oscuridad compacta avanzó lentamente por el puente de Severnaia, alejándose de los sitios en donde había dejado tantos valientes, de aquellos sitios regados con su sangre, defendidos durante once meses contra un enemigo dos veces más fuerte y del cual le ordenaban apartarse sin combatirlo hasta morir.

La primera impresión de esa orden fué para todo ruso tan terrible como incomprendida; la segunda fué el miedo de la persecución. Los soldados se sintieron indefensos así que les separaron de aquellos lugares donde se habían acostumbrado á batirse, y se apretaban inquietos unos contra otros en la oscuridad, cerca de la entrada del puente, que un fuerte viento hacía balancear.

Con sus bayonetas enfundadas, los regimientos, los carros y toda clase de milicias se mezclaban y se atropellaban; los oficiales, á caballo, les apresuraban con sus órdenes; los habitantes y los asistentes portadores de los bagajes lloraban y suplicaban que les dejaran pasar. Con gran ruído de ruedas se abrió camino la artillería, que se alejaba con precipitación. A pesar de la vista de

cosas tan diversas, un sentimiento de conservación de la propia vida y un ansia de salir á toda prisa de aquellos mortales lugares, estaba en el alma de cada uno. Ese estado lo sentían lo mismo los soldados que, con mortal angustia, esperaban tendidos sobre el suelo del muelle de Pablo, y que suplicaban á Dios les enviara la muerte que les librara de los dolores de sus heridas, como los milicianos que, haciendo un último esfuerzo, se apretaban contra la muchedumbre para dejar paso á un general á

caballo; como el mismo general que refrenaba la prisa de los soldados; como también el marinero apretado por la muchedumbre ondulante, hasta casi perder el aliento; como el oficial herido que, colocado en una camilla, transportaban cuatro soldados, y que, detenidos por el gentío, la colocaban en el suelo, cerca de la batería de Nicolás; como el valiente artillero que, después de diez y seis años de vivir al lado del cañón, y que, por una orden de sus jefes, incomprensible para él, ayudado de sus camaradas, lo arrastraba ahora hacia la pendiente abrupta de la bahía; y como finalmente todos los marinos que, abandonando presurosos los buques que

se hundían, remaban con bravura sobre las chalupas en que se alejaban del peligro...

Habiendo atravesado el puente, una vez ya al otro lado, todo el mundo quitóse el gorro y se santiguó. Pero, tras de este sentimiento se ocultaba otro, muy penoso, muy penoso... algo así como arrepentimiento, odio y fuerte cólera. Todos los soldados, mirando al norte de Sebastopol, aquellos lugares de muerte que acababan de abandonar, con amargura indecible en el corazón y con lágrimas en los ojos, suspiraban y amenazaban con sus puños cerrados al enemigo.

ÍNDICE

LOS COSACOS

	Págs.
I.—La despedida de Olenín	9
II.—Por el camino	14
III.—Término del camino	20
IV.—En el Cáucaso	24
V.—La madre de Marianka	29
VI.—El joven Lukachka	34
VII.—La guardia nocturna	39
VIII.—En el nombre del Padre...	43
IX.—El cadáver del abrek	49
X.—La llegada del destacamento	54
XI.—Olenin topa con el viejo Erochka	59
XII.—El vino de Olenín	63
XIII.—Los amores de Lukachka	67
XIV.—Erochka y Olenín	75
XV.—Las ideas del viejo Erochka	78
XVI.—Los consejos de Erochka	82
XVII.—La despedida de Lukachka	88
XVIII.—Erochka y Olenín salen de caza	92
XIX.—En pleno bosque	99
XX.—Comunión de Olenín con la naturaleza	103
XXI.—El hermano del muerto	108
XXII.—Lukachka y Olenín se hacen amigos	113
XXIII.—Olenín y el príncipe Bielesky	119
XXIV.—La hermosa Marianka	122
XXV.—La encerrona	130
XXVI.—Los amores de Olenín	134
XXVII.—La despedida de Lukachka	137
XXVIII.—El viejo Erochka canta y baila	141
XXIX.—El tiempo de la vendimia	146
XXX.—Charloteo de muchachas	151
XXXI.—Vendimiando	154
XXXII.—Las noches de Olenín	158
XXXIII.—La carta de Olenín	161
XXXIV.—El atrevimiento de Olenín	166
XXXV.—Las fiestas de ogaño y las de antaño	170
XXXVI.—Lukachka quiere divertirse	174
XXXVII.—La gran cacería de caballos	177
XXXVIII.—El rompimiento	180
XXXIX.—Olenín y Marianka se prometen	186
XL.—La caza de los abreks	189
XLI.—La muerte de Lukachka	194
XLII.—La despedida de Olenín	198

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se hundían, remaban con bravura sobre las chalupas en que se alejaban del peligro...

Habiendo atravesado el puente, una vez ya al otro lado, todo el mundo quitóse el gorro y se santiguó. Pero, tras de este sentimiento se ocultaba otro, muy penoso, muy penoso... algo así como arrepentimiento, odio y fuerte cólera. Todos los soldados, mirando al norte de Sebastopol, aquellos lugares de muerte que acababan de abandonar, con amargura indecible en el corazón y con lágrimas en los ojos, suspiraban y amenazaban con sus puños cerrados al enemigo.

ÍNDICE

LOS COSACOS

	Págs.
I.—La despedida de Olenín	9
II.—Por el camino	14
III.—Término del camino	20
IV.—En el Cáucaso	24
V.—La madre de Marianka	29
VI.—El joven Lukachka	34
VII.—La guardia nocturna	39
VIII.—En el nombre del Padre...	43
IX.—El cadáver del abrek	49
X.—La llegada del destacamento	54
XI.—Olenin topa con el viejo Erochka	59
XII.—El vino de Olenín	63
XIII.—Los amores de Lukachka	67
XIV.—Erochka y Olenín	75
XV.—Las ideas del viejo Erochka	78
XVI.—Los consejos de Erochka	82
XVII.—La despedida de Lukachka	88
XVIII.—Erochka y Olenín salen de caza	92
XIX.—En pleno bosque	99
XX.—Comunión de Olenín con la naturaleza	103
XXI.—El hermano del muerto	108
XXII.—Lukachka y Olenín se hacen amigos	113
XXIII.—Olenín y el príncipe Bielesky	119
XXIV.—La hermosa Marianka	122
XXV.—La encerrona	130
XXVI.—Los amores de Olenín	134
XXVII.—La despedida de Lukachka	137
XXVIII.—El viejo Erochka canta y baila	141
XXIX.—El tiempo de la vendimia	146
XXX.—Charloteo de muchachas	151
XXXI.—Vendimiando	154
XXXII.—Las noches de Olenín	158
XXXIII.—La carta de Olenín	161
XXXIV.—El atrevimiento de Olenín	166
XXXV.—Las fiestas de ogaño y las de antaño	170
XXXVI.—Lukachka quiere divertirse	174
XXXVII.—La gran cacería de caballos	177
XXXVIII.—El rompimiento	180
XXXIX.—Olenín y Marianka se prometen	186
XL.—La caza de los abreks	189
XLI.—La muerte de Lukachka	194
XLII.—La despedida de Olenín	198

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEBASTOPOL

Págs.

SEBASTOPOL EN DICIEMBRE DE 1854:

I. 205
II. 207
III. 212
IV. 214
V. 216
VI. 220

SEBASTOPOL EN MAYO DE 1855:

I. 223
II. 224
III. 227
IV. 231
V. 234
VI. 238
VII. 240
VIII. 245
IX. 248
X. 250
XI. 255
XII. 259
XIII. 259
XIV. 261

SEBASTOPOL EN AGOSTO DE 1855:

I. 267
II. 272
III. 274
IV. 276
V. 279
VI. 281
VII. 283
VIII. 287
IX. 291
X. 295
XI. 296
XII. 298
XIII. 300
XIV. 303
XV. 304
XVI. 307
XVII. 310
XVIII. 312
XIX. 315
XX. 318
XXI. 322
XXII. 324
XXIII. 326
XXIV. 329
XXV. 330

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS